# INVOLUCIÓN

## MADRID 2310




Noelia Rodríguez

# INVOLUCIÓN
## MADRID 2310

**Noelia Rodríguez**

Título: *Involución, Madrid 2310*
© 2025, Noelia Rodríguez González

Maquetación: Editorial Choco
Ilustración de cubierta: David Benzal

Primera edición: septiembre de 2025

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*A mi madre, imbatible luchadora.*

*A Sandra, brava, fuerte y valiente. Guerrera entre las guerreras.*

# ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27
28
29
Agradecimientos
Y tú, ¿qué opinas? Deja tu valoración
Biografía

AÑO 2310. CIUDAD DE MADRID.
ESTADO DE MADRID. REPÚBLICA FEDERAL FRANCO-IBÉRICA.
BASTIÓN DE LA INVOLUCIÓN.

# 1

Rebeca salió a la calle y miró al cielo, era casi noche cerrada. Pasó la yema del dedo por encima de la placa de acero de su pulsera y una diminuta burbuja se elevó y abrió un holograma. Eran las 22:35 y aún hacía 28 ºC en Madrid. Era un final de septiembre extremadamente cálido. El calor no se iba al llegar la noche, se quedaba pegado al asfalto. Parecía que incluso venía del subsuelo, de aquellos abandonados túneles del metro y del alcantarillado. Se quitó la chaqueta y comenzó a caminar. No le gustaba salir a esas horas del despacho. Se escuchaban demasiadas historias de muertes y desapariciones. Las noticias de secuestros y mutilaciones llenaban los programas de los dos canales de comunicación. Historias en las que raramente se encontraba al culpable. Todo un mundo oscuro parecía esconderse tras los muros de la ciudad.

Rebeca creía que, de algún modo, los delitos que ocurrían al caer el alba encontraban fácilmente la impunidad. Siempre había creído que las personas que aplicaban las leyes —jueces, abogados y políticos— tenían una moral muy elástica. Sin embargo, ahora que trabajaba en el epicentro del mundo jurídico entendía que era un problema de base en el sistema. Las raíces estaban corruptas y esa corrupción crecía mancillándolo todo. Los jueces y abogados trabajaban para el Estado de Madrid, y este, para el alcalde en última instancia.

Rebeca era legisladora, había estudiado con la idea de trabajar para mejorar las cosas y le costaba doblegarse a la idea de un sistema corrupto. La alcaldía era el epicentro del Estado y desde allí se legislaba Madrid. Rebeca tenía su despacho en el piso 21. Toda la planta estaba dedicada a la creación de leyes. Desde que había empezado su labor, tan solo se había encontrado con trabas, puertas cerradas, corrupción y negativas. Era apenas una novata en la profesión y, sin embargo, ya le desesperaba pasar tanto tiempo

redactando, estudiando y proyectando leyes que eran papel mojado. Se preguntaba cuánto tiempo se podría mantener ajena a la podredumbre institucional que movía los hilos de aquella ciudad. Desde hacía seis meses compatibilizaba su trabajo como legisladora con el desempeño de la abogacía en un despacho de la Ciudad Vieja. Había creído que ejercer en un despacho, al margen del trabajo público, la haría mantenerse lejos de la corrupción política. Sin embargo, había resultado ser moralmente muy dudoso, ya que podían utilizarla como bisagra perfecta entre el sector público y el privado.

Caminó calle arriba mientras sus tacones marcaban contra el asfalto un constante y sordo sonido: tic, toc, tic, toc. Había perdido el último transporte público. A esas horas ya no quedaba nadie en la calle. Tan solo en Majadahonda, tras el Muro, continuaba viva la ciudad a esas horas. Fuera las calles estaban desiertas. Miró una enorme luna por encima de los hologramas publicitarios y los viejos edificios de aquella parte de la ciudad. Cruzó un par de calles y dejó atrás la zona del Prado. No le gustaba caminar por allí. Era un sitio desértico y deprimido compuesto por humildes viviendas de familias sin recursos, ubicadas en los edificios que en otra época habían formado parte de la imagen de una Madrid aristocrática e incluso moderna. Ahora lo único que se podría encontrar a aquellas horas en la Ciudad Vieja era delincuencia y problemas. Lamentó que el despacho en el que trabajaba estuviera tan cerca del antiguo Congreso de los Diputados. Según el director de la oficina, situarse cerca de donde un día se crearon las leyes llenaba a la firma de carisma y elegancia. Rebeca consideraba que un buen despacho debía estar en el centro de Madrid, en Majadahonda, donde se desarrollaba la actividad política y financiera, dentro del Perímetro Rojo. Aquel era el corazón de Madrid y, a pesar de la corrupción y de la manipulación, allí era donde se creaba la vida de la ciudad, y no deslizándose a través de las plantas enredaderas que cubrían los leones del abandonado Congreso, donde tan solo quedaban cuatro piedras abandonadas y cubiertas de vegetación.

Siguió caminando, quería llegar a casa cuanto antes. Las luces de las farolas parpadearon, seguían los problemas con el suministro

eléctrico. Esperó que esa noche no aplicaran restricciones, no le apetecía caminar veinte minutos por calles sin luz.

Desde lo alto de un edificio, Adán observaba la ciudad. Hacía muchos años que no se subía a las alturas, prácticamente, desde que se había deshabilitado la Alianza. Pero aquella noche había acompañado a un contaminado a casa. Era un hombre de mediana edad que quería volver a vivir en sociedad, pero tenía pavor a regresar solo. Había permanecido en la clínica tres meses. Tras una buena charla y repasar todo lo necesario para que retomara su vida, salió del piso. Esperaba que el hombre pudiera readaptarse definitivamente. Sabía que era un trance difícil, pero esa era su decisión y debía afrontarla solo: saber si podría o no vivir en sociedad ocultando que era un contaminado.

Cuando llegó el momento de marcharse, Adán, en vez de tomar el ascensor de vuelta a la planta baja, subió las escaleras hasta el último piso. Salió al exterior y observó las luces de la ciudad. A pesar de lo descuidada y semidestruida que permanecía esa parte de Madrid, todavía guardaba algo de la belleza que había tenido en otros tiempos. Se podía intuir cómo había sido en épocas pasadas. La parte más pobre padecía en mayor medida los cortes de energía. Estaba habiendo problemas para mantener el sistema eléctrico para toda la ciudad. Toda la red del Estado tenía más de cien años y no había energía para sostener al cien por cien el sistema, por lo que últimamente se acusaban restricciones. La vegetación cubría gran parte del sur de la Ciudad Vieja. Desde La Latina hacia los barrios periféricos, todavía había grandes zonas sin reconstruir tras la Gran Guerra. Edificios abandonados y plazas desérticas donde antiguos vehículos permanecían parcialmente aplastados por los escombros. Los cortes de luz se hacían más patentes en esas zonas. Aquella Madrid era muy distinta a la que se ubicaba dentro del Muro.

Era una noche silenciosa. Había muy poco movimiento. El miedo y la corrupción hacían que la gente permaneciera en sus casas. Al menos eso evitaría nuevas muertes. Adán apartó los negros mechones que caían por su frente y con la mano derecha se frotó su incipiente barba. De repente escuchó un sonido no muy lejos de allí. Afinó su oído.

Tic, toc, tic, toc repiqueteaban sus tacones. Rebeca consultó otra vez la hora abriendo el pequeño holograma: las 22:45 y todavía le quedaba un tramo para llegar a casa. Seguía dándole vueltas al tema de Pazos: su jefe quería un informe que avalara jurídicamente la construcción de la central, no que pusiera impedimentos a su establecimiento. Sin embargo, ella se resistía. No podía utilizar su puesto para ayudar en una atrocidad así. Si hacía un informe jurídico en el sentido que quería Carlos Rey, ese mismo informe llegaría de nuevo a sus manos en la alcaldía para fiscalizarlo ella misma y no podía dar el visto bueno a algo ilegal. Estaba segura de que cuando su jefe leyera el informe no le iba a gustar en absoluto su planteamiento. Carlos Rey la presionaría para cambiarlo. De repente sintió un pequeño ruido que la apartó de sus pensamientos. Se paró en seco y miró a su alrededor. No había nada raro, pero por algún motivo se sentía intranquila. Decidió atajar por unas calles menos transitadas para acortar el camino. Vivía en Quevedo. Antes esta era una zona segura y tranquila del centro de Madrid, pero en los últimos años se había vuelto bastante conflictiva. Sin embargo, tenía la belleza del casco antiguo de la capital. Desde que Sol se había convertido en los suburbios y Salamanca era una zona deprimida, Chamberí era la única ubicación atractiva de la Ciudad Vieja para vivir.

Las calles estaban completamente desiertas. El silencio era absoluto. Nada se movía a su alrededor. Las luces de una farola cercana parpadearon. Su corazón iba más rápido que sus pies, no había sido una buena idea meterse por allí. Escuchó algo, un tenue llanto requirió su atención. A unos metros de ella un niño se acurrucaba protegiéndose de la noche. Metió su pequeña cabeza entre las rodillas mientras sus manitas se aferraban a su ropa hecha jirones. Temblaba y sollozaba. Rebeca detuvo su paso acelerado y se acercó al pequeño con cautela. Había algo que la impulsaba a mantenerse alerta; no involucrarse, no pararse, seguir su camino, eso era lo que le habían inculcado. Pero ¿cómo iba a dejarlo allí?

—¿Qué te pasa? ¿Te has perdido? —Se agachó. El niño tiritaba con su pequeña cabeza metida entre las rodillas—. ¿Te llevo a algún

sitio? —insistió, acercándose un poco más al pequeño—. Si necesitas ayuda, puedes decírmelo.

Estiró la mano y le acarició la cabeza. Se sintió incapaz de abandonarlo.

El pequeño no paraba de agitarse, provocando un movimiento lento y agotado en su cuerpo. Al sentir la caricia levantó una pequeña mano.

—¡Ayúdame! —Un hilo de voz vibró en su garganta, emitiendo una llamada de auxilio.

Algo no iba bien. Aquel sonido no era humano. De repente, el pequeño la agarró con una fuerza descomunal. Acto seguido levantó su pequeña cabeza y le clavó una oscura mirada. Rebeca se estremeció. Los ojos de aquel ser eran completamente rojos, sin iris ni pupila. Su cara estaba cubierta por pliegues de piel, lo que le confería un inquietante y mortífero aspecto de niño anciano.

Rebeca gritó aterrorizada ante la impresión. Intentó liberarse de la pequeña mano, pero él no la soltaba. ¿Qué era aquello? No era un niño. El miedo empañó rápidamente su mente. No podía reaccionar. El pequeño tiraba de ella, acercándola, mientras sus pequeños dedos se hundían en su piel. Un dolor agudo que comenzó en su muñeca se extendió rápidamente por todo el brazo.

—¡Suéltame! —gritó desesperada.

Los ojos de aquel extraño niño iluminaron por completo su rostro, decidido a no soltarla.

De repente, una mano fuerte aprisionó los diminutos dedos y la arrancó de aquella trampa.

—¡Corre! —le gritó el desconocido, cogiéndole con fuerza la mano para tirar de ella calle arriba.

Al sentir el tirón se levantó de un salto y comenzó a correr sin poder pensar con claridad. Se alejaron a gran velocidad. Rebeca corrió con todas sus fuerzas, arrastrada por aquella mano que la sujetaba. A su lado, un cuerpo en la oscuridad, ni siquiera había podido verle la cara. Un nuevo tirón la hizo avanzar más rápido. Su liberador la arrastraba sin piedad. Ella se dejó llevar, sintiendo el vértigo del miedo y la velocidad.

—¡Corre! —volvió a gritar su liberador. Era una voz fuerte—. ¡Tan rápido como puedas!

Ella trataba de seguir el ritmo de él en su huida. Cruzaron varias calles hasta quedarse exhaustos. Finalmente llegaron a una de las principales avenidas, amplia y muy iluminada.

El desconocido paró en seco, la soltó y le espetó con reproche:

—¿Estás loca? ¿Se puede saber en qué estabas pensando?

Rebeca no respondió. Intentar respirar ya era suficiente trabajo. La cabeza parecía que iba a explotarle del esfuerzo. Miró a su alrededor y reconoció la zona. Estaban en Gran Vía.

—¿Cómo se te ocurre acercarte a esa criatura? —insistió el desconocido—. ¿Te ha pinchado? ¿Has notado algo?

Su voz era fuerte y autoritaria. En realidad, todo en él resultaba fuerte y autoritario.

A Rebeca le resultaba imposible pensar con claridad. Sus piernas se convirtieron en dos débiles bloques de gelatina. ¿Qué había sido aquello?

—¿Me estás escuchando? —preguntó de nuevo, mirándola inquisidor.

—No... ¿Qué? —consiguió decir. Movió la cabeza intentando centrarse—. Creo que no he sentido ningún pinchazo. —Se llevó la mano a la frente. Se estaba mareando. La cara del desconocido se movía. Sintió el estómago revuelto—. ¡Voy a vomitar! —advirtió mientras sentía que la bilis se le subía por la garganta.

Inconscientemente, se dobló hacia un lado y vomitó mientras sentía que toda la adrenalina de la carrera azotaba su cuerpo y desaparecía.

—¡No me jodas! —murmuró él.

El desconocido se colocó detrás de ella y la agarró, para que no se cayera, mientras que con una mano sujetaba hábilmente su melena para que no se impregnara con el líquido.

Tras aquel humillante momento, el silencio se impuso entre ambos.

Rebeca se limpió con torpeza y levantó la vista con cautela. Lo miró por primera vez. Era un hombre joven, quizás cercano a la treintena. Tenía una mandíbula marcada y masculina. Era alto y de

anchos hombros. Sus ojos eran oscuros, al igual que su cabello corto. Tenía una barba de unos días que le daba un aspecto algo rebelde, remarcado por unos mechones negros que caían por su frente. El conjunto resultaba muy atractivo, pero su rictus era muy serio.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —contestó Rebeca con una mano en su estómago—. Estoy bien, o eso creo.

Él asintió y volvió a centrarse en lo que le interesaba.

—Entonces, ¿te ha pinchado? —insistió y dirigió su mirada de nuevo al brazo—. ¿Estás segura de que no has sentido un pinchazo?

Rebeca trató de centrarse. Le dolía donde el niño la había sujetado.

—¿Un pinchazo? No, de verdad que creo que no —contestó recuperando la compostura mientras se frotaba la muñeca de forma mecánica—. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Qué era eso?

—Creo que un súfano, pero no estoy seguro —contestó el desconocido pasándose la mano por el pelo en un gesto automático —. En todo caso, un básico extremo, eso seguro.

Ella lo miraba sin comprender. ¿De qué estaba hablando?

De repente Adán se calló. Se dio cuenta de que estaba enfrente de una inconsciente. Había dado por sentado que no lo era. Estaba en una zona deprimida de la ciudad, sola y de noche. Los humanos solían estar a esas horas en sus casas. ¿Qué tipo de educación había recibido? Ese era uno de los pactos del Estado: inculcar a los niños, desde pequeños, el permanecer alejados de la oscuridad. Allí estaba el ejemplo de la imperfección de la burbuja en la que vivían: una joven sola y, al parecer, incapaz de mantenerse a salvo, caminando en la noche madrileña por calles deprimidas.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —declaró mirándola con intensidad desde sus ojos negros.

Rebeca se ruborizó. ¿A qué venía aquel comentario? Se sentía tonta e ignorante y no sabía ni siquiera por qué.

—No sé de qué me estás hablando.

Adán guardó silencio y desvió la mirada. ¿Por qué dudaba? Sabía la respuesta: debía llevarla a la clínica. Ese era el protocolo de

ayuda: verificar si había sido contaminada con el ataque del básico extremo, evaluar las consecuencias y desarrollar un plan de futuro. Pero no podría llevarla a la clínica sin abrirle los ojos. Tenía que hablarle de la Involución.

El silencio de la noche se interpuso entre ambos como un muro.

Adán se detuvo a observarla: guapa, joven y vestida con traje y tacones. Debía de llevar una buena vida. Parecía que venía de trabajar. La única zona cercana donde había oficinas era en el Prado. Desde el Congreso a la plaza Mayor era zona sin reconstruir tras la Gran Guerra.

Dudó.

Era una humana. Una inconsciente. Era una persona totalmente vulnerable.

Sus miradas se cruzaron y Adán detectó que había algo desafiante dentro de aquellos enormes ojos verdes. No parecía tan indefensa.

Desvió la mirada. ¿Qué le pasaba? Abrió la boca para hablar y la cerró al momento. Aquella chica lo estaba intimidando.

Una idea se abrió paso en su mente. ¿Y si le daba una oportunidad? ¿Y si la dejaba vivir en la seguridad de su mundo irreal? Instintivamente, se frotó con una mano su barba. Podía hacer una excepción... solo por una vez.

—Olvídalo.

—¿Qué? Pero has dicho…

—Nada. No he dicho nada —la cortó de un modo tajante, indicando que la conversación había terminado—. ¿Vives por aquí?

—Pero…

Rebeca se calló. Había algo que él parecía saber, pero que no estaba dispuesto a compartir con ella. La profundidad de los ojos negros de Adán quería tragársela. Volvía a sentir dolor de cabeza y no quería vomitar otra vez. No quería volver a hacerlo delante de él.

—Tranquila —trató de suavizar su tono. El tacto no estaba entre sus virtudes, pero no estaba mal tratar de ser civilizado de vez en cuando—. Te acompañaré a tu casa. ¿Dónde vives?

—En Quevedo.

Rebeca lo miró mientras se frotaba la muñeca. Intentó tranquilizarse.

—Venga, vamos —indicó, comenzando a caminar.

Apenas permanecieron en silencio un par de minutos.

—¿Sabes qué era eso? —preguntó Rebeca.

—Ni idea —mintió.

—Pero dijiste...

—Olvídalo —la cortó nuevamente—. Me confundí. No sé qué era, pero nada bueno, eso seguro.

Se hizo un gran silencio entre ambos.

Rebeca quería seguir haciendo preguntas, no entendía qué había pasado. Pero él no parecía dispuesto a hablar. Decidió cerrar la boca y seguir caminando.

—No deberías estar en la calle a estas horas en la Ciudad Vieja —indicó Adán mientras caminaba sin mirarla.

—Perdí el último autobús, no vayas a pensar que me gusta pasear por un lugar así a estas horas. Todavía no he perdido el sentido de la autopreservación —replicó un tanto molesta—. Ni espero que vengan a rescatarme hoscos príncipes dudosamente azules —añadió más para sí misma que para que él la escuchara.

Adán la miró de refilón. Quizás ella había rumiado la última frase para sí misma, pero él la había escuchado. Apretó la mandíbula y decidió no darle réplica.

Caminaron un rato en silencio, hasta que ella lo rompió.

—¿Lo habías visto antes? Era como un animal, no sabría cómo definirlo. Esos ojos…

—No lo había visto antes. Olvídalo —volvió a indicar con firmeza.

Ella arrugó el ceño, frustrada. Era obvio que le estaba ocultando algo deliberadamente.

Las luces volvieron a parpadear y, de repente, se apagaron en toda la calle.

Rebeca se sintió inquieta nuevamente.

—No te preocupes, en Quevedo habrá luz. Es de las pocas zonas buenas para vivir fuera del Muro.

—Lo sé, aunque ahora mismo no le veo el encanto —murmuró.

Ella siempre había querido quedarse en esa zona, le parecía que tenía cierto aire de nostalgia y belleza. Sin embargo, en aquel momento le gustaría estar en Majadahonda; allí no se sentiría insegura y no había nada que detestara más que sentirse así.

Las comisuras de los labios de Adán se movieron en lo que debería haber sido una sonrisa, pero que no llegó a concretarse. Apenas fue un gesto, casi imperceptible. Rebeca pensó que incluso se lo había imaginado.

—Oye, gracias por tu ayuda, pero creo que puedo seguir sola —comentó Rebeca sin dejar de caminar—. Puedes marcharte.

—No, no —negó él con firmeza—. Estamos llegando, te acompaño en un momento.

Sus frases eran taxativas. No dejaba opción.

—De acuerdo —murmuró ella para volver al silencio.

Mientras Rebeca le daba vueltas a sus pensamientos caminando calle arriba, Adán la escoltaba, sigiloso. Sus sentidos estaban atentos a cada susurro, a cada ruido, por pequeño que fuera. La noche tenía vida propia. La ciudad respiraba, estaba viva, y eso era algo que él sabía perfectamente. Ella, simplemente, era una inconsciente. Él, sin embargo, conocía qué ocultaba la noche. Especialmente, Madrid era una ciudad complicada. Él se mantenía alerta. Siempre era la misma historia, la gente no sabía alejarse del peligro. Aquella chica había actuado como cualquier inconsciente.

Adán miró fugazmente a su alrededor; la noche prometía ser muy larga y ese no era el único básico extremo que andaba por allí.

—¿Qué pasa? —preguntó Rebeca, se había dado cuenta de su tensión mientras caminaban.

Justo en ese momento, un par de coches cruzaron la calle.

—Nada —contestó evasivo—. Estamos llegando.

Una Madrid oscura y silenciosa los rodeaba. Al caer la noche las casas se cerraban, petrificándose bajo sus muros, echando persianas, corriendo cortinas y alejando a sus habitantes del mundo exterior. Solo las zonas de marcha tenían vida a aquellas horas, las discotecas y restaurantes donde se vivía la bulliciosa vida nocturna de la ciudad, prácticamente todas ellas ubicadas dentro del Muro, en Majadahonda. Aquella no era una ciudad para pasear por la noche.

La delincuencia era elevada. Nadie tenía ganas de cambiar las cosas. Los idealistas habían muerto o se habían escondido tras sus propios muros.

—Hemos llegado —dijo ella abandonando sus pensamientos—. Es aquí, este es mi portal.

—Muy bien —contestó el desconocido mientras se paraba a su lado.

Resultaba realmente alto e imponente allí enfrente. A pesar de su preocupación, había algo oscuro y frío en él. En todo caso, ahora le daba igual, la tensión vivida se había transformado en un agotamiento que caía por su espalda como una pesada losa.

—Ten cuidado si estás en la calle a estas horas, puede ser peligroso —indicó él con un marcado tono protector.

—Sí, he captado el mensaje. No te preocupes, no volveré a tratar de hacerme la heroína salvando a no niños —comentó sin saber si era una persona a la que le había pasado algo o una especie de animal. No comprendía bien qué era aquello, pero no quería volver a verlo jamás—. Fuera lo que fuera eso, no quiero volver a toparme con él.

Adán iba a replicar, pero decidió callar.

—Gracias por acompañarme y por tu heroica, aunque algo ruda, intervención —continuó ella, tratando de esbozar una sonrisa —. Por cierto, me llamo Rebeca.

Adán afinó la mirada; aquella chica tenía algo.

—Yo soy Adán —replicó de forma escueta.

—Gracias, Adán. Eres un héroe curioso, pero héroe al fin y al cabo. —Él se quedó en silencio, mirándola con unos ojos muy oscuros—. Voy a entrar ya porque estoy agotada. Buenas noches.

—Buenas noches.

Rebeca introdujo la llave en la puerta y entró en el edificio.

Adán permaneció abajo hasta que en uno de los pisos se encendieron las luces y Rebeca apartó un poco una cortina para mirar a la calle. Él le devolvió la mirada; acto seguido, se dio la vuelta y se marchó.

En cuanto salió de su ámbito de visión comenzó a correr. Mientras su carrera avanzaba, se introducía en las calles más

oscuras y peligrosas de Madrid a gran velocidad. Hacía muchos años que no actuaba así, que no salvaba a contaminados en las calles, que no corría por Madrid dando rienda suelta a sus capacidades. De repente sintió como si volviera cinco años atrás. Rápido y seguro de sus pasos, se subió a un banco. Impulsándose, dio dos saltos y se perdió en la penumbra.

# 2

—¿Estás bien? —preguntó de repente una voz a su lado.

Rebeca alzó la vista. Era Miguel, uno de los jóvenes abogados del despacho. Estaba perfecto, como siempre, con su traje de marca y sus ojos azules. Era un joven moreno, alto y muy atractivo. Representaba fielmente todo lo que se podía esperar de un abogado a su edad: decisión, trabajo duro y ganas de comerse el mundo.

—Sí, claro. ¿Por qué lo dices? —contestó ella moviendo de forma mecánica su mano sobre el conector de la computadora holográfica.

—Llevas un buen rato con la mirada perdida. Pareces agobiada.

Rebeca sonrió e intentó parecer despreocupada.

—Estoy bien. No pasa nada.

—¿Segura?

—Claro —replicó desviando la mirada—. Dime, ¿qué tal va todo? ¿Tienes mucho trabajo?

—La verdad es que estamos a tope —contestó él con su habitual sonrisa—. Se te echaba de menos por aquí.

—Estuve ayer por la tarde.

—Ya, pero yo tuve unas conferencias en el Palacio de Cristal.

—Sí, ya me han contado —contestó haciendo una mueca—. Estás con las ponencias de exenciones fiscales.

Miguel asintió. Ella rechazaba las exenciones, los únicos que se veían favorecidos eran los miembros de las capas altas de la sociedad madrileña. Las grandes fortunas. Muchas de ellas procedían precisamente de la corrupción y el tráfico delictivo. Madrid era un Estado con un alto nivel de delincuencia y Miguel era un fiscalista a sueldo de las grandes fortunas. Esa era, sin lugar a dudas, una de las especializaciones más lucrativas, aunque si las cosas seguían como en los últimos años, era una rama que se quedaría obsoleta. Los propios legisladores les harían el trabajo a los

fiscalistas e incluso a los urbanistas. El Estado estaba legislando directamente para los intereses económicos de las empresas privadas.

El joven se sentó en la mesa, apartó hacia un lado dos esferas holográficas de datos y se inclinó para decirle con voz baja:

—A ver cuándo te dignas a quedar conmigo. Me ignoras deliberadamente.

Miguel era uno de esos chicos capaz de desarmarte con una sonrisa. Carismático y apuesto, un abogado brillante a sus veintinueve años, proyectado hacia una carrera imparable. Lo tenía todo, pero ella no estaba interesada; sabía que lo que lo mantenía interesado era el juego.

—Queda con María, ella se muere por ti —contestó Rebeca con suavidad, echándole un ojo a la nueva becaria quien los observaba con curiosidad y cierta timidez desde su mesa.

—¿Por qué me castigas? —replicó Miguel poniendo una mirada inocente, poco creíble en él.

—¿Cómo puedes decir que te castigo? Al contrario, te estoy indicando el camino correcto. Lo siento, pero se me hace tarde. —Antes de que dijera algo más, se dirigió hacia el pasillo y añadió—: Anda, me tengo que ir. ¡Hablamos!

Rebeca no pudo evitar esbozar una sonrisa. Estaba bien un poco de cotidianidad para olvidarse de la extraña noche que había vivido el día anterior. Miguel siempre la hacía sonreír, era un mujeriego, pero la hacía sonreír.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando su jefe la interceptó.

—Rebeca, ¿puedes venir a mi despacho?

—¿No podemos dejarlo para mañana? —preguntó mirando la hora en un antiguo reloj de agujas que adornaba la pared principal de la recepción.

Carlos Rey le dirigió una gélida mirada y supo que no tenía alternativa. Lo siguió con pereza a su despacho. El día en que había decidido estudiar Derecho no tenía los pies en la tierra.

Una vez dentro, Rey la abordó directamente:

—Necesito que mañana repases tu informe jurídico para defender el proyecto de la central. Hay que ajustar el tema de los niveles contaminantes antes de que llegue a la alcaldía.

—¡Querrás decir antes de que llegue a mi mesa en la alcaldía! —bufó molesta.

—Exacto. —Sonrió. Sabía que tener trabajando a la legisladora en su despacho tenía que beneficiarle. Sin embargo, parecía que Rebeca era todavía demasiado joven para dejar atrás sus absurdas objeciones legales. Él no iba a permitir que la moralidad de una cría fuera un impedimento—. Ajusta el tema de los niveles contaminantes.

—¿Ajustar? —preguntó con ironía. Sabía perfectamente bien a qué se refería. Se preguntaba cuánto dinero recibían el concejal y el delegado de Contaminación por permitir instalar aquella central de energía uránica tan cerca de la ciudad—. No sé qué quieres decir con «ajustar». Según la ley vigente no es posible ubicar la central uránico-térmica ahí. En el informe lo explico detalladamente. ¡No es segura para la población! —contestó de mala gana.

Tenía que morderse la lengua con su jefe, pero le encantaría haberle contestado que si quería cometer un delito se lo dijera claramente. Ella había decidido trabajar en un despacho privado para apartarse un poco de la corrupción del Ayuntamiento, no para allanarles el camino.

—Rebeca, creo que he sido bastante claro. Te estoy diciendo que mañana repases el informe.

—No olvides que soy legisladora, no solo abogada.

—Precisamente por eso, porque eres legisladora. ¿Prefieres que hable contigo el alcalde?

Rebeca abrió la boca y la cerró al instante. Le daba repulsión ver cómo funcionaba todo en aquella ciudad. Normalmente, los temas gordos no pasaban por sus manos y podía mantenerse al margen de la corrupción. Como abogada su trabajo era documental; básicamente, elaboraba informes jurídicos. Como legisladora creaba leyes y fiscalizaba proyectos para aprobar o rechazar su viabilidad, prácticamente todos relacionados con Urbanismo, Medioambiente e Infraestructuras públicas.

Su área de trabajo no era excesivamente dura y la corrupción solía darse en instancias superiores. No obstante, en ese momento se sentía entre la espada y la pared. Trabajar en el sector público y privado se estaba volviendo en su contra. Estaba metida hasta el cuello en la defensa jurídica de la construcción de la central, que llevaba a cabo el despacho de Carlos Rey. Era un tema de gran trascendencia y, si no querían que todo se ralentizara, debían tener todos los informes burocráticos positivos para que el proyecto no se quedara atrancado. Es decir, que ella misma debía sancionar favorablemente en la alcaldía los informes que había preparado en el despacho de Carlos Rey. Estaba claro que habían elegido ese despacho para trabajar como externos del Ayuntamiento en este asunto en gran parte porque Rebeca, legisladora del Estado de Madrid, trabajaba en él. Era la bisagra perfecta que uniría la gestión burocrática y la jurídica.

Ella no era más que una herramienta que unos y otros estaban utilizando. Se sintió asqueada.

—Lo siento, señor, pero mi informe es bastante ilustrativo de la situación.

—Creo que no está bien enfocado. —Carlos Rey tenía una voluntad demasiado fuerte para dejarse amedrentar por una niña—. Los eslovacos harán una gran inversión en Madrid, no lo olvides. Prácticamente no tenemos relaciones internacionales. Esta es una oportunidad única para el Estado. Estoy seguro de que encontrarás la manera de encuadrar las necesidades del cliente —añadió con cierto cinismo.

—No veo cómo. Puede ver que he detallado claramente…

—¡Rebeca, haz lo que te estoy diciendo! —la cortó—. Tus opiniones no le importan a nadie. Además, te recuerdo que, si no dejas alternativa, nos acogeremos a la facultad de disentir.

Ella lo miró y apretó los labios. La facultad de disentir era una maniobra política mediante la cual podía obviarse la aplicación de las leyes en aquellos casos en los que se beneficiaba económicamente al Estado. Era una práctica censurable y muy dudosa. Deseaba espetarle en la cara que estaba loco. ¿Cómo demonios creía que se podría instalar una central uránica-térmica tan cerca de Madrid? Las

consecuencias para la población podrían ser desastrosas. Todavía había una gran parte de la ciudad sin reconstruir tras la Gran Guerra.

—Señor, el informe doctrinal de Alejandro de Quevedo y Francisco Uría López ya planteaba estos mismos inconvenientes hace tres años. No ha cambiado nada desde entonces.

La primera vez que se había planteado la posibilidad de instalar la central, los referidos doctores habían elaborado un estudio exhaustivo sobre la contaminación y el peligro para la población.

—Creo —añadió desafiante— que el desastre acaecido en Berlín el año pasado es más convincente que cualquier estudio.

—¡Eso fue un absurdo accidente!

—Además —siguió envalentonada—, las redes hidráulicas naturales de todo el subsuelo de Madrid hacen inviable no solo instalar aquí la central, sino en todo el Estado.

—¿Me estás hablando de las opiniones de dos delincuentes? —Su jefe era implacable.

—Disculpe, señor, pero no son delincuentes.

Carlos estaba furioso y comenzaba a perder la paciencia con ella.

—Rebeca, espero no tener que recordarte lo que les pasa a los que apoyan o enaltecen a los criminales —dijo bajando la voz, no quería que el resto de los abogados lo escucharan. Al fin y al cabo, sabía que ella tenía razón, aunque le daban igual sus prejuicios y sus opiniones—. Espero que perfiles el informe en el sentido que te he indicado. ¿Me he explicado bien?

Se sostuvieron la mirada, desafiantes. Ambos estaban indignados, pero ella no era nadie a su lado: un titán jurídico de los más peligrosos de Madrid. Allí estaba otro maravilloso ejemplo de lo que podía hacer el dinero: Evaristo Pazos untaba a su jefe para lograr que el Ayuntamiento diera el visto bueno a las fantasías urbanísticas de un especulador sin escrúpulos. Pazos era el magnate madrileño que había localizado a los inversores eslovacos. A su vez, Carlos Rey la presionaba a ella para que consiguiera milagros jurídicos. Esto, unido a una buena suma de dinero, conseguiría el prodigio de la instalación de la central en las afueras de la ciudad. Rebeca no tenía escapatoria. Era una marioneta en manos de los

peces gordos. Abogada y legisladora, utilizada para ayudar a cometer una aberración urbanística.

—El lunes a primera hora lo tendrás —masculló al fin, vencida.

—Muy bien. Así me gusta, Rebeca, que revalúes la situación —sentenció su jefe aligerando el gesto.

Rebeca entró en el ascensor. Era insultante tener que ceder a presiones como aquella. Sin embargo, si te oponías a los delirios de grandeza de gente como el señor Pazos, podías acabar en la cárcel. Era muy fácil colgarte cualquier estúpido delito contra el Estado. Eso es lo que les había pasado a Quevedo y Uría López.

Rebeca se fue del despacho descorazonada. Se sentía como si una apisonadora la hubiera aplastado y, para colmo, había vuelto a perder el autobús. Comenzó a caminar sin dejar de pensar en el trabajo. Sin embargo, en cuanto avanzó un par de calles se olvidó del despacho; tenía demasiado presente lo que le había pasado el día anterior. Esta vez decidió ir por amplias avenidas bien transitadas y no adentrarse en el antiguo centro. Tenía ganas de llegar a casa rápido y esconderse del exterior en su propia jaula.

Llegó a su portal justo cuando ya era noche cerrada.

—Veo que no me has hecho ningún caso —declaró una voz pausada hablando a su espalda.

Le costó unos segundos reconocer aquella voz, pero pronto supo quién era su dueño. Se giró rápidamente y vio a Adán. Allí estaba: imponente y con esa desconcertante mirada cincelada en sus ojos.

Una parte de ella se alegró al volver a verlo, pero a la vez algo la hacía permanecer cautelosa. ¿Por qué estaba allí otra vez?

—¿Qué haces aquí? —preguntó desconcertada.

—Vaya, no eres muy amable con las personas que te ayudan.

—¿Que yo no soy amable? Pero si ayer fuiste la persona más críptica que he visto en mi vida.

Adán se quedó perplejo por su recibimiento, aunque supuso que él tenía la culpa de su desconfianza, por lo que, si quería tranquilizarla, tendría que explicarle con claridad por qué estaba allí. Sin embargo, estaba decidido a no ser sincero solo por un motivo: quería que tuviera una oportunidad. No la llevaría a la clínica ni

utilizaría el protocolo, pero tampoco podía desvincularse sin asegurarse de que estaba bien.

—He venido a ver cómo estás —respondió dando un paso hacia ella.

Sus ojos eran negros, muy oscuros. Rebeca sabía que en realidad debían ser de un marrón muy oscuro, no negros. Pero lo cierto era que con la ausencia de luz parecían casi negros. El efecto era aplastante.

—No tenías que haberte molestado. Estoy bien —replicó sin comprender qué hacía allí.

—Ayer no fui sincero contigo. Me preguntaste por lo que te había atacado y no te contesté. —Hizo una breve pausa—. Digamos que lo que te atacó no era una persona común.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Era un ser mutado genéticamente, por eso tenía ese aspecto —respondió—. El motivo por el que te alejé de él de forma tan brusca es porque resulta muy contaminante y normalmente no actúan solos, por lo que es muy probable que hubiera algún otro por allí.

Rebeca se quedó perpleja. ¿Un ser mutado genéticamente? ¿De qué estaba hablando?

—¿Cómo sabes todo eso?

—Eso es lo de menos —respondió, decidido a seguir por el camino que había tomado el día anterior y no abrirle los ojos—. He venido para asegurarme de que estás bien. Déjame ver tu muñeca.

No lo pidió ni lo sugirió. Era imperativo.

Rebeca le sostuvo la mirada. No estaba segura de qué hacer. Le resultaba difícil tratar con él. Sin embargo, sintió que había algo en Adán que la impulsaba a confiar. A pesar de lo hosco que podía ser, había ido allí para ayudarla. Él no le iba a hacer daño.

Alargó el brazo con reservas.

Adán examinó la cara interna y la externa de su antebrazo, y deslizó un dedo desde el interior del codo hasta la palma de la mano.

—¿Has sentido dolor? —preguntó—. ¿Se ha formado algún bulto a lo largo del día en el brazo?

—No he notado nada.

—¿Algún cambio de color en la piel?

—No —volvió a responder—. ¿Qué pasa?

—Debes estar atenta por si se manifiesta algún síntoma en las siguientes horas.

—¿Por qué no me contaste todo esto ayer?

—Porque no hubiera servido de nada. En las contaminaciones no agresivas los síntomas tardan horas e incluso días en mostrarse.

—¿Contaminación no agresiva? —preguntó. No entendía nada —. ¿Quieres decir si me hubiera herido? ¿Qué habría pasado entonces?

—Preferirás no saberlo.

—¿Esa te parece una respuesta? —replicó enfadada.

—¡Es la mejor que puedo darte, créeme! —dijo con sinceridad. Ella lo miraba con desconfianza—. Mira, he venido para asegurarme de que estás bien, confía en mí.

No lo conocía de nada. Estaba allí siendo la persona más críptica que había conocido en la vida. Sin embargo, Rebeca sintió en las tripas que podía confiar en él.

—Está bien. ¿Qué puede pasar si estoy contaminada? —preguntó, tratando de centrarse en su problema.

Adán la miró. Realmente, le gustaría darle una respuesta, una respuesta satisfactoria, pero no la tenía. No había respuestas satisfactorias, él lo sabía bien.

—Si estás contaminada, el resultado de dicha contaminación es impredecible. No hay opciones preventivas. La decisión de cómo actuar hay que tomarla una vez desarrollada la contaminación —contestó—. En todo caso, la infección por contacto es una posibilidad muy remota.

—¿Por qué no me lo dijiste ayer?

Adán apretó la mandíbula.

—No te lo dije porque no quería asustarte.

—No querías asustarme, genial. Pues se te da fatal, la verdad —lo acusó—. ¿Y qué te parece ahora un poco de sinceridad? ¿Qué era eso que me atacó anoche y cómo sabes tanto de él?

—No estoy aquí para hablar de lo que yo sé. Estoy aquí por ti —replicó con una mirada tan negra que parecía que iba a tragársela.

Hablar con él era imposible. Rebeca se dio la vuelta, furiosa, y se dirigió a su portal.

—No te preocupes por mí, soy adulta y sé cuidarme sola —expuso, buscando las llaves en su bolso.

—Espera, no te vayas.

—Déjame —le exigió, frustrada. Hablar con él era como hacerlo con una pared.

—¡Escúchame! —le pidió, agarrándola de un brazo—. Lo único que debe importarte es estar bien.

Rebeca se dio la vuelta y, de un tirón, se libró de su mano.

—¿Eso es lo único que debe importarme? Muy bien, pues dime: ¿Qué me va a pasar?

Adán se sentía un villano. Era difícil ayudarla sin contarle la verdad.

—Si no has notado nada, ningún cambio ni alteración en tu cuerpo, casi con seguridad todo irá bien. Solo quedan unas horas de riesgo. Lo que hay que hacer es vigilar la evolución de tu cuerpo.

—¿Cómo sabes tanto de eso? De ese ser, ¿cómo dijiste?, mutado genéticamente.

Adán volvió a mirarla en silencio. Otra vez lo mismo, se encontraba un muro.

—¿Cómo quieres que confíe en ti? —preguntó molesta—. No te conozco de nada. ¡Quieres que confíe en ti, pero tú no confías en mí!

—Yo no confío en nadie —sentenció Adán, y su voz sonó helada.

—¡Estupendo!

Rebeca le dio la espalda y metió la llave en la cerradura del portal. Antes de que pudiera abrir la puerta, Adán la cerró desde su espalda, colocando una mano por encima su hombro. Rebeca no se movió, de repente, el corazón le latía a mil por hora. Sentía su respiración por detrás de la cabeza.

—Yo no confío en nadie... —repitió nuevamente. Esta vez el tono de su voz era completamente distinto—. Pero tú puedes confiar

en mí.

Rebeca giró apenas su cabeza, sintió los labios de él cerca de su oreja.

—Puedes confiar en mí, Rebeca.

Sintió su aliento cálido en la piel de su cuello.

Rebeca hizo un gesto para volverse del todo, a lo que Adán respondió dando un paso atrás que rompió aquella intimidad que se había formado.

Rebeca levantó lentamente la mirada y se encontró con la oscura mirada de él, que en ese momento no parecía tan fría. Estaba allí porque estaba preocupado por ella, pero no iba a darle ningún tipo de respuesta a sus preguntas. Rebeca tuvo que tomar una decisión.

—Está bien, voy a confiar en ti —declaró—. ¿Vas a ayudarme? ¿Qué tengo que hacer?

Adán guardó silencio un momento. Parecía pensativo, como si estuviera sopesando una posibilidad. Si quería proteger su mundo, había otras alternativas antes de llevarla a la clínica.

—Hay una sustancia líquida —indicó— que delataría si estás o no contaminada.

—¿Dónde puedo conseguirla?

—En el mercado negro. Pero moverse en ese mundo es muy peligroso.

—Pero tú sí sabes cómo conseguirla, ¿no? —preguntó con sus ojos verdes expectantes.

Él miró al cielo con preocupación. Ya era completamente de noche. Quizás el Maestro podría ayudarlo como años atrás. Era la única alternativa si no quería llevarla a la clínica.

—Hay un lugar en la Ciudad China —murmuró—. Es posible que allí nos ayuden.

La Ciudad China, el barrio chino de Madrid, era un lugar inhóspito para los occidentales, pero Rebeca decidió que con él estaría segura.

—¿Vamos? —preguntó impaciente.

Adán vaciló. Quería ayudarla, pero no sabía hasta qué punto aquello sería bueno para él. Actuaba de un modo completamente

ajeno a su naturaleza, se estaba involucrando de un modo personal sin seguir el protocolo.

Dudó, pero en cuanto ella lo miró con aquellos ojos verdes impacientes, supo que cedería. No estaba acostumbrado a ceder, nunca.

—Está bien, vamos.

Cruzaron la calle, Adán se montó en su antigua moto eléctrica y arrancó. Ella se quedó parada un segundo; los vehículos privados eran algo completamente residual, solo conocía los que utilizaba el cuerpo militar. Prácticamente, no había vehículos privados en Madrid, solo tenían potestad para comprarlos aquellas personas que tuvieran un determinado poder adquisitivo, por lo que la gente normal viajaba en autobuses eléctricos por la Ciudad Vieja o en cibertranvías por Majadahonda.

Él le entregó el casco y la arrancó de sus pensamientos. Se lo colocó y salieron de allí en cuestión de segundos.

Rebeca se agarró a Adán con fuerza. Sentía su amplia espalda bajo la cazadora de cuero. Tenía un aroma muy particular. Aspiró profundamente y volvió a sentir que podía confiar en él. La moto corría veloz cruzando las calles de Madrid. El cielo se cerró encapotado en lo que parecía iba a ser una tormenta de finales de verano. Mientras avanzaban por la Ciudad Vieja, Rebeca sentía que Madrid tenía vida propia. Bajaron las calles de Fuencarral y Montera y desembocaron en la desoladora Puerta del Sol. Entre los abandonados edificios crecía una vegetación decidida a comerse, inmisericorde, los vestigios de un mundo pasado.

Siguieron hacia el sur de Madrid, cruzando La Latina a gran velocidad. Aquella zona estaba arruinada y abandonada desde la Gran Guerra. Por el día podía tener algo de vida, pero al caer la noche parecía no haber un solo habitante en kilómetros en el sur de la Ciudad Vieja. Sin embargo, Rebeca se estremeció; sentía que cada esquina escondía algo oculto y tenebroso. Allí no había hologramas publicitarios y las restricciones eléctricas eran acusadas. La velocidad heló su cuerpo y el miedo, su mente. Cerró los ojos y hundió su cara en la cazadora mientras cruzaban por uno de los puentes del río

Manzanares, camino de Usera, el barrio chino que constituía prácticamente una ciudad dentro de los últimos límites de Madrid.

Adán sintió su calor en la espalda y pensó que quizás no podría desandar los pasos que estaba caminando. Hacía mucho tiempo que no se preocupaba así por alguien y sabía que, precisamente por eso, ella no era buena para él. Lo estaba desestabilizando. Había necesitado años de entrenamiento para poder controlarse. ¿Por qué dejar ahora que todo aquel esfuerzo se evaporara?

# 3

—Hemos llegado —dijo Adán tras aparcar en una calle sinuosa y empinada—. Este no es un barrio seguro. No te apartes de mí.

—No te preocupes, no pensaba hacerlo —contestó caminando muy cerca de él.

Adán intensificó sus sentidos para apreciar cualquier sonido por imperceptible que este fuese.

La Ciudad China, que abarcaba todo el sur de Madrid, era el último vestigio de cómo Oriente había logrado colonizar casi por completo a Occidente. Prácticamente la mitad del barrio había desaparecido bajo las bombas, proyectiles, explosivos y demás artefactos utilizados en la Gran Guerra. Había que viajar más de doscientos años atrás para tener una certeza de cómo era el paisaje entonces. En el año 2100, tras casi cien años de colonización comercial de China, Estados Norteamericanos inició una guerra contra el gigante asiático por el control del comercio y la economía: la Gran Guerra Mundial, llamada la Breve. Duró únicamente un mes y todavía se la recordaba por la enormidad de sus consecuencias.

La destrucción llegó tan lejos en un periodo tan corto de tiempo a nivel mundial que rápidamente se declaró el alto el fuego. Se prohibieron las telecomunicaciones y desapareció la cooperación internacional. Se cerraron Internet y todas las plataformas telemáticas de conocimiento, así como las redes sociales. La política se convirtió en un arma al servicio de los intereses gobernantes.

Dos siglos después, la gente seguía recelando de los orientales. La Ciudad China era el único espacio de Madrid donde había negocios de población oriental, a pesar de que casi todos ellos eran madrileños desde hacía varias generaciones. Sus padres y sus abuelos también eran madrileños, y así hasta seis o siete generaciones. Para los occidentales, ellos eran el motivo de la gran

destrucción que asolaba la mitad del Estado. Eran chinos, siempre serían chinos, y solo por ello eran objeto de odio.

Rebeca observaba con cautela a su alrededor. Nunca había estado allí y sabía que no era bien recibida, como tampoco lo eran ellos en el centro de la ciudad, en Majadahonda. Las farolas y los hologramas publicitarios del barrio chino no dejaban lugar a dudas del lugar en el que se encontraban. Farolillos de colores cruzaban las calles de un lado a otro. Todo estaba lleno de luz, pero no había nadie en la calle. Los pasos de ambos resonaban sobre el suelo como único sonido de aquellas calles sin movimiento.

—Hemos llegado, es aquí —indicó Adán señalando unas estrechas escaleras de madera, viejas y carcomidas.

Subieron rápidamente y llegaron a una puerta. Adán llamó dando un par de toques suaves. Desde lo alto de la escalera Rebeca observó las luces de colores de la mitad del barrio y la oscuridad que engullía la otra mitad; era un ejemplo a pequeña escala de lo que ocurría en Madrid con las restricciones. El paisaje de colores y letreros chinos por todas las calles cercanas no daban ni una pista de cómo había sido ese sitio antes de la colonización oriental.

De repente se abrió una pequeña rejilla, arrancando a Rebeca de sus pensamientos.

Dos oscuros ojos preguntaron:

—¿Quién llama? —La voz era cortante.

—Necesito ver al Maestro —respondió Adán sigiloso. Quería entrar cuanto antes, percibía la presencia de básicos extremos a sus espaldas—. Es importante.

—¿Quién pregunta? —Adán no contestó—. ¿Quién pregunta? —insistió, molesta, la mujer.

—Dile que está aquí… —Paró un segundo y miró de reojo a Rebeca. No quería responder delante de ella, pero no había opción; tenían que entrar rápido, sentía a criaturas cerca, muy cerca—. Xabiamonus —contestó finalmente.

En un par de minutos se abrieron las puertas y ambos entraron rápidamente. Una vez dentro, Rebeca miró a su alrededor con dificultad. Le costaba acostumbrarse a la iluminación de aquella casa en la que se mezclaban luces rojizas y blancas que creaban sombras

sobre muebles occidentales y orientales en una sobreexcedida decoración.

Los ojos oscuros de la rendija pertenecían a una mujer oriental de mediana edad, muy baja y malhumorada. Ella los condujo con rápida inquietud hasta una pequeña estancia y, acto seguido, cerró la puerta. Aquella habitación parecía realmente estrecha. Estaba rebosante de cofres, tapices, muebles antiguos y un pesado olor a hierbas aromáticas e incienso. Pero lo que más sorprendió a Rebeca fue que había múltiples aparatos antiguos cuadrados y de plástico, algunos con lo que parecía ser un cristal de mayor o menor medida en su parte frontal. Adán se fijó en cómo los miraba y entendió su curiosidad.

—Son televisiones y radios analógicas de finales del siglo XX.

—¿En serio? —preguntó incrédula—. Nunca los había visto. ¿Y funcionan?

—Creo que la mayoría los tiene restaurados. Otros los utiliza para repuestos. No creo que consiga que funcionen todas esas antiguallas de hace trescientos años.

La puerta se abrió y la mujer hizo un gesto para que la siguieran a otra estancia. En esta segunda habitación los esperaba un anciano oriental. Era difícil concretar a qué país pertenecía, porque sus rasgos eran un tanto ambiguos. Vestía amplios pantalones de tela negros y una camisa blanca del mismo estilo. Tenía el cabello y la barba largos y blancos. Su aspecto era sencillo, pero había algo en su porte que lo hacía parecer distinguido. Esta habitación era más austera, pero tenía un olor peculiar, una mezcla de ungüentos y pociones. Rebeca comenzó a sentirse mareada. Esto, unido a la tenue luz de aquel extraño lugar, la llevaba a un estado de aturdimiento mayor. Al fondo había una segunda puerta entreabierta sumida en la oscuridad, se intuía algo o alguien al otro lado de la misma. Rebeca agudizó su mirada y se encontró con unos ojos azul celeste rasgados y una larga melena negra. Cuando el oriental abrió la boca para hablar, aquel cuerpo en la oscuridad se movió y desapareció sin que nadie, salvo ella, se hubiera dado cuenta de su presencia.

—Xabiamonus, hace mucho tiempo que no pisabas mi casa —dijo el hombre mirándolo con detenimiento—. Juré que no volveríamos a vernos y aquí estás.

—Lo sé. —Adán se mostró incómodo ante el recibimiento, bajó la cabeza en señal de respeto y volvió a levantarla para decir—: No habría venido si no me hubieran obligado las circunstancias.

Cogió la muñeca de Rebeca y la encaminó hacia una camilla que había en un lado de la habitación y, acercando la mano a una lámpara, añadió:

—Necesito que la ayude, un extremo la atacó ayer por la noche, creo que era un súfano. Casi han pasado las primeras veinticuatro horas…

—¿Y la has traído a mi casa? —preguntó con severidad—. ¿Por qué?

Él se quedó muy serio. Rebeca los miró sin entender. Parecían hablar entre líneas.

—Por favor, Maestro. ¡Ayúdela! Ella no sabe nada. Es una INCONSCIENTE.

Adán utilizó una palabra que para Rebeca no decía nada, pero para el oriental lo explicaba todo. La población de inconscientes solo tenía una conciencia parcial del mundo en el que vivían; conocían lo que el Gobierno permitía, mientras que aquellos que tenían los ojos abiertos estaban al tanto de la realidad del mundo hipócrita que los rodeaba.

Rebeca estaba asustada y contenía la respiración, no entendía nada. Dirigió su mirada a Adán y ambos se encontraron. Ella se quedó paralizada. ¿Los ojos de Adán eran más claros? Ya no parecían negros, sino castaños. ¿Habían cambiado de color o era aquel olor que la aturdía?

El anciano la tomó de las manos y la apartó de él. La ayudó a tumbarse sobre la camilla. Acto seguido, subió la manga de la camisa, dejando desnudo su brazo. Le untó un aceite y comenzó a frotar con fuerza. Se quedó adormecida por el fuerte olor dulzón de aquellos aceites que la transportaban a un lugar relajado y lejano. Justo antes de dormirse pudo escuchar la profunda voz de Adán.

—Ya no hay vuelta atrás, ¿verdad?

***

Rebeca abrió lentamente los ojos. Un destello de luz que entraba por una ventana cercana la deslumbró, por lo que volvió a cerrarlos con rapidez. Tenía sensación de pesadez. Los abrió de nuevo, pero no era capaz de mantenerlos así mucho tiempo. Estaba tendida en una cama. Intentó incorporarse… No podía, su cuerpo pesaba como si fuera de plomo y la cabeza le daba vueltas. Tan solo alcanzaba a ver lo que la rodeaba a escasos metros: retales de luz envolvente y algo blanco que la cubría. Le dolía la cabeza. Un débil pero constante zumbido parecía envolver por completo su mente. Quería hablar, pero una gran debilidad la dominaba. Se quedó otra vez dormida, sintiendo como los rayos de sol que entraban calentaban su cuerpo. Era como si estuviera en un invernadero, cálido y húmedo, con el lejano canto de los pájaros en su exterior. ¿Dónde estaba? Se dejó transportar por un pesado sueño.

Adán giró el pomo de la puerta con sigilo, no quería despertarla. Entró en la habitación y se sentó en un sillón cerca de la cama. Rebeca estaba sumida en un profundo sueño, parecía tranquila y ajena a todo lo que estaba pasando. Deseaba protegerla, no podía evitarlo, a pesar de que se estaba involucrando. Él siempre trataba de evitar implicarse y nunca permitía que nada lo desestabilizara, pero ahora sentía que todo su entrenamiento se evaporaba.

Con ella no estaba actuando con normalidad.

¿Qué demonios estaba haciendo?

***

—¿Qué haces, Olga? —preguntó Ángel acercándose al ama de llaves.

—Preparo la ropa de la señorita.

Ángel cogió una manzana del frutero, se apartó el pelo hacia atrás y le dio un mordisco.

—¿La señorita? ¿Qué señorita?

—La invitada del señor Adán.

La mirada de Ángel brilló divertida.

—Pero bueno, ¿estás hablando en serio? ¿Adán ha traído una chica? —Ángel esbozó una sonrisa. ¿Era eso posible? ¿Adán se había traído un ligue? ¡Ya era hora!

El ama de llaves tenía un carácter seco y frío, demasiado en ocasiones, no se mostraba afectiva y mucho menos entraba en chismes. Ángel lo sabía de sobra, pero, aun así, estaba dispuesto a tentar a la suerte.

—Dime, Olga, ¿y ha habido una tórrida noche de amor?

Olga le dirigió una gélida mirada gris, atravesándolo con sus fríos ojos finlandeses.

—Tendrá usted que preguntárselo al señor o directamente a su invitada. La señorita está alojada en la habitación blanca —dijo estirando la camisa recién sacada de la lavadora. No pensaba decir más, pero, a pesar de su habitual discreción, no pudo evitar añadir —: Aunque no creo que hubiera mucha pasión con ella inconsciente.

—¿Cómo? —Se le borró de inmediato la sonrisa de la cara—. ¿Qué estás diciendo, Olga?

—Llegaron de madrugada y la joven no estaba consciente. Lo ayudé a instalarla en la habitación —respondió sin dejar de hacer sus tareas—. Ya sabe que no soy cotilla, señor, así que, si quiere saber más, pregúntele a su hermano.

—Olga, no me llames señor que me pones muchos años encima. Te lo he dicho muchas veces.

—Es cierto, señor —replicó sin inmutarse y con cierta guasa.

—Volvamos al tema de esa chica. Seguro que algo más podrás decirme…

En ese momento entró Félix en la cocina.

—¡Ángel, tienes que venir! —exclamó apurado—. Hay una avanzadilla en el bosque, hacia el norte, por el sendero del rastrojo.

Ángel se tensó de inmediato y dejó la manzana sobre la mesa.

—¿Es el mismo grupo? —preguntó saliendo de la casa hacia las motocicletas de montaña.

—Sí.

—¿Cuántos has visto?

—He contado seis.

—No lo entiendo. Están organizados en... ¿¡en una manada!?

—Creo que sí —respondió el joven.

—No sé cómo lo han hecho —comentó sin dar crédito—. Pero ¿son los mismos? ¿Estás seguro?

—Sí, sí, estoy seguro. Reconocí a dos. Son extremos. Apenas llevan vestidos unos harapos.

—¿A qué distancia están?

—A tres kilómetros por el noroeste, cerca de las cuevas. Creo que se están quedando allí.

—¡Claro! ¿Cómo no lo pensamos? Es muy raro que estén por aquí. No sé de qué se están alimentando.

—Yo no quiero ni saberlo —replicó Félix haciendo una mueca de desagrado—. Pero no podemos tenerlos tan cerca de casa.

Ángel se subió a su moto. Félix lo miró y dijo:

—Ya sabes qué tenemos que hacer...

La cristalina mirada de Ángel se oscureció. Daba igual lo apartados que estuvieran de todo, el trabajo que realizaban en la clínica o los cientos de criaturas y contaminados a los que ayudaban. Con los básicos extremos no podían hacer nada, eran criaturas incapaces de razonar. Su intelecto estaba mermado. Al final, la realidad se imponía. Arrancaron y se alejaron de la casa rápidamente. Llegaron a la zona indicada unos minutos después. Dejaron las motos para no hacer ruido. Estaban en una parte bastante escabrosa, la montaña se empinaba hacia las cuevas, pero estaban bien entrenados, por lo que se movían con facilidad entre los árboles y los peñascos. Félix guio a Ángel, y por fin los vieron.

—Están ahí abajo.

—Sí, puedo verlos.

Desde los árboles podían observar al grupo. Sin duda eran básicos extremos. Su nivel de involución era muy alto. No interactuaban entre ellos, salvo por pequeños gestos. Se movían solo por instinto para cubrir sus necesidades.

—Hay cuatro hombres y dos mujeres. Si tienen relaciones sexuales entre ellos, engendrarán nuevas criaturas.

—Serán genéticas inviables —señaló Ángel muy serio—. Bebés extremos —añadió pensativo—. Quizás podrían vivir unos años.

—¡Serán monstruos! —sentenció Félix.

—No hables así —lo censuró Ángel—. Ellos no tienen la culpa.

El joven apretó los dientes. Sabía que Ángel tenía razón, pero él todavía recordaba el infierno que había pasado a manos de dos extremos unos años antes. No lo olvidaría nunca.

—No sé cómo han llegado hasta aquí —señaló, intentando apartar sus propios demonios.

—Yo tampoco me lo explico. —Ángel los observaba preocupado. Pronto sería mediodía—. En breve buscarán comida.

—Están demasiado cerca. Si salen de caza, se aproximarán mucho a la casa —dijo Félix con frialdad, aunque, a pesar de su decisión y energía, tenía un pequeño temblor en la voz.

Ángel observó a su joven empleado. Apenas llevaba tres años con ellos y ya estaba completamente centrado, no quedaba nada del chico de trece años asustado que habían acogido.

Ángel respiró hondo. Su mirada era fría como el acero. Observó a los extremos. Si los cogía la policía, los mataría o, peor, se los llevarían para experimentar. Los extremos no podían vivir en sociedad, motivo por el que tampoco podían ayudarles en la clínica.

No había futuro para los básicos extremos en la sociedad. Sin embargo, parecía que el futuro involucionaba hacia los extremos, era un círculo vicioso.

—Habrá que enterrar los cuerpos —dijo Ángel con determinación. Recogió su largo cabello rubio hacia atrás.

Félix cogió el arma que tenía escondida en la cintura del pantalón, estaba decidido.

Ángel se la quitó de las manos, era demasiado joven.

—¡Dame eso!

***

Pasaron horas antes de que Rebeca volviera a despertarse, desubicada e incapaz de reconocer en dónde se encontraba. El dolor de cabeza había remitido y ya no sentía tanta debilidad. Se incorporó en la cama. ¿Dónde estaba? Miró a su alrededor y no reconoció nada. Se encontraba en una amplia habitación con decoración imperial cuyo silencio hacía que su propia respiración le

resultara ruidosa. Una de las paredes estaba cubierta por ventanales que ocupaban casi todo el espacio, por allí entraba aquella claridad. Se levantó un poco aturdida y se dio cuenta de que no tenía puesta su ropa, sino un camisón de algodón. Miró a su alrededor intentando situarse, lo último que recordaba era a aquel extraño oriental. Al momento apareció Adán en el umbral de la puerta. Sus ojos y cabellos parecían más claros, por lo que dio un paso atrás, desconfiada.

—¿Dónde estoy?

—En mi casa —contestó él sin acercarse—. Después de la limpieza te subió la fiebre. ¿Te acuerdas de algo?

Rebeca sí se acordaba del Maestro, aunque vagamente recordaba algo de lo que había pasado. Imágenes distorsionadas comenzaron a agolparse en su mente: el aroma dulzón, inyecciones y, finalmente, unas correas sujetándola. Miró rápidamente sus muñecas y encontró las marcas que estas habían dejado.

—¡Me atasteis! —exclamó con rabia.

Él asintió.

—Fue necesario. Al principio te dormiste, pero cuando empezaste a alterarte tuvimos que retenerte… —Adán recordó cómo gritaba y pataleaba completamente fuera de sí—. ¿Te acuerdas de algo?

—Vagamente. Solo retazos, como en un sueño.

—Pasaste horas con fiebres altas, delirando y temblando.

Ella lo miró con ojos incrédulos.

—¿Horas?

Él se limitó a asentir.

—Te sentirás un poco débil, pero pronto te recuperarás.

—¿Qué hora es?

—Son las tres y media —contestó y dio un paso al interior de la habitación, pero manteniendo una distancia prudente.

—Tengo que llamar a mi trabajo. Tengo que ir al Ayuntamiento.

—Hoy es sábado —señaló él.

—¡Es verdad! —exclamó, aturdida, llevándose la mano a la cabeza.

—Ahora no puedes irte, tienes que descansar.

Rebeca se detuvo un segundo y dirigió de nuevo su mirada hacia la ventana, intentando observar el exterior para ubicarse, pero solo alcanzaba a ver el cielo.

Volvió a mirarlo.

—¿No puedo irme? —preguntó levantando las cejas.

—Por supuesto que sí puedes irte —se corrigió Adán—. Pero estás muy débil. Necesitas descansar.

—Ya… —murmuró al revivir la conversación que habían tenido en su portal. Había decidido confiar en él, pero todo era tan misterioso que se lo ponía realmente difícil—. ¿Vas a explicarme qué me ha hecho ese curandero?

Él dudo y asintió.

—Pero primero debes comer algo.

—¿Me has traído tú aquí?

—Sí.

—¿Me has cambiado tú la ropa?

Adán se sintió incómodo. La miró muy serio.

—No. Lo ha hecho el ama de llaves.

—¿Está ahora? —preguntó. Necesitaba saber que no estaba sola con él, allí, donde fuera que estuvieran.

—Sí, está en la primera planta —contestó distante y un poco molesto—. Hay más gente en casa.

Rebeca se limitó a asentir sin disimular su recelo. ¿Realmente él la estaba ayudando? ¿Por qué la había llevado allí? ¿Por qué no estaba en un hospital? No es que confiara mucho en el sistema sanitario sin dinero de por medio y, además, él estaba diferente.

—Pareces distinto —verbalizó.

El rostro pálido de Adán y su cabello, de un color más castaño que el negro que ella recordaba, le producían la sensación de encontrarse ante un desconocido.

—Es por la luz —dijo señalando el amplio ventanal—. Da la impresión de que tengo el pelo más claro —mintió.

Ella desvió la mirada y caminó hasta el ventanal para poder ver el exterior.

Entonces se quedó sin palabras mirando a través del cristal: cientos de árboles frondosos y altos se abrían paso ante sus ojos,

hasta perderse en el horizonte.

La casa en la que se encontraba estaba situada sobre la parte alta de un bosque, las copas se sucedían avanzando hasta donde alcanzaba su vista.

—¿Dónde estamos? —preguntó nuevamente en un susurro.

—En la sierra, al norte de la ciudad, a una media hora en coche del Perímetro.

—¿Por qué me has traído aquí?

Una mujer mayor, vestida con sobrios colores, asomó en el umbral de la puerta y los interrumpió.

—Señor, la comida está lista. —Su voz neutra y sus cabellos grises recogidos en un trabajado moño no hacían más que acentuar su aspecto frío.

Rebeca se tranquilizó al ver a otra persona.

—Está bien, Olga. Gracias.

Adán se volvió y por un segundo dejó de ser el hombre frío y distante. Sus ojos imploraban comprensión. Se mostraba ante ella como un acertijo que tenía que descifrar con muy pocos datos. Parecía una tarea titánica.

—Ten tu ropa. Olga la ha preparado —dijo señalando hacia uno de los sillones de la habitación—. Vístete y hablaremos, te lo prometo.

Rebeca se quedó a solas otra vez. Su pantalón y su camisa tenían un frescor abrumador. Vio en el suelo unas zapatillas deportivas que le habían dejado y decidió ponérselas. Salió de la habitación con cautela. Aquel sitio era impresionante. Un amplio pasillo se extendía tanto a izquierda como a derecha y a lo largo de él se repartían una veintena de puertas cerradas. Dio un par de pasos para acercarse a una balaustrada y se inclinó sobre ella. Dos pisos más abajo, vio a Adán que hablaba con un hombre al que parecía dar órdenes; seguramente era un empleado. ¿Aquella era su casa? ¿Cómo podía ser posible que alguien tan joven tuviera una casa así?

Él percibió su presencia, elevó la vista y sus ojos se cruzaron. Rebeca suspiró. Hacía tan solo dos días que lo conocía y nunca en

su vida había experimentado tantos sentimientos contradictorios hacia alguien: agradecimiento, miedo, desconfianza, ¿atracción?

—¿Tienes hambre? —preguntó él cuando llegó abajo.

—No.

—Tienes que comer. —Otra vez parecía darle órdenes. Estaba claro que él no pedía las cosas, las imponía—. Tu cuerpo ha estado expuesto y las limpiezas minan cualquier organismo.

Ella se preguntó si estaría acostumbrado a que todo el mundo lo obedeciera.

—¿Siempre eres así?

—Así ¿cómo?

—Imperativo.

Adán estuvo a punto de contestarle, pero se calló. Apretó la mandíbula.

Rebeca lo observó. Era atractivo, mucho. El cuerpo trabajado, su cabello negro, aquella mirada oscura. Sin embargo, en cuanto a personalidad, tenía que mejorar ciertos aspectos.

—Primero hablamos y luego ya veremos si como —indicó, porque ella no estaba acostumbrada a que le dieran órdenes.

—Está bien —cedió él apretando los dientes—. Lo haremos a tu manera.

Salieron al exterior. Los límites del jardín se confundían con el bosque. El viento recorrió el cuerpo de Rebeca, enredando su cabello alrededor del cuello. Se sintió extraña, porque en Madrid casi nunca soplaba el viento.

—¿Qué hago aquí?

Se paró en seco y clavó su mirada en los ojos de Adán. Se esforzaba por aparentar seguridad, necesitaba mostrarse fuerte.

—No quiero que te asustes.

—Pues se te da bastante mal, la verdad —declaró Rebeca cortante.

Adán sentía lo molesta que estaba. Ella lo miraba expectante.

—¿Qué? ¿Vas a hablar de una vez? ¿O voy a tener que arrancarte las palabras? —preguntó de forma directa—. ¿Por qué me has traído aquí? ¿Qué ocurrió ayer? Lo último que recuerdo es estar en aquella casa en el barrio chino.

—La criatura que te atacó te ha contaminado —declaró con brutal sinceridad.

—¿Cómo? ¿Cómo que me ha contaminado? —preguntó tratando de mantener la calma—. Dijiste que era prácticamente imposible.

—Lo sé. Sé lo que te dije y lo lamento —contestó—. Era poco probable, pero no imposible.

Rebeca lo miró con sus cabellos castaños enmarcando un rostro pálido. Sus ojos verdes tenían un color casi irreal en el exterior. Adán se estaba involucrando emocionalmente. Era un error. No debía hacerlo. Pero había algo en ella que lo había impulsado a actuar así, saltándose todos sus cortafuegos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rebeca sin entender el alcance de lo que significaba estar contaminada. Ni qué la había contaminado. Solo sabía que algo malo le estaba ocurriendo y él no quería contarle qué estaba pasando.

—No se puede saber todavía. Necesitarás un tiempo para estabilizarte y adaptarte a la nueva situación. Habrá que ver cómo evolucionas, pero estoy seguro de que todo irá bien —dijo más con deseo que con convencimiento. Jamás habría hecho un juicio de valor así en la clínica.

—¿Por qué siento que todo va cada vez peor y que tú sabes algo que no quieres decirme?

Adán abrió la boca, pero volvió a cerrarla. El viento revolvió sus cabellos. Él era consciente de su miedo, pero ya había hablado demasiado. Si añadía algo más, debería explicárselo todo y ella ya no tendría una oportunidad de volver a su vida.

—No puedo decirte nada más.

—¿No puedes o no quieres?

Adán movió la cabeza en forma negativa.

—No quieres saber nada más, créeme. Es mejor así.

—¿Puedo decidir lo que es mejor para mí? —replicó molesta.

Rebeca dio un paso, acortando la distancia que los separaba. Adán era muy alto y corpulento. Mirar hacia arriba cuando quieres parecer firme no es lo mejor, pero era la única forma que tenía de enfrentarlo.

—Rebeca… —murmuró Adán.

En ese momento los ojos de Adán se aclararon. Ella lo hacía desestabilizarse.

—¿Qué te ocurre? —preguntó sorprendida—. ¿Qué demonios es lo que te ocurre?

Adán la cogió del brazo.

—No tengas miedo. Déjame explicarte.

Rebeca se zafó de su mano.

—Creo que el término «explicación» no está en tu diccionario. No me has dado ni una sola explicación decente desde que te he conocido. ¡Aléjate de mí!

Echó a correr. El corazón le latía tan rápido que la sangre bombeaba en sus sienes. No podía pensar, le dolía mucho la cabeza, pero su instinto le decía que debía salir de allí. De repente tropezó y se cayó al suelo.

Adán la alcanzó y se agachó a su lado.

—Vamos. —Le tendió la mano—. Déjame ayudarte.

Ella se movió rápidamente intentando zafarse, pero él ya no estaba dispuesto a volver a correr otra vez; había llegado al tope de su paciencia por ese día. Se movió con agilidad, colocándose por encima de su cuerpo, y sostuvo a Rebeca contra el suelo. Su cuerpo era demasiado fuerte y mucho más voluminoso que el de ella, la inmovilizaba bajo sus brazos sin el menor esfuerzo.

Rebeca sintió miedo, el corazón latía con fuerza en su pecho.

—¡Suéltame! Déjame en paz, quiero irme de aquí.

Adán no se movió. Ella lo tenía sobre su cuerpo, muy cerca, y pudo percibir con claridad cómo el color de su cabello también oscilaba. Era algo muy ligero, pero perfectamente perceptible.

—Pero… ¿qué eres? —murmuró.

Él aflojó su agarre.

—¡Escúchame! Voy a soltarte despacio y quiero que te tranquilices. Estás a muchos kilómetros de Madrid. Tendrás que confiar en mí.

La soltó y, al mismo tiempo que lo hacía, su cuerpo cambió sutilmente. Sus ojos y su cabello volvieron a oscurecerse. Eran

cambios apenas perceptibles, pero lo bastante reales para que ella los tuviera bien presentes.

Adán se levantó y se apartó unos pasos. Necesitaba que confiara en él. Estaba contaminada y tenía que ayudarla, pero era una tarea imposible sin abrirle los ojos. Se revolvió el pelo, exasperado, incapaz de controlar la situación.

—¡Adán, Adán! —llamó alguien de repente.

—¡Estamos aquí! —contestó.

Entre los árboles apareció un joven de aspecto espigado, poco más que un adolescente.

—Hay movimiento en el bosque, activaremos el campo de protección. ¡Tenéis que regresar! —dijo el joven volviendo rápidamente sobre sus pasos.

Adán frunció el ceño. Estaba decidido a cogerla en volandas y arrastrarla de nuevo a la casa si no cedía. Ella no decía nada, parecía valorar sus posibilidades.

De repente alguien habló.

—Eres muy desconfiada, ¿nunca te lo habían dicho? —dijo una voz detrás de ellos.

Rebeca se giró y vio a un chico sentado sobre una piedra un par de metros más allá. Jugueteaba con una pequeña pelota que lanzaba al aire y volvía a coger con gestos mecánicos. Se levantó y se plantó delante de ella con una sonrisa bastante descarada.

—Y la verdad es que bastante guapa.

Ella no supo qué decir. El joven le mostró la más amplia de las sonrisas. Era, desde luego, el chico más guapo que Rebeca había visto jamás; tenía un cuerpo y un rostro de dimensiones perfectas y armónicas. Era rubio, con ojos azules y una larga melena que caía sobre sus hombros.

—Tenemos que irnos —dijo Adán mirando con rictus serio al joven rubio.

—Me llamo Ángel —se presentó este, dando un paso hacia ella —. ¿No pensabas presentarme? —preguntó mirando de refilón a Adán—. No se lo tengas en cuenta, es un poco huraño, pero seguro que eso ya lo sabes —añadió mientras la observaba de nuevo con una sencilla sonrisa sostenida entre sus labios.

De repente se escucharon unos ruidos a sus espaldas. No eran muy fuertes, pero sí lo suficiente para atraer la atención de Adán y Ángel que reaccionaron mirándose rápidamente.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Adán.

Ángel cogió la mano de Rebeca y los tres comenzaron a correr, con el sonido de pasos que los perseguían pegados a sus talones.

—Ángel, sácala de aquí. ¡Llévala a casa! —dijo Adán frenando en seco, decidido a volver sobre sus pasos.

—Está bien —contestó Ángel sin vacilar.

Adán desapareció entre los árboles mientras ellos corrían en sentido contrario.

—¿Qué? ¿A dónde va? —preguntó Rebeca.

—A cubrirnos las espaldas. ¡Vamos, deprisa!

De repente tres seres cayeron de los árboles delante de ellos. Los atacantes estaban medio encorvados, tenían mucho pelo, por lo que apenas podía verles las caras, y vestían con harapos. Tenían cara de simios, Rebeca nunca había visto algo así.

Ángel reaccionó con rapidez; lanzó la pelota con la que había jugueteado momentos antes contra uno de ellos y le dio de lleno en un ojo. El ser comenzó a aullar del dolor. Los otros retrocedieron, momentáneamente desconcertados.

Rebeca se fijó en el lanzamiento, que pasó ante sus ojos ralentizado, como si ella fuera capaz de percibir la velocidad a un detalle que los demás no podían. Vio el pelo de Ángel girando lentamente hacia atrás al tiempo que su mano cogía impulso y lanzaba el pequeño proyectil. La pelota giró sobre sí misma hacia su objetivo, golpeó el ojo y pequeños pelos de la cara del atacante se desprendieron, para salir nuevamente despedida.

Rebeca observó cada detalle como si pasara a cámara lenta.

Entonces, Ángel sacó una recortada que tenía oculta en la parte trasera de su pantalón y disparó a sus atacantes, que cayeron abatidos.

Rebeca observó las balas que habían pasado ralentizadas a sus ojos hasta alcanzar su objetivo.

—Vámonos de aquí —sentenció Ángel, girándose hacia Rebeca.

Todo volvió a moverse a una velocidad normal.

Escucharon ruido y, en su huida, volvieron a adentrarse en el bosque. Se encontraron con Adán que peleaba contra otros de esos seres encorvados que saltaban descontrolados. Como arma empuñaba la rama de un árbol; golpeaba rápido y de modo contundente, pero lo atacaban demasiados. Ángel volvió a disparar a dos nuevos atacantes, sus cuerpos se golpearon entre ellos al caer al suelo.

Todo sucedía demasiado rápido, sin embargo, Rebeca percibía aquella escena con una lentitud irreal. Sintió que algo se movía detrás de ella tratando de agarrarla, pero reaccionó moviéndose con agilidad. De nuevo intentaron cogerla, pero su renovada percepción la ayudaba a salir airosa del ataque de los simios. Era como si supiera los movimientos que iban a hacer y se anticipara a ellos. Nunca había tenido muchos reflejos, pero por algún motivo era capaz de moverse para esquivar los golpes. Veía a los simios como seres un poco torpes que se movían con lentitud, aunque sabía que eso solo ocurría así en su mente; en el exterior, saltaban y se agitaban como si estuvieran poseídos.

Ángel disparaba sin pestañear mientras Adán reventaba la rama contra uno de los simios. Ya no quedaba ninguno en pie, o eso creía él, hasta que uno lo cogió por detrás. Reaccionó girándose y agarrando el cuello peludo de su atacante. Lo apretó con determinación y el animal retrocedió lloriqueando, como si lo hubiera quemado donde lo había tocado. Ángel aprovechó la distancia para pegarle un tiro.

Habían reducido al grupo. Adán tenía la cara bañada en sudor. Miró a su alrededor buscando a Rebeca, que estaba a un lado, agotada por el esfuerzo; la adrenalina que había sentido comenzaba a abandonarla. Se estaba mareando, sintió que el suelo se movía bajo sus pies y que todo a su alrededor parecía haber perdido el sentido de la gravedad. Lo último que vio antes de cerrar los ojos fue la cara de Ángel y su larga cabellera rubia inclinada sobre ella mientras la sostenía. Después, la oscuridad se la tragó.

***

—¿Cómo está?

—Sigue inconsciente —contestó Ángel entrando en el despacho —. No te preocupes.

—Seguramente estaba débil. Todavía no había comido nada. Es muy testaruda.

Adán frunció el ceño; había sido su culpa, tenía que haberla obligado a comer.

—Adán, si esta chica acaba de sufrir una contaminación, ¿por qué no la llevaste directamente a la clínica?

—Quería evitarlo.

—¿Evitar el qué? —preguntó Ángel desconcertado. Entonces lo supo—. ¿Pretendes que todavía sea una inconsciente? ¿No le has hablado de la Involución? ¿Ni de las criaturas?

—No —aceptó Adán con rictus serio—. No lo he hecho.

—Pero ¿qué dices? Está contaminada. Tiene que ir a la clínica y tiene que saber la verdad. Hay un protocolo por algo, Adán.

—Es muy desconfiada. Muy inestable...

—¿Cómo quieres que reaccione si no le abres los ojos?

Adán se acercó a una de las ventanas. La semioscuridad que había en la habitación hacía que su rostro quedara en la penumbra. No, no quería abrirle los ojos, prefería que siguiera viviendo una vida fácil y alejada de la basura que inundaba su mundo. Ese día había estado en peligro por su culpa.

—Tiene que irse. Hay que limpiar sus recuerdos.

—Pero ¿qué dices? ¿Vas a exponerla así?

—No voy a exponerla. Voy a protegerla. Tiene una gran capacidad física, seguramente sus reflejos están evolucionando por la contaminación. Lo has visto. ¡Podrá zafarse si alguien la ataca! —Adán lo miró desafiante—. Déjala volver a su mundo.

—No te reconozco —declaró el otro sorprendido—. ¡Si le pasa algo será tu responsabilidad!

Adán le dirigió una mirada helada, pero justo en ese momento Félix apareció en la puerta del despacho.

—Adán, han llamado de la clínica. Tu padre ha estado allí esta tarde. Pidió acceder a la sala de reanimación y a la habitación H.

—¿Qué? —preguntó incrédulo.

Ambos observaron al joven como si no lo entendieran. ¿Qué hacía su padre en Main?

—¡Vete! —dijo Ángel. Vaciló un momento y después añadió—: Yo la llevaré a su casa.

# 4

—¿A qué has ido a la clínica?

—Adán, me alegro de verte.

No contestó al saludo, simplemente entró en el despacho y avanzó hacia la mesa del alcalde. Una vez dentro no pudo evitar echar un vistazo, al fin y al cabo, hacía años que no pisaba la alcaldía. Allí se mascaba la podrida política de aquella ciudad y del Estado de Madrid al completo. Sentía repulsión tan solo de pensar qué tipo de decisiones y tratos sin escrúpulos se habían tomado en esas cuatro paredes por el alcalde, la mano de acero que dirigía la ciudad, Javier Ruiz del Hierro. Él era el poder en sí mismo, el rostro más conocido del Estado, el punto álgido del poder y la corrupción. Era el alcalde, con A mayúscula. Su poder no conocía límites.

—¿A qué has ido? Sabías que no te dejarían entrar en la habitación H.

—Bueno. —El alcalde sonrió—. En realidad, tan solo quería tener la certeza de que no la habías deshabilitado. Con tu presencia aquí ya tengo mi respuesta.

Adán apretó los puños.

—Déjate de juegos. ¿Qué es lo que quieres?

—Pero bueno, ¿a qué viene tanta hostilidad? —El cinismo curtía cada palabra—. ¿No vamos a dedicar ni los cinco minutos de rigor a saludarnos? —Paró un segundo a observarlo—. Mírate, ya eres todo un hombre, parece mentira. Tu madre estaría muy orgullosa.

—¡Ni la nombres! —Adán perdió el control, justo lo que no quería hacer, lo que se había propuesto evitar: darle un solo motivo para pensar que podía manipularlo con sus juegos—. Eres el mismo de siempre, no has cambiado nada. No sé ni por qué me he molestado en venir. ¡No vuelvas a acercarte a la clínica!

—Te recuerdo que también es mi clínica.

—No, no lo es. No tienes ningún derecho sobre ella.

—¡Sabes que eso no es del todo cierto! —lo vaciló con una media sonrisa—. No vas a poder mantenerme siempre al margen. Yo soy su esposo —cambió su tono de cínico a autoritario.

—¡Tú no eres nadie! Ella está muerta —replicó perdiendo los nervios.

—No, no lo está. Todavía respira, ¿recuerdas? —lo aguijoneó el alcalde.

—¡Eres un cabrón! —replicó Adán, incapaz de controlarse—. Déjala descansar de una vez. ¡Han pasado cuatro años!

—¿Por qué te enfadas tanto? Vamos, no te pongas así. Podemos ir ahora a verla —jugó con él. Sabía cómo darle donde más le dolía—. ¿Qué pasa? ¿No quieres verla?

—Si quedara algo de humanidad en ti, la dejarías descansar —bramó apretando los puños.

El alcalde se levantó y se acercó a él, afilando su lengua antes de lanzar otro aguijón envenenado.

—Adán, yo sí tengo humanidad... y se mantiene intacta —manifestó mordaz.

Su sonrisa gélida e hiriente caló hondo en él. Adán le sostuvo la mirada. El odio y la rabia formaban un remolino en su interior que estaba desestabilizando su fortaleza. Su pelo se aclaró ligeramente, al igual que sus ojos.

—Ten cuidado, te delatas con facilidad —dijo el alcalde levantando su mano con la intención de tocarle el hombro en un forzado gesto paternal.

Adán dio un paso atrás. Ruiz del Hierro tenía razón: con él se delataba con facilidad, y hacía tiempo que no permitía que sus sentimientos se interpusieran en su camino. Había entrenado muchísimo para adaptar su vida a sus capacidades y canalizar su energía.

—Bueno, creo que es mejor que vaya directo al grano —dijo el alcalde volviendo a su amplio sillón y dejando sus juegos—. Vamos a construir una central uránico-térmica en la ciudad. Estamos preparándolo todo. Sin embargo, ya sabes que los procesos burocráticos son un poco largos y tediosos. El delegado de Contaminación necesita la firma de las principales empresas

vinculadas al medioambiente y al sector médico, ya sabes, para eliminar algunos trámites burocráticos, así que necesito que firmes el apoyo de la Clínica Main al proyecto.

—Definitivamente, te has vuelto loco —declaró sin creer lo que estaba escuchando.

—No. —El tono cínico desapareció. El semblante del alcalde cambió por completo; no quería perder el tiempo con él, quería su firma—. Necesito que firmes el protocolo de apoyo. Si lo haces, podremos acortar los trámites. Puedes tener la certeza de que esa central se va a construir con o sin tu aprobación, así que evitemos el drama.

—¿Tú tienes idea de todo lo que puede pasar en Madrid si se instaura una central de esas características? Vas a exponer a toda la población. Ya tenemos uno de los índices de natalidad criatural más altos.

—Esa central se va a construir, te repito, con o sin tu firma. ¡Necesitamos acabar con el problema de las restricciones eléctricas!

—No voy a firmar ningún protocolo de apoyo.

—Entonces firmaré yo por la clínica.

—Nunca lo permitiré.

El alcalde tenía la firma supletoria por Main, pero solo podía utilizarla si Adán no firmaba. Una oposición frontal suya truncaba sus planes.

—Creía que teníamos un acuerdo.

—Ningún acuerdo me va a obligar a apoyar algo así.

—Así que eso es lo que tenemos, ¿no?

—Sí —contestó Adán tajante.

El alcalde hizo un gesto de desaprobación.

—Sigues igual, pensaba que quizás estos últimos años te habían hecho madurar, pero veo que no.

—Tú también sigues igual, pero no te veía capaz de algo como esto. ¿Cómo conseguirás mantener esta mentira, dime? —Hizo una pausa y continuó—: Si instalas la central, estaremos todos expuestos a un altísimo nivel de contaminación, en cinco generaciones no quedará ni un humano y no sabemos cómo puede ser el futuro criatural ni si serán genéticas viables. Si involucionan básicos

extremos, nos expondremos a una catástrofe mayor que en la Gran Guerra. En eso es en lo que tienes que centrarte: en acabar con la Involución y buscar soluciones para todas las criaturas e híbridos que ya existen, no en aplicar políticas que fomenten su existencia.

—¡Sigues siendo un niño! —sentenció su padre con desprecio.

—¡Nos estás condenando a todos! —Adán se sentía desesperado—. No lo aguantarán más. ¡Se sublevarán!

—¡Basta! —bramó el alcalde tajante. Lo miró con desprecio y añadió—: Olvídate de tus ideas absurdas y románticas de salvar el mundo. ¿Es que no lo ves? El mundo entero ya está condenado.

Adán estaba colérico; apretó los puños para mantener su dolor a raya, pero no era capaz de controlarlo. Su pelo cambió sutilmente de nuevo, aclarándose, al igual que sus ojos. Sentía la sangre fluyendo a gran velocidad por sus venas y latiéndole en la sien.

—No quieres ver la realidad. ¡Mira a tu alrededor! —dijo exasperado—. Tu política de opresión está germinando en un desastre. ¿Y ahora quieres instalar una central? ¡Se alzará una revolución en tu contra!

El alcalde volvió a levantarse y le sostuvo la mirada. La luz artificial quedaba justo encima de su cabeza y proyectaba sombras oscuras sobre él.

—¿Una revolución? ¡Eso es absurdo! Nosotros tenemos el poder —señaló exultante—. El poder está aquí —dijo golpeando la mesa—, ¡en la burocracia! Siempre ha sido así, desde hace siglos. ¡Así es como se maneja un Estado! Tus ideas de naturalización son complemente absurdas.

—No sabes lo que estás haciendo —se lamentó, observando que no había cambiado nada—. No lo soportarán más. Las criaturas y los híbridos saldrán a la luz y hablarán, y cuando lo hagan pedirán tu cabeza. No puedes mantener a la mitad de la población ocultando lo que son. Escondiendo que, por culpa de la contaminación y de que el Estado les ha dado la espalda durante generaciones, tienen capacidades o deformidades. Eso te indigna, ¿verdad? Saber que una gran parte de la población son criaturas, deformes, marginadas, con capacidades físicas o psíquicas.

—¡Cállate de una vez! —le espetó el alcalde—. ¡Me avergüenzas! ¿Así es como yo te he educado?

Adán sintió aquella frase golpeándole en la sien, justo allí donde la sangre latía.

Apretó los puños y contestó:

—No, no me olvido de cómo me has educado... —El rencor quemaba en cada palabra—. Discreción, inteligencia y poder —masculló mirándolo furioso.

El odio y la rabia palpitaban en cada poro de su cuerpo, buscando liberarse.

—¡No, no me olvido! —repitió apartándose del escritorio y dando un paso atrás sin dejar de sostenerle la mirada. El dolor le quemaba por dentro—. ¡Discreción! —gritó. Su pelo, su piel y sus ojos mutaron nuevamente su color, era prácticamente albino—. ¡Inteligencia! —gritó nuevamente, desgarrado por el odio, mientras todos los documentos que estaban encima del escritorio se elevaban ardiendo en el aire. Una espiral de ceniza volaba por toda la habitación. Los hologramas parpadearon y acabaron apagándose.

—¡Adán! —lo llamó su padre, asustado y enfadado al mismo tiempo—. ¡Basta! —Quería pararlo, sabía hasta dónde podían llegar sus capacidades, pero era demasiado tarde...

—Y ¡poder! —bramó mientras el ventanal que cubría toda una pared se rompía en mil pedazos.

Adán se dirigió al ventanal destrozado. Su padre intentó, inútilmente, avanzar hacia él, pero la fuerza que rodeaba a su hijo hacía imposible que Ruiz del Hierro lograra caminar. Los objetos de pequeño tamaño que estaban en el despacho flotaban en el aire, parte de la gravedad natural había desaparecido.

—¡Adán! —gritó su padre.

Este le dirigió una gélida mirada desde sus ojos albinos y, con un rápido impulso, saltó a través del agujero que había quedado en la pared. El alcalde, aterrado, cayó al suelo de rodillas, empujado por la fuerza desprendida por su hijo. Al caer vio una fotografía en el suelo. Era una foto familiar que siempre tenía sobre la mesa, aunque hacía muchos años que ya no se daba ni cuenta de que estaba allí. En la imagen se veía a un niño con sus padres, eran el vivo reflejo

de la felicidad. La foto había capturado para siempre a un pequeño Adán de tan solo tres años que sonreía inocente.

***

—¡Adán, Adán!

Adán reconocía la voz de Ángel, pero no tenía fuerzas para abrir los ojos. No era capaz de contestar, le dolía todo el cuerpo. ¡Aquel dolor era demasiado, no podía soportarlo! Se dejó llevar por una pesada oscuridad.

***

Adán gritó desesperado por el dolor.

—¡Tranquilo, Adán! Soy Victoria.

Una voz conocida le habló; no podía abrir los ojos, le habían inyectado algo. Se dejó arrastrar otra vez por aquella espiral de dolor, le ardía el pecho, de nuevo la suave oscuridad lo transportó.

***

Adán abrió los ojos con lentitud. Se sentía pesado.

—¿Cómo estás? —le preguntó su hermano.

—¿Dónde estoy? —Le costaba hablar. Parpadeó y miró a su alrededor. Reconoció la clínica—. ¿Por qué me has traído aquí?

—Porque estabas fatal. ¿Qué has hecho? Félix te encontró tirado en el patio.

Adán recordó que después de hablar con su padre había llegado a su moto con dificultad y había intentado conducir hasta casa. Al parecer, casi lo había conseguido. La luz que se proyectaba desde la cabecera de la cama lo estaba cegando; levantó un brazo para evitar que le golpeara directamente en los ojos.

—Apagad los hologramas.

Una joven muchacha, vestida con una bata blanca, lo miraba con unos ojos muy abiertos desde los pies de la cama.

—¿Qué hace aquí ella? No voy a morirme, no quiero a nadie de Renovación y Energías —dijo fijándose en la chapa que la joven llevaba en la chaqueta.

—Tranquilo, desde luego que hoy no vas a morirte —señaló una doctora entrando en la habitación—. Deja a la pobre chica, tan solo está haciendo prácticas, no solo está en el departamento de Renovación y Energías, sino que también está en el de Equilibrio Sensorial. ¡Quédate tranquilo, no estamos examinando tus órganos para donarlos!

La joven se fue avergonzada tras una señal de la doctora.

—Ya sabes que las relaciones sociales no son mi fuerte —contestó con una media sonrisa. Paró un segundo y añadió—: Buenos días, Victoria, y gracias.

—¿Me escuchaste anoche?

—Tengo algún que otro vago recuerdo —contestó.

Recordaba el dolor y las voces de Ángel y Victoria. Habían estado con él durante la noche, tal vez administrándole sueros que equilibraran nuevamente su genética.

—Lo que tienes es suerte. ¿Cómo se te ocurre exponerte al límite? Hemos tenido que inyectarte edeilfaina —dijo su hermano con un gesto de desaprobación.

Adán sonrió, la edeilfaina siempre lo ayudaba. Era el gran avance de los últimos tiempos, un suero creado por su madre para equilibrar genéticas que estaban mutando. Por lo general, se aplicaba a personas que habían sido contaminadas.

—Pero esto tampoco me matará, ¿verdad?

—Ya sabes la respuesta —contestó la doctora molesta—. ¡Pero eso no puede ser una excusa para hacer locuras!

—Ayer vio a su padre —reveló Ángel.

La doctora abrió mucho los ojos. No podía creérselo, la relación entre ambos era inexistente.

—Así que fue eso. Él te alteró. —Hizo una pausa—. No debes dejarte llevar al límite, Adán. No eres inmortal.

—No te preocupes. Ya ves que aquí sigo —declaró, restándole importancia, a pesar de que sabía que tenía razón.

—Tienes un carácter imposible. ¡No hay nadie más cabezón! —lo reprendió Ángel nuevamente.

—¡Pues tienes suerte de que no seamos hermanos de sangre, si no, ya sabes lo que te tocaba! —indicó él con cinismo.

—Tienes que seguir las reglas... —insistió Victoria—. ¿No tenías un acuerdo con tu padre? ¿O quieres que aparezca aquí la policía día sí y día también para hacernos la vida más complicada?

—No me hables de esas normas, por favor —replicó asqueado —. No necesito adoctrinamiento.

Los tres mantuvieron silencio, cada uno con sus propios pensamientos. Todos coincidían en creer que el alcalde no iría contra su propio hijo, aunque las reglas eran claras: ninguna criatura debía exponerse. No podía hacerse uso público de las capacidades.

—Bueno —añadió la doctora con una sonrisa—. ¿Y qué pasó? ¿Hubo una bonita reconciliación? —Intentaba sacarle información con buen tono. Ella era partidaria de llevar los malos momentos con humor y de no presionar, cada uno tiene sus tiempos y precisamente Adán no era una persona fácil.

—Lo único que pretendía viniendo aquí era provocarme.

—¿Para qué? —preguntó Ángel.

—Para verme, quería que yo lo buscara. Necesita «mi colaboración».

—¿Y eso? —preguntó su hermano incrédulo.

—Quieren instalar una central aquí, creo que uránico-térmica, como la que el año pasado explotó en Berlín.

—¿Qué dices? —preguntó la doctora recelosa—. Eso es una locura. ¿Aquí? ¿En Madrid? Pero si es una de las energías más contaminantes que existe. Se dispararán los niveles de involución criatural.

—Pues eso no los va a detener —contestó levantándose de la cama.

Hizo un gesto de dolor por el esfuerzo y se llevó la mano al pecho.

—Pero ¿a dónde vas? Acuéstate —le pidió su hermano.

Hizo caso omiso, se incorporó con dificultad y salió de la cama. Victoria sabía cómo era, así que no se lo impidió, se limitó a hacerle una advertencia:

—Adán, en serio, tu corazón se ha resentido mucho. Tienes que cuidarte.

Él asintió. Se tocó el pecho y pensó en los esfuerzos que su exposición habría tenido en su genética híbrida.

—Tendré cuidado la próxima vez que haya un feliz encuentro con mi padre —contestó con cierta ironía.

—Adán…

—No te preocupes, Victoria. Tendré en cuenta tus advertencias —aclaró, esta vez hablando en serio. Sabía lo que había en juego y era nada menos que su corazón.

***

Adán revisó los últimos ingresos. Los listados de las criaturas que estaban en la sala de reanimación y de aquellas otras a las que iba a darles el alta inmediatamente. La clínica era un entramado perfecto de profesionales dispuestos a ayudar a avanzar a las criaturas y a los contaminados. La mitad de las personas que entraban allí desconocían la realidad, pero todas salían sabiendo qué eran y cómo vivir a partir de aquel momento. Esa era la función de la Clínica Main: paliar, ayudar, fomentar y encontrar una vida con posibilidades para criaturas e híbridos.

En Main las salas se dividían por necesidades: atención médica directa, medicina extrasensorial, atención psicológica, equilibrio sensorial, entrenamiento y canalización de capacidades, maternidad y atención paliativa y mortuoria. Más de doscientos profesionales prestaban servicios a una media de mil criaturas (entre naturales e híbridas) que solía tener el hospital como pacientes. Gestión, supervisión y dirección eran las funciones que como director de la clínica tenía bajo su responsabilidad. No obstante, estas no eran las únicas asignaciones que ocupaban su día a día allí: Adán era médico especialista en genética, lo que ocupaba la mayor parte de su tiempo. En realidad, a él no le gustaba el trabajo burocrático, solía dejárselo a Ángel, y él se centraba más en el trabajo de campo.

Revisó los cuadros de nacimientos y evaluó el número de supervivientes. Había doce supervivientes de veinte alumbramientos, era una media buena. De las madres tan solo habían fallecido tres. Sin embargo, Adán estaba preocupado por la alta involución, que

cada vez se hacía más acusada. Si los porcentajes seguían así, el futuro era desolador. La genética humana era cada vez menor, tan solo el sesenta por ciento. El otro cuarenta por ciento tenía genética criatural y, entre estos seres, había una gran mayoría con genéticas involutivas; tan solo uno de cada cien eran hermosos. El mundo involucionaba hacia los básicos, todos ellos con mermas físicas o psíquicas que en mayor o menor medida los alejaban de los humanos.

Adán dejó las pantallas y los hologramas que mostraban la información y se recostó en el sillón. Recordó la conversación con su padre y lamentó haber ido a su despacho. Tendría que haber supuesto que era una trampa. Él nunca jugaba limpio.

—Adán. —Ángel apareció en la puerta—. ¿Te encuentras bien? ¿Qué haces aquí? Te recuerdo que esta mañana eras uno más de nuestros ingresados. ¿No puedes desconectar por un día?

Él levantó la mirada.

—Bueno, sigo teniendo cierto dolor en el pecho, pero sobreviviré —contestó procurando quitarle importancia—. No te preocupes, seguirás teniéndome por aquí.

—Eres incorregible. Podrías haber descansado, al menos hoy.

—Estoy descansando —replicó con una media sonrisa—. Mira, estoy sentado.

Ángel seguía preocupado por él. No le gustaba que se excediera de ese modo.

—No debes exponerte así.

—Déjalo, Ángel, lo que menos me apetece ahora es discutir contigo.

—Pues no lo parece. Dime, ¿qué consigues?

Adán desvió la mirada.

—No fue algo voluntario.

—Hacía años que no veías a tu padre. ¿Pensabas que iba a ser distinto?

—No —aceptó—. Necesitaba saber por qué había venido.

—Eso lo comprendo, pero ya sabes cómo es. No debes entrar en sus provocaciones —sentenció—. Por cierto, ¿te preguntó por la habitación H?

—En realidad, no. Yo le pregunté a él. Solo quería saber si seguía existiendo o si la habíamos destruido. —Hizo una pausa—. Él siempre quiso volver a reproducirla. Me da pánico tan solo pensar que llegara a sus manos la mecánica del proceso de recuperación.

Ángel asintió.

—Quiere utilizarla con nuestra madre.

Adán empalideció.

—No hará eso. ¡Jamás lo permitiré!

Una ráfaga de dolor le hizo llevarse la mano al pecho.

Su hermano decidió cambiar la conversación al ver que seguía inestable.

—Por cierto, tengo algo que contarte.

—Dime.

—Ha contactado con nosotros el sargento Martín.

Adán torció el gesto. Ese era un personaje que no le gustaba, no se fiaba de él, lo había conocido por un ingreso de su mujer en la clínica y lo había calado desde el primer momento. Era un tipo peligroso. Un iluminado.

—No sé qué es lo que quiere. Pero no creo que sea nada bueno —añadió Ángel—. Ha venido un muchacho en persona a traer el mensaje.

Adán sabía qué significaba eso. No quería que sus comunicaciones quedaran registradas.

—¿Y qué decía el mensaje?

—Que quería verte. Pide una reunión con Adán Ruiz del Hierro. Dejó una dirección.

—No me gusta ese tipo —declaró Adán— y no creo que nada que venga de él pueda traer algo bueno.

—Pienso lo mismo —aceptó su hermano—. El sargento Martín no es trigo limpio. Hemos escuchado demasiadas cosas sobre él y ninguna buena. Pero el chico que vino insistió mucho. Parece empeñado en hablar contigo.

Adán vaciló sobre el tema.

—Me gustaría saber qué quiere.

—Si quieres voy yo. Tú no estás hoy para andar por ahí.

—Sí, mejor. La verdad es que estoy un poco débil —aceptó—. Necesito descansar.

—¡La verdad es que estás horrible! —replicó con una mueca.

Ambos se rieron.

Ángel se dio la vuelta, decidido a salir del despacho, pero antes de que lo hiciera su hermano le preguntó:

—Ayer... ¿la llevaste a su casa? —preguntó mirando uno de los hologramas que le proporcionaban información sobre los ingresados.

—Sí. Puedes estar tranquilo. No recordará nada.

Ángel seguía molesto por ese tema con Adán y no alcanzaba a comprender a su hermano. Nunca antes había actuado saltándose el protocolo.

—Sé que sigues desaprobando mi decisión.

—Así es. No sé porque has actuado así con esa chica. Nunca te saltas el protocolo, Adán. ¿Por qué con ella?

Adán no respondió. No porque no quisiera, sino porque no tenía una respuesta que darle. Ni siquiera sabía por qué se había comportado así con ella.

—Gracias por haberla llevado, Ángel. Te debo una —aceptó—. Es una decisión que ya está tomada, así que lo mejor es que dejemos ese asunto atrás.

—Está bien, Adán. Sabes que yo nunca discuto tus opiniones en lo que a tratar contaminados se refiere. Solo espero que no tengamos que arrepentirnos.

Adán subió la mirada hasta su hermano. Este salió de la habitación tras un gesto de despedida.

—Yo también lo espero —murmuró Adán una vez que supo que Ángel ya no podía escucharlo.

# 5

Horas después, en el subsuelo del denigrado barrio de La Latina, en uno de los rincones más oscuros de la Zona Cero, una conversación se tornaba tensa por momentos. Ángel intentaba templar el ánimo del sargento Martín, quien resultaba ser un personaje demasiado voluble y peligroso.

—¿Por qué no ha venido Xabiamonus? —preguntó el sargento.

Era un hombre hostil y directo. Ángel se preguntó cómo sabía el nombre que la Alianza le había dado a Adán.

—Buenas noches, Martín —saludó mientras cerraba la puerta de aquella oscura habitación habilitada a modo de despacho.

—¡Sargento Martín! —corrigió, elevando la voz más de lo necesario.

Ángel esbozo una débil sonrisa. No conocía realmente al sargento, quizás fuera más peligroso de lo que él predecía. Tomó asiento y valoró la altanería desmedida de aquel hombre. Había tratado con él tan solo en dos ocasiones anteriormente, pero a leguas se veían venir sus intenciones revolucionarias. En todo caso, Ángel no olvidaba su dudoso pasado como militar. Una persona que cambiaba así de bando era peligrosa.

—Bueno, creía que ya no estaba al servicio del Estado.

—¿El Estado? —preguntó el sargento con desprecio—. Dices esa palabra sin ningún pudor. No significa nada para ti. El Estado de Madrid no es más que una banda de criminales. ¡No volvería a trabajar con ellos ni aunque me lo suplicaran! —exclamó, mostrando su repulsión al sistema.

—¿Suplicarle? Tengo entendido que el Gobierno lo expulsó. Su puesto fue de... ¿cómo lo diría? ¿Un sicario destinado a eliminar criaturas?

La tensión se había vuelto insoportable en cuestión de segundos, pero de repente una risa ahogada de júbilo sexual se coló

desde las habitaciones contiguas. Aquella oficina estaba instalada en uno de los burdeles subterráneos de Madrid. Ángel intentaba evitar ir a la Zona Cero, pero en aquella ocasión le pareció que la ubicación era perfecta, ya que el incómodo sonido distrajo la tensión que se había creado. Decidió volver a enderezar la conversación y olvidarse de aquel estúpido enfrentamiento. Al fin y al cabo, estaba delante de alguien que había exterminado a decenas de híbridos y criaturas al servicio del Gobierno, para después convertirse, como un judas redimido, a la defensa de estas. No era una persona en la que poder confiar, así que mejor salir de allí cuanto antes.

El sargento abrió la boca, decidido a bramar algo en respuesta a lo que consideraba un insulto, pero justo en aquel momento entró en la habitación una mujer. Ángel la observó mientras ella se dirigía hacia el sargento. Era espectacular: alta, cabello negro y con profundos ojos verdes. Su piel perfecta daba dignidad a las lúgubres paredes de aquella habitación. Estaba claro que la existencia de aquella hermosa era la que había generado el cambio en el sargento. Una hermosa había obrado el milagro de que un matón del Estado cambiara de bando y se irguiera valiente como una de las cabezas que clamaban la revolución.

La mujer le entregó un sobre al sargento para después abandonar la habitación, dejándolos nuevamente sumidos en la semioscuridad.

—Sargento Martín —volvió a hablar, siguiendo el protocolo anteriormente marcado por él—. ¿Puede decirme en qué puede ayudarle la Clínica Main?

El sargento lo miró con recelo y contestó:

—Necesito la clínica a nuestra disposición para la lucha que se avecina. Debemos aunar todas las fuerzas que podamos antes del levantamiento. —Hizo una pausa antes de continuar—. Tu hermano ha ayudado a cientos de criaturas antes. Sus avances en medicina genética son únicos. ¡Necesitamos contar con su apoyo cuando tomemos Madrid!

Ángel se quedó un momento en silencio. Sabía que se hablaba de revolución, pero no que hubiera ya un grupo formado. El sargento Martín parecía un hombre más cercano a buscar una

guerra que ajusticiara a los políticos que a lograr un verdadero cambio que ayudara a la sociedad.

—Sargento, nosotros nos mantenemos independientes, no entramos en cuestiones políticas.

—¡Pues es el momento de cambiar eso! —exclamó—. La rebelión se está gestando, no podéis quedaros fuera.

—Es cierto que hace años se habló de un levantamiento, pero eso quedó en nada. ¿Hay nuevos movimientos revolucionarios?

—¡Esta es la revolución de tu gente, hermoso! —respondió el sargento con los ojos muy abiertos—. Tomaremos la ciudad. Será fácil. Hay cientos de criaturas y contaminados deseando salir a las calles y hacer justicia, y contamos con decenas de simpatizantes.

—¿Humanos?

—Sí.

Ángel vio el ansia de destrucción en sus ojos. Intentó no dejar traslucir ninguno de sus pensamientos ni mostrar desagrado.

—¿Y después? —preguntó con cautela.

—Instauraremos un nuevo sistema político. ¡Y te puedo asegurar que juzgaremos y ajusticiaremos a todos nuestros enemigos!

Ángel sabía que un cambio era necesario. Hacía años que tenía que haberse producido, pero esa no era la forma y menos con personas a la cabeza como aquel desequilibrado.

—Aunque consigáis controlar Madrid por la fuerza, eso durará poco —desechó poco seguro, sabía la fuerza que tenía el Gobierno —. Los refuerzos de la República llegarán desde otras ciudades para reponer el sistema. Marsella, Lyon y las ciudades sureñas mandarán a sus militares. ¡Os aplastarán!

—Tenemos líderes en todas esas ciudades, estamos preparando un levantamiento en cadena: primero tomaremos Madrid, después los Estados Abandonados y el resto vendrá solo —replicó el sargento —. Con las criaturas, los híbridos y la población abandonada de nuestro lado, conseguiremos controlar el resto de los Estados.

Ángel lo miró con cautela, procurando no mostrar su repulsión. Era un lunático y seguramente tendrían armas del mercado negro, además de las propias capacidades de muchas criaturas e híbridos

que los apoyarían. Una gran parte de esa población estaba deseando que la sangre de los humanos se derramara, pero Ángel dudaba de que aquella amalgama de personas dirigida por el sargento estuviera dispuesta a instaurar un orden político organizado y una nueva democracia a la antigua usanza, más bien parecía que el caos y la destrucción se avecinaban.

—Costó mucho volver a funcionar tras la Gran Guerra —indicó Ángel con voz templada—. En Madrid todavía hay una gran parte del Estado sin reconstruir. En la parte este de la Península sigue habiendo muchas tierras contaminadas —observó cómo el sargento lo miraba con desprecio, pero siguió con su alegato—. ¿Eso es lo que queréis? ¿Más destrucción? ¿Gente respirando con burbujas de oxígeno?

El sargento Martín se levantó de su sillón, giró al otro lado del escritorio y se encaró a él.

—Despierta, Ángel, ha llegado el momento de hacer algo —lo aguijoneó—. El ser humano es el pasado, es débil y frágil. Tan solo es cuestión de tiempo que desaparezca la raza.

Mientras hablaba, el énfasis de su voz había ido en aumento, pretendiendo hacerle partícipe de su visión del apocalipsis humano. Ángel se apartó con sutileza mientras volvían a interponerse entre ambos nuevos gritos de júbilo sexual.

—¿No quieres un cambio? —siguió—. ¿Qué clase de hermoso eres?

—Sí lo quiero, pero no creo que ese sea el camino —contestó tratando de no elevar la voz, como él—. Le recuerdo, sargento, que usted es un humano.

Parecía que la reconversión del sargento se había empañado con un fervor digno de cualquier religión, pero al contrario que en estas, él no llegaba a convertirse, seguía siendo un humano a pesar de su desprecio por la raza.

El sargento le dirigió una mirada gélida y señaló:

—¡Y tú eres una criatura! ¿Dónde está tu orgullo, hermoso?

La pareja del sargento volvió a abrir la puerta. Entró y se dirigió a él. Parecía no tener costumbre de llamar antes de entrar. Mantuvo una conversación de escasos segundos durante los que Ángel no

pudo evitar echarle un vistazo. Era una hermosa, como él, pero, aun así, no pudo evitar admirar su belleza. Era casi doloroso ver a alguien tan perfecto. Supuso que ella era el origen del fervor revolucionario del sargento Martín. Una mujer así podría doblegar voluntades.

La hermosa volvió a salir, no sin antes cruzar una mirada de intensos ojos verdes con él. Sí, tenía una belleza que quitaba la respiración.

Cuando cerró la puerta, Ángel pensó que había llegado el momento de poner fin a aquella conversación. Ya sabía cuáles eran las pretensiones de aquel lunático y había llegado la hora de largarse de allí.

—Sargento, tengo que irme. Estamos en contacto.

Hizo un gesto de despedida con la cabeza, se levantó y se dirigió a la puerta de la entrada mientras el sargento volvía a su escritorio.

—Ángel, queremos contar con vosotros, pero es algo que haremos con o sin vuestro apoyo. —Lo miró en silencio unos instantes antes de añadir—: No os recomiendo interponeros en mi camino. Sé que formasteis parte de la Alianza, conozco vuestras capacidades y me gustaría que lucharais a mi lado. Pero si decidís no luchar, no quiero que os inmiscuyáis. Sé que vuestra línea de actuación fue siempre permanecer en las sombras, pero considero que ese tiempo ya ha pasado.

Ángel sostuvo el pomo de la puerta mientras asimilaba la velada amenaza.

—Es una decisión que no me corresponde. Hablaré con Adán.

Salió del despacho y se encaminó por el estrecho pasillo que lo había llevado hasta allí. Las luces tenues proyectaban sombras y claros. Giró a la izquierda por un segundo pasillo. Tras las puertas se escuchaban gritos de placer y dolor, amor clásico y juegos. En ese tiempo el sexo se practicaba en gran medida en soledad y las casas de placer proporcionaban auténtico dolor a quien lo requería. Mientras caminaba, dos mujeres se cruzaron en su camino. Eran prostitutas y, como era de esperar, no eran humanas, una hermosa y seguramente una contaminada, pero esta también era muy guapa.

De repente una puerta se abrió y un hombre de grandes dimensiones se interpuso en su trayectoria.

Su piel era negra como el ébano y tenía la cabeza rapada. Solo llevaba un pantalón. Su pecho estaba trazado con marcas, con seguridad había sido objeto de tortura años atrás.

—Dile a Xabiamonus que muchos discrepamos de la metodología del sargento —declaró sin alzar la voz.

Ángel le devolvió la mirada sin decir nada, intentando calibrar a quién se enfrentaba. ¿Era una trampa o era un traidor?

—La revolución es cuestión de tiempo, pero no todos queremos arrasar Madrid —dijo entre dientes y le entregó un papel doblado para después desaparecer tras la misma puerta por la que había salido.

Al llegar al exterior de la Zona Cero, Ángel abrió el papel. Su uso era muy residual, casi estaba erradicado. Estaba claro que no querían dejar huella de aquel mensaje en ningún sistema ciberelectrónico. Contenía una dirección escrita a mano.

Lo guardó, cogió su moto y se perdió en la penumbra.

Las palabras del sargento resonaban en su cabeza y se mezclaban con retales de un pasado lejano que ahora se le antojaba cercano. Habían pasado ya diez años. Aquel día, Ángel estaba tirado en un callejón: le habían dado una paliza una panda de básicos. La sangre parecía brotar de cada esquina de su cabeza y se mezclaba con su cabello rubio. Su cara estaba destrozada, no quedaba en ella ni un ápice de belleza. Ángel recordó aquella fatídica noche en la que había ido de fiesta con unos amigos, todos humanos, él era el único hermoso. Su madre era una prostituta y no conocía a su padre, lo único que después supo de él fue que tenía genes criaturales perfectos. Pero en aquella época Ángel no conocía nada sobre su mutación ni sobre ninguna otra.

Diez años atrás era un adolescente de diecisiete años con una madre prostituta que estaba siempre colocada con alguna droga. Un esqueleto incapaz de sentir algo, que abría sus piernas para sobrevivir. Él era un adolescente con una belleza irreal y sin ningún tipo de formación. Su inteligencia era superior a la media, pero no había recibido apenas educación. A sus diecisiete años tenía el nivel

académico de un niño de diez y le costaba leer, se pasaba el día holgazaneando fuera de casa para no encontrarse con los hombres que acudían a visitar a su madre.

Aquella noche acudió a un bar con sus amigos, estaban tomando unos cócteles de sucedáneo de frutas con una pastilla de éxtamus. Entonces era la droga de moda y la única forma de colocarse durante los años de la Ley Seca. Se tomaron sus bebidas y, colocados, comenzaron a bailar. Ángel no era consciente de que su belleza atraía los ojos de todas las humanas y criaturas. Él era una luz en la oscuridad; ellas, las polillas. Ángel no sabía nada de su condición, pero otras personas que sí sabían hasta dónde podía llegar la evolución de un hermoso decidieron castigarlo por su perfección.

Una pandilla de básicos aprovechó un momento en el que fue al baño para sacarlo a patadas del local. Cayeron sobre él y lo destrozaron a golpes, dejándolo prácticamente muerto. Allí estaba cuando un joven Adán, estudiante de Medicina Genética, lo encontró en el suelo de aquel olvidado callejón. Antes de perder la consciencia por completo, Ángel pudo escucharlo:

«¡Tranquilo...!». Adán se agachó y, sin la menor dificultad, recogió aquel despojo de carne y sangre.

***

—¿Has hablado con el sargento? —preguntó Adán cuando vio a su hermano entrar por la puerta.

Estaba en el sótano de la casa, en la sala de entrenamiento, haciendo series de ejercicios.

Ángel lo observó.

—Veo que ya estás mucho mejor. ¿Entrenando tu humanidad? —lo vaciló con cierta guasa.

Él siguió con su entrenamiento mientras gotas de sudor rodaban por su pecho y espalda, al tiempo que todo su torso se tensaba con el ejercicio. Paró un momento y cogió una toalla.

—Pretendo que el cansancio me ayude a olvidar lo que hice. No me lo quito de la cabeza. —Movió la cabeza a ambos lados en gesto

negativo—. No sé para qué fui a ver a mi padre. Fui un imbécil.

Ángel observó a su hermano. Seguía atormentado, seguramente ese día le rondaban demasiados demonios por la cabeza.

—Hombre, tampoco es eso —contestó con una media sonrisa, tratando de aligerar la conversación.

—Bueno, pues un niñato —declaró Adán torciendo el gesto. Hizo una pequeña mueca de dolor y se llevó la mano al pecho.

Ángel sintió lástima de su amigo, su aliado y única familia desde hacía años. Le resultaba extraño verlo así. Adán mantenía cualquier tipo de sentimiento a raya, para que así todas sus capacidades también se mantuvieran a raya. Últimamente todo parecía desestabilizarlo.

—Hombre, un insensato es posible —comentó para aliviarlo—. Un niñato, con veintiocho años, no lo veo. —Se aproximó a él—. Deberías descansar un poco. ¿Quieres volver a poner a prueba tu corazón?

Adán esbozo una débil sonrisa. Estaba torturándose, ambos lo sabían, años atrás era el único modo de agotar la energía de su cuerpo.

—Bueno, ¿qué tal con el sargento?

Ángel le explicó su encuentro con el neurótico sargento Martín. Un hombre con más ganas de derramar sangre que de iniciar un cambio político y social. Era un depredador en potencia.

—¡Es un psicópata! —concluyó—. No me fiaría de él ni aunque mi vida dependiera de ello.

—Lo sé. Es un iluminado. Hace un par de años, cuando vino por el hospital, quería que hiciera de él un híbrido.

Ángel se quedó atónito. Hasta ese nivel llegaba la devoción de aquel humano por las criaturas; ansiaba convertirse en una.

—¿Y qué le dijiste?

—Pues que no sabía de lo que me estaba hablando. Que yo no podría convertir a un humano, que solamente podría ser un híbrido por contaminación natural por una criatura y que ya sabía a qué se exponía.

—A la muerte.

—Exacto.

—Pues creo que sigue obsesionado con ello.

Adán cogió una de las cuerdas que colgaban del techo y comenzó a trepar por ella, enroscándosela a su cuerpo.

—Es posible. Cuando lo conocí empezaba a hablar de un levantamiento y de derrocar al poder. Eran simples quimeras.

—¡Pues ahora está decidido! Se le nota demasiado que quiere una guerra.

—Espero que no encuentre apoyos. Él no será el héroe que libere Madrid. Más bien sería un verdugo y para eso ya tenemos uno.

Ángel asintió, sabía que se refería al alcalde.

—Por cierto, ocurrió algo más. Cuando dejé el despacho del sargento salió a mi encuentro un tipo. No sé muy bien si era de fiar, pero me dijo que muchos no compartían las intenciones del sargento, que creían en otro tipo de cambio.

—¿Quién era? —preguntó ascendiendo por la cuerda. Respiraba con dificultad a medida que la cuerda le aprisionaba el cuerpo.

—No me lo dijo. Era un hombre imponente. Muy fuerte. Un tipo joven de raza negra. Creo que es un híbrido que ha sido sometido a tortura, tenía todo el pecho marcado.

—¿Trabaja en el burdel?

—No lo creo. Parece que estaba de paso. Es como si supiera que yo iba a estar allí.

—Quizás alguien estaba controlando tu encuentro con ese lunático.

—Eso parece. Me dio un papel con una dirección.

—¿Papel? Solo instituciones rancias siguen utilizándolo… Mi padre tenía su escritorio lleno de documentos —dijo recordando cómo estos se habían volatilizado en cenizas.

—Eso pensé yo. Está claro que no quieren dejar rastro del contacto. Quizás deberíamos ir a ver qué se está gestando. Si no apoyan el alzamiento armado del lunático este, tienen que estar preparando algo distinto.

—¡Estoy de acuerdo! Parece que se están abriendo muchos brazos de oposición al Gobierno, pero debemos tener cuidado, ya

que hasta ahora siempre nos hemos mantenido al margen —señaló Adán cauteloso.

—Sí, pero siempre hemos apoyado el progreso y creemos en la integración criatural. Normalizarlo sería lo mejor para todos.

—Quizás —murmuró pensativo—. Pero yo abandoné ese sueño hace mucho tiempo. Nosotros tenemos la clínica. Eso es lo primero, no ponerla en riesgo.

Adán había llegado al techo. Su cuerpo era una madeja, la cuerda lo rodeaba por completo. Se soltó y se dejó caer, pero apenas avanzó un metro, la cuerda se tensó a su alrededor apretándole cada músculo, lo que le hizo ahogar un grito.

Su hermano lo miró con precaución, hoy se le veía extremadamente atormentado.

—Parece que realmente quieres sentirte humano… —observó mientras Adán deshacía la madeja en la que el mismo se había envuelto, y añadió—: Escúchame, no es el mejor momento de hacer este tipo de entrenamiento. Necesitas reposo.

—Ya estoy recuperado…

Adán alcanzó el suelo completamente magullado. Siempre estaba en perfecta forma, lo que era muy sencillo debido a sus capacidades físicas, pero ese día quería sentirse humano de nuevo. Años atrás hubo momentos en los que la desesperación lo había llevado a anhelar la muerte, e incluso la había arañado. Hoy volvía a sentirse como antaño: abatido y destrozado.

Su hermano le tendió una mano.

—¿Qué te parece si te acuestas? Dormir es un acto bastante humano.

Él cogió su mano y se levantó.

—Creo que prefiero hacer un poco más de ejercicio. —Con una toalla se limpió el pelo, otra vez completamente negro. La idea de sentirse torturado por pesadillas era insoportable, prefería permanecer allí y castigar su cuerpo—. Si te parece, mañana seguimos hablando.

Ángel asintió y se marchó, dejándolo allí con sus demonios.

# 6

Rebeca llevaba todo el día con la cabeza pesada. Se encontraba rara desde hacía un par de días y desconocía el motivo. Era lunes, sabía que el sábado se había encontrado mal y había permanecido todo el día en casa, pero apenas podía recordar qué había hecho. Sus recuerdos eran borrosos, como en un sueño. El domingo vomitó prácticamente todo lo que comió y todavía seguía con el estómago revuelto. No había querido pasar por el despacho de abogados, había ido directamente al Ayuntamiento. Tenía que modificar el desarrollo urbanístico del informe para la instalación de la central. Se preguntaba si sería eso lo que le estaba dando náuseas.

Salió de su despacho y se dirigió hacia la cocina. Era un día especialmente bullicioso en el Ayuntamiento, el alcalde recibiría la visita del presidente de la República Bilateral y eso no era algo común. Había preparados múltiples actos en honor al presidente en toda Majadahonda. Parecía que todo el mundo llegaba tarde a algún sitio o que todos tenían algo extremadamente importante que hacer. Rebeca se sentía invisible entre tanto alboroto. Ella no participaba en ninguno de los actos. Había dos legisladores que representarían al gremio. Llegó a la cocina y se preparó una infusión.

Estaba observando su humeante taza de té cuando entró justo la persona que necesitaba.

—Daniela, me vienes como anillo al dedo.

La joven rubia la saludó con una sonrisa.

—¿Qué tal, Rebeca? ¿Qué te cuentas?

—Necesito tu ayuda. Estoy en un buen lío.

Daniela era legisladora como ella, pero su especialidad era contaminación medioambiental. Su apoyo sería clave para evitar la construcción de la central. Rebeca le explicó todo el proyecto: el planteamiento de la instalación, la ubicación, los beneficios y los peligros contaminantes.

—Vaya chaladura —murmuró la joven—. Todo el proyecto es un despropósito.

—Lo sé.

En ese momento entraron un par de compañeros en la cocina y cruzaron con ellos un saludo.

—Mejor vamos a tu despacho —comentó su compañera bajando la voz—. Allí hablaremos más tranquilas.

—Sí, vamos.

Estuvieron hablando largo rato, pero Rebeca no encontró en su compañera lo que le habría gustado.

—Rebeca, no puedo ayudarte —concluyó negando con la cabeza—. Lo siento, pero no puedo hacer nada.

—Escúchame, Daniela, si tú hicieras un informe objetivo de la situación eso les dejaría sin recursos. Su instalación sería inviable.

—¡Vamos, Rebeca! Sabes que no puedo hacer eso. Yo no soy nadie aquí, mi puesto es casi una pantomima.

—No digas eso —respondió ella amargada—. Algo tenemos que poder hacer.

—Pero vamos, ¿legisladora de contaminación? ¿¡En una ciudad podrida de corrupción como esta!? Lo que yo hago aquí es un puro ejercicio literario. Redacto leyes, normas que se aprueban y muchas veces ni se aplican, que quedan archivadas en los servidores de este consistorio. —Negó la cabeza, asqueada—. Nosotras no podemos hacer nada. Somos piedras diminutas en su camino y, cuando no les interesa, nos apartan de una patada.

Rebeca tenía el estómago revuelto y ya no sabía si era porque seguía mal del fin de semana o por lo que le acababa de decir su compañera. Resultaba absurdo, porque ella sabía perfectamente cómo eran las cosas. ¿Por qué no era simplemente capaz de resignarse?

—Te están utilizando, Rebeca. Quieren tener a alguien de dentro del sistema haciendo el informe para así evitar la fiscalización. Deberías olvidarte de hacer nada que pueda boicotearlos y ten cuidado, porque te están controlando.

—Ya lo sé, pero es que siento que tenemos que impedirlo de alguna forma.

—Rebeca, déjalo estar porque no puedes hacer nada. Limítate a hacer un informe que se adapte a lo que necesitan y no les pongas trabas —sentenció su compañera—. No puedes mover una montaña con tus manos y lo que pretendes hacer es exactamente eso.

—Lo sé, pero me cuesta tanto resignarme —comentó frustrada.

—Entiendo lo que sientes, pero de verdad, olvídalo. No puedes hacer nada —concluyó—. Ahora tengo que irme, no le des más vueltas.

Rebeca se limitó a asentir mecánicamente viendo como su compañera abandonaba la habitación. Se quedó abatida y sin ganas de hacer nada. Además, se sentía muy rara y no sabía el motivo, tenía el estómago fatal. Decidió salir a dar un paseo.

Salió del Ayuntamiento y caminó por la ciudad.

Majadahonda era el corazón de Madrid, una burbuja idílica ubicada dentro del Muro. El Perímetro Rojo rodeaba Majadahonda y la protegía y aislaba del resto de la ciudad de Madrid. Un auténtico muro creado tras la Gran Guerra para separar la ciudad rica de la pobreza, la enfermedad y la mediocridad. Ahora las puertas del Muro se mantenían abiertas y el tránsito era fluido. Sin embargo, por la noche, Majadahonda se cerraba al resto de la ciudad. Dentro del Muro todo era perfecto. Los edificios arañaban el cielo, eran los más modernos de toda la Península. Los jardines dotaban de color los espacios entre los rascacielos y separaban de manera ordenada las casas de lujo de la parte oeste, donde se encontraba la zona residencial. Todo fluía en una artificial y perfecta armonía. Más allá del Muro, la Ciudad Vieja se extendía con un tono agrisado que lo cubría prácticamente todo, salvo las zonas donde la vegetación se comía parte de los edificios sin reconstruir.

El contraste podría resultar abrumador a un espectador foráneo, pero los madrileños estaban acostumbrados a aquella diferencial abismal. Rebeca sitió rabia, ¿por qué no se podía hacer nada para cambiar las cosas?

Regresó al Ayuntamiento al final de la tarde; casi todos los legisladores se habían ido y la planta estaba semidesierta. Al entrar en su despacho se dio cuenta de inmediato de que había alguien sentado en su sillón. El asiento estaba vuelto hacia la ventana.

—¿Quién está ahí?

La puerta se cerró a sus espaldas y ella se giró, sorprendida. Vio a uno de los hombres de seguridad colocado en la puerta, para evitar que alguien pudiera abrirla.

Una voz habló a su espalda, el sillón se había desplazado.

—Te llamas Rebeca, ¿no?

Se dio la vuelta y lo que vio la dejó sin palabras. La persona que ocupaba su sillón era el alcalde, el hombre más importante del Estado.

***

Adán miró la puerta del Edificio Azul. Le había dado muchas vueltas a qué hacer: ir o no aparecer por allí. Sabía que su presencia no cambiaría las cosas, su voto no era decisivo, pero no ir significaba allanarles el camino. Su padre tenía firma supletoria, por lo que él mismo consentiría el apoyo de la Clínica Main si Adán no firmaba. La clínica que su madre había construido para ayudar a paliar el sufrimiento de las criaturas no daría su apoyo a la construcción de una central que, sin lugar a dudas, llevaría a Madrid a nuevos niveles contaminantes. Se estaba emprendiendo un camino sin vuelta atrás. La idea de que las principales empresas dieran su voto para impulsar la instalación era detestable, pero en mayor medida lo era el hecho de que dieran su apoyo los centros médicos.

Se bajó del coche, estiró su americana y se colocó la corbata. No estaba cómodo en traje. Para dirigir la clínica nunca se vestía así. Se sentía disfrazado mientras caminaba hacia la entrada del edificio.

Entró y pasó el cubículo de seguridad. La voz mecánica que se colaba entre las paredes de cristal lo saludó.

—Buenos días, doctor Ruiz. Lo esperan en la sala 102. Planta 35.

—Gracias.

Subió en el cinelevador y se paró en la planta 35.

Caminó varios pasillos en dirección a la sala indicada. En el último giro sintió que algo se le echaba encima. Una chica que venía corriendo tropezó con él. Era un cuerpo menudo. Al chocar se le

cayó una carpeta y varios documentos quedaron desparramados por el suelo. Utilizaba papel, algo poco habitual.

La joven se agachó de inmediato a recogerlos.

—¡Perdona! No te vi —se excusó apurada.

No levantó la vista.

Adán veía su melena castaña, que caía en cascada sobre su cara. Sus manos recogían rápidamente los documentos. Entonces la reconoció. Sintió que el corazón le latía con fuerza. Antes de que él pudiera decir nada, Rebeca levantó la vista y dos ojos verdes se le clavaron.

—Lo siento, últimamente ando como una loca.

—No pasa nada —contestó él muy serio.

La ayudó a recoger los papeles y ambos se levantaron.

Rebeca le dedicó una sonrisa y se dirigió hacia el cinelevador.

Adán no pudo evitar girarse para ver como desaparecía por el pasillo. Hacía un mes que la había devuelto a su vida y el recuerdo de las pocas horas que había estado con ella seguía muy presente. ¿Qué hacía allí?

Se tomó un par de segundos para estabilizarse antes de entrar en la sala 102.

Una vez dentro, una mujer morena lo recibió y le dio la bienvenida. La presencia de Rebeca lo había distraído por completo. Había olvidado incluso que su padre estaría allí. La sala estaba presidida por una imponente mesa de reuniones y una treintena de personas se dispersaban a lo largo de toda la habitación hablando animosamente en pequeños grupos. Localizó a su padre al instante. El alcalde todavía no se había percatado de su presencia, por lo que se colocó discretamente en un lugar secundario, cerca de una de las paredes exteriores de cristal. Localizó entre los asistentes al delegado de Contaminación, a autoridades del Estado de Madrid y al secretario de la República, así como a los directores y socios de las principales empresas de Madrid, entre ellas, las clínicas y centros médicos más prestigiosos. Adán los conocía perfectamente, todos eran humanos. No habló con nadie. Miró hacia fuera esperando que aquella tediosa reunión terminara lo antes posible.

Volvió a recordar a Rebeca. ¿Qué haría allí?

Al cabo de unos minutos, el delegado de Contaminación tomó la palabra.

—¡Buenos días a todos! Gracias por haber hecho hueco en sus apretadas agendas para asistir hoy a esta reunión. —Sonrió antes de continuar—. Señores, hoy se escribe un nuevo capítulo para este Estado. Hoy Madrid da un paso hacia el futuro, hacia el progreso, colocándonos en la cabeza de la producción energética de nuestros vecinos de la desaparecida Europa. Hoy Madrid se sitúa entre los grandes: China, Rumanía, México...

El comienzo del discurso asqueó a Adán. Los asistentes fueron tomando asiento. Percibió la mirada de su padre desde el otro extremo de la habitación, una mirada gélida. Estaba claro que su presencia distorsionaba las expectativas del alcalde; ahora su papel era meramente político, ya que no podría tomar ninguna decisión por la clínica. El alcalde estaba contrariado.

Adán evitaba todo contacto con la actividad política, formaba parte del pacto que tenía con su padre y que mantenía al Estado fuera del control de Main. Sin embargo, esta vez no se había quedado al margen, estaba allí.

El delegado continuaba con su presentación cuando la puerta se abrió sigilosamente. Rebeca entró en la sala, avanzó hacia el fondo y tomó asiento en uno de los sillones cercano a los hologramas que mostraban las imágenes y los gráficos del proyecto.

Adán le clavó los ojos en cuanto la vio. No hizo ningún gesto que delatara sus pensamientos, pero no pudo evitar sentirse atraído por ella. Era como si el sol hubiera entrado en la habitación, ella cambiaba su punto de gravedad. Pensó que estaba increíble con aquel traje oscuro. Parecía estar bien y tenía su segunda oportunidad. La que él nunca había tenido. Ahora que volvía a verla estaba convencido de que había tomado la mejor decisión.

—Las ventajas de la construcción de la central en Madrid están fuera de cualquier duda. La inversión de los eslovacos en nuestro Estado alcanzará unos tres millones de francos... —continuó el delegado de Contaminación. El discurso seguía por sus derroteros habituales.

Rebeca se sintió observada. Levantó los ojos de sus documentos digitales y miró directamente hacia Adán. Él desvió rápidamente la mirada. Lo observó con curiosidad. ¿Él la estaba mirado? No, qué tontería, miraba al delegado, como todos. Sin embargo, ella había sentido algo. Observó su rostro. Era el chico con el que había tropezado antes de la reunión. Ahora que se fijaba bien sentía que lo conocía de antes. ¿Quién era? ¿De qué lo conocía? Desechó la idea, si lo conociera no lo habría olvidado: alto, apuesto y con aquella profunda mirada. Bajó la vista y volvió a centrarse en sus notas, manejando la pantalla táctil de su tableta.

Adán cerró un segundo los ojos para controlarse. Ella lo había mirado. ¿Había sido una casualidad? ¿O eran las capacidades latentes de Rebeca que la habían alertado de que él la estaba observando?

—Ahora S. M. P. Abogados expondrá el informe jurídico independiente.

Rebeca miró al director del despacho de abogados. Más allá la observaba el alcalde. Tenía que levantarse, no había opción. Caminó un par de pasos hasta el atril. Colocó su centro de información en un expositor y abrió un punto digital para gestionar los documentos que este guardaba. El pequeño punto brillante se elevó y, sosteniéndose en el aire, expuso la información en diferentes hologramas. Respiró hondo antes de empezar. Sentía como si una pesada losa la aplastara. No se podía creer que fuera a exponer argumentos jurídicos para avalar la construcción de aquella central en Madrid.

Tomó aire e hizo su exposición.

Al final de su discurso se sentía asqueada con ella misma. Estaba desencantada con la profesión. ¿Por qué había cedido?

Adán había escuchado con atención cada palabra con rictus serio.

Finalmente, llegó el momento de las votaciones y posterior firma para elevar el proyecto a la Cámara sin fiscalización intermedia.

—¿Algún voto en contra? —preguntó el delegado de Contaminación por puro formulismo—. Bien, pues pasemos a firmar

el documento que se abrirá en las pantallas táctiles que cada uno tiene en su sitio. Por favor, huella digital para la firma.

—¡La Clínica Main se opone! —sentenció Adán con voz firme.

—¿Perdón? —El delegado de Contaminación no se podía creer lo que estaba escuchando. La votación era una mera formalidad; en realidad, no se esperaba oposición.

—Main se opone —repitió mientras todas las miradas se volvían hacia él—. No es posible la instalación de una central en los términos señalados. Es completamente inviable.

Rebeca no pudo evitar esbozar una sonrisa, que fue interceptada por Carlos Rey con severidad.

—¡Memorial Valles Valencianos también se opone! —dijo una débil voz, perteneciente a una mujer de avanzada edad quien se sintió valiente ante la decisión de Adán.

El Memorial Valles Valencianos se había creado como homenaje a la pérdida de las Ciudades Valencianas, ocurrida tras la Gran Guerra Mundial. La hecatombe acontecida había destruido toda la zona de levante y en Memorial Valles Valencianos se recaudaban fondos y se hacían proyectos para intentar recuperar poco a poco la viabilidad de aquellos terrenos. Pero en treinta años apenas habían conseguido salvar una minúscula parte de lo que se había perdido con las bombas nucleares. Era obvio que una organización dedicada a los demás no podría apoyar el proyecto.

Dos clínicas se oponían. Adán observó al resto, pero estaba claro que nadie más iba a hablar. Aquel era un cesto de manzanas podridas. Saber cuál había sido la primera era una quimera.

—Pero... Pe... —balbuceó el delegado. Había palidecido.

El alcalde fulminó a su hijo con una mirada llena de decepción. Adán no se inmutó. Nadie hizo ningún comentario en voz alta, pero él sabía lo que pensaban. Prácticamente todos los presentes conocían que Main destinaba toda su ocupación a la ayuda de las criaturas y contaminados. Los asistentes eran peces gordos del mundo económico-financiero del Estado y por lo tanto todos tenían los ojos abiertos. En la sala la única inconsciente probablemente era Rebeca. Incluso alguno de los presentes había llevado a alguien a la clínica en algún momento. La esencia del Deprogreso, las criaturas y

todo lo que había conllevado la Involución eran temas prohibidos y tabú. Adán había respetado hasta aquel momento las reglas impuestas, pero no las compartía. Creía en un futuro de protección e igualdad. Creía que el mundo médico debía ayudar y paliar el sufrimiento de los hijos de la Involución. Y por todo ello no iba a votar a favor de una aberración como aquella.

—¿Nadie más? —preguntó la débil voz de la representante del Memorial—. Bueno, supongo que a mi edad ya puedo decir lo que me dé la gana y la verdad es que esto es una pantomima. Estáis destrozando esta ciudad. ¿Hasta dónde pensáis llegar?

—Por favor —interrumpió el delegado—. ¡Se ruega que se abstengan de hacer comentarios innecesarios!

—¿Es que no va a haber ningún límite? —insistió la mujer—. ¿Sabéis lo que va a pasar? Cualquier día se alzarán en armas y os asesinarán, buitres.

El alcalde hizo un gesto a seguridad para que se la llevaran. Adán se levantó, desafiante.

—Ni se os ocurra ponerle un dedo encima —les indicó a los guardias que se habían acercado.

El resto de la mesa no hizo ni el más mínimo movimiento. Eran frías estatuas.

—Gracias, hijo, pero no es necesario. Ya me voy yo —comentó ella con un gesto, quitándole importancia—. Tengo noventa y dos años y hasta el día de hoy no me han echado de ningún sitio. Creo que ya es hora de cambiar las cosas, aunque está claro que desde aquí no se va a conseguir nada, está todo demasiado podrido —farfulló, dejando la mesa.

Adán permanecía de pie tenso, pero quería respetarla, así que se sentó. Observó como la mujer se marchaba, no sin antes firmar su rechazo al proyecto. Desde luego los años no habían mermado ni su inteligencia ni su valentía.

Posteriormente se intentó retomar la normalidad de la reunión, pero, al no haber un apoyo unánime por las principales empresas y centros médicos de la ciudad, no se había alcanzado el objetivo de la reunión, que era acelerar el proceso. El proyecto tendría que ser fiscalizado por un órgano de evaluación antes de ser elevado a la

Cámara. El comienzo de la construcción se había ralentizado al menos unos meses, pero era simple burocracia. No sería tan rápido, pero finalmente se llevaría a cabo su construcción, como había dicho el alcalde, con o sin la firma de Adán.

Tras las firmas de apoyo o rechazo, el alcalde se despidió de los asistentes y se marchó el primero. Ni se acercó a Adán. Estaba claro que desaprobaba la forma de ser de su hijo. No tenían nada en común. Para el alcalde había sido una decepción que él dedicara su vida a las criaturas. Para él, lo primero eran sus intereses, no la situación social. No entendía el sentimiento altruista de su hijo ni podía compartirlo. Le gustaba que Adán hubiera estudiado Medicina, como su madre, eso le daba prestigio y lo hacía una persona muy bien formada. Pero hubiera deseado que se dedicara a la política. Que estuviera a su lado en el Gobierno gestionando el Estado desde la alcaldía, no luchando por facilitarles la vida a criaturas e híbridos desde su clínica. Para él su hijo había muerto el día en que se había apartado del camino marcado. Moralidad, altruismo, bondad... Todos aquellos sentimientos habían separado para siempre a padre e hijo.

Tras la despedida del alcalde, la gente comenzó a salir de la sala. Rebeca se quedó rezagada y se acercó a Adán antes de que se marchara. Estaba impresionada. Él parecía dispuesto a comerse a todos aquellos burócratas.

—Hola. Adán, ¿verdad? —saludó a su espalda. Había escuchado perfectamente su nombre cuando lo habían mencionado antes de la firma.

Adán se dio la vuelta y se encontró con ella, que lo observaba con una sonrisa. No pudo evitar recordar la desconfianza con que lo miraba tan solo unas semanas antes, en un escenario completamente diferente.

—Hola, sí —saludó.

—Solo quería decirte que me ha gustado mucho lo que has hecho. Has mostrado mucho coraje. La verdad es que me has impresionado —declaró con honestidad—. Me llamo Rebeca, encantada de conocerte.

Vio como extendía la mano hacia él.

Adán cogió su mano, pequeña y cálida, pero firme, y la estrechó.

—Gracias —respondió—. He de decir que estoy algo sorprendido, mi votación no apoyaba precisamente tu motivador discurso.

—Ese no era *mi* discurso —negó con firmeza—. Eso era solo trabajo. La verdad es que lamento cada una de las palabras que he pronunciado.

Se hizo un pequeño silencio entre ambos.

—No te preocupes, a veces el trabajo es así —comentó intentando hacer que se sintiera mejor.

—¿Tú has tenido que apoyar cosas en las que no crees en tu trabajo?

—No —contestó con sinceridad—. Pero sí he tenido que aceptar situaciones que no comparto.

—Pero eso no es lo mismo que apoyarlas o defenderlas.

—Supongo que no. Aunque hay quien opina que consentir sin hacer nada para cambiar las cosas es una forma de apoyo.

—Ya... —murmuró, observando los ojos marrones de Adán. Parecía muy distinto a la gente que había estado en la reunión. Era como si estuviese fuera de su hábitat. Sintió curiosidad—. ¿Te apetece un café? No he podido desayunar nada con los nervios.

—Bueno —dudó—. No tengo mucho tiempo —se excusó.

La verdad es que le daba miedo estar demasiado tiempo cerca de ella. Rebeca lo ponía nervioso y, por tanto, lo desestabilizaba. Sabía que lo mejor era mantener la distancia. Además, si pasaban mucho tiempo juntos, corría el riesgo de que ella pudiera revivir los recuerdos que tenía dormidos en su interior.

—¿Cinco minutos?

Ella era persistente, entre muchas otras cosas.

—Venga —cedió finalmente—. Vamos, un café de cinco minutos.

—En cinco minutos puede tomarse un café memorable —comentó Rebeca con una mirada llena de verde.

Entraron en una cafetería cercana y se acomodaron en una pequeña mesa junto a la ventana.

—¿Dónde está la clínica que gestionas? —preguntó Rebeca removiendo su café—. No me suena Main.

—Está a las afueras. Cerca de la sierra.

—Qué raro, ¿no? Todos los centros médicos se gestionan dentro del Perímetro. Voy a buscarla —comentó abriendo un punto digital de su pulsera y activando el buscador estatal de datos.

El holograma de información flotaba sobre la mesa. Adán movió la mano en un gesto casual e interactuó con la imagen, inhabilitándola.

—Vaya..., se ha ido —murmuró extrañada—. No suele caerse.

—Estará saturado el sistema.

—Supongo. Bueno, ¿y qué hacéis en tu clínica? —quiso saber.

Adán eligió muy bien las palabras antes de hablar. No le gustaba mentir, pero tampoco podía decirle abiertamente qué clase de clínica era Main.

—Tenemos asistencia sanitaria como cualquier otro centro, pero la clínica comenzó por un proyecto de investigación genética que mi madre inició hace años. Ella hizo desarrollos punteros en medicina genética.

—¿Y tú sigues su estela?

Adán levantó la mirada de su taza y se encontró con Rebeca mirándolo expectante. Era directa. La gente solía mantener las distancias con él, precisamente porque él siempre era el primero en marcarlas. Sin embargo, ella no tenía ningún tipo de objeción en hablarle de forma directa. Deseó poder hacer lo mismo.

—Sigo su estela, en cierto modo —aceptó—. La clínica se llama Main por ella. Era alemana y ese es el nombre del río de su ciudad de origen, Frankfurt.

Adán se sorprendió a sí mismo. No solía hablar de su madre.

Rebeca lo miraba muy atenta.

—Hablas de ella en pasado, ¿ha fallecido?

Dudó un momento. ¿Cómo habían llegado a una conversación tan íntima?

Las risas de un grupo de gente que se sentaba más allá llegaron hasta ellos.

—Sí —contestó Adán apoyando una de las manos sobre la mesa, al lado de la taza de café.

Rebeca bajó la mirada a su mano. Era grande, fuerte, como su brazo, como todo él. Sin embargo, había algo en su mirada al hablar de su madre que mostraba que no todo era fortaleza en él.

—Lo siento, no debería haber preguntado.

—No te preocupes, ya han pasado cuatro años —replicó Adán tratando de quitarle importancia, aunque aquel tema seguía afectándole.

Rompió el contacto visual. No quería que ella supiera cómo le afectaba.

—¿Nos hemos visto en alguna otra reunión? —preguntó.

Adán volvió la mirada a ella, expectante. ¿Era posible que en el fondo de su mente se escondieran los recuerdos de aquellos dos días tratando de salir a flote?

—No lo creo. La verdad es que yo no suelo meterme en cuestiones políticas.

—Pero diriges tu clínica. Quizás hayamos coincidido en otra ocasión.

—Dirijo la clínica de puertas para dentro —aclaró—. Las cuestiones burocráticas normalmente las gestiona mi hermano, yo trabajo con los pacientes. Las relaciones sociales son lo suyo —comentó, haciendo una broma privada que solo él podía entender.

—¿Y qué es lo tuyo? —preguntó Rebeca con un brillo en la mirada.

Adán deseó alargar la mano y tocar la piel blanca de su cuello. Su atracción hacia ella era cada vez mayor.

—Los pacientes.

—Yo podría ser tu paciente —declaró echándole un órdago.

Adán se rio y cogió su taza de café. Mejor mantener las manos ocupadas.

—Quizás, ¿alguna dolencia en particular?

—Soy abogada, carne de baja por ansiedad. Además, legisladora, imagínate si no estoy sometida a estrés.

—Es cierto —aceptó con una media sonrisa.

Rebeca se removió en su asiento. Él sonreía, pero no del todo. Se preguntó que hacía falta para verlo reír de verdad. Parecía ese tipo de personas que están siempre conteniéndose de algún modo.

—¿Te gusta tu trabajo? —preguntó él dejando la taza sobre su plato.

—Me gustaba —respondió Rebeca dejando de sonreír—. Creía que estudiando Derecho podría cambiar algo —añadió. Adán comprendió su espíritu inconformista—. Soy legisladora y abogada. La bisagra perfecta para que me utilicen en su beneficio. Estoy asqueada.

—Oye, no te martirices, la decisión ya está tomada. Lo que tú o yo opinemos al respecto les va a dar igual. No va a cambiar nada.

—Gracias, pero no es justificable. Tú te opusiste y la presidenta del Memorial Valencianos también. Es todo un personaje.

—A su edad no tiene nada que perder. Una cosa que se gana con la edad es la facultad de decir lo que uno piensa de verdad.

De repente, Adán recibió un punto digital en su conector. Era un punto rojo de Ángel. Él nunca utilizaba hologramas cifrados, y menos urgentes; tenía que ser algo importante.

—Perdona, pero tengo que irme —se excusó.

Rebeca asintió.

—Sí, a mí también se me hace tarde. —Hizo una pausa—. Quizás en otra ocasión puedas contarme más sobre tu clínica.

—Sí, en otra ocasión —contestó él con una profunda mirada.

Ambos se levantaron. Adán era mucho más alto y voluminoso que Rebeca. Era un hombre imponente físicamente, difícil de olvidar.

Rebeca subió la mirada hasta sus ojos oscuros.

—¿Ves? Han sido cinco minutos memorables.

—No lo habría dicho mejor —replicó Adán.

Hubo un momento de silencio hasta que Rebeca se movió para dejar pasar a una mujer que buscaba el cuarto de baño.

Al llegar a la calle, Rebeca iba a retomar la conversación cuando uno de los tacones de su zapato se enganchó en una brecha del suelo. Al desestabilizarse, se cayó hacia un lado y Adán la sostuvo rápidamente. Ella sintió como si la escena se ralentizara: su cuerpo cayéndose y la mano de él cogiéndola con firmeza por la

cintura. Su cuerpo cambiando de rumbo por la fuerza que él había ejercido para terminar volcándose en su pecho. El cabello parecía flotar mientras se desplazaba. Levantó la mirada y se encontró con dos ojos oscuros que parpadearon con una lentitud irreal. Escuchaba los latidos de su propio corazón bombeando despacio y el zumbido de la sangre circulando mientras entraba y salía al ritmo de las palpitaciones.

—¿Estás bien? —preguntó Adán tragando saliva.

—Sí, estoy bien —contestó sintiendo que el mundo volvía a moverse a velocidad normal—. Por un momento he sentido como si flotáramos, ha sido muy extraño.

—Quizás un pequeño mareo —comentó Adán, deseando que no fueran sus capacidades desarrollándose. Tenían que seguir prácticamente latentes, para que ella pudiera ser una inconsciente.

—Sí, supongo que solo ha sido eso.

—¿Te puedo soltar o necesitas que te sostenga? —preguntó sin estar muy seguro de la respuesta que quería escuchar.

Rebeca se soltó con un ligero gesto.

—Gracias, creo que puedo sola.

Adán tuvo claro que aquello era cierto.

—Tengo que irme —recordó Adán, para obligarse a sí mismo a marcharse.

—Es cierto. Yo también tengo cosas que hacer.

—Adiós, Rebeca. Ha sido un placer conocerte.

Rebeca asintió.

—Adiós, Adán. Lo mismo digo. Hasta que nuestros caminos vuelvan a encontrarse. Esta es una ciudad pequeña, quizás haya otro café de cinco minutos.

—Nunca se sabe —replicó.

Adán la vio marcharse. Decidió que no podía permitirse dejarla entrar en su vida, y desde luego él no debía estar en la vida de ella. Se dio la vuelta y siguió su camino.

***

—Doctor Ruiz, ¡por fin está aquí! —lo saludó un joven médico en cuanto entró en la clínica.

Era David, un médico recién licenciado que apenas llevaba un año trabajando con ellos. Solía mantener la calma ante cualquier situación, sin embargo, ahora estaba alterado. Parecía muy nervioso.

—¿Qué ha pasado, David? —preguntó impaciente.

—Tenemos ingresado al señor Héctor Sanromán. Ha sufrido un ataque y está muy grave.

—¡Aridus! —exclamó sorprendido.

El médico asintió antes de continuar.

—Dice que es su amigo. Solo pregunta por usted... —Calló un momento. No sabía muy bien cómo continuar—. Doctor Ruiz, está en una situación crítica. No creemos que pueda sobrevivir.

Adán siguió a David por los pasillos mientras se ponía su bata. Al llegar a la habitación la realidad lo azotó. No se lo podía creer, era cierto, allí estaba Aridus. Hacía cinco años que no lo veía y ahora la imagen no podía ser más devastadora. Una máquina de hidroxígeno lo mantenía con vida. Varias holografías controlaban sus constantes vitales. Estaba pálido y magullado. Tenía vendajes por todo el cuerpo.

Ángel estaba sentado en una silla al lado de la cama con rictus serio. Al verlo se levantó. Apenas le tocó en un hombro en un suave gesto y salió de la habitación, dejando a su hermano con su amigo. Hacía años que no se veían.

El instinto médico de Adán se antepuso a sus impulsos emocionales. Se dirigió a la pantalla holográfica que se situaba a los pies de la cama proyectando los niveles del paciente.

Una enfermera tomaba notas en su platillo digital mientras otra le secaba con un paño la fiebre de la frente.

—Salid de la habitación —pidió Adán con voz pausada.

Salieron al pasillo.

Adán se acercó despacio a su amigo, como si tuviera miedo a herirlo más de lo que ya lo estaba. Aridus yacía rodeado de tubos y hologramas de pequeño tamaño que velaban por sus funciones. Era un hombre de gran tamaño. Siempre había sido extremadamente fuerte, impresionaba verlo en una situación tan débil. Su pelo y su

barba eran castaños y tenía unos ojos azules que ahora permanecían cerrados. Respiraba con gran dificultad. Estaba en estado crítico. ¿Quién podría haberle hecho algo así?

—¡Te has hecho de rogar! —masculló el enfermo intentando abrir los ojos—. Pensaba que no ibas a verme antes de morir.

Él sintió cómo lo golpeaban sus palabras.

—No sabía que estabas aquí —se disculpó.

—Xabiamonus... —pronunció el hombre esbozando una sonrisa. Finalmente abrió los ojos, de un azul arrollador, y lo miró—. Ven a mi lado, viejo amigo. Siéntate para ver cómo mi mísera vida toca a su fin.

Adán se sentó al lado del enfermo y torpemente le cogió la mano. Él solía evitar cualquier tipo de intimidad emocional, pero no podía negarse.

—¡Vaya! Nunca pensé que tendría una mano cálida sosteniendo la mía al llegar este momento —bromeó el herido con amargura mientras un acceso de tos ahogaba su broma.

—¿Qué te ha pasado?

—La pregunta es qué no me ha pasado —ironizó. Sentía el peso del dolor en su pecho, donde supuraba una herida a través de los vendajes. Sus brazos tenían golpes y muestras de lucha.

—¿Quién te ha hecho esto? —Adán se sentía desestabilizado, tener la mano de aquel condenado a muerte entre las suyas lo dejaba completamente vulnerable. Quería venganza. No podía creerse que Aridus, un auténtico luchador, estuviera así.

—Ya da igual... —murmuró el enfermo para sí mismo.

Apenas le quedaban unos minutos. Los hologramas mostraban el inminente final.

—Aridus, la habitación H... Podríamos intentar...

—¡No! —contestó tajante. La tos volvió a ahogarle—. Eso no va a pasar. No hay excepciones. Hicimos un juramento.

Él negaba con la cabeza, no quería verlo morir. No podía hacerlo.

No concebía la idea de perder a otro amigo.

—Ya hubo excepciones antes. ¡Maldita sea, Aridus, déjame usar la habitación H! —insistió desesperado.

—Tienes que respetar mi decisión —dijo dirigiendo sus ojos inyectados en sangre hacia él. Adán apretó los dientes y no contestó. Aridus se movió débilmente con un gesto de dolor—. Xabiamonus, dime, ¿tú tienes capacidades telequinésicas? —preguntó mientras una ráfaga de dolor cruzaba su cara. Cerró los ojos un momento y después continuó—: Bueno, porque técnicamente eres un híbrido, ¿no? Dime, ¿tienes capacidades telequinésicas?

—Ya sabes que sí —contestó.

—¡Es cierto! Quedan tan lejos aquellos tiempos en los que éramos camaradas. —Una sonrisa irónica y melancólica cruzó sus labios—. Y dime, ¿puedes ver el futuro?

Él negó con la cabeza.

—Solo el presente y no siempre funciona.

—Yo sí puedo hacerlo, ¿sabes qué veo? —Adán lo miraba sujetando su mano con fuerza, con la certeza de que las garras de la muerte se lo llevarían pronto—. ¿Sabes qué veo, Xabiamonus? Veo destrucción. ¿Qué se puede esperar cuando los hermanos se atacan los unos a los otros? —Los ojos de la criatura se empañaron.

—¡No lo sé! —contestó Adán abatido.

—Yo siempre he visto el futuro. Siempre había algo más allá. Ahora solo veo oscuridad. —El enfermo hizo un gesto para girarse hacia Adán—. Nosotros creíamos en algo distinto, ¿te acuerdas? Luchamos por otra vida, por una ciudad que reconociera lo que somos. Yo todavía soñaba con eso, tenía planes... ¡Tenía un plan! —dijo con la mirada perdida—. Pero no hay futuro... —murmuró antes de que un acceso de tos lo ahogara.

—¿Quién te ha hecho esto? Dime quién ha sido.

El enfermo hizo un gesto de dolor que cruzó su cara empapada de sudor.

—Ya no importa, qué más da quién lo hiciera. Consiguieron lo que querían. Destruyeron la esperanza... —murmuró perdiéndose en sus palabras.

—¡Dímelo! —insistió.

—Si te digo que lo ha hecho un hermano, ¿qué me dirías...?

—¿Cómo? ¿Un hermano de la Alianza? —Adán abrió mucho los ojos y apretó con rabia la mano del condenado a muerte.

—Entonces, dime, Xabiamonus, ¿qué se puede esperar cuando los hermanos se atacan los unos a los otros?

Adán no fue capaz de articular palabra alguna. Hacía cinco años que la Alianza había desaparecido al completo, pero aquella traición era algo impensable.

—Entre nosotros no somos capaces de protegernos... Ya no habrá un futuro distinto —murmuró medio ido, navegando en sus pensamientos—. Me gusta lo que haces aquí —dijo volviendo al presente—. Esta clínica es una oportunidad para mucha gente. Quizás... tú podrías... —Se le quebró la voz y una fuerte exhalación dejó su cuerpo libre y vacío.

Todos los hologramas se apagaron. Aridus yacía inerte.

—Aridus —balbuceó—. ¡Aridus! —gritó haciendo un esfuerzo sobrenatural para que su cuerpo no mostrara sus capacidades. Un dolor inmenso se apoderó de su cabeza.

Los gritos de Adán precipitaron la entrada del joven y nervioso médico seguido por varias enfermeras. Ángel decidió no entrar, conocía demasiado a su hermano, prefirió alejarse por el pasillo. Dentro encontraron el cuerpo sin vida de aquella criatura. Aridus era ahora un cuerpo de inmenso tamaño vacío y muerto. Adán seguía sentado en la silla, con la cabeza sujeta entre ambas manos. La tensión se palpaba en todo su cuerpo, el sudor le bajaba por el cuello.

—Adán, ¿estás bien? —preguntó David.

Levantó la cabeza; su pelo permanecía negro, pero sus ojos eran prácticamente albinos.

—¡Estaría mejor en el infierno! —prácticamente escupió.

El joven médico se quedó petrificado. Nunca había visto a Adán con sus capacidades patentes.

***

Rebeca daba vueltas a sus pensamientos mientras en su pantalla holográfica boqueaban pequeños peces al unísono. Movió

un dedo sobre ella y el sistema abandonó el modo ahorro. El sol de otoño se colaba por la ventana en su despacho de legisladora. No tenía ganas de trabajar, los recuerdos del día anterior se reproducían en su mente una y otra vez. Su cabeza viajaba desde la hipócrita reunión política hasta los oscuros ojos de aquel médico. ¿Por qué tenía la sensación de que no era la primera vez que hablaban? ¿Dónde lo había visto antes?

Su mente volvió al tema de la central. La ubicación sería en el Puente de Vallecas. El sur de Madrid seguía sin reconstruir tras la Gran Guerra, por lo que allí solo había una población empobrecida y olvidada. Ella misma había defendido en su informe jurídico los beneficios económicos para esa zona ignorada por el Estado, pero ¿y el desastre medioambiental? Las centrales de energía uránica debían instalarse en sitios alejados de la población. El informe doctrinal de Alejandro de Quevedo y Francisco Uría López hablaba de una distancia de más de cincuenta kilómetros de cualquier núcleo poblacional y alejada de redes hidráulicas. Los peligros de la energía uránica eran abismales. Un año antes había habido una explosión en Berlín en una central con las mismas características. El desastre había acontecido a veinte kilómetros del norte de la ciudad y esa distancia no había evitado la catástrofe. Habían tenido que evacuar todo el norte. Terminaron levantando un muro que hacía imposible acceder a esa zona. La historia hacía que Berlín siempre acabara dividida.

Bajó los hombros y se derrumbó sobre la mesa, apoyó la cabeza sobre sus brazos y dejó que su manto de pelo castaño la ocultara. Tenía otra vez ese punzante dolor de cabeza que últimamente la perseguía.

—¡Vaya! Parece que no estás muy animada —habló una voz desde la puerta—. ¿Qué pasa? ¿La reunión fue peor de lo que pensabas?

Levantó la cara y se la sostuvo entre las manos con aspecto derrotado. Daniela entró en el despacho y cerró la puerta detrás de ella. Nunca se sabía quién podía escuchar, estaban en el Ayuntamiento y no había un lugar más peligroso para criticar las decisiones políticas del Estado.

—No. Supongo que no —contestó—. Pero no pensaba que pudiera afectarme tanto.

Rebeca le explicó cómo se había desarrollado la exposición y las dos negativas con las que se encontró el Gobierno.

—Bueno, pues entonces no fue tan mal. Hubo dos oposiciones, eso es mucho más de lo que se hubiera previsto, por lo menos se ralentizará el proceso unos meses —observó su compañera—. Vamos, ¿qué te pasa?

—No lo sé. ¡Tal vez esperaba no sentirme una basura!

—Venga, mujer, ¡ánimo! Nosotras no somos heroínas, realmente no hay mucho que podamos hacer.

—Supongo que simplemente soy muy joven —dijo esbozando una media sonrisa.

—Creo que sí, pero no te preocupes, que eso también se pasa —confirmó Daniela con una sonrisa—. Bueno, tengo que irme. Luego hablamos.

Su compañera se levantó para marcharse y sin querer golpeó un vaso de cristal que estaba en una esquina de la mesa. Este se volcó por completo, vertiendo todo su contenido. Antes de que se estrellara contra el suelo, Rebeca lo cogió al vuelo apenas a unos centímetros del piso de madera. Vivió el momento a una velocidad distinta; mientras el vaso caía observó pequeñas gotas de agua sosteniéndose en el aire y la luz del sol atravesándolas y creando un diminuto mundo de color en ellas.

—Vaya, ¡menudos reflejos! —exclamó asombrada Daniela—. ¿Cómo lo has hecho?

—No lo sé —murmuró observando el vaso en su mano.

# 7

Adán golpeó la puerta. No abrían. Volvió a insistir. Era una noche silenciosa, tan solo las brillantes luces de la Ciudad China iluminaban tenuemente la calle. La pequeña rejilla de la puerta se abrió con un ruido estridente y unos oscuros ojos aparecieron al otro lado. Adán los conocía: era la misma mujer que lo había atendido la última vez.

—¿Quién llama?

—Soy Xabiamonus —dijo él con precaución. Sabía que no sería bien recibido, pero necesitaba hablar con el Maestro.

La mujer lo miró con desconfianza, se acordaba de él y no parecía agradarle volver a verlo. Cerró la rejilla con brusquedad y desapareció. Permaneció esperando unos minutos hasta que por fin se abrió la puerta y le permitieron la entrada. Se encontró de nuevo rodeado de una excesiva decoración oriental mezclada con muebles coloniales y barrocos que contenían múltiples televisores y radios analógicas. Antigüedades completamente obsoletas que hacían que, de algún modo, la decoración consiguiera casar la una con la otra. Hasta donde él alcanzaba a recordar, siempre que había entrado allí había tenido el mismo pensamiento.

—Xabiamonus, tu presencia aquí no es oportuna. —La voz provenía de detrás de él. Se giró y vio al Maestro, que continuó—: Entenderás que dos visitas en apenas un mes es excesivo.

—Maestro, tengo motivos muy importantes para venir a su casa. De otro modo no estaría aquí.

—Últimamente todos los caminos parecen traerte a esta casa —contestó el anciano con frialdad.

—Créame que son casos de extrema necesidad.

El Maestro lo observó valorando sus palabras. Fumó por su pipa y exhaló el humo lentamente. Se quedó pensativo mientras las volutas se deshacían en el aire. Sabía que realmente no habría regresado si no hubiera un motivo importante, algo que debía de

estar por encima de todo lo que los separaba, y eso no podía ser nada bueno. El Maestro no hizo ningún gesto que delatara sus pensamientos, no mostraba nunca sus temores y su mente era inaccesible para cualquier capacidad criatural. Sin embargo, a pesar de su apariencia fría, sintió cierto temor; algo no iba bien y la presencia de Adán en su casa era una muestra de esa certeza.

—¡Sígueme! —dijo al fin, tomando el camino hacia su despacho.

Adán siguió al pequeño oriental. Permanecía inalterable a través de los años: sus ropas amplias y sencillas, sus largos bigotes blancos y su pipa estaban igual, los años no hacían mella ni en su cuerpo ni en su mundo. Tomaron asiento en un lugar al que Adán no había vuelto desde hacía años. Aquel encuentro era un auténtico viaje al pasado.

—Bien, Xabiamonus, cuéntame cuál es el motivo de tu presencia en esta casa. ¿Es por aquella joven?

—No —contestó recordando la visita que había hecho con Rebeca—. No es por ella.

—¿Está bien?

Adán sabía que se lo preguntaría antes o después. Siempre que ayudaba a alguien esperaba que pudiera avanzar.

—Sí. Le agradezco muchísimo lo que hizo.

El Maestro se quedó pensativo acariciando su bigote.

—Ese fue un favor que no deberías haberme pedido. Tenías que haberla llevado a la clínica. —Volvió a fumar de su pipa con lentitud—. ¿Superó el trance sin problemas?

Adán dudó. La había visto el día anterior y parecía estar bien.

—Bueno, no está completamente estabilizada, pero superó el acceso de fiebre tras la contaminación.

El Maestro lo escudriñó y entonces lo supo.

—Sigue siendo una inconsciente. ¿No es cierto?

Se quedó callado al recibir la desaprobación de las palabras del anciano. Años atrás había sido su mentor. Detestaba decepcionarlo, él no aprobaba ese tipo de decisiones, sin embargo, no podía mentirle.

—Sí, sigue siendo una inconsciente —aceptó—. Decidí darle una oportunidad.

—¿Es eso cierto? —Los ojos del anciano parecían leerle por dentro—. ¿No será que su presencia era más peligrosa para ti mismo que para ella? Una inconsciente contaminada no es una alternativa y tú lo sabes.

Adán no encontraba las palabras para darle la réplica. El Maestro lo conocía demasiado. Sabía de sus temores, sus debilidades y su dolor. Lo respetaba, pero no quería enfrentarse a él, había ido por otro motivo.

—Es una decisión… —Carraspeó y volvió a comenzar la frase—. Es una decisión que yo asumo, con todas sus consecuencias.

—No lo dudo —contestó—. Lo que le ocurra a esa muchacha recaerá sobre tu conciencia.

El Maestro depositó su pipa sobre la mesa y optó por dejar aquel episodio a un lado. La decisión ya estaba tomada. Con la Alianza esa no era una opción, pero la Alianza estaba deshabilitada y Adán podía tomar sus propias iniciativas, fueran o no acertadas.

—Pues bien, dime, Xabiamonus, ¿cuál es entonces el motivo que te ha traído hasta aquí?

—Maestro..., Aridus ha muerto —dijo tratando de no mostrar todo el dolor que sentía.

—Aridus... —murmuró el anciano consternado.

—Falleció ayer en la clínica. —Hizo una pausa antes de seguir —. Murió tras soportar un gran dolor. Lo torturaron.

El anciano guardó silencio. La noticia lo había golpeado de lleno, no esperaba algo así de un luchador como Aridus.

—¿Qué ha pasado? —preguntó unos instantes después con la mirada perdida—. ¿Han sido los humanos? ¿La policía? Era extremadamente sensible, el dolor habrá sido insoportable.

—No lo sé —contestó—. Apenas pude hablar con él unos segundos antes de que falleciera. Pero no creo que haya sido la policía. Él dijo… —Intentó recordar las palabras exactas, pero no fue capaz—. Creo que ha sido alguien de la Alianza —sentenció finalmente.

El anciano lo miró incrédulo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Alguien de la Alianza? Eso es algo inconcebible. Lo que dices no tiene sentido. ¿Por qué un jurado habría hecho algo así? —preguntó—. Los aliados sois hermanos. ¿Acaso no lo recuerdas?

Adán guardó silencio. Todavía le resultaba muy doloroso enfrentarse a él, a pesar de los años que habían pasado.

—Yo creo que sí lo recuerda —dijo una voz femenina desde la puerta del despacho.

Adán se tensó… Aquella voz. ¡Era ella! Tenía que ser ella. No podía creer que estuviera allí. Habían pasado cinco años desde la última vez que se habían visto. Giró la cabeza lentamente hasta alcanzarla con la mirada.

—Shui, ¿qué haces aquí? —pregunto el Maestro, claramente molesto—. Esta conversación no te incumbe.

Adán se levantó, no daba crédito, era ella. Estaba allí, bajo la protección de la casa de su padre. Eso solo podía significar una cosa: el Maestro sabía que un peligro se avecinaba y tenía que ser algo grande, de otro modo jamás habría traído de vuelta a su hija.

—Shui… ¿Cómo estás? —preguntó con cuidado, como si las palabras pudieran romperla.

La joven lo miró directamente, con dos azules ojos rasgados. Ojos de lluvia, como decía la gente asiática. El cabello negro, largo y sedoso, se meció hacia un lado cuando se giró hacia él.

—Ella está bien —contestó el Maestro antes de que la joven pudiera hablar—. Su bienestar no es de tu incumbencia, Xabiamonus. —Sus palabras eran una velada advertencia.

—Padre, no te preocupes. Adán no tiene ningún tipo de interés en mí —contestó ella con voz templada.

La joven oriental se acercó a la mesa del despacho y tomó asiento a su lado. Ahora era mayor, con una belleza más adulta. Adán pensó que aquel torbellino adolescente había quedado atrás, dando lugar a una mujer hermosa y serena.

—Quiero saber qué le ha pasado a Aridus, también era un hermano mío —dijo mirando a su padre.

—Shui, ve a tu habitación —insistió. No la quería allí, con Adán.

—Quizás debería quedarse —se entrometió Adán—. Tiene tanto derecho a saber lo que le pasó a Aridus como nosotros.

El Maestro le dirigió una gélida mirada. No podía creer que fuera precisamente él quien intercediera por su hija.

—Tú... —dijo dispuesto a encararlo.

—¡Basta! No es momento de mirar al pasado —declaró—. Adán ha venido porque Aridus está muerto, eso es lo único que debe importarnos en este momento y no nuestras miserias.

El silencio se abrió paso entre los tres. Adán decidió romperlo y explicó cómo habían sido sus últimos momentos con Aridus, tratando de ser lo más meticuloso posible.

—Así que tú crees que ha muerto a manos de un hermano —dijo el Maestro, intentando cuadrar las piezas.

— Él me lo dio a entender. —Calló un momento antes de continuar—. Sé que fue un miembro de la Alianza, aunque no sé quién pudo haberlo hecho. Además, creo que su muerte tiene algo que ver con los movimientos revolucionarios que están surgiendo.

—¿Por qué? —preguntó Shui.

—Porque está todo muy movido en la Zona Cero. La gente está nerviosa, lleva un tiempo hablándose de rebelión y de plantarle cara al Gobierno. Aridus era un luchador, ayudaba a muchas personas y todavía tenía fe en cambiar las cosas. Tenía mucha influencia y demasiado nervio, siempre acababa a golpes con los que no opinaban como él. —Hizo una pausa—. ¡Era una auténtica bestia! Solo alguien muy entrenado podría haberle dado una paliza así.

—¿Crees que quisieron quitárselo de en medio?

—Sí.

—¿Por qué rompería un aliado su juramento? —inquirió el Maestro consternado.

—No lo sé, pero Aridus estaba metido en algo. Me dijo que tenía un plan para cambiar Madrid y alguien se ha encargado de que ya no pueda llevarlo a cabo.

—¡Tenemos que averiguar qué pasó! —interrumpió la joven oriental—. No podemos dejarlo correr. —Sus ojos brillaban conteniendo la emoción.

—¡Tú no vas a hacer nada, Shui! Te quedarás aquí bajo mi protección —dijo el Maestro tajante—. No vas a exponerte.

—No vas a poder protegerme siempre —replicó desafiante—. ¡No quiero vivir en una caja de cristal!

El anciano iba a volver a encararla cuando Adán interrumpió:

—Maestro, déjeme la Libreta Roja, quiero hacer una búsqueda para averiguar quién es el asesino.

—¿Vas a matar a un hermano? —preguntó el anciano—. Ese no es el camino que yo te enseñé.

—Quiero venganza —aceptó—. No lloraré a otro hermano en vano, no otra vez.

Un profundo silencio se apoderó de ellos. Con aquella frase, Adán había abierto una enorme puerta hacia el pasado. El recuerdo de Tian se hizo demasiado presente en aquel momento e inundó toda la sala. Era como si un elefante se hubiera colado por la puerta y se hubiera sentado allí, sin que nadie pudiera comentarlo.

La muerte de Tian había sido demasiado dolorosa para Adán. Quizás nunca llegaría a superarla del todo. Hermanos y compañeros, a través de la Alianza, debían protegerse y cuidar unos de otros. Sin embargo, Adán no pudo salvarlo y Tian murió en sus brazos. Su recuerdo lo golpeó en aquel momento y se sintió transportado cinco años atrás.

Aquel día Adán y Tian formaban el comando sur de la ciudad. La policía no se acercaba por las noches a las zonas sin reconstruir, por lo que la Alianza había tomado aquella zona bajo su protección. Todo ocurrió demasiado rápido, sin dejar apenas tiempo de reacción. Sin embargo, en sus recuerdos las imágenes se reproducían con gran lentitud: el altercado, la pelea…, el disparo. Aquel disparo que se le quedó grabado para siempre. El grito ahogado de Tian, su cuerpo menudo depositado en el frío suelo de esa noche de enero y, de repente, sangre por todas partes, sangre sobre el asfalto y sangre sobre la mesa de la habitación H. Todo ocurrió demasiado rápido, había que tomar muchas decisiones en muy poco tiempo. Ángel diciéndole que activara el Sistema de Recuperación. Aridus pidiéndole que no lo hiciera; debía recordar el juramento, no había excepciones. El juramento que todos los aliados habían hecho

repitiéndose en su mente sin ser capaz de tomar una decisión: «Luchar por el progreso y no utilizar la deshumanización».

¿Qué hacer? ¿Iniciar el proceso de recuperación? ¿Deshumanizar completamente a Tian? ¿Dejarlo morir? Los segundos transcurrían velozmente jugando en contra.

Entonces tomó la decisión. Activó el Sistema de Recuperación. Traicionó su juramento y traicionó a todas las vidas anteriores a las que les había negado aquella oportunidad. Adán flaqueó, prefirió la deshumanización a perderlo. Las luces parpadearon en el techo de la habitación H. Pequeños tubos salieron de la metálica mesa para perforar el cuerpo de Tian. El líquido azul llenó los tubos y se vaciaba en su cuerpo, a la vez que su sangre comenzaba a salir. Mientras Aridus gritaba: «¿Qué has hecho? Juramos no utilizar la recuperación. Has traicionado a Tian. ¡Nos has traicionado a todos!».

Aridus empujó a Adán contra una pared. Ángel lo sujetó antes de que lo golpeara. Adán regresó a la mesa, que se había llenado de sangre. Apenas faltaban segundos para que Tian volviera a abrir los ojos. Ángel sujetaba a Aridus mientras Adán esperaba con ambas manos sobre la metálica mesa. De repente se escuchó una exhalación y los tres contuvieron el aliento. Había llegado el momento. Diez segundos y estaría de nuevo con ellos. Diez, veinte…, treinta segundos. Nada. No volvió. Dos minutos… El silencio y la sangre lo teñían todo. No regresó. Tian se había ido. El Sistema de Recuperación no funcionó. Pertenecía al pequeño porcentaje inmune. Murió sobre aquella fría mesa mientras a su lado sus hermanos lloraban su muerte sin derramar ni una sola lágrima. Algo más fuerte que todo lo que los había unido se perdió aquella noche.

Cuando el Maestro llegó a la clínica no dijo nada. Adán había lavado a Tian con sus propias manos. El cuerpo esperaba envuelto en una sábana blanca, pálido y frío. Entró y se dirigió directamente a su hijo. Despacio, cubrió su rostro con una mano y musitó unas palabras. Miró a Adán durante unos minutos. No pronunció una sola palabra, no hizo falta, el dolor de su mirada fue suficiente. Siempre había tenido una fe absoluta en Adán, lo admiraba como luchador, como médico y como científico. Siempre había sido su preferido, su

esperanza blanca para aquella ciudad. Con Adán a la cabeza, el Maestro había llegado a creer en un futuro distinto para Madrid.

La muerte de Tian destruyó todo lo que había unido a Adán, Shui y el Maestro, sus caminos se separaron para siempre. Con su muerte se quebró la Alianza. El Maestro se sintió incapaz de seguir liderando el grupo. Tuvo que recoger el cuerpo vacío de sangre y llevárselo. Adán todavía recordaba el habitual pijama blanco que vestía el anciano manchado de sangre. La misma ropa que seguía vistiendo ahora y la misma mirada de rencor, nunca se iría del todo. La pérdida de un hijo era un dolor animal que se interponía entre ambos.

Con Shui no hubo mejor suerte. Se quedó destrozada tras la muerte de su hermano e intentó buscar consuelo en Adán, pero él se sentía incapaz de aliviarla. Por aquel entonces mantenían una relación superficial, al menos para él. Nunca había estado a la altura de los sentimientos de Shui. Se abrió una brecha entre ambos imposible de salvar. Finalmente, ella lo encaró. «Vas a escudarte en tu propio dolor para abandonarme». Frases como aquella la habían envenenado de rencor. Sin embargo, el amor puede ser un enemigo poderoso y ella había seguido amándolo años después de la ruptura.

—Xabiamonus, si estás en lo cierto, entonces un hermano de la Alianza ha roto sus votos y ha cometido un crimen —dijo el Maestro, acariciándose pensativo el largo bigote.

A pesar de que la institución se había disuelto, aquello era inadmisible, no quedaba nada de los valores que él les había inculcado. De repente se sintió muy viejo.

—Maestro, algo se está gestando. Es el momento idóneo para que los aprovechados y los iluminados tomen el poder. —Hizo una pausa—. Incluso, alguna de estas cabezas revolucionarias ha contactado con nosotros.

—Una revolución —murmuró el anciano.

—Usted sabe que algo está pasando. ¿No es así? De otro modo Shui no estaría aquí.

El Maestro no contestó. Shui miró directamente a su padre. Había estado casi cinco años en China viviendo en la casa de un familiar, en una urbanización aislada de un pequeño pueblo en las

Montañas Taihang. Un pueblo tranquilo que le proporcionó una vida protegida. Había regresado a Madrid un par de meses antes, su padre la había convencido de que quería pasar un tiempo con ella. Creyó que quizás habría llegado el momento de que ambos se reencontraran y de hablar de la muerte de Tian. Sin embargo, cuando llegó a Madrid se encontró con un muro de silencio.

—¿Padre? ¿Es cierto? ¿Me has mentido para hacerme regresar? —preguntó.

El anciano no contestó, permanecía absorto en sus propios pensamientos. Al rato levantó los ojos y miró directamente al único vástago que le quedaba, viéndola por primera vez en mucho tiempo. Tian se había llevado sus ganas de vivir y había dejado aquel vacío y aquel rencor que nunca lo abandonaban. El mantenerla alejada le había ayudado a apartarla del dolor que lo carcomía.

—China se ha convertido en un lugar hostil —manifestó el Maestro mirando a su hija—. Permanecer allí era peligroso. —Desvió su mirada hacia Adán y aceptó—: Tienes razón, Xabiamonus, una corriente revolucionaria nos azota, pero no solo afecta a Madrid, el cambio se masca en muchos Estados. —Volvió a coger su pipa y aspiró el humo despacio—. Todas las revoluciones tienen un previo que, si lo analizamos a lo largo de la historia, las unifica: tratar de impulsar un cambio desde abajo para derrocar al poder que los oprime. Hay muchos ejemplos en la historia, pero esas eran revoluciones del Progreso. —El Maestro hablaba meditando cada palabra, como si buscara la solución a un problema—. Sin embargo, nosotros vivimos el Deprogreso, la Involución cultural y genética. Llevamos casi doscientos años involucionando. Los Gobiernos han tratado con tiranía la situación, silenciando a criaturas y contaminados. Buscando granjas y guetos para aquellos que no pueden ocultar lo que son. —Guardó silencio unos instantes—. Las criaturas llevan décadas sintiéndose humilladas. Viven ocultándose, sin poder manifestar sus capacidades. Hay mucha gente, no solo criaturas e híbridos, sino incluso humanos, que quieren cambiar las cosas. Es algo que viene germinando desde hace mucho.

—Las criaturas tienen derecho a luchar por sus derechos —declaró Shui—. Ya se las ha humillado bastante.

—No es buena idea. Los que están hablando de revolución no piensan en derechos ni en libertad, quieren sangre y poder —resaltó Adán, tratando de hacerla entender—. ¡Sería una masacre!

—El único modo de evitar una guerra civil es cambiar las cosas desde dentro del Gobierno —concluyó pensativo el Maestro—. Cualquier otra opción acabará con muertos.

—Mi padre jamás claudicará.

—Tu padre es uno de los peores cánceres que ha asolado esta ciudad. Desde que está en el poder, tan solo veinte años han bastado para elevar los índices criaturales de Madrid al doble —señaló el Maestro con frialdad. Adán no se atrevió a decir nada, sabía que tenía razón, su padre había hecho todo eso y mucho más —. Y como si eso no bastara —añadió levantándose y observando el exterior desde la ventana—, ha llevado a la población pobre hasta el límite. Es difícil que pueda mantener mucho más tiempo esa esfera dorada en la que vive.

—Hay que ayudar a las criaturas antes de que haya una guerra civil —declaró Shui impetuosa y llena de pasión—. Las aplastarán si no se las ayuda. Necesitan gente que sepa luchar, que pueda protegerlas.

—Tú no vas a hacer nada. Te quedarás aquí —la reprendió su padre.

—Shui, el Maestro tiene razón. No debes exponerte.

Ella se levantó airada y le espetó con rabia:

—A ti qué te importa, ¡dime! ¡Nada!

Salió de la habitación furiosa.

—No te preocupes por ella —dijo el anciano en cuanto se encontraron solos—. Tiene toda la rabia, la determinación y la fuerza que le faltaban a Tian —señaló melancólico, volviendo a sentarse.

Él asintió.

—Estamos de acuerdo en que lo único que puede evitar la masacre es que el propio poder político propicie el cambio. Eso templaría los ánimos de los revolucionarios y evitaría que los iluminados comenzasen un alzamiento. Tú eres un guerrero, Xabiamonus —sentenció el anciano con decisión—. Esta ciudad

necesita a alguien que calme los ánimos. ¡Habla con tu padre, hazle ver lo que está pasando y evita una masacre!

Adán se quedó estupefacto ante las palabras del anciano.

—Yo no soy la persona adecuada; precisamente, a mí no me va a escuchar.

—Tus miedos te atormentan, debes dejarlos atrás. La ciudad necesita a alguien que se enfrente a la corrupción.

Adán calló. En algo sí tenía razón el Maestro: sus miedos lo atormentaban.

—Maestro, esta no es mi guerra —negó—. Yo tengo la clínica. Mucha gente depende de mí y no puedo enfrentarme al Gobierno o se quedarán en la calle. Cambiar el futuro de Madrid no está en mi mano, pero sí lo está averiguar quién asesinó a Aridus —dijo con marcado rencor—. Quiero hacer justicia.

—Quieres venganza —lo corrigió el anciano.

Adán asintió con una mirada oscura.

—Sí. No puedo negárselo.

—Debes tener cuidado. La venganza es mala compañera, te cegará y no se saciará nunca.

Adán lo miró, pero decidió no contradecirlo.

—Encontraré a quien lo hizo y para ello necesito la Libreta Roja.

El anciano permaneció un momento en silencio y finalmente dijo:

—Está bien. Te daré la Libreta Roja. Solo espero que no te pierdas en el camino que quieres iniciar.

# 8

Rebeca estaba nerviosa, parecía que el ascensor no iba a llegar nunca al último piso, ático y despacho del alcalde. Cien pisos más abajo estaba su despacho y hasta allí llegaba la prolongada sombra del alcalde. El piso 120 era el sitio más importante a nivel político de todo el Estado de Madrid, y el más peligroso. Javier Ruiz del Hierro era un hombre misterioso. En los dos años que llevaba trabajando en la alcaldía nunca había hablado con él directamente, a excepción de la última semana. Era un hombre inaccesible y con una mirada extraña, había algo perverso en ella. Era un gigante político. Se decía que tenía una determinación que arrasaba con aquello que se interponía en su camino.

La alcaldía era el pilar político del Estado de Madrid y no tenía ninguna organización supraestatal a la que rendir cuentas. Todo el poder empezaba y terminaba en el alcalde. El lema para reorganizar los territorios tras la Gran Guerra y la desaparición de la Unión Europea había sido simplificar para economizar gastos e infraestructuras, favoreciendo que determinadas personas se enriquecieran. La República Federal Bilateral Franco-Ibérica solo unificaba la moneda, los francos ibéricos, y tenía un presidente con carácter representativo para mediar entre los Estados miembros, pero no había un sentir común de república. Estaba dividida en Estados cuyo funcionamiento era completamente autónomo y no estaba supeditado a la autorización de ningún ente político superior.

La República había nacido tras la decadencia de la Unión Europea y el fin de la Gran Guerra, también conocida como Bloody World War. Se dividía en Estados autónomos creados por identidad regional. No se buscaba proteger la cultura ni la diferenciación, había sido una división exclusivamente pragmática.

El antiguo país de Portugal había quedado tan empobrecido tras la Gran Guerra que no había gran interés en esas tierras. El

Algarve se había unido a Andalucía, creando Al Ándalus; las antiguas provincias de Ribadejo y Alentejo se unificaron bajo el nombre de Tejo, y el resto del norte constituía O Vello Portugal.

Francia se había disgregado en cuatro Estados: París, Estado abandonado por su altísimo nivel de contaminación, la Bretagne, unificando todo el oeste francés, la Borgoña, en el centro, y Marlyon al este. Un millón de personas vivían con extrema riqueza en el territorio de la antigua Francia mientras que la pobreza asolaba al resto de la población. España había desaparecido bajo ocho Estados: Suevia, que se extendía desde el río Miño hasta Cantabria y absorbió a León en sus dominios; El Estado del Norte, que se prolongaba desde Cantabria hasta la antigua Cataluña; Gerona, coronando el Noreste; por debajo de este último, se situaban los antiguos Valles Valencianos, Estado contaminado y abandonado y, a su lado, la Mancha había quedado en la misma situación. Madrid, en el centro, con la población más rica de la península concentrada en Majadahonda; al oeste, Castilla y, finalmente, Al Ándalus al sur.

Majadahonda había crecido absorbiendo las poblaciones limítrofes y configurando los nuevos contornos de la capital. Uno de los centros jurídicos, financieros y poblacionales más seguros y perfectos de la República, que seguía creciendo y engullendo su fortuna dentro del Muro, como un bebé monstruoso descontrolado, cuna de la corrupción y las mentiras.

Rebeca respiró hondo. Planta 120, despacho del alcalde. Aquellos eran los dominios de Javier Ruiz del Hierro, «Mano de Hierro», como lo llamaban en la alcaldía. Al salir del ascensor había un amplio recibidor, más allá, una sala de juntas, una sala de estar y el despacho mejor ubicado de la ciudad. Rebeca había escuchado que una de las paredes se había roto y la habían arreglado hacía unas semanas. Avanzó hasta el despacho y se quedó parada en la puerta mientras uno de los tres secretarios del alcalde iba a avisarle de su llegada. Minutos después, el hombre hizo un gesto para facilitarle la entrada.

—Pasa, Rebeca —dijo el alcalde desde su mesa.

La joven legisladora se acercó y se sentó en uno de los sillones al otro lado de la mesa de Ruiz del Hierro. Este la escudriñó con la

mirada, haciéndola sentir más joven de lo que era.

—No he tenido ocasión de hablar contigo estos días. Quería agradecerte personalmente la exposición tan brillante que hiciste, una defensa del proyecto impecable.

Se puso tensa, todavía recordaba la visita que le había hecho el día antes de la reunión. Se había sentido obligada a exponer el informe. ¿Acaso podría haberse negado? Frente a ella se encontraba el hombre más importante del Estado y una de las personas más influyentes de la República. No solo era importante, era peligroso. Todo lo que tenía que ver con él estaba rodeado de una nebulosa imposible de franquear. No sabía nada de su vida privada, tan solo que tenía una mujer muy enferma que no salía de casa o que estaba en estado vegetativo, algo así se rumoreaba.

—No tiene nada que agradecerme. Es mi trabajo.

—Ese es el enfoque exacto. —Ruiz del Hierro sonrió—. Es muy importante que tengas presente la función que cada uno desarrollamos en el sistema. Somos un engranaje, Rebeca, no puede fallar ninguna pieza —dijo levantándose para asomarse a la pared de cristal que cubría todo un lateral de la habitación—. ¡Ven, acércate! —dijo de espaldas a ella.

Rebeca se levantó. No tenía vértigo, pero aproximarse a la ventana de un edificio de ciento veinte pisos le provocaba respeto y acercarse a él le daba miedo. Era como un cervatillo merodeando al cazador y él lo sabía.

—¡Ven! —insistió.

Avanzó y se situó a su lado.

—Dime, ¿qué ves? —preguntó Ruiz del Hierro dirigiéndole una gélida mirada gris.

Era un día claro, todo parecía en orden.

—Majadahonda... El centro de la ciudad.

El alcalde no parecía satisfecho con su respuesta. La observaba. Era frío y, aunque en aquel momento quería mostrarse cercano, había algo en él que lo hacía falso e inaccesible. Físicamente era un hombre apuesto que, a pesar de rondar los sesenta, se mantenía atractivo. Muchas mujeres intentaban

acercarse a él, sin embargo, ella se sentía insegura a su lado, daría cualquier cosa por salir de allí en aquel momento.

Él dio un paso para salvar la distancia que los separaba y dijo con voz profunda:

—Vuelve a mirar. ¿Qué ves?

Rebeca dirigió sus ojos hacia el exterior. Majadahonda se extendía bajo sus pies. Todo lo que había en unos veinticinco kilómetros cuadrados era simplemente perfecto: edificios nuevos, avanzados y modernos; amplios jardines que parecían pequeños oasis en la ciudad, con altos árboles y un espeso césped natural; aceras cuidadas; extrema presencia policial. Majadahonda era antagónica a la Ciudad Vieja. Allí los niños corrían tranquilos, los ancianos se sentaban a charlar, las fuentes y monumentos estaban perfectamente cuidados, sin destrozos ni pintadas. No había altercados públicos, no había desperfectos, todo parecía tener un lugar exacto y nada se salía de su encuadre. No había delincuencia, no había miedo, no existía la Madrid decadente de edificios abandonados o destruidos y zonas marginales. Era un lugar ideal donde parecía que todo el mundo era feliz y, sin embargo, había algo en Majadahonda que la deshumanizaba, quizás era una creación demasiado artificial.

—¿Qué ves? —volvió a insistir.

Su voz era más profunda y le parecía que estaba más cerca. Quizás demasiado. Aquella conversación tenía algo de repulsivo e inapropiado. No contestó, se resistía a decir algo. Le daba la impresión de que él estaba jugando con ella, dijera lo que dijera no daría la respuesta correcta.

—El futuro, Rebeca. ¡A nuestros pies! —dijo el alcalde con voz grave—. ¿Sabes cuánto dinero hace falta para mantener este nivel de riqueza? ¿Sabes cuánto se ha invertido para conseguir este oasis en Madrid? Toda la élite del Estado se encuentra aquí, dentro de los muros del Perímetro Rojo, lejos de la decadencia, lejos de la mediocridad. —Hizo una pausa y prosiguió—. Majadahonda es un diamante rodeado de cristales. La gente inteligente, la gente como tú, con los pies en la tierra, tendrá un sitio aquí. ¿Qué eliges, un

diamante o un cristal? —añadió colocando su mano sobre el hombro de la legisladora.

Rebeca no apartó sus ojos verdes de la pared de cristal; sentía ganas de vomitar, no sabía si era por su contacto inapropiado o porque le estaba diciendo claramente que para que la vida de unos brillara la de otros permanecería en las sombras.

***

Adán tan solo necesitó dos días para analizar la Libreta Roja. Allí se contenían todos y cada uno de los nombres de los integrantes de la Alianza. Sosteniendo aquella pequeña libreta entre sus manos pensó en lo inaccesible que había sido en otros tiempos. El Maestro siempre la había guardado con recelo, defendía que el paso por la Alianza era confidencial y que si no fuera así, todos sus miembros habrían estado expuestos.

La Alianza había estado en activo durante más de cuarenta años, actuando bajo la protección del Maestro. Organizados en equipos de patrulla, se repartían Madrid en zonas de vigilancia. Todos los que habían formado parte de aquel grupo tenían algo en común: la búsqueda de la igualdad y la protección de los habitantes de Madrid. El Deprogreso instaurado creaba los desequilibrios más extremos y el poder político se alimentaba del miedo de las criaturas y contaminados. Esto había fomentado el nacimiento de este grupo, liderado por un jovencísimo Chee-Hong Xing. El Maestro Xing había soñado durante años con revertir el sistema y había inculcado esta pretensión a todos los miembros del grupo. Creían en un futuro de igualdades entre la población humana y la criatural. Sabían que el avance científico y social equilibraría los niveles de poder y riqueza y aboliría un sistema político corrupto y estancado, pero eran plenamente conscientes de que eso no iba a ocurrir, de que el Gobierno no lo permitiría jamás. Mantener el nivel de riqueza en Majadahonda dependía en gran medida de que nada cambiara. Por lo tanto, la Alianza solo podía actuar en silencio y no tratar de cambiar las cosas, ayudar, pero no enfrentarse directamente al sistema ni al Gobierno.

De ese modo, el grupo pervivió durante cuatro décadas, en las sombras, como eje de equilibrio en una ciudad que le daba la espalda a la realidad. Cuando caía la noche no había policía ni nadie que velara por la población en la Ciudad Vieja, por lo que el grupo protegía a los humanos de posibles ataques criaturales de básicos extremos y ayudaba a básicos y a contaminados llevándolos a la clínica o derivándolos a la Zona Cero o a granjas. Había que abrir los ojos y dar soporte a los contaminados para que pudieran superar la fase inicial y convertirse en híbridos. En definitiva, procuraban que la ciudad sobreviviera a sus propios habitantes y se evitaran nuevas contaminaciones.

Pero, a pesar de los esfuerzos del grupo, el índice criatural se había multiplicado en los últimos quince años. Madrid tenía un índice en alza, la existencia de híbridos se había elevado tremendamente y toda la ciudad era un polvorín, a excepción del centro. Majadahonda estaba protegida, ya que el Muro era prácticamente inaccesible para los extremos y, de este modo, el corazón de la ciudad daba la espalda al resto de Madrid, ignorando y ocultando lo que estaba pasando fuera del Perímetro Rojo. La sociedad vivía engañada y los que sí conocían la verdad no tenían fuerzas ni deseos de cambiar las cosas, al menos hasta entonces. En los últimos años se comenzaban a escuchar rumores de revolución y alzamiento, una utopía que durante la existencia de la Alianza ni se había contemplado. El Gobierno no comulgaba con el grupo, pero había permitido su existencia por un único motivo: actuaban en silencio y nunca habían representado un verdadero peligro para el sistema político. Realmente, al Gobierno le beneficiaba, ya que ellos daban soporte a muchas situaciones que el Estado ignoraba. Poco les importaba a los políticos lo que pudiera ocurrirles a los habitantes de la Ciudad Vieja siempre que no fuera un escándalo, y aun en estos casos cabía la posibilidad de manipular la realidad para engañar a la sociedad.

Con la muerte de Tian, la Alianza tocó a su fin. Con el abandono de Adán y el descabezamiento de la organización, la Alianza se deshabilitó y desapareció en cuestión de meses.

En los últimos dos días Adán había revisado la Libreta Roja y había filtrado los nombres para crear una lista de potenciales

sospechosos. Es decir, de aquellos miembros que habían estado en la Alianza al mismo tiempo que Aridus. Era unos años mayor que él y, al parecer, había estado en activo seis años antes de que él ingresara, por lo que algunos nombres eran completamente desconocidos para él.

1. Adán Ruiz del Hierro Main, alias Xabiamonus.
2. Ángel Main.
3. Abraham Bonnín, alias el Alemán.
4. Xan Baldomar.
5. Hanna Klein Camps.
6. Hikari Yuan.
7. Sabino Ferreyra, alias Montaña Roja.
8. Ryu Zhang, alias Dragón.
9. Manuel Augurali, alias el Italiano.
10. Dominika Svoboda.
11. Álvaro Ribelles.
12. Nicolle Volkov.
13. Enrique Dubois.
14. Alfonso Bach.

Estaba valorando la lista cuando Ángel entró en el despacho.

—¿Sigues con eso?

—Sí —contestó Adán.

—A ver, déjame verla.

Adán le entregó la libreta. En una de sus últimas hojas estaba la lista finalmente elaborada.

—Hace años que no escribes en papel. Pensé que no te gustaba.

—No mucho, pero prefiero hacerlo así. Esto no deja ningún rastro.

—Ya veo —comentó—. Creo que te estás volviendo un poco paranoico. Podías haber escrito en tu burbuja privada. Es inaccesible.

—Tú lo has dicho, me estoy volviendo paranoico. No me fio de nada ni de nadie, ni tan siquiera de nuestras bases de datos, podrían

habernos hackeado. Bueno, dime, ¿qué te parece? —preguntó volviendo a centrarse en lo importante.

—No sé —contestó Ángel, dubitativo, acercándose a la ventana mientras revisaba los nombres—. No logro entender por qué estás haciendo esto… —murmuró para sí mismo—. ¿Xan? ¿En serio has puesto a Xan en la lista?

—Coincidió con Aridus durante dos años antes de que ingresáramos nosotros.

—Xan es uno de mis mejores amigos —contestó incrédulo.

—Y Aridus uno de los míos.

—Estás desquiciado. No tienes ni idea de quién ha podido hacerlo y, además, algunos de estos nombres son una locura. Xan dirige una casa protegida donde acoge a marginados. Alfonso lidera un complejo de adaptación y control de las capacidades criaturales en la Zona Cero. Y Hanna ayuda a la reinserción liderando diferentes proyectos. Todos han seguido ayudando como han podido desde que se deshizo el grupo, no son unos asesinos. Todo esto me parece descabellado, no tienes ninguna certeza de que haya sido un miembro de la Alianza.

—Tú no lo escuchaste —replicó Adán molesto—. Dijo que había sido un hermano. Se refería a un jurado de la Alianza.

Ángel movió la cabeza, escéptico.

—Todos los que juramos teníamos unas bases muy firmes —dijo apoyando ambas manos sobre la mesa y mirando a su hermano —. ¡Luchábamos por el progreso! No creíamos en la violencia salvo para defender y proteger. No me creo que un hermano se haya convertido en un asesino.

—¿Sabes qué es lo que yo pienso? Que los ideales en los que creíamos han muerto —contestó levantando la cabeza y mirándolo con frialdad—. Ya no queda nada de aquello en lo que soñamos.

—No me lo creo. Lo siento, pero no puedo —insistió, sentándose derrotado en un sillón.

—¿No vas a ayudarme?

Ángel respiró hondo mientras valoraba las opciones. En el fondo también quería saber quién había sido.

—Está bien, te echaré una mano —aceptó—. Pero de esto no puede salir nada bueno. Si no encuentras nada, déjalo estar. No va a ser ni la primera ni la última muerte que quede sin resolver en Madrid.

Adán lo observaba desde el otro lado de su mesa, con una mirada oscura que conocía bastante bien. No iba a estar tranquilo hasta que supiera quién era el asesino.

***

—Doctor Ruiz, tiene una visita.

—He dicho que hoy no atiendo a nadie —contestó sin levantar los ojos de los hologramas que manejaba.

Llevaba toda la mañana encerrado en su despacho de la clínica. Le daba vueltas a su lista de sospechosos. Su hermano se negaba a aceptar algunos de aquellos nombres, pero él cada vez se sentía más decidido a investigarlos a todos. Por primera vez en años había algo que era tan importante como Main. Las imágenes de la muerte de Aridus aparecían como una marca de agua en sus pensamientos, superponiéndose con las del fallecimiento de Tian. Retazos de un pasado que volvía intermitentemente, decidido a no dejarlo tranquilo.

—Doctor —repitió la enfermera, tratando de captar por segunda vez su atención—. Es Rebeca Blázquez. Insiste en verlo, al parecer, tiene una documentación que debe entregarle —señaló mientras esperaba una respuesta desde la puerta.

En cuanto escuchó aquel nombre levantó la cabeza, mostrando un renovado interés.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Rebeca Blázquez.

—Dile que pase.

Se puso nervioso de inmediato. ¿Qué hacía ella allí?

—¿Se puede? —preguntó la joven legisladora desde el umbral de la puerta.

Asomó con su largo y ondulado cabello castaño, que enmarcaba una cara interrogativa culminada por dos faros verdes

expectantes. Adán se levantó y señaló la silla que estaba al otro lado de la mesa.

—Hola. Pasa, por favor, siéntate —dijo tratando de aclarar la voz, que parecía habérsele trabado en la garganta.

—Siento haber aparecido sin avisar. ¿Te pillo muy mal? —preguntó ella esbozando una sonrisa.

Adán no pudo evitar bajar la mirada a sus labios por un leve instante. Su sonrisa tenía algo.

—Eh, no, no. ¡Qué va! Estaba repasando unos informes —contestó apagando los hologramas que flotaban a lo largo de la mesa—. Nada urgente. Confieso que estoy sorprendido. No esperaba tu visita.

—Ya me imagino.

Ambos se quedaron en silencio unos instantes. Había una tensión difícil de describir entre ellos...

Adán estaba fascinado con el hecho de que ella estuviera allí con él, a pesar de que eso era precisamente lo que había evitado desde el principio: que conociera la clínica, un lugar construido por y para las criaturas.

—Me ha costado un poco encontrar este sitio. Está un poco apartado de la ciudad… y de la carretera principal.

—Lo sé, nos lo han dicho más de una vez.

—Es como si intentarais ocultaros a la civilización —bromeó.

Adán se removió incómodo.

—Bueno… —contestó carraspeando mientras buscaba una respuesta—. La clínica se construyó buscando un entorno en la naturaleza acorde con la filosofía que aplicamos en muchas de las terapias. Fomentamos la tranquilidad como parte de la recuperación de los pacientes. —«Y además tenemos que estar lejos de la población para esconder que es un centro de ayuda criatural», pensó.

—Suena bien, la verdad. Siempre he pensado que el estrés es la enfermedad de nuestra generación.

Adán esbozó una media sonrisa.

—Tu generación y mi generación no creo que sean lo mismo. —Rebeca casi se ruborizó—. Pero sí, tienes razón, el estrés es la raíz

de una gran parte de los problemas médicos que vivimos en el día a día.

Compartieron un momento de silencio.

Rebeca no podía evitar sentirse algo intimidada por él cuando la miraba de aquella manera. Tenía cierto aire de inaccesibilidad que lo hacía muy atractivo.

—¿Qué especialidades tratáis? —añadió para saber más del sitio que él dirigía.

—De todo… Pero dime, ¿a qué debo tu visita? —respondió Adán intentando cambiar el rumbo de la conversación para no tener que hablar demasiado de Main. No quería mentirle otra vez y no podía hablarle abiertamente de lo que hacían en la clínica.

Rebeca sintió como si la magia se cortara de repente. ¿Lo había hecho a propósito? Parecía que conectaban y de repente estaba a kilómetros de ella.

—He venido hasta aquí porque quería hablar contigo —declaró Rebeca—. Te he traído esto —añadió sacando una carpeta de su bolso para entregársela.

—¿Qué es esto? —preguntó cogiéndola.

—Es el proyecto de la central —explicó—. Lo he traído en papel para que no quedara registrado que me he llevado todo eso. El Ayuntamiento está muy controlado y mover documentos por vías telemáticas es peligroso.

—Comprendo —comentó ojeando interesado los documentos.

Adán no podía creer lo que tenía en sus manos: todo el soporte del proyecto. Estaban los planos, los informes jurídicos, las diligencias técnicas, urbanísticas, estadísticas de niveles contaminantes y demás documentación.

—He pensado que quizás te interesaría —indicó la legisladora.

Adán levantó la mirada y se encontró con aquellos ojos verdes que lo observaban. Distaban mucho de la desconfianza que mostraba cuando se habían conocido, pero tenían la misma intensidad.

—¿Que me interesaría?

—Sí —respondió—. He pensado que quizás querrías hacer algo para evitar que este proyecto salga adelante. —Adán la miraba

incrédulo; había ido hasta allí para buscar ayuda en él—. Tú mostraste una gran oposición en la reunión.

—Pero ¿qué podría hacer yo?

—Ayudarme a parar esta locura —contestó—. Ahora el proyecto está en fiscalización, pero en unas semanas me pedirán otro informe para reafirmar su validez y remitirlo a la Cámara. —Guardó silencio unos instantes antes de proseguir—. Hay ciertos recursos jurídicos que se podrían interponer para tratar de parar el proceso, pero yo no puedo hacerlo. Estoy atada de pies y manos.

—¿Quieres que yo recurra el proyecto?

Rebeca asintió.

—Eres la única persona que hasta ahora les ha plantado cara.

—¿Crees que eso los detendrá? —preguntó sorprendido—. Todo el sistema es corrupto. Esta central se construirá hagamos lo que hagamos.

Rebeca no pudo disimular el velo de decepción que cruzó su mirada.

Una parte de él quería ayudarla, pero sabía que ninguna traba jurídica les impediría seguir adelante. Además, él tenía un pacto con su padre que no podía romper: ninguno se interponía en el camino del otro y de esa forma sobrevivía Main.

—Déjame contarte algo más —añadió Rebeca deslizando el dedo índice sobre la esfera de su reloj. Una burbuja púrpura se elevó en el aire, era una base de datos protegida. La perla de información se abrió y proyectó una serie de gráficos que ordenó rápidamente—. Mira aquí. Son las cifras económicas. Por muchas vueltas que le doy a cada partida, los números no salen. A simple vista parece que sí, pero punteando cada uno de los presupuestos particulares estos no se corresponden con el gasto real que van a pagar los eslovacos. Está muy bien maquillado, pero hay más de un millón de francos perdidos. Ellos los van a abonar, pero Madrid no los va a invertir en la central. Las cuentas no cuadran.

—Qué previsible, ya sabes a los bolsillos de quién va a parar el exceso —señaló él haciendo una mueca.

—Al alcalde y sus satélites —indicó Rebeca.

—Sí —aceptó Adán con sencillez. No añadió nada más, le dolía admitir que su padre era una hiena sin escrúpulos.

—Sé que ha sido un poco locura venir hasta aquí y avasallarte, pero no sabía qué más hacer —confesó—. No sé cómo parar esto.

Apagó la holografía y guardó la burbuja de información.

—No creo que puedas. Esto está fuera de nuestro alcance, Rebeca —respondió con sinceridad.

La miró con detenimiento. Era muy joven, más inteligente de lo que pensaba y demasiado intrépida para protegerse a sí misma. Con eso no había contado cuando decidió devolverla a su vida. Creía que trabajaba en un despacho de abogados y que era una chica metódica con una vida tranquila. No parecía posible que viviendo prácticamente dentro del Perímetro Rojo volviera a encontrarse con un básico extremo. Sin embargo, ahora sabía que vivía inmersa en la política corrupta de Madrid, eso podía ser tanto o más peligroso que el encuentro con un extremo.

—Me siento entre la espada y la pared —se sinceró Rebeca—. Estoy cansada de que me utilicen.

Adán la miró muy serio. Sus ojos verdes mostraban una intensa mirada, desvió la suya hacia un lado y valoró qué decirle. Le pediría que se mantuviera lo más alejada que pudiera del alcalde, pero no podía explicarle hasta qué punto era peligroso estar cerca de él. Quería protegerla. Lo había querido desde el momento en que la conoció.

—Procura mantenerte al margen todo lo que puedas y haz los informes que te piden. —Hizo una pausa—. No te enfrentes a ellos. No los cuestiones ni los subestimes.

—¿Así que debo mirar hacia otro lado? —replicó frustrada—. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Tú no puedes pararles los pies.

—Pero alguien tiene que hacerlo.

Le había lanzado un órdago, por segunda vez.

Él se mantuvo en silencio. Observó la carpeta de documentos y los depositó con cuidado sobre la mesa. Realmente no quería que se construyera aquella central, sería una abominación, pero no podía hacer nada. Se había opuesto en la reunión, pero eso solo había sido

echarle un pulso a su padre, nada que fuera a suponer un cambio real. En Main había mucha gente que dependía de él. Ese sitio les daba aliento y esperanza a criaturas y contaminados, no debía exponerlo todo. Él no se metía en los asuntos de su padre y su padre no se metía en los suyos.

—No sé nada de leyes —se excusó.

—Yo puedo ayudarte con eso —dijo ella con renovada esperanza.

Su voluntad lo hacía dudar. Necesitaba pensarlo con calma.

—¿Puedo quedarme con esta copia?

—Sí.

—La estudiaré, pero no te prometo nada. Esto está muy por encima de nosotros. —Se frotó la barba de la mandíbula con un gesto mecánico y añadió pensativo—: Pensaba que trabajabas en un despacho de abogados.

—Y lo hago. Trabajo en un despacho como abogada y también en el Ayuntamiento como legisladora. ¿No te lo había dicho?

—Creo que sí, ahora lo recuerdo, pero no había caído en que trabajabas en el Ayuntamiento.

—Sí, claro, desde ahí legislo.

—Así que creas las leyes y luego las aplicas —esbozó una sonrisa cómplice—. Eso es bastante práctico, puedes hacerlas a medida.

Rebeca le devolvió la sonrisa, estaba bien un poco de humor.

—Bastante práctico si quieres ser un corrupto, pero esa no era mi intención cuando me metí en el mundo del Derecho.

Rebeca apartó su cabello, colocándolo por detrás de su oreja. Adán no pudo evitar seguir con su mirada el gesto.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintidós —contestó.

—Eres muy joven —apreció muy serio.

Rebeca lo miró desconcertada porque hubiera hecho un comentario así.

—Lo dices como si fuera algo malo —replicó, mirándolo sin amedrentarse—. Es algo que se cura con el tiempo.

Adán asintió.

—Perdona, no quería que sonara como algo negativo—. Carraspeó antes de volver a hablar—. Es solo que entiendo que no debe ser fácil ser abogada y legisladora con esa edad.

—Bueno. La verdad es que accedí a la plaza pública bastante rápido, supongo que siempre he sido una buena estudiante.

—Apenas eres una cría —murmuró pensativo, y se arrepintió al momento de que las palabras cruzaran sus labios—. Disculpa, no quería ofenderte. Es que trabajar en el Ayuntamiento puede ser muy peligroso, todo se mueve por intereses.

—No me ofendo —replicó ella desviando la mirada, evidentemente ofendida.

Adán tragó saliva, incómodo, había sido un patán. Apenas era seis años mayor que ella y sentía que todo un mundo los separaba. En cierto modo, Rebeca parecía muy inocente. Tenía un espíritu idealista que no podía sobrevivir mucho tiempo en el ambiente del Ayuntamiento, antes o después doblegarían su voluntad.

—¿Qué tal en el despacho de abogados? ¿Siguen poniéndote problemas con tus informes?

—Sí, demasiados —asintió, tratando de olvidar su comentario —. Así que lo he dejado.

—¡Vaya, realmente no has podido soportar tu propia defensa del proyecto! —dijo con cierta ironía, pero dulce al mismo tiempo.

—No, no pude —aceptó—. Es lo que tiene ser una cría: que no quieres doblegarte fácilmente.

—*Touché* —replicó Adán aceptando el golpe—. ¿Podrás perdonar que haya sido tan imbécil como para hacer ese comentario?

Rebeca lo miró. De repente no parecía tan inaccesible. Tenía un punto que podía ser bastante dulce.

—Es posible —replicó con una sonrisa—. Tendrás que hacer méritos.

Adán asintió ante el reto.

—Puedo intentarlo. ¿Quieres que te enseñe la clínica?

Rebeca vio el brillo en su mirada. Estar con él tenía algo adictivo, era como subir en una montaña rusa con el vértigo de no saber cómo sería la siguiente curva.

—Claro que sí —contestó—. Enséñamela.

Adán sabía que Rebeca estaba totalmente vetada para él. Nunca había sentido una química así con alguien a quien apenas había visto un par de veces. Tenía que mantenerse alejado de ella, para no desestabilizarse. Sin embargo, en aquel momento ella estaba allí, con él y deseaba enseñarle qué hacía tan especial aquel lugar, quizás no habría otra oportunidad.

Salieron por la puerta.

—Esta clínica la construyó mi madre —comentó mientras caminaban por un largo pasillo—. Era una científica genética de primer nivel en la República. Su sueño era levantar una clínica donde el paciente pudiera estar en contacto directo con la naturaleza. Un espacio donde las… —Estaba a punto de traicionarse cuando reculó y volvió a comenzar la frase—. Un sitio donde los pacientes puedan encontrar tranquilidad y paz para canalizar los cambios. Ella creía que el contacto directo con la naturaleza ayudaba a restablecer y asumir mejor las evoluciones.

—¿Las evoluciones?

—Sí, bueno. Algunas enfermedades cambian al enfermo —trató de arreglar su metedura de pata.

—Comprendo.

La guio por un pasillo que los apartó de la zona de atención médica para llegar con precaución hasta donde él quería, dejando atrás otras zonas donde estaban las criaturas más torturadas y los contaminados que trataban de soportar los cambios de su cuerpo. Quería enseñarle el invernadero, era un lugar único. Abrió una puerta y le hizo un gesto para que entrara.

Al atravesar la puerta de cristal se quedó completamente impresionada. La variedad de plantas, árboles, enredaderas y flores que se entremezclaban a su alrededor resultaba abrumadora. Eran tan espesos el follaje y las palmeras que apenas alcanzaba a distinguir el techo de cristal que los cubría.

—Vaya... —murmuró Rebeca—. Es un sitio increíble, nunca había visto algo así.

—Sí que lo es —contestó orgulloso—. Es el pulmón de esta clínica.

—¿Qué hace un centro médico con un invernadero?

—Sé que parece un poco extraño, pero es una parte imprescindible de la clínica —comentó—. Aquí tenemos plantas de todos los continentes, incluso algunas que ya no se encuentran en la base de información estatal ni en los últimos registros internacionales.

—¿Y cómo lo habéis hecho?

—Semillas, procesos genéticos y clones.

—Parece muy complicado —apreció—. Creo que aquí te debes de divertir bastante. Main parece un sitio muy particular.

Adán guardó silencio mientras avanzaban.

El calor y la humedad no se hicieron esperar y Rebeca se quitó la chaqueta.

—Se nota el cambio de temperatura, ¿verdad? —señaló él.

—Sí, bastante —respondió recogiendo todo su cabello hacia un lado.

—Ven por aquí —le pidió enseñándole el camino.

Adán la guio a través de aquel exótico lugar. Pasaron por diferentes tipos de plantas, macizos de flores y lo que parecían ser hierbas medicinales. El ruido del agua que caía por algún sistema de regadío dotaba al lugar de un ambiente tropical. Finalmente llegaron a un sitio escondido entre unos macizos de rosas en cuyo centro había un olivo.

Rebeca miraba con curiosidad a su alrededor. Adán deseó explicarle por qué era tan especial Main, pero no podía. Sin embargo, algo sí le podía contar.

—Mi madre creía que cada uno de nosotros formamos parte de un todo. Que, de algún modo, todo lo que hacemos está conectado.

—Explícate —preguntó ella con curiosidad.

—Mi madre decía que las consecuencias de nuestros actos permanecerán aquí mucho tiempo después de nuestra muerte —indicó—. Partiendo de esta premisa, hay que tener en cuenta que todos somos energía y que el equilibrio de las cosas que nos rodea depende en gran medida de nuestra propia energía. —Rebeca lo escuchaba muy atenta—. Con esa teoría, ella desarrolló terapias de medicina alternativa, terapias reconductivas.

—Todo lo que me has contado suena genial, pero no tengo ni idea de lo que significa en la práctica.

—Es un poco complejo de entender.

—¿Quizás una clase práctica? —propuso Rebeca.

Adán la miró. ¿Por qué no? Para eso no necesitaba hablarle ni de la involución ni de las criaturas. Además, le serviría como ejercicio de control de las capacidades latentes de Rebeca.

—Está bien —aceptó.

Acto seguido se descalzó y se sentó en el césped, apoyó su espalda contra el olivo y colocó las plantas de los pies sobre el suelo.

—Ven, siéntate —dijo mientras se remangaba los bajos del pantalón. Ella dejó su chaqueta y el bolso a un lado y se sentó junto a él.

—Tienes que descalzarte.

Se quitó los zapatos y colocó ambos pies sobre el césped. Sintió la frescura de la hierba, era reconfortante.

—Cierra los ojos —le pidió mientras sentía el roce de su brazo.

Rebeca los cerró sin preguntar.

—Listo —declaró.

—Bien —respondió Adán—. Ahora tienes que respirar profundamente. Intenta vaciar tu mente y aguza el oído.

—¿Qué?

—¡Shhh! —pidió él—. Solo concéntrate…

Rebeca cerró los ojos e intentó vaciar su mente. Trató de relajarse. Sentía la hierba húmeda bajo sus pies. Podía escuchar el tintineo del agua deslizándose a lo largo de un conducto, pequeñas gotas de agua caían por algún sitio cercano. El rumor de las plantas era un arrullo. Había algo en aquel conjunto melódico. Había fuerza. Entonces sintió un escalofrío.

—¡Vaya! —murmuró—. Eso ha sido…

—¿Qué has sentido? —preguntó Adán.

—No estoy muy segura de qué he sentido —confesó—. No sé, ha sido como una pequeña corriente. Es posible que me haya sugestionado.

Adán sabía que era algo más: el desarrollo de sus capacidades latentes.

—Es difícil al principio. Hay muchos ejercicios y terapias de contacto y control de sentidos. Es una cadena de doble sentido entre la tierra y nosotros —explicó girándose para mirarla mientras le hablaba.

—Pensé que tu madre había sido una médica científica.

—Era ingeniera genética, pero eso no está reñido con las terapias naturales —contestó—. Estas terapias de reconducción y canalización de energía son prioritarias en la recuperación de cambios genéticos.

—¿Cambios genéticos?

—Enfermedades —corrigió.

Desvió la mirada al darse cuenta de que había metido la pata hablando de más. Él nunca se abría así. Tenía ganas de contárselo todo. De enseñarle todo lo que hacían en Main, todo lo que su madre había construido y el motivo por el cual no se podía poner en peligro la clínica.

—Debió ser una gran médica —comentó Rebeca al verlo pensativo.

—Lo era. La mejor.

Adán percibió su mirada y volvió a girarse hacia ella. Sintió un latigazo de deseo en el estómago. Dejó de sonreír, el silencio se tornó más íntimo y denso. Se sentía vulnerable en su presencia. Hizo un esfuerzo sobrehumano para que su cuerpo no se alterara: ni sus ojos ni su cabello.

—Se ha enganchado una hoja de olivo en tu cabello —dijo ella rompiendo el silencio mientras cogía la pequeña hoja depositada cerca de su oreja.

Sintió la caricia de su mano al rozarle y trató de respirar hondo para que su cuerpo no lo delatara. Todo en ella le parecía hermoso: sus ojos verdes, su cabello ondulado, su piel blanca y las aletas de su nariz, que se hinchaban denotando una pequeña alteración.

Era el momento de cortar la magia antes de que hiciera algo de lo que después pudiera arrepentirse.

—Tengo que irme —dijo rompiendo el contacto visual—. Tengo un paciente que visitar en planta.

—Claro —murmuró ella.

Salieron al exterior y Adán la acompañó hasta su coche. Un lujo consecuencia de trabajar para el Ayuntamiento: tenía un vehículo del que podía disponer en ocasiones.

—Gracias por acompañarme, pero no era necesario.

—Gracias a ti por haberte acercado y haberme traído la documentación —replicó Adán—. La estudiaré.

No quería prometerle nada porque sabía que estaba entre la espada y la pared. Proteger la clínica era lo primero.

Ella asintió. Habían llegado a su vehículo. Abrió la puerta, pero se giró para hablarle antes de subirse.

—Por cierto, esta noche he quedado con unos compañeros —comentó—. Iremos a Tampla. Dicen que hay ambiente y puede estar bien. —Hizo una pausa—. A lo mejor te apetece pasarte y nos tomamos algo.

Adán se quedó sorprendido por su invitación.

—No sé si podré... —señaló dubitativo—. Estoy hasta arriba de trabajo.

—No te preocupes, lo comprendo. Era por si te cuadraba —comentó quitándole importancia—. Adiós, Adán, gracias por todo.

—Adiós.

Rebeca esbozó una pequeña sonrisa y arrancó.

***

Adán volvió a su despacho con una sensación amarga. Otra vez se había apartado. Así era como siempre había vivido: controlando sus emociones, su mente y su cuerpo. Se revolvió el pelo frustrado. Ahora sabía que era mucho más que una chica que tuvo mala suerte al encontrarse con un extremo. Era una joven decidida y una inconsciente legisladora que quería cambiar el mundo. Había sido sincera, se había acercado a él creyendo que sería el héroe que la ayudaría. Vio el reflejo de sus oscuros ojos en el cristal de la ventana. Quizás si lo conociera de verdad podría darse cuenta de que él no era ningún héroe.

Apenas le había dado tiempo a sentarse cuando Ángel entró sin llamar; estaba alterado y su semblante era muy serio.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Qué pasa? —preguntó con dejadez.

—He localizado a uno de los componentes de tu lista, a Abraham Bonnín.

—¿Dónde?

Ángel se tomó unos segundos antes de contestar.

—En el cementerio.

# 9

—Primero de la lista descartado —dijo Ángel mientras sus cabellos se movían mecidos por una ligera brisa.

Se encontraban en el antiguo cementerio de la Almudena. Había sido sencillo localizar su ubicación en el registro público de defunciones. Solo permanecían abiertos dos cementerios en Madrid, este y el de la Ciudad China. En el segundo solo se enterraba a los orientales y a los parias, gente pobre que no tenía familia o delincuentes. En la Almudena había una parte privada, otra pública y las fosas comunes a donde habían ido a parar los cientos de fallecidos en el mes negro que duró la Gran Guerra.

Abraham Bonnín tenía suscrito un seguro público de defunción, así que disponía de su pequeño cajetín en la parte pública del cementerio de la Almudena. Allí se extendían altas paredes con múltiples cubículos de diez por quince centímetros que guardaban las cenizas de cientos de personas. Solo podían utilizarse cajetines individuales durante treinta años, después, se trasladaban al cajetín familiar o a la zona de desechos. Aquel cementerio era casi el único de todo el Estado que conservaba una zona de lápidas en el suelo. Se las consideraba un monumento público, ya que no se podían utilizar para entierros privados. Hacía décadas que se había erradicado la posibilidad de enterrar un cuerpo sin incinerar.

Pasear entre aquellas lápidas tenía algo de humano y divino que te trasladaba a otra época. Seguía habiendo cristianos que acudían a la Almudena y limpiaban de forma altruista las lápidas antiguas; solían acercarse un par de veces al mes y trataban de conservar el cementerio, ya que el Gobierno no lo hacía. Los cristianos eran personas muy arcaicas que procuraban mantener su fe, a pesar de que la Ley de Abolición de los Ritos Religiosos había acabado con las misas, ritos, ceremonias y funerales de todas las religiones y dogmas hacía más de setenta años. En Madrid todavía

quedaban en pie algunas iglesias, sinagogas y mezquitas. Todas ellas habían sido saqueadas, pero seguían existiendo personas con fe que trataban de conservarlas. Sustituían sus antiguos ritos por la limpieza de las zonas de culto y cementerios; ya que los cristianos no podían confesarse y rezar para redimirse de sus pecados, hacían su penitencia limpiando.

El cajetín de Abraham Bonnín, conocido como el Alemán, estaba recién colocado. Ángel levantó su pulsera metálica y la acercó al chip del cubículo. Se abrió un pequeño holograma cuadrado que mostraba sus datos. Nombre: Abraham Bonnín; fecha de nacimiento: 15 de julio de 2275; fecha de defunción: 10 de octubre de 2310; causa de la muerte: infarto cardíaco. La imagen se deshizo en el aire a los treinta segundos. La pequeña pieza estaba recién encajada, el fallecimiento se había producido un par de semanas antes de la muerte de Aridus.

Comenzaba a hacer fresco y Adán se subió la cremallera de su cazadora de cuero. Pensó que el otoño sería muy frío ese año. No pudo evitar un pensamiento tan mundano y, por un breve momento, deseó que todo volviera tiempo atrás. Últimamente las cosas estaban pasando demasiado rápido, se sentía incapaz de controlar su propia vida.

—Esto no tiene sentido —comentó su hermano que intentaba buscar un enlace entre Abraham Bonnín y Aridus. No parecía haber nada que los uniera. Nada a excepción de la Alianza.

Ángel había encontrado la pista del Alemán a través de su amigo Xan Baldomar, uno de los pocos miembros de la Alianza con los que todavía mantenía relación. Xan le confirmó que había conocido al Alemán durante su tiempo en la Alianza y que siguió teniendo algo de contacto con él una vez que abandonó el cuerpo. Xan bajaba de vez en cuando a la Zona Cero y allí te podías enterar de casi todo. Abraham Bonnín había aparecido muerto una tarde en su bañera.

—Es posible... —comenzó Ángel— que la muerte del Alemán no tenga nada que ver con la de Aridus.

—Pues vaya coincidencia. —Adán tenía una mirada fría y oscura clavada en el cajetín.

De repente se escucharon unos pasos, alguien se acercaba. Guardaron silencio, esperando a que pasaran de largo, sin embargo, el sonido se detuvo justo a su lado.

—Era una buena persona —dijo la voz grave de un hombre. Venía a lo mismo que ellos, a visitar la tumba del Alemán.

Ambos se giraron para ver al desconocido que compartía aquel pensamiento con ellos. Ángel lo reconoció al instante: se trataba del mismo hombre de raza negra que había salido a su encuentro en el burdel.

—Tú... —murmuró sorprendido.

—No vinisteis a vernos —le contestó el desconocido.

—No. Hemos estado liados —se excusó—. ¿Tenías relación con el Alemán?

—Tú lo has dicho...: tenía. Éramos socios y buenos amigos. —Parecía realmente afectado por el fallecimiento—. Ahora, simplemente, no está.

Adán permanecía en silencio, no quería inmiscuirse. Sin embargo, pensó que aquel hombre podría serles de más ayuda de lo que parecía. Si conocía al Alemán, era posible que tuviera relación con Aridus.

—¿Qué negocio teníais? —preguntó su hermano.

—Un gimnasio de boxeo en la Zona Cero.

—¿En la Zona Cero?

—Sí. Ayudábamos a los chavales, a los contaminados, les enseñábamos a pelear y a defenderse de los básicos extremos.

—Es una idea peligrosa —interrumpió Adán—. Todo lo que tenga que ver con ese sitio lo es.

—En parte sí —replicó mirándolo directamente—. Pero dejar a esos chavales a su suerte nos parecía más peligroso. —Una ligera tensión se creó entre el desconocido y Adán—. Tenéis la dirección. Aunque el Alemán ya no esté, yo sigo adelante —dijo, tratando de darles a entender algo. Miró a su alrededor, preocupado de que no lo escucharan oídos inoportunos—. Queríamos hablar con vosotros. Teníamos un plan —dijo mirando directamente a Ángel—. Pero parece que alguien se encargó de que el Alemán no pudiera seguir adelante.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que lo han asesinado?

—Sí. Creo que alguien quiso quitárselo de en medio.

—No puedes estar seguro —dijo Ángel—. Aquí dice que murió de un ataque cardíaco.

El hombre rio con amargura.

—Mentira. Lo apuñalaron repetidas veces. ¡Lo dejaron como un colador!

—¿Cómo lo sabes?

—Yo mismo ayudé a su viuda a sacarlo de la bañera. La policía judicial no baja a la Zona Cero. Supongo que rellenaron el certificado de defunción con algo típico. Ponen «infarto» para la mayor parte de las muertes que no investigan. Al Gobierno no le importa nada de lo que ocurre en la Ciudad Vieja, mucho menos en la Zona Cero, somos escoria para ellos.

Adán permanecía en silencio. El hombre se encogió de hombros con resignación. Al momento levantó la mirada y sus ojos albergaban un brillo de esperanza.

—El Alemán era un buen tipo. Tenía grandes sueños para esta ciudad y eso es algo peligroso.

—¿Qué sueños? —preguntó Adán.

Alguien se acercaba, el hombre observó con el rabillo del ojo la pequeña silueta de mujer que se aproximaba.

—Aquí no —contestó—. Puede que Abraham ya no esté, pero yo sigo teniendo ideas. No podrán callarnos a todos. Buscadme, ya sabéis dónde encontrarme —dijo cortando la conversación, al mismo tiempo que la mujer se paraba en un cajetín cercano. Se dio la vuelta y comenzó a andar, apenas había avanzado dos pasos cuando añadió—: Por cierto, me llamo Christofer Rain, pero podéis llamarme Rain.

Desapareció rápidamente.

—Creo que este tipo podría ayudarnos —dijo Adán ya fuera del cementerio.

—Es posible. Es el tío que me interceptó en el burdel, ¿te acuerdas que te lo comenté?

Adán asintió, pensativo.

—Aridus dijo que tenía un plan para esta ciudad. El Alemán, al parecer, también tenía uno. Es probable que hayan muerto por el mismo motivo y, en ese caso, el asesino también habrá sido el mismo.

***

Adán bajó a entrenarse al gimnasio del sótano de su casa. Realizaba los ejercicios de un modo automático mientras el esfuerzo hacía caer el sudor por su espalda. Recordaba el cajetín del Alemán, había muerto antes que Aridus y los dos tenían un plan. En vista de los comentarios de aquel tipo, estaba claro que formaban parte de los movimientos revolucionarios que estaban aflorando en la Zona Cero y en los suburbios. Pero ¿sería el mismo plan? ¿Seguirían en contacto tras su paso por la Alianza?

Miró el reloj que marcaba las nueve de la noche. En ese momento la sonrisa de Rebeca se coló en sus pensamientos. No podía sacársela de su cabeza, la veía como una marca de agua en las paredes estériles del gimnasio. Su mente volvió a unas semanas atrás, al momento en que la había conocido. ¿Por qué no había utilizado el protocolo? ¿Por qué con ella las cosas eran distintas? Se sacó la camiseta y se secó el sudor del pecho. Se rascó la barba y pensó en la invitación que le había hecho.

***

El Tampla era el local de moda de Majadahonda. La mayor parte de las zonas de marcha, discotecas, bares y *pubs* se ubicaban en el centro, dentro del Perímetro Rojo, del mismo modo que lo hacían los restaurantes y cafés. La ciudad fuera del Muro se desvanecía tras las diez de la noche, prácticamente no había ningún sitio al que ir. El centro vibraba engullendo toda la vida social de la ciudad. Durante años se habían prohibido las bebidas alcohólicas, pero la utilización de drogas y cafés adulterados había hecho enfermar a mucha gente, por lo que volvieron a autorizar el alcohol.

Rebeca bailaba bajo las luces de neón al ritmo de la música. Llevaba un vestido negro sobre el que las luces oscilaban

rítmicamente.

Miguel rodeó su cintura con ambas manos y le susurró al oído:

—Estás preciosa. —Se mordió el labio y la miró entornando los ojos.

—Gracias —contestó ella con una sonrisa, tratando de no parecer incómoda mientras le apartaba las manos—. ¿Dónde está la gente? —preguntó mirando a su alrededor, no sabía en qué momento se habían quedado solos en la pista.

—Están tomándose algo en la barra y criticando a Carlos. Debería estar aquí, es tu despedida.

—Bueno, era obvio que no iba a venir —comentó acordándose de su ácido jefe.

—Supongo.

Carlos le había dicho cosas muy duras cuando se había despedido, llegando a atacar su capacidad de defender y promover los intereses del cliente por encima de todo. ¿Por encima de cualquier circunstancia? No había estudiado Derecho para estar al servicio de sanguijuelas. No quería venderse. Se preguntó hasta qué punto era ingenua y a partir de qué punto su ingenuidad era falta de inteligencia. Quizás el mundo de la abogacía era así, quizás no había que entrar a valorar las connotaciones morales, o tal vez simplemente era demasiado joven. Miró hacia la barra del fondo y localizó a dos de sus compañeras. Las chicas se reían y tiraban de la corbata de otro de los abogados de la firma que, animado por las bromas, también se reía, aunque sin saber muy bien cuál era el motivo.

—Rebeca —la llamó Miguel, solicitando de nuevo su atención—. ¿Un último baile? —preguntó con una sonrisa.

—Un baile más, el último siempre está por llegar —replicó ella divertida.

Miguel la cogió de la mano y la hizo girar. Rebeca bailó abrazada a su compañero mientras este le hablaba de un problema fiscal que tenía entre manos. En un momento miró hacia arriba, las luces brillantes la cegaron momentáneamente. Cerró los ojos de manera instintiva. Lo que habitualmente habría durado segundos le parecía que había tardado minutos. Se le habían contraído las

pupilas como mecanismo de defensa y un agudo dolor le cruzó la cabeza. Otra vez aquella sensación de vivir a cámara lenta. ¿Qué le estaba pasando? ¿Sería el estrés?

Adán se movía ágilmente entre la multitud. En cuestión de segundos localizó a Rebeca en la pista de baile. Estaba con un tipo. Los miró desde la barandilla que rodeaba la pista. Todavía parecía muy humana, quizás sus facultades permanecerían siempre latentes. En ese momento se alegró de su decisión de no abrirle los ojos.

De repente, una mano le tocó el hombro. Adán se giró, era Ángel.

—¡Creí que no te gustaba bailar! —le dijo su hermano.

—Bueno, de vez en cuando me apetece hacer cosas mundanas. —La excusa era tan pobre que las palabras perdían fuerza según las decía.

—¿En serio? —le preguntó mirándolo con desconfianza—. ¿Qué haces aquí?

Adán se sintió violento.

—¿Qué pasa? ¿Me has seguido hasta este local?

—Bueno, sí —aceptó Ángel—. Lo siento, pero me tienes preocupado.

—¿Y eso a qué viene? —preguntó molesto—. Creo que soy bastante mayor para que me controlen.

—Estás muy desestabilizado últimamente, sobre todo, desde que viste a tu padre, y ahora con la muerte de Aridus —expuso abiertamente—. Adán, has sufrido pequeñas metamorfosis en tu pelo y tus ojos. Sé reconocer cuando estás alterado, me tienes preocupado.

Adán se crispó; sabía que su hermano tenía razón, pero él sabía cuidarse solo. Estaba acostumbrado a decirles a los demás qué debían hacer, cómo tenían que comportarse, pero no podía soportar que alguien tratara de adoctrinarlo a él.

—¿Te parece que es lugar para hablar de esto? —le espetó enfadado mientras la gente bebía y hablaba a su alrededor.

Ángel no replicó, lo conocía demasiado bien, sabía que haberlo seguido no era una buena idea, pero no había podido evitarlo. Victoria le había hablado de la necesidad de que no volviera a

alterarse durante un tiempo, así que después de lo hermético que había salido del cementerio decidió que lo mejor era seguirlo. Adán se movió nervioso y miró hacia la pista un segundo, para volver a desviar la vista nuevamente.

Ángel echó una ojeada a la pista y entonces la vio. Era Rebeca, la chica que Adán había llevado a casa unas semanas antes, para después encargarle que la drogara para borrarle los recuerdos. Bailaba y charlaba animadamente con un grupo de jóvenes.

—¿Es por ella? —preguntó sorprendido—. ¿Has venido por esa chica? ¿Por qué? Si la echaste…

—No sé de qué me estás hablando —se excusó.

—¿La has estado vigilando? En serio, Adán, no te entiendo. ¿No querías que tuviera una segunda oportunidad?

Adán estaba acorralado. No iba a hablarle de ella, no quería explicarle que la había vuelto a ver ni que le resultaba tan imposible alejarse de ella como tenerla cerca.

—No tengo que darte explicaciones —se limitó a decir, caminando hacia la salida.

—Espera —dijo su hermano, que trató de pararlo, pero Adán desapareció entre la gente y las luces. —Muy bien, vete —le soltó—. ¡Increíble! —murmuró avanzando entre la gente hacia la salida.

En el exterior estaba lloviendo. Una suave lluvia de otoño. Adán caminó hasta su moto.

—¡Adán! —lo llamó Ángel, acercándose—. Espérame.

Él se quedó quieto bajo la suave lluvia.

—¿Qué quieres?

—¿En serio no me lo vas a contar? ¿Qué pasa con esa chica? ¿La estás siguiendo?

—No —contestó.

Eso no era una mentira. No la estaba siguiendo, ella lo había invitado a venir.

—Vale. No la estás siguiendo —aceptó—. Entonces, ¿por qué estás aquí? —volvió a insistir.

—¡Qué pesado! ¿A ti qué te importa? Me apetecía salir —contestó irritado—. No tengo que darte explicaciones.

—Perfecto, ahora me ocultas cosas. No me vas a decir por qué has venido.

—No, pero te voy a decir a dónde voy. A la Zona Cero.

Ángel se quedó sorprendido ante la furiosa mirada de su hermano. Este se volvió y se encaramó a la moto. La arrancó y se subió la cremallera de su cazadora de piel. La hizo girar en un movimiento y se marchó sin despedirse. La luz trasera del vehículo rápidamente desapareció.

Aceleró a fondo; iba demasiado deprisa, pero le daba igual, en aquel momento todo le daba igual.

Ángel se quedó allí plantado unos segundos. Acto seguido, recordó que Rebeca seguía dentro, por lo que se dirigió hacia la puerta de entrada.

Rebeca se había acercado a la barra, dejando a sus amigos en la pista. Observaba el vaso con su bebida. Cerró los ojos y se masajeó los párpados. Últimamente todo parecía ir mal. En el Ayuntamiento estaba controlada y presionada, había tenido que dejar su trabajo en el despacho de abogados para que no la utilizaran y ahora estaba siendo ignorada por el único chico que le había interesado desde hacía tiempo. Además, tenía aquel malestar que la acompañaba desde hacía unas semanas. Miró el vaso, quizás el alcohol no resolviera sus problemas, pero algo ayudaría.

—¡El alcohol nunca ayuda! —dijo una voz masculina y dulce a su lado.

Rebeca se giró y vio a un chico impresionantemente guapo. Sus facciones eran dulces y su piel blanca. Sus ojos azules la escrudiñaban al tiempo que le trasmitían calma. Su cabello rubio y largo caía por unos hombros fuertes que enmarcaban a la perfección un cuerpo elegante. Tenía el pelo y los hombros un poco mojados. Era, sin lugar a dudas, uno de los hombres más atractivos que había visto en su vida. Sintió una punzada en el estómago. ¿Lo conocía?

—Bueno, a veces puede ayudar... —murmuró mirándolo atónita. Se sintió rápidamente atraída por él—. ¿Nos conocemos? —preguntó en un susurro.

—Creo que lo recordaría —respondió Ángel con una sonrisa. No podía decirle la verdad.

Rebeca bajó la mirada a sus labios. Ese chico tenía algo.

Ángel sintió por unos segundos que el latente alzamiento no importaba, ni tampoco encontrar al asesino de Aridus. No creía en el destino, pero ahora estaba allí y ella estaba muy cerca.

Rebeca cogió el chupito que tenía enfrente y se lo bebió de golpe. Acto seguido, tomó la cara de Ángel entre sus manos y lo besó, decidida. Ángel respondió a su beso acercando su cuerpo al de él.

—¡Muerte a los humanos! —gritó de repente una voz en el centro de la pista.

Ángel se separó y supo en cuestión de segundos qué iba a pasar.

—¡Tenemos que salir de aquí! —declaró, cogiéndola de la mano.

Tiró de Rebeca hacia la salida. La criatura seguía vociferando mientras su cuerpo se convertía en una esfera de energía. Ángel apartaba con decisión a la gente que intentaba entrar en la discoteca, tratando de sacarla de allí. Podía percibir con claridad el nivel de energía que provenía de la pista; era muy inestable, seguramente se trataba de un contaminado que no sabía controlar su propia fuerza.

La explosión los alcanzó cuando estaban saliendo. Ambos cayeron al suelo. Ángel trató de protegerla con su cuerpo. Algunas personas también se habían caído por la fuerza de la explosión. El caos se había desatado. Había escombros y muchos gritos. Dentro el fuego se comía el local.

Ángel tenía a Rebeca por debajo de su cuerpo. Giró la cabeza y le preguntó:

—¿Estás bien?

Rebeca abrió los ojos que había cerrado en algún momento dentro de la confusión. Sintió su cuerpo encima, la cascada de cabello rubio se movía muy despacio y creaba una cortina dorada que los aislaba del mundo. Ángel parpadeó con una lentitud infinita, con dos ojos claros como el cielo.

—¡Te conozco! —respondió ella.

# 10

Adán cruzaba la ciudad a gran velocidad. Se sentía frustrado por haber dejado a Rebeca en Tampla sin ni tan siquiera haberse acercado a saludar. Ahora pensaría que no estaba interesado y todo por culpa de su hermano. ¿Por qué lo había seguido? ¿A qué venía eso? Siempre se habían respetado. Él necesita su espacio para digerir las cosas que estaban pasando. Era cierto que había estado muy alterado y que en el encuentro con su padre se había expuesto hasta implosionar. Además, la muerte de Aridus había sido la puntilla para desestabilizarlo. Todo eso estaba afectando a su metabolismo. Él mejor que nadie lo sabía, pero eso no justificaba que Ángel lo siguiera. Estaba furioso con su hermano.

Apretó los puños, frustrado, realmente estaba enfadado consigo mismo por haberse marchado. Podría haberle explicado a su hermano que ella lo había invitado, pero eso no era propio de él. Nunca había aceptado en su vida nada que lo hiciera vulnerable y que lo desestabilizara. Nada de amor. Nada de novias. Solo trabajo. Cuando se alteraba, se ponía nervioso o se emocionaba, sus capacidades criaturales se hacían más patentes. Su pelo y sus ojos tendían a aclararse y ya no podía ocultar lo que era. El odio, el dolor, la rabia y el amor eran sentimientos prohibidos. Estaba condenado a una existencia de grises que le permitieran una vida emocionalmente mediocre pero segura.

Recordó a su padre; él había sido un verdugo para él y su madre. Ella era la primera que lo había ayudado a estabilizarse. No solo eso, sino que lo ayudó a canalizar todas sus frustraciones por ser lo que era. Le había inculcado su devoción por la medicina y por ayudar a contaminados y criaturas. Ella era todo bondad. Sin embargo, su padre era un ser egoísta. Tan egoísta y cruel como para mantener a su madre viva sin dejarla morir. Atrapada en un cuerpo y conectada a una máquina tras una larga enfermedad. Su padre se

resistía a dejarla ir, la amaba de la única forma que podía: de una manera egoísta. No la permitía descansar. Adán no podía entenderlo. Desde que su madre estaba en estado vegetativo, su padre se había desplazado a vivir a Majadahonda y se la había llevado con él. Adán no podía ni verla.

Aquel desencuentro sobre su madre fue una constante en los enfrentamientos entre padre e hijo durante mucho tiempo. Al final, un día, discutiendo, su padre le dio un puñetazo. Adán implosionó, estaba muy alterado. Podría haber cogido a su padre del cuello, podría haberlo destrozado en aquel momento, pero no lo hizo. No podía hacerlo; al fin y al cabo, era su padre. El alcalde lo despreció por su debilidad, quizás porque de algún modo esperaba que le devolviera el golpe y aplacara en cierto modo su propio dolor.

Adán se concentró para saber dónde estaba. Llevaba un rato conduciendo de forma automática. Bajaba por la calle Santa Engracia. Las aceras estaban en penumbra por las restricciones eléctricas que afectaban a la Ciudad Vieja. La entrada a la Zona Cero más próxima desde donde se encontraba era por La Latina. Las bocas de metro de Tribunal, Alonso Martínez, Bilbao y Sol habían sido tapiadas treinta años atrás.

Atravesó los edificios destruidos de la Puerta del Sol y dejó su moto en La Latina. Bajó las escalerillas de la antigua boca del metro y trató de entrar. En un primer momento pareció que el antiguo portalillo estaba cerrado, pero solo hacía falta forzar un poco para que cediera y se abriera. Adán entró y en pocos segundos se habituó a la oscuridad. Pasó por los andenes de la abandonada estación de metro y saltó a la vía. Caminó un par de kilómetros hacia el sureste. Bajó hasta las líneas más profundas y pronto comenzó a escuchar el bullicio de la Zona Cero.

Él renegaba de aquel lugar, sentía que era un espacio creado para alimentar la desesperación y el odio de las personas que eran diferentes. Tanto rencor junto era una bomba de relojería que podía explotar en cualquier momento. Salió de las vías del metro por una antigua puerta de mantenimiento, bajó por un túnel estrecho y, tras girar un par de veces por otro túnel, desembocó en el epicentro del bullicio. A su alrededor, decenas de criaturas hablaban, reían, se

colocaban e incluso luchaban en pequeños combates improvisados. Estaba en una caverna cuya cavidad acogía al menos a mil criaturas. Era una especie de sala de reunión y ocio malsano. Aquel agujero había sido cavado en el centro de la tierra para enterrarlos. Para ahogar su existencia, su libertad y su dignidad. Hacia las esquinas había varias barras donde se servían bebidas alcohólicas, sustancias adulteradas y drogas de diseño. En el fondo se situaban un par de plataformas. En una se subían hermosas a bailar. En la otra dos básicos estaban luchando.

Adán reconoció a más de uno, criaturas e híbridos que habían pasado por la clínica en el pasado. Para él estaba claro que si estaban allí era porque no habían sido capaces de encontrar la forma de seguir con sus vidas, ya que el dolor y la incapacidad de admitir lo que les había pasado o lo que eran habían vencido a su determinación.

Desde aquel epicentro bullicioso se abrían varios túneles que creaban una caótica ciudad en el subsuelo. No era muy grande, pero lo suficiente para alojar dos o tres gimnasios, bares, prostíbulos, centros de primeros auxilios y decenas de miniapartamentos de veinte metros cuadrados. Viviendas para aquellos que no querían o no se sentían con fuerzas como para volver a la superficie, al mundo real. Aquel submundo era tolerado por el Gobierno. Había sido habilitado por la propia alcaldía en el pasado. Cuando las muertes en la superficie de la ciudad se hicieron extremadamente patentes y el dolor y las ganas de huir de los híbridos y criaturas habían llegado al extremo, el propio poder político les abrió un agujero para esconderse. En el subsuelo estaban los olvidados, el lastre de la sociedad. Seres imperfectos físicamente o que tenían alguna capacidad o merma psíquica, todos ellos con genética involutiva o híbrida. Habitantes de Madrid a los que su ciudad les había dado la espalda y que no querían o no podían controlar lo que eran.

Adán siempre había creído que aquel sitio era un error. Allí no podía mascarse nada bueno. Aquel era un espacio para dar rienda suelta a lo que en verdad era cada uno. El ocultismo de la superficie había hecho de aquel sitio un agujero de lascivia, dolor y depravación.

Avanzó entre la gente que se agolpaba ruidosa a su alrededor entre gritos, risas y algún que otro empujón.

—¡Ey, espera! —dijo alguien tocándole el brazo.

Adán giró sobre sí mismo y cogió aquella mano rápidamente, en un gesto que bloqueó toda la capacidad de movimiento de la persona que lo había interceptado.

—Tranquilo, soy yo —dijo una voz femenina intentando zafarse del agarre.

La reconoció al instante; era Vanesa, un híbrido que había tenido en la clínica hacía algo más de un año y con la que había mantenido una relación superficial.

—¡Vanesa, eres tú! —exclamó sorprendido—. Me alegro muchísimo de verte.

Soltó el brazo que había inmovilizado y abrazó a su amiga. La cogió, elevándola unos centímetros del suelo.

—¡Ya veo que te alegras! —contestó ella divertida.

—No pensaba que pudiera encontrar nada bueno aquí abajo.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Vanesa con unos risueños ojos marrones.

—¿Podemos ir a algún sitio más tranquilo y te cuento? —pidió soltándola y dejándola en el suelo.

—Claro, ven por aquí.

La joven lo guio a través de la multitud y pronto salieron del bullicio. Lo llevó por los túneles hasta llegar a una zona más apartada en la cual pequeñas puertas se sucedían, grises y monótonas. Abrió una y lo invitó a pasar.

—¿Esto es una vivienda? —preguntó Adán observando el pequeño espacio.

Vanesa sonrió.

—Bueno, no es un hotel de lujo, pero no está mal —señaló encendiendo la luz.

—Ya veo —murmuró tratando de moverse sin tropezar con algo.

En el mismo espacio se concentraban un salón habitación y una cocina esquinada. Solo había una pequeña puerta que seguramente daba al cuarto de baño.

—Yo estoy cómoda —añadió risueña, sentándose en la cama—. No es un espacio de grandes dimensiones, pero tengo todo lo que necesito.

Adán pensó que, efectivamente, ella parecía encajar en aquel reducido espacio. Tenía un cuerpo menudo y grácil, con una gran sonrisa que llenaba de dignidad aquellos escasos metros.

—¿Es eso cierto?

—Sí, Adán —replicó.

—¿Por qué vives aquí, Vanesa? —No lo entendía. Ella era inteligente y antes de haber sido contaminada era una listilla que se dedicaba a las finanzas en una de las principales empresas de la ciudad.

Vanesa esbozó una sonrisa que contenía cierta amargura.

—¡Yo no quiero esconderme, Adán!

—¿Y qué haces en este agujero?

—Aquí no me escondo.

—¿No? —comentó él mientras se sentaba en un pequeño sofá de dos plazas que había al lado de la cama.

—No. ¡Aquí soy yo! Con lo bueno, con lo malo y con todo lo que ahora soy —dijo, encogiéndose de hombros.

—No hay nada malo en ti, Vanesa.

Ambos se sostuvieron la mirada en silencio durante unos instantes.

—Rompí la lámpara —dijo con la voz entrecortada—. ¡Rompí la lámpara del despacho de mi jefe! —Movió la cabeza, tratando de apartar un recuerdo—. Después de mi estancia en la clínica, cuando me reincorporé a mi antigua vida, simplemente no pude. ¡Fue imposible volver a ser lo que había sido! Era como la pieza de un puzle que no encajaba. Por mucho que lo intenté no pude.

—No lo intentaste lo suficiente.

—Sí, sí lo hice —contestó ella dolida—. No quiero esa vida. No fui capaz de controlarme. Mi jefe me estaba dando la charla y yo me descontrolé. No pude canalizar. Estaba tan alterada que rompí aquella lámpara solo con mirarla. Tenías que haber visto la cara de mi jefe. No entendía qué había pasado. Se quedó atónito contemplándola.

—Sabías que no iba a ser fácil.

—Sí, pero tampoco creía que fuera a ser tan difícil.

La joven movió la cabeza y su corta melena morena cayó hacia un lado.

—Aquí no tengo que esconderme.

—No digas eso, esto es un agujero en el que todos estáis escondidos. —Adán era duro—. ¡Tú podías haberlo intentado! Podías haber acudido a mí.

—No, qué va —contestó ella esbozando una sonrisa. Sabía que lo que había ocurrido entre los dos tan solo había sido algo pasajero. No podía pretender que él la salvara—. No podía hacerlo. Tú no podías ayudarme.

Él no contestó. Sabía que era un trance que tenía que haber superado por sí misma. Todas las personas a las que ayudaba en su clínica se enfrentaban a aquel momento en el que debían valorar si podían o querían volver a su antigua vida.

—Bueno, da igual —señaló ella zanjando el tema—. No creo que hayas venido aquí abajo a escuchar la triste historia de una niña rica venida a menos.

—Yo nunca te he visto como una dulce princesa —contestó él. Haber encontrado a Vanesa había sido un golpe de aire fresco—. No me gusta que estés aquí.

—Es mi decisión.

—Lo sé —contestó decepcionado. Sabía que no podía elegir por ella. Cada uno tenía que vivir con las decisiones que había tomado.

—¿A qué has venido? Espero que no sea a salvarnos enfundado en tu bata blanca —dijo risueña.

—No, pero no sería una mala idea —rio él—. Estoy buscando a alguien, quizás puedas ayudarme.

—Dime.

—¿Conoces a un tal Rain? Parece que tiene una especie de sala de boxeo aquí abajo. Entrena a contaminados.

—¿Rain? Claro que lo conozco —contestó esbozando una amplia sonrisa—. ¡Es un gran tipo!

—¿Lo es?

—Cómo no, tú siempre desconfiando —le replicó haciendo una mueca.

—Bueno, ya sabes que es mejor desconfiar primero que lamentarse después —contestó Adán, acariciándose su barba de dos días.

—Rain, como tú bien dices, tiene una sala dedicada al boxeo a medio kilómetro aproximadamente, bajando por el túnel de la izquierda según se sale. Siempre está rodeado de chavales y los ayuda a controlar sus capacidades.

—Parece que lo conoces bien.

—Todo el mundo lo conoce aquí abajo. —Hizo una pausa antes de seguir—. Aquí no todo es triste y oscuro. Hay pequeños destellos de esperanza.

—El único destello de esperanza que veo yo por aquí eres tú —dijo muy serio.

Vanesa dejó de sonreír. Le pareció que estaba guapísimo allí sentado, en aquel gris sofá de su habitación gris.

—¿Tienes mucha prisa? —preguntó ella poniéndose de pie, estaba apenas a un metro de él.

—¿Por?

Vanesa se quitó la camiseta. El pelo corto le hacía cosquillas en los hombros, enmarcando su rostro. Se acercó. Él la observó sin decir nada. Era una paloma herida en aquel pozo negro, siempre lo había sido. Adán apoyó la cabeza en su vientre desnudo. Vanesa le acarició el cabello.

—Tienes el pelo un poco largo, ¿no? —murmuró cogiendo los negros y bastos mechones en sus manos.

Adán levantó la cabeza y la miró. Después acarició la suave piel morena de su cintura con el dedo índice hasta el botón de su pantalón vaquero. En aquel momento se acordó de Rebeca.

# 11

Adán localizó el gimnasio de Rain con facilidad. Era la única puerta de cristal que ofrecía algo de luz en un túnel de puertas grises de más de medio kilómetro. Mientras caminaba hacia aquel ligero resplandor, sintió la energía de básicos extremos por aquellos laberínticos pasillos; algunos de ellos desprendían un gran nivel de energía, por lo que podían ser muy peligrosos. Los básicos extremos no eran capaces de vivir en sociedad, ni tan siquiera en aquel agujero; probablemente vivirían en los túneles más alejados, en nidos cavados en las paredes más oscuras y apartadas. Adán apretó los puños, se mantenía en guardia por lo que pudiera pasar. No había bajado a aquel submundo para matar a alguien en su propio hogar, pero si tenía que hacerlo, lo haría.

Cuando llegó al centro de boxeo pudo ver el interior a través del cristal. Había varios chavales boxeando, todos muy jóvenes. La puerta no estaba cerrada del todo, por lo que entró sin llamar. Era un sitio gris, falto de encanto y bastante insípido, como todo lo que había allí abajo. La sala no era muy grande, pero tenía en el centro dos pequeños *rings* y en ambos se entrenaban parejas de contrincantes. Se alegró al ver que su técnica era limpia y defensiva, nada de golpes bajos. Parecían muy concentrados. Uno de los asaltos terminó y los jóvenes se felicitaron entre risas, metiéndose con los errores tácticos del compañero. Allí no había violencia gratuita como en el cruel espectáculo que había vivido al llegar. Aquello era una orgía de golpes, sexo, alcohol y mediocridad, todo para olvidar que su vida solo tenía sentido varios metros por debajo del asfalto.

Desde la abolición de las competiciones deportivas a nivel mundial, los deportes se gestionaban de manera altruista y aislada. El boxeo era un deporte de combate muy anticuado, pero que había

sobrevivido a lo largo de los tiempos gracias a la afición que despertaba entre aquellos que lo practicaban.

—Vaya, tú por aquí.

Se giró y vio a Rain esbozando una amigable sonrisa. Era un hombre extremadamente corpulento, viejas cicatrices asomaban por sus brazos y cuello, testimonio de que había sido torturado. Era algo común en criaturas e híbridos que hacían algo que el Gobierno no consideraba tolerable. El Estado tenía sus métodos para paliar la situación cuando algo tomaba un cauce que no le interesaba.

—Bueno, he pensado que tenías algo interesante que contarnos.

—¿Y tu hermano? ¿No ha venido? —preguntó haciendo un gesto—. Me resulta más fácil hablar con él.

Adán recordó a Ángel encarándolo en Tampla. Lo había dejado allí tirado bajo la lluvia. Asimismo, recordó fugazmente a Rebeca, a ella también la había dejado plantada en aquella discoteca. Irremediablemente, su carácter taciturno estaba empeorando en los últimos días.

—Conmigo también puedes hablar.

—Yo no he dicho que no pueda hablar contigo. He dicho que es más sencillo hablar con tu hermano —señaló, marcando la diferencia. Lo miró unos segundos, muy serio, y al momento volvió a esbozar una sonrisa—. De todas formas, me alegro de que hayas venido. El Alemán hablaba mucho de vosotros. La clínica la llevas tú, ¿no?

—Los dos.

—Bueno, pero es tuya.

—De los dos. La gestiono con mi hermano.

—Ángel no es tu hermano de sangre, ¿no?

—No seríamos más hermanos si lleváramos la misma sangre —contestó molesto.

¿A que venían tantas preguntas? No había ido hasta allí para ser interrogado por un entrenador de boxeo.

—Eres un bicho hostil, ¿eh? —señaló Rain con una media sonrisa, tratando de calibrar si podía o no confiar en él, era mucho más inaccesible de lo que había esperado.

—No me gusta estar aquí y no me gustan las preguntas —contestó Adán con voz helada—. Tú nos buscaste a nosotros.

—¡Tienes razón! —Hizo una pausa y añadió—: Anda, ven por aquí.

Adán lo siguió por una discreta puerta que daba a una especie de almacén de repuestos. En el centro había una pequeña mesa con un par de sillas. Rain hizo un gesto para que se sentara. La luz era escasa, tan solo había una pequeña bombilla que colgaba del techo sobre la mesa, proyectando sombras chinas sobre Rain, que permanecía vacilante en semioscuridad, parecía meditar si debía o no hablar.

—Hay un motivo por el que hemos contactado con vosotros —dijo con voz grave—. El Alemán y yo teníamos grandes esperanzas de poder cambiar las cosas en Madrid. Contamos con bastantes apoyos para iniciar algo y por eso se lo han quitado de en medio. Era un hombre con grandes sueños y tenía mucha fe en un futuro distinto.

—Por lo que me cuentas no tenía fe, quería un milagro —replicó con un bufido.

—Veo que, además de hosco, eres demasiado cínico como para creer en un cambio —dijo sosteniéndole la mirada mientras su cuerpo se tensaba.

—Yo no lo llamaría cinismo, soy una persona pragmática.

—Pero vosotros creíais en un cambio, ¿no? Cuando estabais en la Alianza.

Adán tuvo que morderse la lengua. Era cierto, a pesar de su desencanto con el sistema, años atrás, había luchado por el mismo sueño.

—Aquello no funcionó.

Rain lo observó con detenimiento mientras trataba de penetrar en sus pensamientos.

Adán frunció el ceño, esa actitud era una descortesía.

—¿Tienes capacidades telequinésicas?

—Sí.

—No vas a poder ver nada aquí dentro —dijo, señalándose con un dedo la cabeza.

—Ya veo —farfulló Rain.

—Es de mala educación invitar a alguien a tu casa y después tratar de leerle la mente.

—Tienes razón. Solo quería saber si había algo de esperanza detrás de esa fachada de piedra —dijo con rictus serio y al momento esbozó una renovada sonrisa—. Esto no puede seguir así. Estamos aquí abajo pudriéndonos mientras arriba se están riendo de nuestra miseria. Ha llegado el momento de contar la verdad —sentenció—. Es la única manera de propiciar el cambio. Tenemos que abrir los ojos de los inconscientes y acabar con esta farsa. Ellos merecen saber lo que está pasando y nosotros… —añadió golpeándose el pecho—. Nosotros merecemos algo más que esta insípida existencia. Todos tenemos derecho a la verdad: criaturas, híbridos y humanos. —Endureció el gesto y prosiguió—: Los políticos nos tienen aquí abajo escondidos y agazapados. Nos tienen bajo sus zapatos, con la cabeza contra el suelo, para que no podamos ver más allá.

—Creía que eras distinto al sargento Martín. ¿Qué quieres? ¿Una guerra civil?

—No —contestó tajante.

—Entonces, ¿cómo quieres lograr el cambio? —preguntó con sorna. Quizás sí fuera un poco cínico al fin y al cabo.

—¡Desde dentro del sistema! —declaró Rain dando un puñetazo encima de la mesa—. El Alemán y yo lo teníamos todo pensado. Tan solo necesitamos cinco minutos en la cadena estatal de televisión. Cinco minutos sin cortes ni manipulación para lanzar un mensaje que abra los ojos a los ciudadanos. —Hizo una pausa—. Ha llegado el momento de despertar a los inconscientes.

Adán lo miró escéptico.

—No lo veo viable. Algo así lo único que provocará es caos.

—Yo no quiero una guerra —dijo, moviendo la cabeza a ambos lados—. No soy como el sargento Martín. Creo en una transición pacífica. No pueden seguir negando nuestra existencia, somos la prueba de todos los abusos y malas políticas que se han tomado desde el poder en las últimas décadas. Solo nosotros podemos poner punto final a esta miseria, ellos nos quieren aquí abajo y no harán nada por cambiar las cosas.

Adán lo observó; realmente, Rain no se parecía en nada al sargento Martín. Este estaba decidido a asaltar el Perímetro Rojo con un arma automática en mano y un cuchillo entre los dientes para ajusticiar al Gobierno.

—No sé. No lo veo factible —reflexionó dubitativo—. Las cadenas están manipuladas por el Gobierno. El periodismo no es imparcial. En la cadena principal trabaja como presentadora un híbrido que conozco y precisamente vive oculta. Hay una gran parte de la población que vive controlando su contaminación e intentan pasar desapercibidos. No sé cómo vais a conseguir un cambio si la mayor parte de la población que conoce la realidad prefiere obviarla. No se la cuentan ni en privado a sus familiares, porque se avergüenzan de lo que son.

—Pero podemos intentarlo. Al menos nos debemos eso —dijo, tratando de incluirlo en su cruzada. Adán guardó silencio, así que Rain siguió, decidido a convencerlo—. El Alemán creía que nos ayudarías, al igual que Aridus.

—¿Conocías a Aridus? —preguntó Adán sorprendido.

—Claro que sí. Estaba completamente metido en esto con nosotros. Tenía tantas ganas de cambiar esta ciudad como nosotros.

—¿Así que Aridus estaba metido con el Alemán y contigo en este proyecto revolucionario? —preguntó, tratando de conseguir alguna pista de la muerte de su amigo.

—Sí. Hasta que se lo quitaron de en medio.

—¿Sabes que murió en la clínica?

—Sí, claro que sí. Me enteré después de que todo hubiera pasado.

—Supongo que con *todo* te refieres a después de la brutal paliza que sufrió.

—Sí —asintió Rain con rictus serio.

—¿Sabes quién fue?

—No, ni idea. Pero seguramente fue el mismo que mató al Alemán. Lo sabré antes o después, supongo que yo seré el próximo —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué dices eso?

—Porque los tres estábamos promocionando un movimiento revolucionario. Íbamos de la mano en esto, por lo que, si a ellos dos los han matado, yo estoy en su punto de mira.

—¿Crees que ha sido el Gobierno? —preguntó Adán, valorando la posibilidad.

—Creo que los ha eliminado alguien al que no le interesaba lo que estamos planeando, pero no creo que fueran los de arriba, si no, yo ya estaría más que muerto. No creo que el Gobierno sepa nada de lo que estamos tramando aquí abajo. Si estuvieran al corriente, ya habrían metido una perla explosiva que hiciera volar por los aires este lugar.

—¿Entonces?

—Entonces no lo sé —dijo, encogiéndose de hombros, resignado—. Habrá sido algún básico o híbrido que no quiere que cambien las cosas. O el sargento, ya que nos pidió en varias ocasiones que nos uniéramos a él y nos desvinculamos completamente de su plan. No lo sé, la verdad. Por aquí abajo anda todo muy revuelto, ha habido varios enfrentamientos violentos entre detractores y partidarios del alzamiento. No todo el mundo está con nosotros, ha habido varias muertes por estas revueltas.

—Ya me imagino —comentó Adán pensativo.

—¿Y tú que piensas? ¿Quién crees que mató a Aridus?

Adán lo miró con desconfianza, pero al final decidió hablar.

—Alguien de la Alianza.

—¿Cómo? —Rain no daba crédito—. ¿Por qué piensas eso?

—Porque Aridus me lo dijo antes de morir.

—¿Te dijo que alguien de la Alianza lo había hecho?

—Me lo dio a entender.

Rain lo miró, ensimismado en sus propios pensamientos.

—Ese es el motivo por el que estoy aquí —aclaró Adán—. Busco pistas del asesino.

—Así que buscas venganza.

Adán asistió.

—¿Tú no?

—Por supuesto que me gustaría saber quién los asesinó, pero aquí abajo no hay leyes. Es habitual que muera gente. ¡A nadie le

importa!

—¿A ti tampoco? —preguntó con una velada mirada de censura.

—Claro que me importa —replicó molesto—. Pero ellos ya están muertos. Nada de lo que hagas les va a devolver a la vida. Me interesa más que los que lo han hecho no se salgan con la suya y nos quiten la posibilidad de promover una revolución pacífica. Creamos un movimiento ciudadano y no podemos permitir que eso se disperse y se olvide, ya que entonces sus muertes no habrán tenido sentido. —Guardó silencio, esperando a que Adán dijera algo, pero al ver que no se comprometía, continuó—: Ellos ya no están, pero nosotros seguimos aquí. Únete a nuestra causa. Aridus decía que tú eras un gran luchador.

Adán soltó una carcajada que se le quedó atragantada y, acto seguido, frunció el ceño con seriedad.

—¡Yo solo soy un médico! —contestó.

—Sabes que eso no es cierto —replicó con una sonrisa cómplice. Estaba claro que Rain sabía mucho de Adán y de su compromiso con la ciudad durante los tiempos de la Alianza. Según Aridus, era «una especie de híbrido muy fuerte». Quería que se comprometiera activamente, pero si no lo hacía, por lo menos necesitaba que les diera apoyo con la clínica—. Quizás seas el médico más capacitado de Madrid. Tú entiendes cómo funciona la genética involutiva. Te necesitaremos llegado el momento.

—¿Qué quieres decir con llegado el momento?

El rostro de Rain se oscureció.

—Yo no quiero una guerra, pero si hay que luchar, lo haremos. —Hizo una pausa—. ¡No sabemos qué tiene escondido el Gobierno! No sabemos qué tipos de experimentos habrán hecho. Es posible que respondan a nuestros requerimientos con violencia y, si es así, necesitaremos un sitio que dé soporte a todos los heridos.

Adán guardó silencio y al momento dijo:

—Nunca le hemos dado la espalda a un herido y no lo vamos a hacer ahora.

Rain esbozó una gran sonrisa, algo era algo.

—¿Tienes contacto con esa híbrida que has mencionado, la que trabaja en televisión? —preguntó interesado.

—No puedo desvelar ese tipo de datos. En la clínica protegemos la intimidad de nuestros pacientes.

Rain se quedó pensativo. Le gustaría poder hablar con ella para convencerla, necesitaban a alguien de dentro que los ayudara.

—Ya sabes cuál es nuestro plan, ella es justo lo que necesitamos.

—Así que queréis lanzar un mensaje a la población contando la mentira en la que vivimos y después ¿qué? —preguntó sin contestar a lo que le pedía.

—Después hay que cambiar el sistema político —dijo Rain con una gran sonrisa. Estaba convencido y era un hombre optimista sin lugar a dudas—. Hay que ayudar a reinsertarse a los apartados y buscar una solución para los que no pueden vivir en sociedad.

—¿Te refieres a los básicos extremos? —señaló Adán escéptico.

Lo que decía era una quimera.

—Sí —afirmó con gravedad—. Lo más importante es educar y fomentar políticas que eviten que sigan propagándose. Pero a los que ya existen hay que retenerlos, no podemos prometer una vida libre y con derechos para ellos porque son como animales. Hay que evitar que se reproduzcan y crear centros para que tengan una vida lo más digna posible.

Adán habría querido contradecirlo, pero sabía que tenía razón. Los básicos extremos eran seres sin capacidad intelectual. Eran las criaturas más torturadas y también las más peligrosas. Eran seres atrapados en sus propias mermas o deformidades físicas y psíquicas, que hacían imposible que pudieran convivir en sociedad.

Los básicos y los básicos extremos compartían genética involutiva, pero definitivamente no podían ser tratados del mismo modo. Los primeros se diferenciaban del ser humano en mayor o menor medida dependiendo de su involución, pero no dejaban de ser personas en la vertiente más ideológica de la palabra. Los segundos compartían muy poco con los seres humanos, se parecían más a los animales salvajes.

—Comparto tus sueños —dijo Adán pensativo—. O al menos un día los compartí. Pero el Gobierno no va a consentir un cambio.

—Lo sé, por eso forjasteis la Alianza —insistió Rain con los ojos brillantes.

—La Alianza fracasó —contestó, taciturno, sin moverse de su postura.

—El Alemán estaba convencido de que la Alianza siempre estuvo condenada al fracaso, por ese motivo se fue. —Hizo una pequeña pausa—. Aridus, viéndolo todo en retrospectiva, también llegó a la misma conclusión. No se pueden cambiar las cosas desde la oscuridad, Adán. Hay que salir a las calles y dar la cara.

Adán valoró sus palabras y comprendió que él estaba completamente comprometido con su causa. Estaba claro que el cambio iba a producirse; sería por las buenas, como la visión utópica de Rain, o por las malas, como quería el sargento. De todas formas, fueran cuales fueran las intenciones de cada uno, estaba claro que al final habría lucha, sangre y muerte. El Gobierno no iba a ceder de ninguna manera.

—¿Tenéis extremos en tu clínica? —preguntó Rain, arrancándolo de sus pensamientos.

—Básicos sí, pero no extremos. Tenemos básicos y contaminados —aclaró. Los contaminados se quedan hasta que están estables.

—Hasta que son híbridos.

Adán se limitó a asentir.

—¿Y qué hacen al salir de allí?

—Los que pueden reinsertarse en la sociedad ocultando sus discapacidades y deformidades lo hacen.

—¿Y los que no? ¿Vienen aquí abajo?

—Sí, algunos sí —confirmó—. A otros, los que quieren otra alternativa, los enviamos a granjas cero. Personalmente prefiero que traten de reinsertarse en sociedad, pero no todos pueden.

—El Gobierno se encargó de buscar los agujeros suficientes para ocultarnos a todos, ¿verdad?

—Supongo que sí —murmuró pensativo—. Además de Aridus y el Alemán, ¿tienes contacto con más exmiembros de la Alianza?

—Sí, mantengo contacto estrecho con Montaña Roja, Álvaro y Ryu Zhang, conocido como el Dragón —respondió—. Todos están comprometidos con nuestra revolución. La llamamos Solución Pacífica.

—¿En serio?

—¿No te gusta el nombre?

—No es eso. Pregunto si dices en serio que hay más gente de la Alianza que te apoya.

—Claro que sí. —Soltó con una carcajada al ver su cara de incredulidad—. Te cuesta creer que sigan decididos a cambiar las cosas, ¿eh?

—Sí, no lo niego. Me parece una utopía.

—La noche de la muerte de Aridus estábamos en esta misma habitación Montaña, Álvaro, el Dragón, yo mismo y algunos otros compañeros comentando los flecos pendientes de nuestra Solución Pacífica. Creíamos que el Alemán había muerto porque estuvo hablando demasiado de lo que estábamos haciendo, pero Aridus... Eso nos pilló completamente desprevenidos. Era un hombre muy discreto. Estaba comprometido y asistía a todas las reuniones, no lo proclamaba por ahí. Esa noche no apareció y supe que algo había ocurrido, él nunca faltaba —dijo, moviendo la cabeza a ambos lados, como si tratara de apartar un mal recuerdo.

—Comprendo —respondió Adán, recordando a Aridus muerto en la clínica—. Es un poco tarde, creo que voy a marcharme.

—Adán, ¿podremos contar con la clínica si la cosa se tuerce? —preguntó Rain nuevamente muy serio.

—En la clínica nunca vamos a rechazar a las criaturas y contaminados que necesiten asistencia médica —contestó firme, pero sin comprometerse a nada más.

—Con eso me basta por ahora.

Rain se puso de pie para despedirse y esbozó de nuevo una amplia sonrisa. Era increíble ver que alguien tan dañado por sus cicatrices tuviera tantas esperanzas. Adán pensó que, a pesar de su escepticismo, quizás personas como él eran lo que realmente necesitaba esa ciudad.

—¡Cambiaremos el mundo, Xabiamonus!

Adán no añadió nada. Pensó en decirle que no lo llamara así, era un apodo reservado a las personas que habían formado parte de la Alianza, sin embargo, sabía que lo hacía para apelar a la parte de él que en su día había luchado por el mismo sueño que él tenía, así que decidió no decirle nada.

***

Adán avanzó por los túneles de la Zona Cero alejándose de aquel entramado de viviendas y patios de recreo donde los contaminados, híbridos y criaturas habían encontrado una nueva vida, enterrando sus miedos varios metros por debajo del asfalto de la ciudad. Caminaba en la oscuridad ya apartado del foco poblacional cuando llegó a la antigua línea 10 del metro, el sonido de sus pasos era lo único que se escuchaba en el túnel. De repente algo cayó sobre su espalda y lo atrapó con fuerza. Era un básico extremo, sus extremidades eran muy delgadas, pero tenía una gran elasticidad en sus huesos, se enroscaba como una serpiente alrededor de su cuerpo, aprisionándolo. Cogió rápidamente las extremidades superiores de la criatura, con las que lo estaba asfixiando, giró sobre sí mismo y empujó con todas sus fuerzas al extremo contra la pared. El golpe fue brutal, pero su atacante no aflojó. Adán comenzó a sentir que le faltaba el aire. Se le acababan las opciones. Era un extremo, por lo que no podría razonar con él. Cayó de rodillas sobre los adoquines del suelo y volvió a hacer un esfuerzo por zafarse, pero no conseguía ni que cediera un poco. No tenía alternativa; con ambas manos lo sujetó y comenzó a implosionar. Con apenas sentir el calor la criatura lo soltó rápidamente. Se apartó hacia una esquina como un animal herido. Adán tomó aliento y levantó la vista para ver a su atacante. Era un ser tremendamente torturado, poco en él recordaba que provenía de la raza humana, su cuerpo estaba cubierto de pliegues y lo miraba con dos ojos hundidos bajo la piel.

—¡Casi me matas! —exclamó, frotándose mecánicamente el cuello al tiempo que tomaba bocanadas de aire.

Observó que se trataba de un túbular. Hacía años que no veía uno. Eran extremos con un nivel de involución muy elevado. Se

levantó y comenzó a caminar alejándose de la criatura, dejándola allí sumida en la tortura de su propia existencia.

—Comida —consiguió articular el extremo con un sonido poco cercano a la humanidad.

Adán apretó los puños. No quería hacerlo, pero no tenía opción. Volvió sobre sus pasos y, a un metro de la criatura, hizo un gesto en el aire con las manos y se concentró. La criatura comenzó a asfixiarse con el ataque de Adán, pateaba en el aire, boqueando.

—Lo siento —murmuró.

Cuando el extremo cayó al suelo ya estaba muerto. Adán se alejó sintiéndose un verdugo. Si lo hubiera dejado vivir, habría acabado matando para comer; aun así, no le gustaba ser el brazo ejecutor.

Decidió marcharse de aquel hoyo.

# 12

Adán se dio una larga ducha, tratando de quitarse el mal sabor de boca que le había dejado su encuentro con el extremo. A pesar de los años que habían pasado, le costaba lo mismo que antes enfrentarse a sus demonios, no soportaba la idea de matar; aunque se tratara de un extremo, no dejaba de ser un ser vivo. Su degradación había sido culpa de la corrupción, la ambición y la depravación del propio ser humano. Eran depredadores, animales que tan solo se preocupaban por subsistir.

Tras relajarse en el baño decidió salir a la azotea, necesitaba serenarse. La noche estaba despejada y las estrellas bañaban el cielo. Allí todo estaba en calma, era antagónico a lo que había vivido en la Zona Cero.

—¿Todo bien? —preguntó Ángel a su espalda.

—Sí —contestó girándose.

—¿Fuiste a la Zona Cero?

—Sí —contestó nuevamente. Todavía estaba molesto con su hermano—. He ido a la Zona Cero y he hablado con Rain.

—Antes de que me cuentes nada —lo interrumpió Ángel—, hay algo que tengo que decirte.

—¿Qué ocurre? —preguntó Adán, sorprendido por el tono de Ángel.

—Rebeca está aquí —respondió Ángel con rictus serio mientras su rubio cabello enmarcaba su rostro.

Adán se quedó paralizado. Rebeca estaba allí, en su casa, al igual que un mes atrás.

—¿Por qué la has traído aquí? —preguntó sin comprender.

Adán había querido ocultarle la realidad a Rebeca, porque se había mostrado muy escéptica. ¿Por qué su hermano la había llevado allí?

—No tuve elección —respondió Ángel.

Le relató a su hermano lo acontecido en la discoteca. Adán no podía dar crédito al escucharlo hablar.

—¿Qué querías que hiciera? —replicó Ángel, tratando de razonar con su hermano—. Todo ocurrió demasiado rápido. Cuando ese contaminado implosionó, Tampla se convirtió en un caos. No podía dejarla allí.

—Tampoco traerla aquí —le reprochó furibundo. Decidió respirar hondo y pensar con la cabeza fría—. ¿Así que ella te reconoció? —preguntó, mirando hacia el bosque. Intentaba desviar la mirada, no quería que lo notara nervioso—. ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Tuvo una regresión —le contestó Ángel sin entender por qué estaba tan susceptible, no era la primera vez que algo así pasaba—. ¡Vamos! Sabíamos perfectamente que esto podía ocurrir. Sobre todo, frente a una gran exposición al estrés. Es uno de los riesgos, por eso ya nunca hacemos limpiezas.

—Tenía que haber funcionado —se lamentó apretando los puños. Sabía que estaba siendo irracional, pero no podía evitar sentirse muy frustrado.

—¿Vas a echarla?

—No me toques la moral, Ángel. No va a hacer falta, saldrá de aquí corriendo. La primera vez que estuvo en esta casa intentó huir. ¿Cómo crees que reaccionará ahora? Lo va a recordar todo.

—Yo hablaré con ella —se ofreció Ángel, pragmático.

Se había creado una fuerte tensión entre ellos. Adán estaba muy irascible y molesto, aunque para su hermano no había ningún motivo lógico.

—Está bien —aceptó finalmente—. Habla tú con ella —dijo, y mantuvo un breve silencio antes de añadir—: Pero primero tienes que saber que he vuelto a verla.

—¿Cuándo?

—En la reunión política para el apoyo al proyecto de la central. Estaba allí. Es abogada y legisladora. —Se ahorró comentar nada más.

—¿Legisladora? ¿Trabaja con tu padre?

—Sí, trabaja en el Ayuntamiento.

Ángel decidió no decir nada más No quería crisparlo ni alterarlo, ya estaba bastante inestable últimamente.

—¿Viste a Rain? —le preguntó cambiando de tema.

—Sí. Lo encontré y hablé con él.

—¿Y qué quería?

—Que nos comprometiéramos con su revolución.

—¿Su revolución?

—Su Solución Pacífica. Parece que hay un movimiento que apoya una revolución no violenta. No tienen nada que ver con el sargento. Solo quieren salir y contar la verdad.

—¿Así de simple? —le preguntó esbozando una sonrisa.

—Parece que sí. Es una quimera, ya ves. Mantienen que, si la verdad sale a la luz, el Gobierno no podrá negarla. Están trabajando en un plan para hacer un anuncio público. —Guardó silencio unos instantes—. Además, he averiguado que Aridus también estaba metido en esta historia. Rain cree que su muerte y la del Alemán fueron llevadas a cabo por alguien que no quería que su plan siguiera adelante.

—Así que una revolución pacífica —murmuró Ángel, valorando la posibilidad.

—Sí, y no eran los únicos miembros de la Alianza metidos. Montaña, Álvaro Ribelles y el Dragón también apoyan la idea.

—¿Esto ha descartado tu idea de que alguien de la Alianza asesinó a Aridus?

—No, simplemente que ahora hay un posible móvil. Pero sigo creyendo que quien lo hizo fue un antiguo miembro, un compañero de Aridus —dijo convencido.

***

Durante la noche, Adán tuvo pesadillas. Se trasladó al pasado, a la camilla de aquel hospital veinte años atrás; vio el rostro de su padre sonriéndole y una mano cálida acariciándole el cabello y diciéndole que estuviera tranquilo, el dolor insoportable y, después, las terribles consecuencias. Su madre a su lado, mirándolo con un inmenso amor. Se agitó en la cama, sus músculos se tensaban y su

cara estaba completamente empapada en sudor. Recordó las correas y el dolor que le latía en la sien mientras un líquido quemaba sus entrañas. Ráfagas de los gritos y la angustia de su madre venían para devolverle el sabor del pasado. Finalmente, la oscuridad lo cubrió todo. Se despertó acelerado. Estaba sudando. Encendió rápidamente la luz y se miró en el espejo. Su cabello, sus ojos y su piel se habían aclarado. Abrió los ventanales de su habitación y sintió el viento fresco.

Tomó aliento y trató de calmarse. No era capaz, podía sentir la presencia de Rebeca bajo el mismo techo. Necesitaba poner distancia, estaba echando por tierra años de entrenamiento para convertirse en alguien volátil. Eran las cuatro de la mañana, en unas horas amanecería y tendría que enfrentarse a ella y darle explicaciones. Ahora dormía profundamente.

Necesitaba un motivo para estar lejos cuando el sol rompiera el cielo. Entonces recibió un punto de holograma en su conector. Lo abrió, se lo había enviado Shui. Era la dirección de Hikari Yuan, al parecer, vivía en Gerona. Shui vivía en la Ciudad China, estaba claro que allí había encontrado la pista del japonés. Adán cogió la Libreta Roja, ya había descartado algunos nombres tras su conversación con Rain, ahora la búsqueda se acotaba.

_____1. Adán Ruiz del Hierro Main, alias Xabiamonus.

_____2. Ángel Main.

_____3. Abraham Bonnín, alias el Alemán.

4. Xan Baldomar.
5. Hanna Klein Camps.
6. Hikari Yuan.
7. Sabino Ferreyra, alias Montaña Roja.
8. Ryu Zhang, alias Dragón.
9. Manuel Augurali, alias el Italiano.
10. Dominika Svoboda.
11. Álvaro Ribelles.
12. Nicolle Volkov.

13. Enrique Dubois.
14. Alfonso Bach.

El holograma con la dirección de Hikari Yuan flotaba en el aire. Adán le dio un ligero toque con un dedo y la imagen se desintegró. Ya tenía una excusa para huir antes de que Rebeca despertara: le haría una visita al japonés.

***

Rebeca se despertó con una gran sensación de pesadez. Abrió los ojos lentamente. Los párpados se negaban a obedecer. Sentía como si tuviera una pesada losa aplastándole el pecho. Hizo un esfuerzo y consiguió abrir los ojos e incorporarse en la cama. Miró a su alrededor. ¿Dónde estaba? Conocía aquel lugar: el ventanal, el blanco inmaculado, las cortinas y aquellos muebles. Sí, había estado antes allí. Pero ¿cuándo? De pronto los recuerdos llegaron a su mente a borbotones. Como si se hubiera roto una presa y el agua lo llenara todo. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana, antes de llegar ya sabía lo que había al otro lado: la sierra.

Comenzó a recordar. Le dolía la cabeza. Se sentía aturdida. Sus recuerdos no eran claros, una pesada niebla los rodeaba. Era como un rompecabezas que tenía que montar y no sabía por dónde empezar. Tenía pedazos de lo que parecían sueños borrosos, sin embargo, sabía que eran reales. Recordó la noche anterior, se acordó del desconocido de ojos azules y cabello rubio, del beso y de la explosión. Pero esa no era la primera vez que lo veía, ellos ya se conocían de antes, lo había conocido en esta misma casa. Recordó su sonrisa en el bosque y cómo había lanzado una pequeña pelota para golpear algo. ¿Cómo olvidar aquella sonrisa?

De repente se dio cuenta: no solo había estado allí con Ángel, sino también con Adán. ¡Lo sabía! Sabía que lo conocía de antes. Un dolor agudo le atravesó el cráneo, pero poco a poco sus pensamientos se hacían más y más claros. Lo vio claramente en sus recuerdos: Adán estaba por todas partes, primero en la clínica y antes en la reunión para la instalación de la central y antes incluso allí mismo, en aquella casa. Comenzó a caminar nerviosa por la

habitación. Iba a volverse loca, estaba teniendo un *déjà vu*. Sí, sí, estaba segura. Ella ya había estado así de asustada en aquella misma habitación. Finalmente, lo recordó todo: el ataque de la criatura y su viaje a la Ciudad China. Sintió una punzada en el pecho con sabor a traición. Ella había confiado en él. Lo había buscado para que la ayudara con el tema de la central y se había sincerado, y todo para descubrir que no era más que un mentiroso, que ya se conocían de antes y que él se lo había ocultado.

Se sintió engañada.

—Hola —saludó una voz a su espalda.

Rebeca se giró y lo miró duramente. Ángel la observaba con cautela desde el umbral de la puerta.

—¿Cómo estás?

—¿Has venido tú? ¿Qué pasa? ¿Adán no va a dar la cara? —soltó con frialdad.

Ángel la observó muy serio. Estaba dolida. Desprendía un halo de fuerza muy intenso. No era visible al ojo humano, pero él podía percibirlo. Le preocupó el hecho de que era una energía muy inestable; eso podía ser muy peligroso.

***

Adán se alejaba pisando a fondo el acelerador de su biplaza eléctrico, camino de Gerona. La política en infraestructuras se había abandonado veinte años atrás, ya nadie cuidaba las carreteras interestatales, por lo que el viaje se hacía largo y peligroso. Boquetes, carreteras cortadas y maleantes no facilitaban un trayecto seguro.

Intentaba ordenar sus pensamientos mientras conducía. Tenía dos muertos de la Alianza, a la vez que se mascaba una revolución que estallaría de un momento a otro. Su padre, el único que podría evitar el desastre, no iba a hacer nada. Permanecía en la cúspide de su mundo idílico dentro del Perímetro Rojo haciendo oídos sordos. Para el alcalde, la mitad de la población criatural debería ser purgada y erradicada. ¿De qué servían los básicos extremos si no los podía controlar?

Ruiz del Hierro quería un futuro ideal donde las genéticas tuvieran una evolución perfecta hacia los hermosos. Adán había experimentado en sus propias carnes las despiadadas fantasías genéticas de su padre. Si el alcalde supiera cómo hacerlo, eliminaría a los básicos y crearía hermosos. Pero eso era jugar a ser Dios y no se podían crear genéticas perfectas con un resultado exitoso. Los hermosos eran la evolución perfecta de la naturaleza, pero eso no era común. No era algo artificial y, por tanto, no se podía provocar, o al menos no se había conseguido con éxito hasta la fecha. La naturaleza había desarrollado personas con genéticas ideales, con un sistema inmunológico más desarrollado y menos propensas a contraer enfermedades. Miembros de la sociedad con una inteligencia superior y con una apariencia más cercana a los cánones ideales: altos, esbeltos y con cuerpos armonizados, como Ángel. Uno entre mil. Los hermosos eran el siguiente eslabón en la evolución del ser humano. Si no hubiera habido tantos desastres naturales, si la Gran Guerra no hubiera generado tanta contaminación química y biológica, ese eslabón genético hubiera sido el camino natural a seguir; tras el *Homo sapiens*, los *Hermosos*. La Involución había destruido las expectativas de la evolución natural. El alcalde sabía cuánto dinero costaría acabar con la contaminación en Madrid y que los esfuerzos que a nivel mundial tendrían que hacer todos los Estados para disminuir la Involución acabarían con las vidas opulentas de los magnates, y eso no le interesaba. Era un ser egoísta, únicamente pensaba en su momento. Quería su esfera dorada, la élite dentro del Perímetro Rojo.

Tras ocho horas de viaje, Adán llegó a la dirección indicada. Estaba a las afueras de un pequeño pueblo. En la finca había una casa vieja y un poco abandonada. En realidad, así era todo en Gerona. Se trataba de un Estado muy pobre. Los gerundenses eran personas desconfiadas por naturaleza, no comerciaban con el resto de la península ni con los Estados de origen francés. Vivían de lo que podían producir por ellos mismos y eso había empobrecido enormemente al Estado.

La casa tenía un pequeño cierre de ladrillo, de apenas un metro de altura, con un portalillo oxidado. Había un hombre dentro

cuidando el jardín.

—Buenas tardes. Busco a Hikari Yuan —saludó Adán, entablando conversación con el desconocido.

El hombre levantó la mirada y lo observó, tenía unas marcadas facciones orientales.

—¡Hoy todo el mundo me busca! —contestó molesto y huraño —. Soy yo, ¿qué ocurre?

—¿Puedo pasar?

El hombre lo observó y calibró sus posibilidades. Velozmente, calculó su fuerza y entendió que era alguien con unas capacidades físicas fuera de lo común.

—¿Acaso podría impedirlo? —preguntó cojeando.

Hizo un gesto con la mano indicándole que entrara, se acercó con pasos torpes a una silla metálica que había al lado de una mesa de jardín y se sentó. Adán entró y se aproximó. Finalmente, se sentó en otra silla. Desde una de las ventanas de la casa asomó la cabeza de un niño; rápidamente, una mujer se acercó a él y lo hizo entrar.

Adán observó a Hikari. Un hombre con cojera y familia no encajaba en el perfil de asesino que estaba buscando. No veía a aquel hombre capaz de matar a alguien con el cuerpo y las capacidades físicas de Aridus o del Alemán. Pronto llegó a la conclusión de que el viaje a Gerona había sido una pérdida de tiempo.

—¿Qué quieres? —preguntó el oriental, sacándose un cigarrillo del bolsillo. Lo encendió y aspiró el humo—. ¿Y quién eres? —añadió con marcada suspicacia.

—Me llamo Adán Ruiz del Hierro, he venido para hablar de un tema relacionado con la Alianza.

El hombre levantó la vista y lo escudriñó con la mirada. Dio dos nuevas bocanadas al cigarrillo y expulsó el humo hacia su cara. En otro escenario, Adán lo habría cogido del cuello y estampado contra el suelo.

—Yo no hablo de ese tema —contestó con desconfianza—. Ya se lo he dicho a la niña que vino antes —añadió antes de dar otra bocanada al cigarrillo.

—¿Qué niña?

—Una chica muy guapa, china, con ojos azules. Ojos de lluvia —contestó. Se notaba por sus palabras que le había gustado. Aquel pensamiento alejó momentáneamente parte de su mal humor, y se permitió un comentario jocoso—. Es algo raro ver a una oriental, no mestiza, de ojos azules. Para nosotros es un mal presagio, pero es hermoso —aclaró con una media sonrisa.

—Shui... —murmuró, asombrado, sin dar crédito.

—Eh… Sí, es posible. No recuerdo el nombre —contestó—. Pero como le dije a la niña de ojos azules, yo no hablo de la Alianza.

—Conmigo sí puedes hablar, soy miembro.

El oriental lo miró con recelo. Adán se levantó, se quitó la camiseta y le enseñó su tatuaje. La letra alfa en las costillas demostraba su pertenencia al grupo.

El oriental exhaló otra bocanada de humo.

—¿Qué quieres?

Adán le explicó al japonés las dos muertes que se habían producido en la Alianza. En cuanto Hikari Yuan supo que Aridus había muerto, a aquel hombre malhumorado y resentido le cambió el rictus. Al parecer, debajo de aquella fachada ácida y antipática había un buen tipo, alguien que realmente sentía la muerte de Aridus. Adán le habló también del fallecimiento del Alemán y de cómo Rain creía que estaba relacionada con el movimiento revolucionario que se estaba gestando.

Tras escucharlo, el japonés le habló largo y tendido sobre la Alianza, sobre sus motivos para abandonarla y sobre su vida desde entonces. Hikari Yuan no era una criatura, ni tan siquiera un híbrido, era un humano puro. Había luchado por las criaturas porque creía en las bases fundacionales de la Alianza. Su esposa sí era una híbrida, había sido contaminada por un básico. Ella conocía perfectamente sus capacidades y había aprendido a controlarlas y a vivir con sus limitaciones. Tenía una sensibilidad extrema a los ruidos y eso la inhabilitaba para vivir en sitios muy poblados o muy ruidosos, motivo por el que habían dejado Madrid y buscado una casa a las afueras de una pequeña ciudad. Gerona había sido arrasada tras la Gran Guerra y no se había invertido en su recuperación. Mucha gente vivía de la agricultura y apenas una pequeña parte de la población

tenía vehículos a motor. Eso ayudaba a soportar y equilibrar las capacidades auditivas de la esposa del japonés.

Hikari Yuan había dejado la Alianza tras un desagradable incidente una noche de patrulla. El japonés no tenía ninguna capacidad física criatural o híbrida que lo ayudara en la lucha que lideraba la Alianza, pero tenía una extraordinaria técnica de combate. Esa noche se apartó de su compañero de ruta cuando vio algo sospechoso en un coche escondido en un callejón. Dentro estaba uno de los políticos más importantes de la ciudad, se trataba de un híbrido que había desarrollado ciertas capacidades telequinésicas y estaba utilizando sus habilidades para violar a una chica, evitando que esta se resistiera. La chica estaba paralizada, con la ropa medio arrancada y las mejillas cubiertas de lágrimas. Hikari sacó a patadas al político del coche, le dio una paliza y se llevó a la chica de allí. El japonés no calibró las consecuencias de sus actos, no era aceptable darle una paliza a uno de los políticos más influyentes de la ciudad. Al día siguiente la policía se lo llevó y fue sometido a tortura durante una semana. Le habían destrozado la pierna derecha. Desde entonces, la tenía inutilizada.

—Nunca me arrepentí de ayudar a aquella chavala —dijo recordando aquel día con amargura—. Pero ya no pude seguir en la Alianza, ya no podía ayudar a nadie. Mírame, soy un lisiado.

—Te entiendo —dijo Adán, que empatizaba con su situación.

—Así que tú realmente crees que un aliado está matando a compañeros de la Alianza —dijo Hikari, volviendo al tema principal—. Eso no tiene mucho sentido.

—Ya lo sé y no puedo imaginarme quién ha podido hacer algo así, pero eso fue lo que dijo Aridus.

—¿Y pensaste que había sido yo? —preguntó con una carcajada.

—Tenía una pista de dónde estabas y decidí hacerte una visita —replicó—. Rain cree que los mató alguien contrario a la revolución. Pero, aunque sea así, que no lo sabemos, tendríamos el porqué, pero no el quién.

Hikari soltó dos perfectas volutas en el aire y dijo:

—Por aquí también han llegado rumores de una revolución, pero nada parecido a lo que me dices. Lo que yo he escuchado no tiene nada de pacífico y sí mucho de sanguinario.

—Es que hay varios focos revolucionarios y no todos son pacíficos —comentó Adán, recordando al sargento Martín—. El Gobierno no quiere ver lo que está pasando y cuando explote todo me temo que será demasiado tarde.

—¿Vas a ayudar a ese tal Rain? —le preguntó el oriental.

—No, yo no puedo arriesgarme. Tengo que pensar en la clínica.

Hikari Yuan asintió, pensativo.

—Hay veces en las que hay que hacer una purga para conseguir cambios. Créeme que a esta sociedad le hace falta una buena limpia. La solución solo llegará remplazando el sistema —señaló el japonés convencido.

Adán lo miraba vacilante, le parecía que los baños de sangre nunca habían resultado una buena idea.

—Sí, eso lo sé —contestó con preocupación—. Sé que es lo correcto, pero también sé todos los intereses que hay en contra de un cambio sociocultural y en realidad no estoy convencido de que estemos preparados para algo así. Hay muchos híbridos que prefieren vivir en la oscuridad y yo no quiero poner en peligro la clínica. Creo que son motivos suficientes para no meterme en eso.

—En este caso, el fin es más importante que los medios —apuntó el japonés convencido.

—Bueno —replicó Adán incómodo—. Ese tipo de pensamientos son peligrosos, no podemos pensar solo en el fin.

—Error, debemos pensar precisamente en el fin. Un cambio es lo mejor que podría pasarle a Madrid.

—Acabaríamos en una guerra civil.

—Probablemente, pero si no se hace de ese modo, tarde o temprano acabará habiendo una nueva guerra mundial, y ya llevamos demasiadas. Hay que cambiar y crear nuevas sinergias. Estoy convencido de que es el momento del cambio, como dice ese tal Rain, con pequeños levantamientos locales y, si es posible, de un modo pacífico. Paso a paso. Estado a Estado. Salir del ocultismo y

volver al progreso. Pero si no se puede hacer de ese modo, entonces habrá que lograrlo por la fuerza.

—Te veo muy motivado. ¿Te implicarás en el proceso?

El japonés negó con la cabeza.

—No, yo no puedo. Tengo que cuidar a mi familia y poco podría ayudar con esta pierna. Hará falta un verdadero líder —dijo, escudriñándolo nuevamente con la mirada—. Alguien fuerte como tú.

—Yo no quiero meterme en esto. Tengo mi clínica que proteger.

El japonés cogió otro cigarrillo y lo encendió, ya iban tres.

—Es posible. Pero algo me dice que serás tú. —Exhaló el humo, formando un círculo blanco. El humo se deshizo poco a poco en el aire al tiempo que decía—: Al fin y al cabo, estás aquí porque no puedes soportar la injusta muerte de tu amigo. Cuando haya enfrentamientos en las calles y gente herida, harás lo que debes hacer.

Siguieron hablando un buen rato y después Adán se despidió, era hora de regresar.

Antes de irse, Hikari le entregó una pequeña tarjeta metálica.

—¿Qué es esto?

—Una entrada a los túneles de metro de Majadahonda. Adán tomó la tarjeta en sus manos.

—Creía que esos túneles se sellaron hace más de treinta años.

—Y así fue, pero queda una entrada al este de la capital —dijo el japonés con una sonrisa—. El Maestro le entregaba una tarjeta a una sola persona de cada promoción de jurados. Cuando esa persona se iba, se la devolvía.

—Pero tú la tienes.

—Bueno, no siempre hay que cumplir las normas —sentenció con una sonrisa—. Le dije que la había perdido.

—¿Y te creyó? —preguntó Adán escéptico. El Maestro era de las personas más desconfiadas que había conocido.

—Hizo como que me creía. Siempre pensé que podía llegar el día en que me sería útil. Llévatela, si estalla la revolución, esos cabrones son capaces de cerrar el Perímetro Rojo y dejar que la ciudad se pudra fuera del Muro —argumentó—. Para activarla tienes

que deslizar el dedo por el dibujo hasta completarlo y entonces se elevará una burbuja de información con las coordenadas de la entrada. El acceso se desbloqueará, pero solo tendrás treinta minutos. Tras ese tiempo, la puerta se sellará y ya no podrás volver a utilizarla.

—¿Quién activó esta entrada? —preguntó con curiosidad.

—Eso tendrás que preguntárselo al Maestro. —Soltó con una nueva carcajada antes de añadir—: Y dale saludos de Hikari Yuan.

Adán se subió a su biplaza eléctrico y activó el mecanismo de arranque. Apenas se había apartado un kilómetro de la casa del japonés cuando vio un biplaza rojo parado a un lado de la carretera. Al acercarse percibió la conocida silueta de Shui. Al verla, pisó a fondo el freno, el vehículo dejó una honda marca en la tierra de la carretera. Salió, furibundo, y se acercó a ella.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Te estaba esperando —contestó con total tranquilidad.

—Ya veo... —Estaba tan enfadado con ella que no sabía cómo soltarle lo que pensaba—. ¿Por qué has venido?

—Ya lo sabes, por lo mismo que tú.

—Pero Shui, ¿a qué estás jugando? —preguntó sin dar crédito —. No te metas en esto, puede ser muy peligroso.

La joven lo miró duramente. Sin embargo, Adán no estaba dispuesto a ceder, de algún modo seguía sintiéndose responsable de ella.

—No hagas esto —exigió ella, parándole los pies—. No me trates como a una niña, para eso ya tengo a mi padre. Quiero saber quién asesinó a Aridus tanto como tú. Puedo seguir por mi cuenta o podemos hacerlo juntos, pero no voy a parar hasta que sepa quién fue. —Se tomó un segundo, mientras él la miraba sin dar crédito—. Tienes que entenderme, tú sientes lo mismo.

—No tienes que meterte en todo esto —insistió Adán, moviendo la cabeza a ambos lados.

—¿Qué has averiguado? —preguntó ella ignorando sus advertencias—. A mí no quiso decirme nada.

Era tan persistente que Adán no pudo evitar contarle sus impresiones tras su charla con el oriental.

—Supe que no había sido él en cuanto lo vi. Es prácticamente un inválido —sentenció ella.

Adán asintió.

—Sí, hemos perdido el tiempo viniendo hasta aquí. Vamos, nos volvemos a Madrid. Te llevaré hasta casa. ¡No te despegues de mí! —dijo, señalándola con el dedo índice.

—Qué más quisieras —contestó Shui, girándose para entrar en el coche.

Adán se dio la vuelta para meterse en su biplaza, sin poder evitar esbozar una sonrisa. Shui era la de siempre, impetuosa y decidida, pero sin el lastre de sus miedos ni sus inseguridades juveniles. Sintió que algo se le revolvía por dentro, de algún modo, siempre iba a haber cierta tensión entre ellos.

Hicieron todo el camino de regreso sin parar. Cuando llegaron a la casa de la oriental, apagaron los vehículos para despedirse.

—Gracias por escoltarme, aunque creo que podría haber regresado sin ti perfectamente —comentó Shui con un deje irónico.

—Ha sido innecesario el paseo que te has dado hasta Gerona —dijo Adán volviendo al ataque, todavía no se podía creer que hubiera ido.

—Ya te lo he dicho —replicó Shui, sosteniendo la frase en el aire, desafiante—. Voy a seguir adelante con la búsqueda del asesino de Aridus. Era mi hermano y quiero saber tanto como tú qué le ocurrió.

—Shui... —Quería decirle muchas cosas, pero perdía fuerza al hablar con ella. Le resultaba difícil combatir aquel espíritu tan enérgico.

Ella se le acercó y posó una mano en su mejilla. Adán se quedó muy callado, se dejó acariciar y, por un momento, quiso perderse en el agua azul de sus ojos. Sería fácil dejarse querer igual que antes. Shui no lo alteraba ni lo afectaba.

—Déjalo estar, Adán. No puedes protegernos a todos. Yo me cuido sola —susurró ella, bajando la mano de su mejilla para apoyarla en su pecho—. Además, no hace falta que te enfades ni que me muestres tus ojos color miel, los prefiero oscuros.

Adán la abrazó sin poder evitar soltar un suspiro, era reconfortante estar con alguien que lo conocía de verdad.

***

Esa misma noche, en el centro de la ciudad, daba comienzo una reunión de negocios.

—Alcalde, debo decirle que tiene unas vistas exquisitas desde aquí —señaló Carlos Rey mirando a través de la cristalera de la sala de juntas.

Aquella era la mejor panorámica del centro de la ciudad. Majadahonda se erguía con sus amplias avenidas. Largos jardines de flores creaban un oasis dentro del Perímetro Rojo. Esa vida no tenía nada que ver con la metrópolis semidestruida que formaba parte de la imagen cotidiana más allá del Muro.

Ruiz del Hierro lo saludó con un gesto, cerró la puerta tras de sí y activó una pantalla virtual en la pared del fondo. A ambos lados se abrieron hologramas. Acto seguido, se acercó a su abogado y echó un vistazo al exterior.

—Sí, esto es un paraíso, nada que ver con el resto de la ciudad —admiró, orgulloso, el alcalde.

—Es cierto, habría que invertir demasiados millones para conseguir que el resto de la ciudad se pareciera lejanamente a Majadahonda —confirmó Rey dirigiéndole una mirada—. Entiendo que eso no es de interés para el Ayuntamiento.

El alcalde soltó una sonora carcajada.

—Me gusta usted, ¿sabe? Respeto a la gente que entiende cómo funcionan las cosas —replicó esbozando una cínica sonrisa—. El mundo está diferenciado entre dos tipos de personas: aquellas que son capaces de adaptarse a su tiempo y aquellas otras que no lo son, y ni usted ni yo estamos en el segundo grupo. Nosotros somos depredadores, hacemos que las cosas sucedan.

—Por supuesto —murmuró el abogado con una sonrisa ambiciosa.

—Así me gusta, que tenga las cosas claras. Usted va a ayudarme a que esta ciudad lo dé todo de sí.

A Ruiz del Hierro le gustaba aquel tipo, era un instrumento necesario y simple. Trataba de rodearse de personas fácilmente influenciables. Pequeños peones que utilizaba para lograr sus objetivos. Tenían que ser personas un poco ambiciosas, pero, sobre todo, fácilmente manejables.

—Muy bien —dijo al momento, dirigiéndose al abogado—. Vamos a lo nuestro, tome asiento, por favor.

Rey observó con disimulo al alcalde, parecía alguien colosal presidiendo la mesa de juntas. En ese momento Carlos Rey tuvo la convicción de que el alcalde era un hombre con una sombra muy alargada que llegaba a todas partes.

—¿Qué tal va nuestro pequeño proyecto? —le preguntó con ojos codiciosos.

El abogado desplegó sobre la mesa todos los documentos necesarios para su presentación. Abrió una célula fotosónica y el archivo en ella guardado generó encima de la mesa el holograma de una construcción.

—Todo está listo, señor alcalde. Tenemos preparadas las nuevas alegaciones por si hubiera algún problema en la Cámara —explicó—. Este es el boceto de los ingenieros. La central tendrá cuatro torres principales de setenta metros de altura, donde se almacenará la energía uránica. La construcción deberá comenzarse a unos veinte metros del subsuelo para poder abarcar todos los recintos de almacenaje y zonas de trabajo. La inversión será de tres millones y medio de francos.

—Espera —lo interrumpió el alcalde mirándolo con una expresión ceñuda—. ¿No habíamos hablado de unos dos millones y medio?

—Sí, pero las últimas revisiones de los proyectos elevaron el precio. Hubo que cambiar uno de los materiales para que los muros pudieran sellarse correctamente. Con el material inicial no serían aislantes al cien por cien.

—¿Crees que eso me importa algo?

—Pero… —El abogado no podía dar crédito a lo que escuchaba. Al parecer, sus escrúpulos sí tenían un límite—. El peligro de fugas será enorme. —De repente se acordó de sí mismo riéndose de los

temores de su exempleada Rebeca. ¿Cuántas posibilidades reales había de una fuga?

—¿Cuántas veces pasa algo? —comentó el alcalde quitándole importancia—. Ese millón tiene destinado otro fin. Uno mucho más interesante —sentenció con una carcajada.

El abogado no se atrevió a añadir nada más. En ese momento se sintió muy pequeño e insignificante.

—Bueno, está todo perfecto. Veo que tiene la firma de los técnicos —comentó el alcalde ojeando los documentos virtuales—. Se lo remitiré al concejal.

Carlos Rey asintió tan embelesado como asustado. El poder que desprendía aquel hombre arrollaba todo lo que se encontrara a su paso.

El holograma flotaba en la mesa como un sueño prometedor.

# 13

Rebeca ya llevaba dos días en la clínica. Le parecía que todo aquello era irreal, como si su vida la estuviera viviendo otra persona. Estaba mirando a través de la ventana y sabía que el mundo ya no era el mismo que ella había conocido, que todo lo que había dado por sentado hasta ese momento en realidad no era como creía. Su vida estaba patas arriba.

Había hablado largo y tendido con Ángel y este le había explicado claramente qué significaba ser un contaminado, pero no había podido darle una certeza de si iba a desarrollar o no alguna capacidad o mutación. Ahora sabía que muchas de las personas con las que se cruzaba diariamente en su vida ocultaban lo que eran. Personas con capacidades telequinésicas o con habilidades físicas. Más rápidos, más fuertes, con una mejor audición o con la capacidad de soportar mayores temperaturas. Mutaciones aleatorias que se producían por contaminación de una criatura u otro contaminado. Habían pasado varias semanas desde que había sufrido el contacto con el súfano. Solo la había tocado unos segundos, pero al parecer eso era suficiente para desarrollar una mutación.

Abrió la ventana y dejó que el frío de la sierra se colara en su habitación. Una hoja marchita pasó flotando por delante de sus ojos, parecía sostenida en el aire como si hubiera decidido obviar la gravedad que la obligaba a bajar hasta el suelo. Rebeca tragó saliva, alargó la mano y cogió la hoja. Ya sabía algo que había cambiado en ella y, aunque no lo había querido aceptar hasta entonces, notaba que en ocasiones percibía el transcurso del tiempo de un modo diferente. Era plenamente consciente de que aquella hoja no se sostenía ingrávida, sino que ella percibía su caída con una lentitud irreal. Había determinados momentos en los que le parecía que el mundo iba a dejar de girar. No sabía cómo controlar lo que le estaba

pasando, ni siquiera si podía controlarlo. ¿Podría en verdad aprender a vivir así? ¿Cómo controlar cuándo pasaba?

Cerró la ventana y volvió a su cama. Se había cogido un par de semanas de vacaciones para permanecer en la clínica mientras le hacían varios exámenes. Trataban de determinar si había cambiado algo en su cabeza o en su cuerpo. Durante ese tiempo, haría terapias para facilitar el desarrollo de aquellas capacidades, que de otro modo podrían haberse quedado para siempre latentes.

Al menos tenía a alguien con quien hablar; Ángel se había convertido en apenas unos días en su principal apoyo y en la única persona en la que confiaba. Había perdido a toda su familia cuando era apenas una niña y, desde entonces, había vivido con su abuela hasta que esta había muerto dos años atrás. Sin embargo, jamás se había sentido más huérfana que en ese momento.

Giró en la cama y observó cómo las motas de polvo se deslizaban por delante de la luz de un holograma. Se perdió en sus pensamientos buceando en la conversación que había tenido con Ángel un par de días atrás, cuando había despertado por segunda vez en aquella casa. Aquel día él la miraba como si tuviera miedo de romperla, y realmente ella se sentía como si fuera a estallar en mil pedazos.

—¿Así que estoy contaminada? —preguntó, tratando de asimilar lo que le había dicho.

—Sí —contestó él con suavidad, no quería asustarla. Llevaban largo rato hablando y no sabía qué pensaba de todo lo que le había explicado—. ¿Me tienes miedo?

—¿A ti? —preguntó, girándose para observarlo—. No, no tengo miedo de ti. Tengo miedo de mí misma, de no saber qué soy ahora.

—No tienes por qué tener miedo. Lo importante es conocer qué ha cambiado. A partir de ahí hay que trabajar el modo de canalizar tus capacidades.

—Así dicho parece simple, pero no lo es, ¿verdad?

—No, no lo es. Necesitarás un tiempo para estabilizarte, pero lo lograrás —señaló convencido.

—No sé. Ya no estoy segura de nada. Me siento rara, es como si no fuera la misma persona —murmuró volviéndose hacia el jardín

mientras las palabras se le escapaban de los labios.

—Eres la misma persona—replicó Ángel. —No dudes de ti, simplemente algo ha cambiado. Aprenderás a vivir con ello, mucha gente lo hace cada día.

Rebeca se giró nuevamente hacia él. Era impresionante, guapo de una manera irreal, pocos hombres le habían parecido tan atractivos. Por un segundo recordó el beso que se habían dado. Esa noche ella había esperado a Adán, pero él no había llegado. Ángel era un desconocido y lo había besado dejándose llevar por un impulso. Habían entrado en juego el alcohol y aquel momento íntimo que se había formado bajo las luces de la discoteca. Pero había algo más, aquello que Ángel desprendía y a lo que era muy difícil resistirse. Era un hermoso. Los hermosos, el siguiente eslabón en la evolución humana. El hermoso prima la excelencia: belleza perfecta, cuerpo armonizado, mente ágil, inteligencia y sensibilidades superiores a los humanos y, a veces, ciertas capacidades telequinésicas o telepáticas. ¿Quién podría resistirse a alguien así?

—Así que tú sí eres una criatura pura. Un hermoso —verbalizó, recordando lo que él le había explicado.

—Exacto.

—La evolución perfecta…

—¡Bueno, tampoco tan perfecta! —replicó él esbozando una sonrisa.

—Así que te crees superior a los demás, ¿eh?

Estaba bien bromear, Rebeca lo necesitaba y para Ángel era un síntoma de que lo estaba aceptando bien.

—No, por supuesto que no. Es una cuestión genética.

Ángel sonrió con sencillez, quitándole hierro al asunto.

Rebeca comprendió que era un hermoso por pura cuestión de azar, pero, aun así, lo era. Eso lo ponía en un plano diferente. La forma de hablar, el aplomo, su tranquilidad. Era inteligente y guapo de una forma demoledora, todo el conjunto era arrollador.

—Entonces, los hermosos sois el siguiente eslabón al ser humano en la evolución mientras que los básicos son un eslabón involucionado respecto al ser humano.

—Exacto —replicó Ángel—. Los básicos no tendrían que haber existido. En un mundo perfecto el ser humano se hubiera extinguido dando paso a los hermosos, pero no estamos en un mundo perfecto, sino en un mundo lleno de contaminación. Los básicos son el resultado de la Involución que ha asolado a la población tras la Gran Guerra.

—Pero los básicos han desarrollado capacidades.

—Pero de un modo involutivo, no evolutivo. Hay básicos más fuertes o más rápidos, algunos segregan sustancias que los ayudan para poder atacar y comer... Pero todas esas habilidades son las compensaciones que su cuerpo ha generado para suplir sus propias taras o deficiencias psíquicas o físicas.

—Comprendo, mera cuestión de supervivencia.

—Así es.

—Parece que estemos hablando de animales —comentó Rebeca.

—En los casos de involución más acusada, como las de los básicos extremos, sí. Son prácticamente animales. No tienen raciocinio. Son seres incapaces de razonar que se guían por sus instintos.

—Vale, creo que estoy empezando a entenderlo todo —indicó Rebeca—. O sea que ahora soy una contaminada, pero en un tiempo seré un híbrido, ¿no?

—Sí. Es como solemos calificar a la gente que ha sufrido un ataque —Hizo una pausa—. Mira, en el fondo, decir «contaminado» o «híbrido» es lo mismo, simplemente, si te digo que alguien es un híbrido es porque ha pasado un tiempo más que prudencial desde su contaminación y, por tanto, esa persona ya sabe qué ha cambiado en su genética y en su cuerpo y cómo se han desarrollado esas capacidades. El contaminado digamos que está en proceso.

—¿Y es normal que lo que me atacó me contaminara tan solo con tocarme?

—No es común. Normalmente necesitas estar en contacto con sangre o fluidos, pero los súfanos son muy contaminantes.

Rebeca asintió, pensativa.

—Me gusta cómo te estás adaptando.

Ella esbozó una sonrisa con sorna.

—No me queda otra, ahora que ya no soy una inconsciente —respondió utilizando la jerga que él mismo había usado—. Por cierto, tiene cierta gracia que habléis de inconscientes para referiros a los seres humanos que no tienen ni idea de lo que ocurre.

—Hay una alta población de inconscientes, pero te puedo asegurar que una gran parte de la gente que te rodea conoce la realidad perfectamente. Se practica un ocultismo generalizado porque es lo que interesa al poder, pero también porque es lo que ha interesado durante mucho tiempo a la mayoría por diversos motivos.

—No me puedo creer que exista tanta hipocresía.

—Siento que hayas tenido que conocer la realidad de una forma tan abrupta.

Rebeca lo miró dubitativa.

—Sabía que había corrupción, pero no que hubiera tanta maldad. No a este nivel, de llegar a ocultar a una gran parte de la población —reflexionó—. Ahora formo parte del secreto que el Gobierno quiere que se mantenga oculto, y todo por pura mala suerte. Si no me hubiera detenido, si hubiera salido antes de trabajar o si hubiera tomado otro camino… No sabría nada de esto. ¡Es increíble! —valoró—. Ahora no solo conozco la verdad, sino que estoy desarrollando unas capacidades que no se sabe todavía qué alcance tendrán ni en qué van a consistir. Todo esto solo porque tuve mala suerte.

—Sí —confirmó él honestamente.

Era fácil hablar con Ángel, simplificaba las cosas y hacía que todo pareciera menos trágico. Si no hubiera sido por él, se sentiría perdida y sostenida en el aire como aquellas motas de polvo que flotaban bajo la luz. Él era la única persona con la cual había podido hablar de lo que le estaba pasando. Adán no solo no había aparecido cuando se había despertado por segunda vez en su casa, sino que ni tan siquiera había ido a verla desde que estaba ingresada. Seguramente porque Ángel le habría contado lo enfadada que estaba. Ahora podía recordar todas las versiones de él. Recordaba cómo lo había conocido la noche del ataque del súfano, cómo había

sido críptico y poco claro, cómo la había llevado a la Ciudad China, había despertado en su casa y había huido de él, todo porque él no había sido claro, no como Ángel. También recordaba cómo se habían conocido en la reunión, en su versión de médico comprometido; el café que habían compartido, la visita de ella a la clínica y cómo él se la había enseñado. A veces hermético y críptico, otras cercano, pero siempre enigmático. ¿Quién de todas aquellas versiones era él en realidad?

Se movió incómoda en la cama. Le dolía otra vez la cabeza, decidió llamar a la enfermera; sus jaquecas habían aumentado en los últimos días y ahora sabía que seguramente se debía a que algo estaba cambiando en su cuerpo.

***

Adán repasaba los nombres de su lista de posibles asesinos sentado en su despacho. A su lado, Shui revisaba unos datos de su base de información privada y, varios metros más allá, con paredes y muros de por medio, Rebeca trataba de descansar en su habitación tras las pruebas genéticas. No tenía contacto con ella, pero tenía un perfecto control sobre el protocolo que le estaban aplicando.

—A Nicolle Volkov puedes tacharla, también está muerta —le señaló Shui que cotejaba sus datos con la burbuja holográfica que tenía flotando delante de ella. Colocó con cuidado dos dedos sobre la imagen y los movió en sentido inverso, tratando de ampliarla—. Y a Dominika Svoboda también, táchala. Dejó la Alianza para irse al extranjero, tenía un novio de Hungría o algún otro Estado del este. Viajaron allí un par de años antes de que tú ingresaras en la Alianza.

—No puedo descartarla por eso, podría haber vuelto.

—¿Para matar a Aridus sin una razón? —le preguntó ella—. Eso no tiene sentido.

—Ya... —murmuró él, frustrado, observando la lista. Cogió su bolígrafo y tachó los dos nombres.

—A ver, déjame verlo —le pidió ella—. Qué artilugio más curioso. Cogió con delicadeza el bolígrafo y lo observó, dándole vueltas.

—No tiene mucha ciencia. En el interior lleva la tinta y presionando escribes, la tinta sale por esa punta, ¿ves? —señaló, haciéndole una demostración.

—Pues tienes bastante buena letra con eso —observó la oriental.

—Bueno, cuando era pequeño mi madre me enseñó a escribir a mano.

—Mi padre nunca me enseñó —dijo la joven, devolviéndole el bolígrafo—. Ya sabes cómo es, todo tecnología. Le parece de personas atrasadas utilizar papel. Solo tenía esa libreta por la Alianza, reconoce que es mucho más seguro escribir sobre papel que en una base de datos, pero nunca lo he visto hacerlo salvo para incorporar los nombres de los nuevos, aunque a Tian creo que sí le enseñó a escribir a mano —reconoció, aceptando que a ambos hermanos los había tratado de un modo desigual.

—Bueno, sigamos —comentó Adán en un intento de arrancarla de su mundo de recuerdos—. ¿Cómo sabes que Nicolle Volkov está muerta?

—Del mismo modo que sé que Dominika Svoboda se fue al extranjero: preguntándole a mi padre. —Hizo una pausa—. Deberías volver a hablar con él y preguntarle tus dudas sobre la gente de esa lista. Seguramente de algunos de ellos tendrá una pista.

Adán movió la cabeza de modo negativo.

—He ido a verlo dos veces en un espacio muy breve de tiempo, creo que es suficiente por ahora y estoy seguro de que él opina lo mismo —contestó—. Yo también tengo mis demonios.

—Está bien —aceptó ella sin insistir—. Entonces dime a quién vamos a investigar ahora.

—A Manuel Augurali, alias el Italiano. Tengo una pista.

***

Al igual que Hikari Yuan, el Italiano había dejado Madrid hacía tiempo. Era una criatura, un básico cuya fuerza física era su única mutación. Se había metido en varios problemas en su adolescencia al no ser capaz de manejar su fuerza desmedida. Finalmente, se

había descontrolado en una pelea callejera y había acabado matando a un chaval. Fue entonces cuando comenzó a tomar conciencia de lo que era y de hasta qué punto eso podía traerle problemas. Hasta entonces había tenido una adolescencia complicada, en el ambiente marginal del barrio de Salamanca, pero cuando mató a aquel joven se deprimió y se dejó llevar a la deriva. Se escapó de casa y acabó viviendo entre los escombros de la Puerta del Sol y La Latina. Por allí había muchos mendigos. Alguien le habló de la Zona Cero y encontró un nuevo hogar en el subsuelo. Allí tomó conciencia de que siempre había sido diferente y de que su fuerza desmesurada no era algo «humano». En la Zona Cero siguió protagonizando peleas y metiéndose en problemas, hasta que uno de los antiguos miembros de la Alianza le presentó al Maestro. Cuando años después dejó el grupo, se marchó a una granja cero al este de Madrid. Pero seguía teniendo conocidos en el submundo de la Zona Cero, por lo que no fue difícil encontrar una pista sobre él.

Cuando llegaron a la granja se enteraron de que se había marchado hacía un año. Lo recordaban como un hombre de pocas palabras al que le gustaban la tranquilidad y las rutinas. Se había adaptado perfectamente, hasta que un día se fue sin dar explicaciones.

—¿Por qué se marchó? —preguntó Adán a la directora de la granja. Ella se encogió de hombros.

—Quién lo sabe. Era un hombre que no hablaba mucho. No se metía con nadie. Solía gustarle hacer ejercicio físico, pero nada de deportes de grupo. Era un solitario.

—¿Tenía amigos?

—Compañeros sí. Amigos no que yo recuerde. Era una persona muy introvertida, era difícil llegar a él.

Shui permanecía callada al lado de Adán mientras este formulaba las preguntas. Habían vuelto a tener una fuerte discusión porque él prefería hacer el viaje solo, pero finalmente ella lo encaró: iba a ir, podía hacerlo con él o sola.

—¿No sabe dónde podemos localizarlo?

—No —contestó—. Creo que estaba deprimido, pero no lo recuerdo bien, ya ha pasado un año.

—Comprendo —aceptó Adán—. Bueno, gracias por habernos atendido.

Salieron del despacho de la directora. Apenas habían dado un par de pasos cuando un anciano los alcanzó en el jardín.

—¡Esperadme!

Ambos se giraron y vieron al decrépito señor. Era un básico, podía verse claramente en su aspecto físico, su genética involutiva era muy acusada. Tenía la espalda completamente encorvada y una pierna parecía más pequeña que la otra. Sufría un gran deterioro.

—Esperadme —repitió al llegar a su lado. Se paró, con las piernas temblorosas, agarrando su bastón, y tosió dos veces con fuerza—. Si me dais tabaco, os digo dónde está el Italiano.

—¿Usted lo sabe? —preguntó Shui—. ¿Cómo es que usted lo sabe y la directora no?

El anciano tosió otra vez. Con cada golpe de tos le temblaba todo el cuerpo.

—¡Porque esa urraca no sabe escuchar! —sentenció, haciendo un gesto de desagrado—. Hasta el hombre más introvertido te puede contar muchas cosas si estás dispuesto a escucharlo.

—Díganos dónde está. Es importante —pidió Adán.

—Si no tenéis tabaco que ofrecerme, no os digo nada. Aquí me lo tienen prohibido porque me muero —dijo nuevamente enfadado —. ¡Como si no lo supiera ya! Pues claro que me muero, podría haberme muerto hace tiempo. Estoy casi ciego, pero mi oído es prodigioso. ¿Para qué le sirve a un viejo como yo un oído prodigioso? Para nada bueno, os lo aseguro.

—Mire. No tenemos tabaco, pero tengo esto que le puede interesar —lo tentó Adán abriendo la mano y mostrando una pastilla azul en la palma.

—¡Hum! —murmuró el anciano, acercándose interesado—. ¿Qué es?

—Algo muy bueno, pero cuéntenos primero qué es lo que sabe.

El anciano frunció el ceño. No estaba muy seguro de si el trato era bueno, pero no tenía nada que perder.

—El Italiano era un bicho raro —dijo con desprecio y un nuevo acceso de tos—. Se lo digo yo, que también lo soy. En los años que

estuvo aquí no hizo ni un jodido amigo. Ninguno. Además de su carácter huraño, era una auténtica bestia, muy alto y grande. Tenía una fuerza descomunal y era más seco que la lija. Pero como le suele pasar a la gente que es muy introvertida, alguna vez, muy rara vez, hablan. Y él habló —aseguró con una cínica sonrisa—. ¡Vaya si habló! Habló de su niñez en la Mancha. Decía que eran tiempos felices antes de que sus padres decidieran ir a Madrid. Algo muy malo le pasó en la capital, algo que lo cambió para siempre. No sé por qué dejo la ciudad ni por qué se vino a esta granja, pero sí sé por qué se fue a la Mancha: por melancolía.

»Llegó un momento en que cada vez estaba más irascible y, cuanto más irascible se volvía, más melancólico estaba. Era un círculo vicioso. Un día le llegó un certificado digital a la granja avisando del fallecimiento de su padre, el único familiar que le quedaba en Madrid, y comunicándole que habían depositado sus cenizas en la fosa común. Desde entonces empezó a sentirse como un prisionero aquí. No había más que verlo, era como un león enjaulado, hasta que un día finalmente se marchó. No sé qué esperaba encontrar en la Mancha, pero estaba obsesionado con los recuerdos de su infancia.

—¿Sabe a qué pueblo se fue?

—A Almansa creo, siempre hablaba de un peñasco donde todavía quedaban un par de piedras de un antiguo castillo. ¡Un par de piedras! Decía que de pequeño subía a aquella roca y jugaba a que vivía en el castillo, se imaginaba que todavía estaba allí. ¿A quién pueden importarle un par de piedras? —murmuró pensativo—. Pero vamos, que yo no me acercaría por allí, eso está bastante cerca de los antiguos Valles Valencianos, deben de estar todos contaminados —añadió con una carcajada—. Que se fastidien como nos hemos tenido que fastidiar los demás. —Miró con impaciencia a Adán y le pidió—: ¡Venga, dame eso a ver si es bueno!

—Pues sí que tiene información, parece estar siempre en el lugar justo —apreció Adán.

—Mi oído, para lo único que me sirve.

Le entregaron al anciano la pastilla azul y se marcharon.

—¿Qué droga le has dado? —preguntó Shui interesada.

—Es un caramelo para la garganta —contestó Adán con un destello de picardía en la mirada.

***

Se encaminaron sin dilación hacia el pueblo del Italiano. Para llegar a Almansa tenían que cruzar todo el Estado abandonado de la Mancha y dirigirse a una zona ondulada y cercada por la sierra. Una vez que salieron de los límites de Madrid, se notó un cambio drástico en las carreteras. En los Estados Abandonados todo estaba descuidado y las carreteras de la Mancha eran particularmente peligrosas.

En los Estados Abandonados los pueblos se autogestionaban con dirigentes locales y los conflictos se resolvían siempre según la costumbre establecida para situaciones similares. De esta forma, las ciudades y pueblos grandes tenían verdaderos sistemas autárquicos. Sin embargo, en los núcleos más pequeños ni siquiera tenían esa forma de organizarse; cuando tomaban una decisión solían hacerlo por asamblea popular, por lo que era altamente peligroso vivir allí. Los Estados Abandonados no reconocían ningún poder ni gobierno estatal ni a la República Bilateral. No aplicaban las leyes de antaño ni habían redactado nuevas. No tenían bases de información locales y, al no haber conexiones virtuales supraestatales, estaban abandonados a su suerte y autosuficiencia. Sobrevivían, eso es lo que se hacía en los Estados Abandonados: sobrevivir. Fue imposible llegar al pueblo por las dos principales vías. La AP-36 y la A-31 habían sido parcialmente destruidas en la Gran Guerra, por lo que había que utilizar carreteras y vías alternativas.

Llegaron al pequeño pueblo del Italiano a las dos de la mañana. No encontraron ningún lugar donde poder dormir. Localizaron dos antiguos hoteles, pero ambos estaban en desuso. Se cansaron de dar vueltas y al final quedarse en el biplaza fue la única opción. Aparcaron a las afueras del pueblo y decidieron dormir un poco mientras esperaban a que amaneciera. Habían localizado fácilmente el peñasco que se elevaba en el medio del pueblo. Decidieron quedarse cerca de la zona y estacionaron el vehículo

entre la vegetación que crecía descontrolada entre unos edificios abandonados.

—Duerme —dijo Adán, intentando acomodarse en su asiento—. Ha sido un viaje largo, te vendrá bien descansar.

Habían reclinado los asientos. Shui giró su cabeza y la cascada de cabello negro cayó hacia un lado como un manto denso.

—¿Crees que tendrá algo que ver con la muerte de Aridus o que al menos sabrá algo?

—Para eso estamos aquí, mañana lo averiguaremos —contestó Adán con sencillez.

—Deseo tanto saber quién lo ha hecho —murmuró Shui—. Ese anciano dijo que el Italiano es un tipo con una fuerza desmesurada y muy grande, cubre el perfil del asesino.

—Ese dato no nos da ninguna pista definitiva, una gran parte de los miembros de la Alianza encajarían en esa descripción —contestó él encogiéndose de hombros.

—Tian no —murmuró Shui.

Su voz apenas fue un susurro que voló desde sus labios para atravesarlo como si le hubiera lanzado un dardo.

—No, Tian no —aceptó Adán mientras las palabras se le quedaban atragantadas.

Un gran silencio se interpuso entre ambos. Ninguno quería romperlo, era demasiado difícil hablar.

—¿Te acuerdas de él? —preguntó ella por fin. Su voz tenía un deje amargo que amenazaba con quedarse instalado a dormir con ellos.

—Sí, claro que me acuerdo —admitió, tratando de que no se le notara que las palabras se le atrancaban.

—Pero ¿piensas en él? —insistió. Se incorporó un poco en el asiento, buscando sus ojos.

Adán tenía la mirada fija en el techo. No se movió ni un centímetro. Sentía los ojos de Shui clavados en él, quemándole.

—Sí —afirmó. La garganta definitivamente se le había secado y no le permitió añadir nada más. El aire de pronto le parecía irrespirable—. Por supuesto que pienso en él. ¿Cómo no iba a hacerlo?

Shui volvió a tumbarse. Ella también clavó los ojos en el techo y guardó silencio. Quería morderse la lengua y no decir nada más, pero no podía. Las palabras le quemaban la garganta, deseando salir.

—Yo también pienso mucho en él —dijo con voz quebrada—. Recuerdo la noche de su muerte de una manera clara, como si hubiera pasado ayer. Recuerdo su risa, me encantaba cuando se reía. Tenía una risa contagiosa y siempre lograba hacer reír a mi padre, y eso no es sencillo, ya sabes. —Guardó silencio otra vez—. También pienso en por qué tuvo que llevarse con él mi vida…

Adán giró la cabeza hacia ella. Shui lo miraba con dolor, pero no lloraba. Las lágrimas se mantenían retenidas en sus ojos azules rasgados.

—Shui… —murmuró.

—¿Tan importante era Tian? —preguntó ella con un hilo de voz —. ¿Por qué tuvo que llevarse todo con él? —Las lágrimas bailaban peligrosamente—. Tú...

—Venga, Shui, no hablemos de eso —le pidió Adán. Todavía no era capaz de tratar el tema con tranquilidad. Sabía que hablarlo no traería la solución y solo serviría para abrir una vieja herida entre ellos.

Shui enjugó sus lágrimas y lo miró con sus ojos azules como dos faros en la oscuridad. Ella era más fuerte que antes y, al parecer, también más fuerte que él. No dijo nada más, no quería que el llanto encontrara el camino para salir.

Adán se acercó y la abrazó.

—Vamos, duerme —le pidió, sosteniéndola contra su cuerpo—. No sirve de nada remover el pasado. Déjalo estar.

Se abrazó a él, apoyando la cabeza en su pecho, y cerró los ojos con el deseo de que el dolor desapareciera.

***

A la mañana siguiente decidieron preguntar en la zona cercana al peñasco, donde supuestamente al Italiano le gustaba subir a pasear. Varias personas lo reconocieron. Al parecer, los pueblos

pequeños como aquel constituían pequeñas comunidades muy fuertes, donde todos aportaban algo y de esa manera sobrevivían y se autogestionaban. Parecía un buen sistema para funcionar, salvo en el caso en que la comunidad se volviera en contra de un solo individuo.

—¿El Italiano? Claro que sé dónde está. ¡Pudriéndose en el infierno! —contestó el tabernero con una gran sorna. Tenía un deje muy peculiar al hablar que hacía que sus palabras resultaran desagradables—. Lo encontramos en su casa bien muertecito —dijo sin ningún tipo de pudor—. Tétrico, ¿¡eh!? No somos *nah*, ¿eh? —El tipo se limpió la nariz con la mano y añadió—: No tenía amigos. No, señor. No aquí. Pero vamos, que tampoco tenía enemigos que yo sepa. Era un tipo raro, ¿eh? Un poco desagradable. —Carraspeó la garganta y escupió al suelo—. Usted me entiende, ¿no? ¡Eh! Un fiambre. Sí, señor, comida para las lombrices, ¿eh?

—¿Cuándo falleció?

—Hará unos seis meses —calculó el individuo—. Llegó hace un año. Estaba muy deprimido, la verdad que sí. Al final se murió.

—¿De qué murió? —preguntó Shui.

—De tristeza —respondió con firmeza—. Jodido, ¿eh? Como si no hubiera bastantes mierdas por las que morir, ¿eh?

Efectivamente, el Italiano había vuelto a su pueblo, tal y como había señalado el anciano de la granja. Había regresado al pueblo de su niñez, quizás tratando de alcanzar una felicidad que parecía haber estado dándole esquinazo desde entonces. Allí llevaba una vida tranquila y solitaria. No socializaba mucho ni era dado a hacer amigos, pero tampoco se metía con nadie. Era un solitario. Tenía cerca de cuarenta años, aunque parecía arrastrar la pesadez de la edad como si estuviera cerca de la senectud. El tabernero vivía en una pequeña casa cercana a la del Italiano. Este se había instalado en la antigua casa familiar. Era un sitio pequeño y deprimente que estaba medio derruido y eso contribuyó a que se hundiera más.

—Quería morir, vaya tipo, ¿eh? —comentó el tabernero pensativo—. Creo que dejó de comer, cada vez estaba más y más delgado, hasta que un día desapareció del mapa. Una vecina decidió entrar a ver qué pasaba y allí estaba, tiradito en el suelo de la

cocina, descomponiéndose. Un asco, ¿eh? —sentenció, carraspeando antes de escupir al suelo—. Quemamos el cuerpo, ¿eh? No queda nadita del tipo. Nada nadita.

—Lo incineraron —corrigió Shui, hablando con propiedad.

—No, guapa. Lo quemamos, ¿eh? —contestó con una sonora carcajada—. Lo quemamos enterito. Casa incluida. Llevaba varios días muerto. Tú eres de Madrid, ¿eh? ¡No sabes nada de la vida! Aquí, en la Mancha, no le importamos a nadie. Hemos tenido la peste, hemos sobrevivido a epidemias y a jodidas infecciones que se han comido a nuestros vecinos. Sin hablar de que tenemos que mantener a raya a los extremos que se esconden en el bosque. Han muerto muchos amigos, ¡demasiados! Aquí no hay hospitales, bonita, no quieras saber cómo hacemos cuando hay que «operar» —añadió con una oscura mirada—. Había que evitar cualquier tipo de infección. Era un puto cadáver podrido, ¿eh? ¡Fuego es lo que necesitaba!

El odio en sus ojos le provocó náuseas a Shui. Adán permanecía alerta, sin decir nada, podía llegar a entender lo que aquella gente abandonada intentaba hacer para sobrevivir.

—¡Sois unos...! —dijo ella encolerizada.

Adán la sujetó de un brazo y le indicó que se callara.

—Nos vamos —señaló y, dirigiéndose al tabernero, añadió—: Gracias por la información. Ha sido muy amable.

El hombre se limitó a hacer un gesto con la cabeza mientras ellos salían del establecimiento.

—¡Qué animales! —bufó Shui una vez en el exterior.

—¿Y tú que ibas a hacer? ¿Vas a censurarlos? Ellos no tienen leyes que cumplir ni nadie frente a quien responder. No puedes decirles nada —le reprochó—. Tienen que sobrevivir de alguna manera. Lo hacen lo mejor que pueden.

—Bueno, pero... ¿No has escuchado lo que dijo? Quemaron la casa directamente, es una locura.

—No tenemos nada que opinar. Hacen lo que pueden con lo que tienen —sentenció—. Anda, vámonos.

Subieron al biplaza y se encaminaron hacia Madrid. En pocos minutos se alejaron de aquel pueblo con una nueva sensación de

pérdida de tiempo y con el fantasma de aquella muerte acompañándolos durante el camino de vuelta.

—¡Esto es una pesadilla! —concluyó Shui en el camino de regreso—. Estamos perdiendo el tiempo.

—Sí, yo también tengo esa sensación —aceptó Adán—. Por lo menos estamos cercando al asesino.

—No sé yo —comentó ella poco convencida—. No veo que concretemos nada. Estamos dando palos de ciego. No sé si nos estamos equivocando al buscar a los miembros de la Alianza.

—Vaya, ¿dónde está tu determinación? —preguntó él con una sonrisa sostenida en los labios—. Hace unos días estabas tan convencida como yo. No puedes venirte abajo porque las primeras indagaciones no den el resultado esperado. No será fácil dar con el asesino de Aridus, pero lo encontraremos.

De repente Adán se calló. No reconocía el camino. Se dio cuenta de que no estaban en la misma carretera. No volvían por el mismo sitio que los había llevado hasta allí, estaban en medio de un espeso bosque. Habían dejado el pueblo atrás hacía más de una hora y estaba claro que se habían despistado en algún punto del camino.

En un momento dado, frenaron en seco. Había un árbol cruzado que les cortaba el paso. Su colocación parecía artificial, alguien lo había puesto allí a propósito.

—Esto no me gusta —murmuró Adán.

—¿Qué pasa? —preguntó Shui mirando a la carretera.

—No te muevas. ¡No abras la puerta! —gritó él.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Adán giró rápidamente la cabeza hacia atrás, buscando un punto de referencia para maniobrar y salir de allí. Pero no tuvo tiempo; en cuestión de segundos, algo golpeó repetidamente el biplaza. Habían saltado sobre ellos.

Fuertes sonidos salían de todas partes y el vehículo bailaba bajo las brutales embestidas. Los estaban atacando. Todo sucedió muy rápido. Adán le gritó a Shui que no se asustara, trataba de pensar cómo salir de allí, parecía que iban a tumbar el vehículo. Shui soltó un grito al ver las siluetas que se movían ferozmente alrededor

de ellos. Unos brazos fuertes y peludos rompieron la ventanilla del conductor y arrancaron a Adán del vehículo. La lluvia de golpes no lo pilló por sorpresa y, sin embargo, no pudo evitarlo. El sabor salado de la sangre le llenó rápidamente la boca. Nunca había visto unos extremos como aquellos, eran como primates fuera de sí. Tres individuos lo agredieron mientras otros trataban de sacar a Shui fuera del vehículo. Ella oponía resistencia, no iba a facilitarles la tarea. Sabía luchar. Les propinó varias patadas tratando de defenderse, a pesar de estar en inferioridad de condiciones.

Adán se levantó como pudo al ver que habían sacado a Shui del coche y la estaban arrastrando entre dos. Cerró su puño y proporcionó un derechazo a uno de los extremos, que se quedó noqueado en el suelo. Otro lo había cogido por detrás, por lo que levantó las manos para alcanzarlo. Tenía un cuerpo enorme y peludo. El simio no cedía, así que colocó ambas manos alrededor de su cabeza e introdujo los pulgares en las cuencas de sus ojos hasta que la sangre cubrió su cara peluda. Al no poder ver, el simio lo soltó inmediatamente y cayó al suelo, aullando de dolor. Se sujetaba la cara mientras rodaba, retorciéndose.

Adán movió su cabeza hacia los lados para despejar su aturdimiento y corrió hacia Shui. La habían arrastrado varios metros. Uno la sujetaba contra el suelo mientras el otro estaba a punto de hincarle el diente. Llegó justo a tiempo de evitar que la mordiera. Saltó sobre el extremo y ambos cayeron al suelo. La criatura no cesaba en su ataque y ahora trataba de morderlo a él. Estaba hambrienta. Adán lo estranguló con sus manos.

Solo quedaba un extremo, que había reculado unos pasos al ver cómo habían acabado sus compañeros, pero parecía que el hambre era superior a su miedo. Se acercó reptando hasta Shui y le sujetó una pierna. Ella le golpeó la cara con el otro pie repetidamente. La criatura gritó ante el ataque, pero no la soltó. Abrió la boca y una mandíbula de incisivos amarillos apareció en su interior. Antes de que pudiera cerrar sus dientes sobre la carne, estos quedaron atrapados en la goma de la bota de Adán. Una patada brutal destrozó no solo la dentadura de la criatura, sino toda

su cabeza. La sangre salió disparada como un aspersor y su cuerpo acometió unos estertores automáticos.

—¿Shui, estás bien? —preguntó Adán levantándola.

Tenía todo el pelo revuelto y la ropa medio destrozada, pero parecía estar entera. Las lágrimas asomaban a sus ojos, negándose a saltar, parpadeó orgullosa para retenerlas.

—Me han arañado —contestó con un hilo de voz, levantándose la manga de la camisa.

La sangre chorreaba por el brazo de Shui. Adán la abrazó y no dijo nada.

# 14

Una semana después de su ingreso, Rebeca seguía sin tener resultados concluyentes sobre sus cambios genéticos. Estaba *en proceso*, pero sin una respuesta definitiva sobre su futuro. Se sentía atrapada en una nueva realidad incierta que no podía controlar, y esa idea le resultaba exasperante. Comenzaba a comprender la trascendencia de la doble moralidad que se vivía en Madrid. Sentía en carne propia el miedo y la vergüenza que ayudaban a mantener aquel secretismo.

Aun así, comprendió que dentro de aquel mundo de oscurantismo había destellos de esperanza. Main era uno de ellos. Era un inmenso destello de esperanza. Durante su estancia en la clínica descubrió que era un sitio fascinante. Un lugar levantado, creado y dedicado al cuidado de personas diferentes, criaturas y contaminados. El día a día estaba estructurado con terapias enfocadas a desarrollar las capacidades que, de otra forma, en muchos contaminados podrían permanecer latentes.

Rebeca seguía una agenda muy apretada que arrancaba a las ocho de la mañana con actividades, terapias y pruebas. La clínica era una auténtica mole y sus plantas se separaban por el nivel de afectación o por las necesidades de sus pacientes, tal y como lo haría cualquier hospital. Tenía un espacio más apartado dedicado en exclusiva a los más torturados; híbridos que tras su contaminación habían sufrido una merma muy acusada de su actividad cerebral o a algunos básicos con un alto nivel involucionado desde su nacimiento.

No había vuelto a ver a Adán. Cada vez que pensaba en él se le encogía el estómago. Recordaba todo lo que había pasado y, para ser sinceros, prefería no tener que verlo. Con quien sí tenía trato era con Ángel. Con él era muy sencillo hablar.

Se sentó al lado de la ventana de su habitación y recordó una de sus conversaciones.

—Es difícil de creer. Pensar que miles de madrileños viven ocultando lo que son por miedo a represalias parece algo del pasado. ¿Es mejor vivir con una venda en los ojos? —preguntó, tratando de entender cómo hacían los híbridos en su día a día—. ¿Ocultarse? ¿Mentir a familiares y amigos?

Ángel se encogió de hombros.

—Mucha gente lo prefiere. Te puedo asegurar que hay cientos de híbridos en Madrid que ni siquiera se lo han contado a su familia o a su pareja. Aunque sea a un solo amigo. —Hizo una pausa—. Lo guardan para ellos y aprenden a vivir con lo que ahora son.

—¡Pero es terrible vivir así! —exclamó—. Eso es vivir en una mentira, Ángel. ¿Cómo podré hacerlo?

—Aprenderás.

—¿Y si no quiero? —preguntó.

—Tendrás que hacerlo —respondió Ángel—. Los políticos no permitirán que hables de ello. Tan solo podrás tratar el tema en tu esfera privada. Es la única forma de mantener el equilibrio en el que vivimos.

—Es increíble que Adán pensara dejarme así —declaró, negando con la cabeza.

—Lo hizo por darte una oportunidad.

—Lo hizo por sacarse un problema de encima —replicó Rebeca desviando la mirada, no quería que notara cómo le dolía.

—Eso no es justo —respondió Ángel.

Rebeca movió la cabeza a ambos lados. Sus ojos desprendían un brillo orgulloso. Se apartó el pelo con una mano.

—¿Sabes qué no es justo? —preguntó con severidad—. No es justo que me haya tratado como a una estúpida —sentenció.

Ángel no sabía todas las veces que se habían visto y ella no se lo iba a decir, pero cada vez que recordaba las conversaciones, los gestos, las miradas, se sentía una idiota. Él la había salvado, pero también la había engañado y le había ocultado la realidad. Además, estaba aquella atracción que al menos ella había sentido creciendo entre los dos. ¿Cómo había podido mirarla a los ojos y hacer como que no se conocían? Sí, se sentía como una estúpida. Una grande, a decir verdad.

Ángel se quedó callado. No sabía qué decir. No podía culparla de sentirse así. Todo el mundo tenía derecho a la verdad.

Rebeca lo observaba con detenimiento.

—No os parecéis mucho para ser hermanos —valoró mientras el viento revolvía sus cabellos.

Ángel guardó silencio.

—Yo soy adoptado —contestó con una mirada de un azul intenso.

***

Adán decidió mantenerse un par de semanas centrado en la clínica, sin alejarse demasiado de la ciudad ni de Shui. Había recapacitado en los últimos días y había decidido tomarse las cosas con calma. Le había cegado la venganza tras la muerte de Aridus y sus ansias de buscar un enemigo entre los aliados habían estado a punto de costarle la vida a Shui. Había salido completamente ilesa del ataque que habían sufrido en la Mancha. Ese tipo de cosas eran lo único que a un agnóstico como Adán le hacían dudar de la existencia de una deidad. Aquello había sido un verdadero milagro, habían herido a Shui y seguía siendo tan humana como antes del ataque. Las pruebas genéticas con ella eran concluyentes: no había ninguna mutación ni actividad distinta en su organismo. Todo parecía estar en orden.

Había decidido guardar la Libreta Roja en un cajón de su habitación. Pero, aunque había frenado la búsqueda, todas las noches revisaba la lista. Algo le rondaba continuamente por la cabeza diciéndole que uno de los nombres sin tachar era el responsable de la muerte de Aridus:

~~1. Adán Ruiz del Hierro Main, alias Xabiamonus.~~

~~2. Ángel Main.~~

~~3. Abraham Bonnín, alias el Alemán.~~

4. Xan Baldomar.

5. Hanna Klein Camps.

_____6. Hikari Yuan.

_____7. Sabino Ferreyra, alias Montaña Roja.

_____8. Ryu Zhang, alias Dragón.

_____9. Manuel Augurali, alias el Italiano.

_____10. Dominika Svoboda.

_____11. Álvaro Ribelles.

_____12. Nicolle Volkov.

13. Enrique Dubois.

14. Alfonso Bach.

Tenía la impresión de que el destino les había brindado una nueva oportunidad para hacer bien las cosas. Se había tomado aquello como una advertencia y estaba completamente decidido a apartar a Shui de la búsqueda del asesino. Se sentía responsable de ella. Al fin y al cabo, había sido él quien había ido a su casa con ansias de venganza.

Trató de hablar con ella en varias ocasiones para disuadirla. Sin embargo, Shui no cejaba en su empeño, por lo que acabaron discutiendo otra vez.

—No puedes evitar que siga por mi cuenta. Quiero encontrar al asesino —insistió ella en respuesta a sus pretensiones.

—¡Eres la persona más testaruda que he conocido! —replicó Adán furibundo—. ¿Es que no te parece que ya te has puesto bastante en peligro? —preguntó, dando un golpe con el puño sobre la mesa.

Estaban en uno de los laboratorios de la clínica. Pequeños tubos de ensayo temblaron, al mismo tiempo que los hologramas parpadearon.

—Déjame en paz, Adán —dijo sin moverse un milímetro de su postura—. Enfádate si quieres, es cosa tuya. No voy a dejarlo y no puedes hacer nada para convencerme de que lo haga.

—¿Vas a seguir tú sola? —preguntó él, incapaz de hacerla entrar en razón.

—Si es necesario, sí —respondió firme—. He estado hablando con unos tipos de la Zona Cero y tengo una pista muy fiable sobre Enrique Dubois. Vive en el centro. Ahí no hay peligro, puedes estar tranquilo. —Hizo una pequeña pausa y, al ver que él la miraba con severidad, agregó—: ¡Olvídalo ya, Adán! No me han contaminado. Estoy bien.

—¡Por puro azar! —respondió él, sintiéndose impotente—. ¿Es que no lo ves? Podrías estar muerta.

—Tendré cuidado. Puedo cuidar de mí misma.

Shui sabía luchar, pero Adán tenía demasiado presente el ataque que había sufrido.

—De verdad, Shui. ¿No puedo convencerte de alguna forma? ¿No fue suficiente lo que pasó?

—No, no fue suficiente —respondió—. Yo no quiero vivir con miedo, Adán. —Echó un vistazo al laboratorio. Los tubos, los hologramas y los ensayos dotaban al lugar de un marco en el que Adán encajaba a la perfección—. Este es tu sitio. Tú puedes quedarte aquí, pero yo quiero salir y luchar. Llevo demasiado tiempo a la sombra, sin hacer nada. Ya no quiero eso —sentenció—. No puedes hacer nada para convencerme. Hace mucho tiempo que me dejaste muy claro que yo no soy nada tuyo, así que deja la preocupación a un lado.

Shui había sido directa y fría. Le dio la espalda, decidida a marcharse. Antes de que alcanzara la puerta, Adán la cogió por el brazo, tiró de ella y la besó. Un beso profundo y decidido. Lleno de todo lo que habían compartido y que se había muerto entre ellos. De los reproches, el abandono y los años de silencio. Puede que Adán nunca la hubiera amado con la profundidad que Shui lo había amado a él, pero en aquel momento se dejó llevar por un espejismo del pasado. Por un sentimiento que, de algún modo, seguía latente y por toda la rabia que ella le hacía sentir.

Más allá de la puerta de cristal, unos ojos indiscretos observaban el beso. Rebeca se había quedado helada observando cómo Adán besaba a aquella chica. Tenía los pies clavados en el suelo y no era capaz de reaccionar.

***

Durante los siguientes días de adaptación, Ángel trató de ayudar a Rebeca y de acompañarla. Una tarde, estaban sentados en el suelo de uno de los gimnasios, haciendo ejercicios de control corporal. Rebeca se había fijado en cómo lo miraban las chicas.

—A partir de ahora voy a llamarte Guapo —le picó Rebeca—. Eso de hermoso es un poco pomposo, ¿no? Pero Guapo te va bien. Es más informal.

—Estarás de broma, ¿no? —le preguntó él, volviendo la mirada hacia ella.

—No, no estoy de broma —contestó Rebeca riéndose—. ¡Por favor, parece que alguien va a desmayarse en cualquier momento!

—Shhh —pidió él. Había varias personas con ellos en el gimnasio en aquel momento—. Nos van a echar —le recriminó con severidad.

—Está bien, Guapo. Haré lo que me digas. Prometo portarme bien.

Rebeca trató de mantenerse seria mientras bajaba la espalda hacia el suelo, pero cuando una chica pasó por allí sin poder dejar de mirar a Ángel, directamente rompió a reír.

—¡Pero, por favor! ¿Cómo puedes sobrellevar el día a día? —preguntó sin dejar de reír—. De verdad, Ángel, caerán literalmente a tus pies.

—¡Eres imposible! —exclamó él recogiéndose su largo cabello en una coleta. Desvió la mirada, parecía que lo hacía sentir incómodo su broma.

Ella se llevó ambas manos a la boca, intentando disimular, e hizo un gesto pidiendo perdón.

—No me pareciste tan puritano cuando nos conocimos —comentó Rebeca haciendo alusión a la noche en la que habían coincidido en Tampla. Si bien es cierto que ese día se habían conocido por segunda vez.

—¡Tampoco tan lanzado como tú! —replicó Ángel con un brillo en la mirada al evocar el beso que ella le había dado.

—*Touché!* —aceptó ella.

De repente, Rebeca se quedó en silencio. Ángel creyó que le había sentado mal su pequeña pulla. Tenía la mirada perdida, algo iba mal.

—¿Rebeca? ¿Estás bien? —le preguntó acercándose.

No contestó. Trató de dar un paso tembloroso, pero la vista se le nubló. Ángel la cogió antes de que se cayera al suelo.

—Rebeca, ¿me oyes? —la llamó—. ¡Rebeca!

Había perdido el conocimiento.

La colocó con cuidado en el suelo y le tomó el pulso. Tenía los latidos muy bajos.

—Llamad al doctor Ruiz del Hierro. —Dos enfermeras lo miraban asustadas—. Maldita sea, ¡llamad a Adán!

Una de las auxiliares salió corriendo del gimnasio. Mientras, la gente se aglutinaba alrededor.

***

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Ángel entrando en el laboratorio. Estaba muy nervioso, era incapaz de tranquilizarse—. ¿Ya sabes algo?

—No, todavía no —negó Adán muy serio—. Estoy esperando los resultados de las pruebas genéticas.

Adán estaba al lado de una mesa. Se manejaba a la perfección en aquel caos de tubos de ensayo, hologramas, ordenadores, cables y pequeños ruidos intermitentes. Se mantenía serio. Ángel, sin embargo, se sentía intranquilo.

—¡Me está matando esta espera! —aceptó abatido. Se movía como un león enjaulado—. ¿Cómo es posible que todavía no se haya despertado?

Adán lo miró, no hacía falta demasiado para darse cuenta de que Ángel sentía algo más que una amistad por Rebeca. Parecía que se habían unido mucho en esos días. Adán movió la cabeza a ambos lados, tratando de centrarse. Tenía que tranquilizarse, no era el mejor momento para ponerse celoso.

—Vamos a esperar al mapeo genético, ¿de acuerdo? —trató de tranquilizarlo—. No te preocupes, seguro que está bien. Ten un poco

de paciencia.

—Gracias, Adán —respondió—. Avísame con cualquier novedad que tengas —añadió saliendo por la puerta.

Adán se limitó a asentir, observando cómo su hermano se marchaba pensativo. Sí, estaba claro que Ángel sentía algo por Rebeca. Así que ahora los dos sentían algo por la misma chica. Desechó aquel pensamiento. No había pasado nada con ella, y con todo lo que había ocurrido entre ambos, nunca iba a ocurrir. Decidió centrarse en el trabajo, eso era lo que siempre le había ayudado. Era su refugio.

***

Rebeca se despertó unas horas después. Estaba mareada. Le aconsejaron descansar. Ángel la acompañó gran parte de la tarde, estaba preocupado por ella y no quería dejarla sola. Finalmente se quedó dormida.

Volvió a despertarse a media tarde.

Recordaba el incidente del gimnasio con cierta impotencia. Lo que seguramente habían sido segundos, ella lo había vivido como agónicos minutos interminables. ¿Cómo podría aprender a vivir con aquello? No sabía cómo controlarlo ni cómo pararlo cuando ocurría. Se colocó la mano sobre el pecho, cerró los ojos y trató de reproducir los ejercicios de respiración que le habían enseñado. Tomó aire y volvió a soltarlo muy lentamente. Repitió el ejercicio un par de veces.

Cuando abrió los ojos, Adán estaba en silencio, observándola desde el umbral de la puerta. Vestía su bata blanca de médico. Tenía la barba algo más larga que la última vez y el cabello rebelde, pero era tan apuesto como lo recordaba. Sintió una punzada en el pecho.

—¿Puedo pasar? —preguntó desde la puerta.

Rebeca no contestó, se limitó a asentir.

Él desvió la mirada, entró y se acercó a la cama. Llevaba en la mano una tableta de datos. Se trataba de una visita médica.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó sin dejar de mirar su pantalla.

—Bien —respondió ella, moviéndose incómoda y tratando de incorporarse un poco más en la cama—. Bueno, todo lo bien que se puede estar en estas circunstancias, supongo.

Adán asintió, pero no la miró.

—¿Estás desorientada? —le preguntó, aclarándose la voz, que se le había quedado trabada en la garganta.

—No. Antes estaba un poco mareada, pero ahora me encuentro mejor.

Se hizo un pequeño silencio entre ambos.

—Bien. De todas formas, voy a hacerte unas preguntas rutinarias para controlar tu orientación —explicó, mirándola fugazmente a los ojos para volver a desviar la mirada—. ¿Cómo te llamas?

—Rebeca Blázquez.

—Fecha de nacimiento.

—El 1 de marzo de 2288.

—¿Profesión? —siguió mientras parecía marcar algo sobre su pantalla.

—Legisladora —respondió—. Bueno, y abogada, aunque ahora mismo no trabajo en ningún despacho.

—Bien —respondió. Era una respuesta muy concreta, lo cual suponía un buen indicativo—. ¿Qué día es hoy?

—Lunes. —Hizo una pausa—. Quince de noviembre, ¿no? O dieciséis. Creo que quince.

—Vale, está bien —dijo. Cerró la tableta y observó dos hologramas que flotaban al lado de la cama y que marcaban sus constantes vitales—. Ahora voy a hacerte una serie de preguntas para... —Carraspeó y retomó la frase sin mirarla— para conocer tu capacidad de asimilar tu nueva situación. Es una cuestión de protocolo.

Rebeca se movió incómoda en la cama.

—Creo que lo entiendo todo muy bien. Ángel me lo explicó —murmuró.

Adán soportó la pulla. El sentido de la frase era muy claro: Ángel se lo había explicado, él no.

—¿Entiendes lo que te ha ocurrido?

—Sí. Me atacó una criatura. Un básico extremo. —Hizo una pausa—. Uno con un alto nivel de contaminación. Al parecer, uno de los pocos que pueden contaminar por un contacto tan leve. Es estadísticamente poco probable que me contaminara, pero aquí estoy: *en proceso*. En un proceso indeterminado que puede durar entre unos días y varios años hasta que logre controlar las capacidades que desarrolle tras mi contaminación. Después formaré parte de la población híbrida. ¿Correcto?

Rebeca lo miraba a los ojos, estaba muy seria.

Adán asintió.

—Veo que lo tienes todo muy claro.

—Clarísimo —contestó con cierta sorna—. Parece sacado de una película de ciencia ficción, pero es real. Está bien. —Parecía más contestarse a sí misma que a él—. Podré vivir con ello.

Adán entendió perfectamente el nuevo reproche velado, era el segundo.

—¿Por qué no ha venido la doctora Victoria? —preguntó Rebeca.

—Porque tenemos los resultados de tus estudios genéticos y yo soy el especialista genético. Hay determinadas cuestiones que debo tratar yo directamente.

—Ya veo —murmuró, entendiendo que no estaba allí por ella, sino por la situación.

—El desmayo que has sufrido —comenzó Adán, tratando de centrarse en su trabajo—, así como el de la semana pasada, se deben a que estás desarrollando mutaciones. Tu mapeo genético presenta una zona muy activa en la parte frontal del cerebro. Los niveles de actividad están por encima del doscientos por cien.

—¿Eso qué significa?

—Que probablemente vas a desarrollar capacidades telequinésicas o telepáticas.

—No puedes estar hablando en serio… —murmuró sin dar crédito—. ¿Qué clase de capacidades?

—Eso todavía no lo sabemos. —Hizo una pausa—. Victoria me ha hablado de algunas sensaciones que has tenido. Algo relacionado con el transcurso del tiempo. ¿Puedes explicármelo a mí?

Rebeca lo miró. Se le veía serio, formal, pero no parecía distante. Era profesional.

—Es una locura —murmuró—. Ni tan siquiera me parece real. —Guardó silencio unos instantes. Adán permanecía a la espera, sabía que los pacientes necesitaban su tiempo—. A veces siento que me quedo atrapada en el tiempo. Es decir, lo que en realidad transcurre en un par de segundos para mí dura varios minutos. Es absurdo, ¿no crees?

—No, no lo creo.

Rebeca comprendió que cuando se trataba de cuestiones médicas él no era tan frío.

—¿Te ha pasado muchas veces? —preguntó.

—Pues me sucedió en el gimnasio y aquí, en la habitación, un par de veces. Pero creo que ya me había ocurrido antes —indicó—. Un día en el despacho se me cayó un vaso y, de alguna manera, yo lo percibí como algo que ocurría muy despacio. Lo cogí antes de que tocara el suelo y nunca he tenido buenos reflejos.

—Hasta ahora —advirtió Adán.

—Sí, hasta ahora —aceptó—. Creía que me estaba volviendo loca.

—No. Estás cambiando.

—Eso es tan genérico… ¿No puedes decirme algo más concreto? —preguntó.

Adán se quedó callado. Quería satisfacerla, pero no había respuestas en ese momento. La observó: desde sus intensos ojos verdes hasta los pequeños mechones que se escapaban de su coleta. Le gustaba y esa no era una buena idea, cada vez por más motivos. El hecho de que a su hermano también le gustara era un motivo más añadido a la lista.

Dio un paso hasta la ventana, rompiendo el contacto visual. Se colocó de forma que ella pensara que estaba trabajando en su pantalla. Cerró los ojos y deseó que no se hubiera producido ningún cambio visible en su cuerpo. Le costaba estar con ella. Sentir una fuerte atracción no era algo bueno. Ese tipo de sentimientos hacían que se alterara y eso lo debilitaba.

—Lo siento —respondió manejando su pantalla—. Es imposible saberlo todavía.

Cuando se giró y volvió a mirarla sus ojos eran menos oscuros, parecían de un color más castaño.

—¿Te han cambiado los ojos de color? —preguntó ella sorprendida.

Él desvió la mirada y apretó la mandíbula, frustrado.

—Bueno —prosiguió, intentando olvidar su comentario—, tienes que hacer más ejercicios de equilibrio. Las terapias en el agua te vendrán bien. He visto que has hecho ya alguna en la piscina. ¿Te has sentido bien? ¿Te has mareado?

—No. Creo que no —murmuró.

—Bien. Pues tienes que seguir con ellas. Si quieres volver a tu vida, necesitarás equilibrarte —añadió, volviendo a romper el contacto visual—. A veces cuesta un poco más. No te preocupes.

Rebeca asintió.

Adán se dirigió hacia la puerta.

—Haz caso a lo que te digan los terapeutas e intenta aprovechar al máximo tu estancia aquí.

—¡Espera! —le pidió ella antes de que se marchara.

Adán se giró.

Rebeca se incorporó un poco más en la cama.

—¿Qué hubiera pasado si nunca me hubiera enterado de la verdad? Si hubiera seguido siendo una inconsciente.

Adán la miró serio. No podía decírselo con certeza, porque eso ya nunca lo sabrían, pero podía decirle una de las posibilidades. La que él había deseado.

—Nunca lo sabremos con certeza, pero es probable que tus capacidades permanecieran siempre latentes —respondió—. Si hubieras seguido con una vida convencional, seguramente no te habrías encontrado con extremos. En todo caso, las habilidades que estás desarrollando te ayudarían a salir airosa. Es muy probable que nunca te hubieras enterado de todo esto.

—Comprendo —respondió.

Ambos se sostuvieron la mirada de nuevo. Parecía haber mucho que decir, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a

hacerlo, cada uno por sus motivos. Sin embargo, por un momento parecía que el muro que los separaba no era tan alto.

—Rebeca, yo... —comenzó titubeante.

—No te preocupes —lo interrumpió. No quería disculpas. No podía perdonarle. Aún no. Se sentía muy lejos de él y él parecía incómodo todo el tiempo que pasaban juntos—. Haré los ejercicios —dijo, levantando nuevamente el muro que los separaba—. Todas las terapias y todo lo que me indiquen —agregó.

Se giró en la cama y le dio la espalda.

Adán entendió que no quería una disculpa ni una explicación. No quería nada, solo estar tranquila. Salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

***

Durante los siguientes días, Rebeca se adaptó a sus nuevas rutinas. Hacía los ejercicios y terapias, siempre bajo el control y seguimiento de la doctora Victoria. Había conocido a otras personas que estaban en su misma situación. Contaminados e incluso criaturas por nacimiento que habían acabado en la clínica por uno u otro motivo.

Se adaptó, porque no le quedaba otra. Trabajaba y procuraba avanzar. Sin embargo, le frustraba ver como otros compañeros evolucionaban mucho más rápido que ella que, por algún motivo, iba rezagada. No acaban de verse claramente cuáles eran sus capacidades como híbrido, por lo que seguía en una zona indeterminada.

Una mañana estaba en el invernadero con su grupo de trabajo, eran un total de cinco personas, contándola a ella. Le costaba centrarse. Se tumbó sobre una zona en la que había césped natural. Solían hacer ejercicios allí. Sus compañeros habían aprendido a proyectar energía, pero ella no podía. Intentaba seguir las indicaciones que le habían dado, pero no lo lograba. En teoría, si estaba desarrollando capacidades telequinésicas, muy probablemente conseguiría proyectar antes o después. Según Victoria, el motivo por el cual no avanzaba era porque ni ella misma

acababa de creérselo y se bloqueaba. Se estaba boicoteando a sí misma.

Estaban los cinco tumbados sobre la hierba húmeda y sus compañeros ya habían logrado que la hierba que estaba alrededor de su cuerpo se secara por completo. Rebeca había visto el vapor del agua elevándose en el aire. Ella no lo lograba.

—Venga, chicos. Lo dejamos por hoy, ha sido suficiente —comentó Victoria animando al grupo.

—Bien. ¡Tengo mucha hambre! —manifestó una mujer muy risueña—. ¿Vienes al comedor, Rebeca?

—No, gracias —contestó incorporándose.

Le caía bien Claudia. Ojalá ella tuviera tan buen humor.

—¿Todo bien? —preguntó la doctora, acercándose.

Era obvio que estaba frustrada.

Esta se limitó a asentir.

—No te preocupes, Rebeca. Lo conseguirás. Solo necesitas un poco más de tiempo —la animó—. Cámbiate de ropa, no quiero que enfermes.

—No te preocupes, iré en un momento —aseguró con una tibia sonrisa.

—Está bien —respondió la doctora—. Voy saliendo.

Salieron todos del invernadero menos ella. Rebeca se quedó sentada donde estaba. Tenía el pantalón y la camiseta bastante mojados. Todos los días le ocurría lo mismo. No era capaz de proyectar. Se quedaba mojada, sintiéndose absurda. Cruzó las piernas y cerró los ojos. Trató de concentrarse. Quería conseguirlo.

—¿Qué tal con Rebeca? —preguntó Adán, que interceptó a la doctora en la puerta del invernadero.

—Nada, no consigue avanzar —afirmó resignada, moviendo la cabeza a ambos lados—. Es un círculo vicioso, está bloqueada y no es capaz de proyectar. Eso la bloquea todavía más. ¿Qué vamos a hacer, Adán? No podemos darle el alta si no sabemos qué está pasando en su cuerpo. Con ella los resultados no son concluyentes. Está mutando, pero no acaba de definirse.

—Lo sé —aceptó él con el rictus serio—. No esperaba que fuera a resultarle tan complicado.

—Quizás necesite métodos más extremos —sugirió la doctora —. Bueno, me voy que me están esperando en planta.

—Gracias, Victoria.

La doctora le tocó el brazo en un pequeño gesto de despedida y se marchó.

Adán entró en el invernadero y se acercó a Rebeca. Esta permanecía sentada con los ojos cerrados. Tenía una actitud ceñuda en el rostro.

—No te estás esforzando —la reprendió.

Rebeca abrió los ojos. Lo primero que vio fueron sus zapatos y sus pantalones vaqueros. Subió la mirada hasta su bata de médico y, finalmente, se encontró con su rostro severo. Hacía días que no lo veía. ¿No había participado en ninguna de sus terapias y ahora venía a reprenderla?

—Sí que me esfuerzo —contestó ofendida.

Había un brillo orgulloso en sus ojos verdes.

Adán se agachó frente a ella para poder mirarla a los ojos.

—¿De verdad? ¿Realmente te esfuerzas? —insistió, con una mirada oscura—. Si toda esa energía que empleas en estar disgustada y sentirte frustrada la utilizaras en concentrarte en tus ejercicios, te iría mejor.

Rebeca se enfureció. ¿Por qué le hablaba así?

—Tú no tienes ni idea de cómo me encuentro —le espetó.

—Llevo tratando a contaminados años. Créeme, me hago una idea.

Rebeca se quedó con la boca abierta. Había ridiculizado sus sentimientos y de alguna forma le había dejado claro que lo que veía en ella era a otra paciente más.

—Vamos, voy a ayudarte —dijo quitándose la bata y poniéndose de rodillas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella sorprendida.

—No tengas miedo. Te ayudaré. —respondió él con una mirada profunda. Acortó el espacio entre ellos. Rebeca sintió como se le encogía el estómago con su proximidad—. Túmbate.

Ella se echó para atrás y estiró las piernas, como había hecho en su ejercicio. Sentía su ropa húmeda de haber estado en contacto

con la tierra mojada.

Adán entreabrió los labios y ella no pudo evitar fijarse en su boca. Estaba muy cerca.

—No puedo proyectar —se excusó, pensando que debía repetir el ejercicio.

—Está bien. No te preocupes.

Adán colocó su mano derecha por debajo de la clavícula de Rebeca y presionó ligeramente. Rebeca tenía una camiseta con un amplio cuello redondo. Sintió la mano de Adán en contacto directo con su piel. Era una mano grande y cálida.

—Tranquila. Cierra los ojos —le pidió Adán con un tono más íntimo, más cercano.

Estaban solos. Se escuchaban algunos murmullos del agua del circuito de regadío.

A pesar de todo lo que había pasado, Rebeca se sentía segura con él.

—Está bien —murmuró cerrando los ojos.

—Ahora concéntrate, tal y como te han enseñado en las terapias —indicó—. Vacía tu mente. Céntrate en los ruidos de tu alrededor y prescinde de los sonidos de tu propio cuerpo. Olvídate incluso de que yo estoy aquí contigo. Piensa solo en la hierba mojada debajo de tu cuerpo. En lo molesta que es esa humedad, y proyecta tu energía para secarla.

Rebeca siguió cada uno de los pasos. No ocurría nada, no era capaz de hacerlo. Notaba la firme mano de Adán más arriba de su pecho, muy cerca de su cuello. Era cálida y firme. Volvió a intentarlo. Nada. Se estaba desesperando.

—A lo mejor no puedo hacerlo —dijo abriendo los ojos.

—Sí que puedes. Vamos, inténtalo.

Volvió a hacerlo. Nada.

—¡No, no puedo! —contestó molesta. Intentó levantarse, pero la tenía bloqueada—. Quiero levantarme —dijo, sorprendida, al ver que él no retiraba la mano.

—No puedo dejarte ir. Tengo que ayudarte a que lo consigas.

—Quiero irme. Me estás asustando.

—No tienes por qué estar asustada —afirmó sin dejar de presionar con su mano. No iba a soltarla. Tenía que ayudarla a superar su bloqueo.

Volvió a tratar de levantarse, pero él no le daba tregua. No le gustaba lo que estaba pasando. Lo intentó una vez más, esta vez con fuerza, pero no conseguía zafarse. Adán colocó la mano que tenía libre sobre el brazo izquierdo de Rebeca, paralizándola por completo.

—¡Ya basta! —exclamó Rebeca—. Déjame levantarme, quiero salir de aquí.

Adán presionó con un poco más de fuerza.

Estaba muy agobiada. Cerró los ojos para ocultar lo nerviosa que estaba. Su corazón iba a gran velocidad. Más de lo que nunca lo había hecho. De pronto sintió muchísimo calor, que nacía en su propio interior, parecía salir justo de su estómago. Su cuerpo aumentó de temperatura. Toda aquella rabia se transformó en energía y la hierba comenzó a secarse debajo de ella. El vapor del agua flotaba hacia arriba. Rebeca estaba descontrolada, no sabía manejar aquella energía. Pequeñas briznas de hierba comenzaron a desprenderse del suelo y a elevarse por encima de ellos. El suelo tembló bajo su cuerpo y diminutas porciones de tierra se desprendieron y comenzaron a flotar.

Adán la soltó, impresionado, y se apartó para dejarle espacio.

—Tranquila —le dijo, tratando que se calmara—. Rebeca, mírame e intenta relajarte. Estoy aquí. Estoy contigo y no va a pasarte nada.

Rebeca lo miró y las partículas de tierra volvieron a caer, sometidas a la gravedad natural.

—Adán, yo… —murmuró sin saber ni tan siquiera expresar lo que había ocurrido—. ¿Qué demonios ha pasado? ¿Cómo he hecho eso?

—Está bien —dijo Adán, alargando una mano hasta su cuello para reconfortarla—. No te preocupes, todo va a estar bien.

Ángel entró en el invernadero justo en ese momento y se acercó, apresurado.

Adán la soltó, como si su contacto quemara.

—Rebeca, ¿estás bien? He visto lo que ha ocurrido.

Se agachó a su lado y la abrazó.

—Sí, supongo que estoy bien —replicó mientras sentía su abrazo.

Por encima del hombro de Ángel, miró a Adán quien trataba de calibrar la magnitud de lo que había ocurrido.

# 15

Durante los siguientes días, el ánimo revolucionario iba asentándose en Madrid. El ambiente en la Zona Cero estaba muy caldeado y el principio de la revolución transpiraba desde el subsuelo madrileño. La construcción de la central era un hecho imparable y en cuanto se hizo público el proyecto, las criaturas se levantaron voz en grito en aquel agujero. La Zona Cero convulsionaba. Parecía una bomba de relojería que estallaría de un momento a otro. El hecho de planear un proyecto de esas características en una de las zonas más deprimidas de la ciudad era una provocación. El gesto del alcalde al tomar esa decisión había tenido el mismo efecto que encender una cerilla al lado de un combustible inflamable.

En el sector criatural las actitudes se dividieron en tres bandos: estaban aquellos que querían salir a la luz y derrocar el sistema derramando la sangre de los humanos, a quienes consideraban responsables de sus miserias; aquellos otros que querían un cambio cívico, como Rain, y, para finalizar, los que deseaban seguir viviendo en el ocultismo y permanecer impasibles.

—¡Una central uránica! Eso es lo que quieren esos hijos de puta —gritó el incendiario sargento Martin subido a una plataforma en el centro de la Zona Cero. Cientos de criaturas lo escuchaban embelesadas. Puros y contaminados. Encantados de tener un mesías que los salvara—. Piensan que nos vamos a quedar aquí abajo atrapados, lamentándonos de nuestra naturaleza, mientras ellos construyen esa brutalidad para que nuestros hijos y nuestros nietos sean monstruos. ¡Extremos ciegos y deformes! —bramaba, sintiéndose una criatura más.

»¿Sabéis qué somos para ellos? Monstruos. Engendros. Nuestras capacidades los humillan y los asustan. ¡Nos han follado los cerebros! Nos han convencido de que somos una puta mierda, peor que escoria. Animales que tenemos que bajar la cabeza y quedarnos

aquí abajo mientras ellos se enriquecen dentro de ese muro que se han construido para aislarse —gritaba mientras la gente lo jaleaba y estallaba en aplausos que lo envalentonaban en su discurso.

»Pero les demostraremos que no tienen razón. ¡No somos escoria! —bramó nuevamente—. Saldremos a la calle y nosotros les haremos bajar la cabeza a ellos. ¡Les haremos arrodillarse y les follaremos esos bonitos culos que ahora sientan en terciopelo! —Levantó el puño hacia el techo y la gente reventó de nuevo en aplausos.

Las ansias de sangre se lamían en cada grito que lo aupaba como líder. Aquello era un polvorín. El sargento Martín había encontrado el ejército que lo acompañaría en su sueño de destruir el sistema político de esa ciudad.

—Acabarán con todo —murmuró Rain dirigiéndose a Shui, que estaba a su lado escuchando el discurso.

Ella asintió, seria, mientras observaba cómo la multitud jaleaba al sargento. Había oído hablar de él, pero no sabía hasta qué punto tenía gente que lo apoyaba. Ahora que comprendía el movimiento que había detrás, le daba vértigo pensar en que un tipo como aquel sustituyera al alcalde. Se veía claramente que era alguien peligroso e inestable que lo único que quería era matar y destruir el centro de la ciudad y su opulencia. Un cambio de la represión al terror.

Hacía un par de semanas que Shui conocía a Rain. Justo el tiempo que Adán llevaba apartado de la búsqueda del asesino de Aridus, tratando de convencerla de que se mantuviera al margen. Parecía que Adán estaba dispuesto a todo por mantenerla alejada, incluso a besarla, aunque no la amara. Quizás tenía en demasiada estima lo que ella sentía por él. No necesitaba besos vacíos. Estaba decidida a encontrar al asesino de Aridus, aunque tuviera que hacerlo sola, y eso la había llevado hasta Rain.

Shui se sintió inmediatamente atraída por el movimiento de Rain. Con él descubrió a Montaña Roja, al Dragón y a Álvaro, exmiembros de la Alianza. A algunos los había conocido en los tiempos de la Alianza, pero nunca había hablado con ellos. Cuando estos estaban en el grupo ella era apenas una adolescente y su

padre la mantenía muy protegida. Sin embargo, le sonaban las caras y los nombres.

Rain congenió rápidamente con ella y la animó a unirse a ellos para buscar un futuro distinto para Madrid. Rain defendía su causa con una pasión que lograba envolver a todos en su proyecto. A pesar del poco tiempo que habían pasado juntos desde que lo conocía, tenía la sensación de que él era el líder que podía desarrollar un cambio positivo en la ciudad.

—Destruirán Madrid —murmuró Shui observando cómo jaleaban al sargento—. No solo el sistema, sino la ciudad entera. Esta no es la forma de hacer las cosas. No con este tipo.

Él asintió.

—Tú conoces bien a Adán, ¿no? —preguntó observándola de reojo.

Ella se tomó un momento antes de contestar.

—Supongo que se puede decir que sí.

—Convéncelo para que nos apoye. El sargento parece imparable, ¡mira cómo lo jalean!

—Él no va a tomar partido en nada de esto. Ni con él ni contigo —sentenció, mirándolo con sus ojos rasgados—. Quiere proteger la clínica. No la pondrá en riesgo.

—Pero está decidido a matar al asesino de Aridus, y él murió por apoyar el cambio.

—Eso es distinto —respondió—. Aridus era como su hermano. Se trata de una venganza personal.

Rain no se sentía satisfecho con la respuesta. Recordaba todo lo que había hablado con el Alemán y con Aridus, quien siempre había dicho que Adán era el luchador más fuerte que había conocido, que había algo especial en él.

—No puede dar la espalda a lo que está ocurriendo, antes o después tendrá que tomar partido. Es un luchador, pertenecía a la Alianza. No creo que pueda mantenerse al margen si se desata una revolución —reflexionó—. Sus capacidades no son normales, ¿verdad?

Shui desvió la mirada.

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

—Te lo estoy preguntando a ti.

—Pero yo no soy quien debe contestar a esa pregunta —le espetó con una mirada airada de azul rasgado.

La gente seguía eufórica a su alrededor. Muchos estaban ebrios. Gritaban, se reían y se golpeaban. Comenzó a sonar música. Era una auténtica bacanal para celebrar los delirios de un lunático.

—Algo le pasó, ¿verdad? —insistió Rain—. Él no es una criatura por nacimiento ni es un contaminado. —Los negros ojos de Rain escudriñaban el cielo de los de ella, como si quisiera indagar más allá de su mirada—. El Alemán era el mejor amigo de Aridus y este se lo contó. Le dijo que Adán era alguien completamente fuera de lo normal. Alguien único… —incidió—. Pero no sé el motivo. Aridus se llevó lo que sabía con él.

Ella desvió, incómoda, la mirada. No podía hablar de ello, no le correspondía.

—Creo que voy a marcharme. La gente está demasiado excitada —comentó.

—Sí, yo ya he tenido bastante de todo esto —replicó Rain observando la locura a su alrededor—. Por cierto, lo que te conté de lo de hacer el anuncio por televisión…

—Dime —preguntó Shui interesada—. ¿Hablaste con esa mujer?

—Sí —contestó él con ojos risueños—. ¡Nos ayudará!

Shui también sonrió, contagiándose del buen humor de Rain; él era un destello de esperanza en medio de un tumulto de mediocridad y depravación. Rain abanderaba todo lo bueno que podría venir, si hubiera las ganas suficientes de cambiar las cosas.

—¡Esa es una gran noticia!

—Sí, desde luego. Tenemos que anticiparnos antes de que este imbécil nos tome la delantera y se ponga a quemar contenedores en el centro de Majadahonda.

—Sí, tienes razón —aceptó con la sonrisa todavía en la boca—. Espero que no se eche atrás.

—Ten fe —murmuró Rain.

Fe… A Shui le gustaría tenerla, pero la vida le había dado más de un varapalo como para mantenerse simplemente con fe. Miró a

los ojos a Rain, él parecía estar lleno de fe. Quizás podría tratar de tener ella alguna.

Rain no pudo evitar fijarse en su bonita boca. Todo en ella le parecía bonito. Le gustaba cuando sonreía, siempre que había hablado con ella estaba seria. Le resultaba un cambio estimulante.

—Estás más guapa cuando sonríes, deberías hacerlo más a menudo.

El comentario la pilló por sorpresa. Shui se quedó sin réplica. En ese momento era plenamente consciente de su masculinidad. Era muy alto y fuerte. Tenía la cabeza rapada y dos ojos risueños que bailaban sobre su piel negra.

—Tengo que irme —dijo en un murmullo, con rictus serio.

Se había puesto nerviosa. Se dio media vuelta y alcanzó a escuchar el último comentario de Rain antes de marcharse.

—¿Qué pasa? ¿Es por Adán? —preguntó—. ¿Sois novios o qué?

Shui se movió, perdiéndose entre la gente, y él no la siguió. A pesar de que algo le decía en las tripas que él no le era indiferente. Si no estaba con Adán, quizás tuviera una oportunidad.

***

En los siguientes días, el sargento volvió a interesarse por conseguir una alianza con Adán. Insistió en diversas ocasiones en visitar la clínica. Estaba obsesionado con que esta se pusiera a disposición de sus intereses. Ambos hermanos se vieron obligados a recibirlo. No era un hombre que se diera por enterado con evasivas.

A esa reunión también acudió un tal Baltasar. Se decía que era una criatura con fuertes capacidades telequinésicas. Un científico de reconocido prestigio que vivía perfectamente integrado en la élite privilegiada dentro del Perímetro Rojo. Baltasar había sido un científico importante en el campo de la biogenética. En la base de información estatal había publicados decenas de artículos suyos. Sin embargo, como muchos otros, rechazaba el sistema y quería derrocar al alcalde. Aparentemente, tenía un ánimo mucho más templado que el sargento, pero a Adán le daba la impresión de que

el sargento era un títere en manos de este hombre, un simple peón. Baltasar se dedicó a guardar silencio casi toda la reunión.

Estaban preparándose para atacar el brazo político y militar de la ciudad. Tenían armas confiscadas tras la Gran Guerra y se trataba de un auténtico arsenal. De nuevo se vieron obligados a rechazar de pleno su proposición. El sargento se mostró muy ofendido y los acusó a ambos de traicionar a su raza. Les dijo que no tenían agallas para enfrentarse al sistema y que su rechazo era una traición al pueblo criatural.

Por toda la ciudad se percibía el descontento. En la Zona Cero se pedía a gritos la revolución.

Adán se enteró de que Shui había simpatizado con Rain, por lo que acudió a la Zona Cero en busca de este.

Cuando llegó al gimnasio, Rain lo recibió con una gran sonrisa.

—Me alegro mucho de verte ¿Has cambiado de opinión?

—No. No he cambiado en nada —respondió Adán enfadado.

—Ya veo —contestó Rain al ver su mal humor—. ¿A qué debo entonces tu visita? ¿Puedo ayudarte en algo?

—¡Aléjate de Shui! —le exigió con severidad—. No la metas en tus historias. La estás poniendo en peligro.

—¡Oye, relájate! Creo que Shui es bastante mayorcita para saber en qué se está metiendo —replicó Rain molesto—. Además, yo no la busqué a ella. Fue ella quien me encontró a mí. Quiere descubrir al asesino de Aridus y, al parecer, tú has parado la búsqueda.

Adán le dirigió una mirada helada.

—Lo he hecho por ella. Al menos durante un tiempo —expuso —. ¡Nos atacaron en la Mancha! ¿Te ha contado que la hirieron? —le preguntó, mostrando abiertamente su enfado y su preocupación—. Un básico extremo. No está contaminada de puro milagro.

Rain se quedó muy callado. Sabía lo del ataque, ella misma se lo había contado. Pero había algo más; Adán parecía un perro al que le habían quitado un hueso. Era muy protector con ella.

—Oye, mira, no sé qué problema tenéis entre vosotros — declaró, tratando de apaciguarlo—. Te repito que ella vino aquí

libremente. No le doy la espalda a nadie que esté dispuesto a ayudarnos.

—Pero la estás poniendo en peligro —replicó nuevamente.

—Escucha, no sé qué relación tienes con ella. Pero creo que tiene suficiente edad como para tomar sus decisiones y asumir sus riesgos —dijo con voz pausada—. De todas formas, te repito que lo que nosotros promovemos es un cambio pacífico.

—Pero ya ha muerto gente, como Aridus y Alemán.

—Sí —aceptó muy serio—. Sé que esto entraña riesgos, pero no vamos a detenernos por ello. —Hizo una pausa—. Lo peor que puedes hacer es prohibirle a alguien que haga algo. Deseará hacerlo con más ganas. Sea Shui o cualquiera de los que estamos movilizándonos por iniciar un cambio socio-político.

Adán movió la cabeza, se sentía frustrado. Sabía que habría una revolución, de una u otra forma, y eso significaba que habría revueltas y muertes. No quería a nadie que le importara metido en eso. Era demasiado arriesgado.

Pensó en Shui, no podía protegerla si ella no hacía otra cosa que exponerse.

En ese momento abrieron la puerta del almacén y salieron tres hombres, que se acercaron por detrás de Rain.

—¿Algún problema? —preguntó el más voluminoso de los tres con muy mal humor.

—No —contestó Rain—. Es un amigo —dijo para que supieran que todo estaba bien—. Es Adán —se lo presentó a los demás, como si ellos debieran saber solo por el nombre de quién se trataba.

—Estos son Álvaro, Montaña Roja y el Dragón —explicó—. Todos exmiembros de la Alianza y todos amigos de Aridus.

Adán los observó muy serio. No se sentía cómodo mientras ellos lo escudriñaban.

Montaña era el mayor. Debía de rondar los treinta y tantos. Muy alto y voluminoso. Tenía el pelo y la barba roja y una perenne cara de enfado que le hacían justicia a su apodo. Realmente, parecía una auténtica montaña, era casi una cabeza más alto que Adán. Los otros dos parecían algo más jóvenes que él. Álvaro tenía una complexión parecida a la de Adán. Era moreno y de ojos claros. El

Dragón era un tipo bastante delgado, con un pelo lacio que le caía por la frente, tratando sin éxito de disimular una mirada desconfiada.

—Eh, ¿vas a unirte a nosotros? —quiso saber Montaña.

—No. He venido a hablar con Rain, pero ya me marcho —replicó dándose la vuelta.

—Adán —lo llamó Rain. Este se giró—. Vamos a hacer el anuncio por televisión pronto. Sabes que toda la ayuda es bien recibida.

—No quiero saber nada de todo esto —sentenció con una mirada oscura—. No va a salir bien, de ningún modo.

—¿Y qué hacemos? ¿Seguimos aquí metidos en este agujero? —se inmiscuyó Álvaro—. Ha llegado el momento de dar la cara.

—Lo siento. No contéis conmigo.

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

—Aridus también era nuestro amigo. ¡Joder! —bramó Montaña.

Adán sintió como si lo golpearan con aquellas palabras.

—Sí —dijo tragando saliva para digerir aquel velado reproche, y se volvió para mirarlos—. Y murió por esto, ¿no?

—Sí, hostia, pero por lo menos luchó por lo que creía —añadió malhumorado Montaña Roja.

Adán volvió a acercarse a ellos, había un par de chavales en el fondo del gimnasio y no quería que lo escucharan.

—Olvidaos de todo esto. Tenéis suerte de que el alcalde y la policía no se hayan enterado —indicó—. En cuanto sepan algo, irán a por vosotros. Os encerrarán o harán algo peor.

—Llevamos mucho tiempo preparándonos, Adán. No daremos pasos atrás. No lo hemos dejado por las muertes de dos amigos y menos vamos a hacerlo por miedo a que la policía, el Estado o tu padre tomen represalias —sentenció Rain.

Adán se sintió incómodo. Estaba hablando con auténticos desconocidos, pero ellos parecían conocerlo muy bien. El más delgado no decía nada, pero lo escudriñaba con una mirada que afirmaba: «lo sabemos todo de ti».

—Está bien, es cosa vuestra. Vosotros sabéis lo que hacéis —sentenció—. Me marcho.

Los dejó atrás y salió del gimnasio.

Rain lo siguió, alcanzándolo en el túnel.

—¡Adán, espera!

—No tengo nada más que decir.

—Entiendo que te hayas molestado. Pero tienes que comprender que aquí todos estábamos muy unidos a Aridus, y él hablaba mucho de ti.

—Está bien, lo entiendo —aceptó taciturno.

—No volveré a insistir. Respeto que no nos apoyes, pero no voy a hacer nada por evitar que nos ayuden aquellos que quieran hacerlo libremente —dijo, refiriéndose claramente a Shui.

Rain lo miraba con sinceridad. Era un buen hombre. Adán entendió que estaba decidido a seguir adelante. Él no podía hacer nada ni para impedírselo ni para evitar que Shui lo siguiera en su empeño.

Se limitó a asentir y se marchó.

***

A la mañana siguiente Rebeca tenía una nueva revisión con Adán, tal y como había hecho en los últimos días desde el incidente del invernadero. Sus capacidades telequinésicas eran muy fuertes y había que hacer un seguimiento constante.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Adán mientras entraba en la consulta.

—Igual que la última vez —contestó—. No ha cambiado nada.

—¿Has vuelto a sentir que el tiempo transcurre más despacio?

—Estos días, no —contestó tras pensárselo unos segundos.

—¿Has notado alguna otra cosa que quieras comentarme?

—No —repitió, moviendo la cabeza, resignada—. No, todo sigue igual. Estoy estancada. Sin avances.

Se sostuvieron la mirada en silencio. Entonces entró una enfermera en la habitación y ambos se movieron incómodos, como si estuvieran haciendo algo malo.

—Necesito... —carraspeó la garganta—. Necesito que te bajes los tirantes de la camiseta.

Se dio la vuelta e hizo lo que le decía. La enfermera abrió dos hologramas que extendió con sus manos y las colocó delante de Rebeca. Eran sendos escáneres digitales: en uno se veían sus órganos y sus huesos en un color verde transparente y en el otro se veían sus fluidos en un color azulado.

—Ana, puedes irte —indicó Adán a la enfermera, poniéndose detrás de Rebeca.

Observó la piel blanca de sus hombros y el pelo recogido en la parte alta de la cabeza. Tomó aire y trató de relajarse para evitar que se le aclararan los ojos. Colocó ambas manos sobre sus hombros.

—Cierra los ojos —le pidió en voz baja.

Adán sentía cada uno de los movimientos de su cuerpo, el ritmo de su corazón y la rapidez con la que la sangre circulaba por sus venas.

—¿Haces tus ejercicios de meditación? —le preguntó con voz suave—. Es importante ser constante.

—Sí —contestó, sintiendo las manos sobre su piel—. No te preocupes, soy de las que siempre hacían las tareas en la escuela.

Adán esbozó una pequeña sonrisa, a pesar de que ella no podía verlo.

—Eso está bien. Sigue así.

Al momento la soltó. Tuvo un sentimiento de pérdida cuando sus manos se apartaron. Rebeca se subió los tirantes y se dio la vuelta.

Adán la miró, era preciosa.

Rebeca sintió algo cálido extendiéndose por su estómago. Estar tan cerca de él siempre la ponía nerviosa.

—Estarás bien —la animó, rompiendo aquella embarazosa intimidad.

—Eso espero, porque me voy mañana —dijo ella, verbalizando lo que ambos sabían.

A Adán no le gustaba la idea de que se marchara. La relación entre ellos se reducía a los controles rutinarios. Sin embargo, le gustaba tenerla cerca y saber que estaba a salvo. Seguía

afectándole como el primer día y, como siempre cuando se trataba de ella, entraba en contradicción consigo mismo.

—Deberías quedarte. Al menos unos días más.

Rebeca negó con la cabeza.

—Tengo que irme. Debo volver al trabajo. Llevo aquí cerca de un mes y ya no puedo justificar mi ausencia. Además, creo que es hora de retomar mi vida —señaló con sinceridad.

—No estás estabilizada —protestó él, como si con eso pudiera retenerla.

—De verdad que no puedo quedarme.

Adán frunció el ceño y apretó la mandíbula, frustrado.

—Sigues siendo igual de terca.

Ella abrió la boca para replicarle, pero al momento la cerró. No hablaban de lo que había pasado antes de ingresar en la clínica. Era como si hubieran hecho una tregua tácita al respecto.

—Lo siento, pero tengo que volver a mi vida —dijo encogiéndose de hombros—. O al menos, intentarlo. ¿No es una de las cosas que promulgáis? Retomar rutinas, volver y adaptarse a vivir con las nuevas capacidades.

—Sí, por supuesto. Pero me gusta que cuando alguien se va de Main conozca al cien por cien el alcance de sus capacidades, y tú sigues inestable en ese aspecto.

—Sí, pero también me habéis dicho que podría seguir así meses y no dispongo de meses para averiguarlo. Debo volver. —Hizo una pausa—. Pero seguiré viniendo a hacer los controles de seguimiento.

—Si te encuentras mal u ocurre algo que no puedes controlar, cualquier cosa, avísanos —le pidió.

Rebeca observó su mirada oscura. Era profesional, pero estaba preocupado.

—Lo haré —aseguró.

—Debes tener mucho cuidado en el Ayuntamiento —añadió—. Está todo muy revuelto. No sé cuánto tiempo estarán bien las cosas ahí fuera.

—Ya. Ángel me lo contó. Es increíble cómo este sitio te aísla de todo lo que ocurre. ¿Crees que va a haber una revuelta?

—No lo sé, pero cada día que pasa me parece más probable —contestó, moviendo la cabeza—. Debes saber pelear por si ocurre algo.

—Pues entonces estaré bien —señaló Rebeca esbozando una sonrisa— porque las clases de disciplina y lucha son las únicas en las que he destacado en este tiempo.

Él también sonrió. No podía negarlo, era una luchadora potencial. Ambos guardaron silencio. Rebeca volvió a sostenerle la mirada y por un segundo notó que se quedaba sin respiración. Era guapo. Profundo, misterioso y algo rudo. Volvió a sentir todo lo que le había atraído de él.

—Hola. ¿Habéis terminado? —preguntó Ángel interrumpiéndolos desde la puerta.

# 16

Los planes de Rain tomaban forma. Al día siguiente, en el telediario de las tres de la tarde, se contaría la verdad en un mensaje de tres minutos. Ese era el tiempo que previsiblemente tardarían en cortar la emisión. El mensaje estaba estructurado en dos partes. En la primera, simplemente, se desvelaría la existencia de las criaturas y en la segunda, se haría una llamada pacífica para un cambio social.

Rain soñaba con tomar las calles de un modo cívico, con asentadas pacíficas y con elecciones. Fantaseaba con un gobierno humano y criatural que retomara la inversión en medicina y ciencia. Creía firmemente en un futuro evolucionado y en una población criatural libre.

Tras el mensaje, la híbrida tendría que salir a toda velocidad de la emisora. Habían preparado todo un dispositivo para ayudarla a desaparecer rápidamente y evitar que el Gobierno pudiera tomar represalias.

Había llegado el momento. Harían historia.

Esa mañana, Madrid se despertó gris. Adán estaba intranquilo, deslizó un dedo sobre su conector. Se activó la información: eran las 08:50. La emisión estaba programada para mediodía. No había querido apoyar a Rain, pero sentía que de algún modo estaba implicado. Tenía pleno conocimiento de cómo iban a ejecutar el lanzamiento de la información.

En apenas unas horas caería la primera carta, que derrocaría el castillo de naipes sobre el que se asentaba el gobierno de su padre. Esa idea le preocupaba. Sentía pánico de cambiar las cosas y que acabaran peor de lo que lo estaban. Cuando era pequeño, cada vez que había un cambio todo iba a peor. Recordó una noche de su niñez. Su madre había vuelto tarde de trabajar y todavía tenía puesta su bata de médica. Sus padres discutían en el salón. Bueno, en realidad solo ella gritaba, su padre estaba de espaldas, parecía

mirar por una ventana. El gran Javier Ruiz del Hierro. Un simple concejal que se había movido con increíble destreza hasta llegar a ser alcalde. Era el hombre más importante de todo el Estado. Su madre gesticulaba acaloradamente, pidiendo, implorando que cambiara su política, que acabara con toda aquella hipocresía. Él no la escuchaba. No decía nada. Se limitaba a dejarla hablar mientras ella se consumía. Un pequeñísimo Adán de grandes ojos oscuros observaba desde una indiscreta puerta entornada. De repente, Ruiz del Hierro se movió, se acercó hasta su esposa, levantó la mano y le cruzó la cara. La madre de Adán cayó contra el sofá. Pequeñas gotas de sangre salieron de su nariz manchando la piel del mueble. Adán gritó: «¡Mamá!». El pequeño, de tan solo seis años, corrió hacia su madre, pero fue interceptado por su padre. Ruiz del Hierro sujetó con fuerza al niño y le impidió tocarla. Le enseñó una lección: un hombre nunca llora.

Decidió apartar los fantasmas de su pasado.

De repente se produjo un apagón. Apenas duró un par de minutos. En cuanto volvió la luz, las televisiones digitales y holográficas que estaban encendidas se encontraban desintonizadas. Las pantallas estaban sin imagen, solo un gris ruidoso se proyectaba a través de ellas. Adán escuchó el ruido de las holografías que se habían abierto solas y flotaban en el salón. Se encontró con Ángel en el pasillo.

—¿Qué pasa? ¿Qué es ese ruido?

—No lo sé —respondió—. Se habrá averiado el sistema de telecomunicaciones. Se acaba de ir la luz.

—Sí, lo he notado.

—Seguramente se habrá caído el sistema —comentó—. Lo reiniciaré.

De repente las pantallas volvieron a sintonizarse. En la imagen apareció el sargento Martín, vestido de negro y con un delirante brillo en los ojos. Estaba sentado tras una mesa y parecía dispuesto a dar un comunicado.

—¡Qué demonios! —exclamó Adán al ver la conexión.

—Soy el sargento Martín y esto es una conexión pirata. Tengo un mensaje para nuestro querido alcalde —relató mientras sus ojos

brillaban de excitación en el apogeo de su febril protagonismo—. Tiene siete días para construir un nuevo mundo. —Sonrió, la floritura bíblica era obra suya—. Siete días para crear una escena social y política que reconozca e integre a *todos*. Si no lo hace, alcalde, nosotros mismos lo haremos. Se acabó el sometimiento del pueblo criatural. —Guardó silencio unos instantes—. ¡Criaturas, híbridos! Salid de vuestras madrigueras, dejad de esconderos. Vamos a ajusticiar a los opresores de esta ciudad. —Se paró un momento y volvió a hablar—: Alcalde, pida clemencia, ha llegado el momento de rendir cuentas. ¿Está preparado? Tiene siete días.

Ángel observaba atónito la pantalla. A su lado, Félix no podía cerrar la boca.

—¿Acaba de pasar eso? ¿Ha sido real? —dijo por fin Ángel, incrédulo.

—Me temo que sí. Se ha adelantado —señaló Adán, cruzando una mirada con su hermano—. Tenía que saber lo que estaba preparando Rain. Está claro que tiene más amigos de lo que pensábamos. Alguien le ha avisado.

—Este tío es un psicópata —declaró Ángel—. Su discurso es delirante, no sé cómo puede tener tantos apoyos.

Adán asintió. Pensaba igual que su hermano.

—Le ha dado una semana a mi padre para que cambie las cosas. Sabe que es inviable cambiar nada desde el Estado en una semana. Está buscando un pretexto para caer con sus armas sobre el Gobierno.

—Va a haber una guerra civil —declaró Ángel desolado.

—Si llegamos a eso, será una masacre —indicó Adán.

***

En el centro de la ciudad, en el edificio de las comunicaciones, la emisión se había proyectado interrumpiendo un vídeo conmemorativo de la creación de una urbanización de la parte norte del centro de la ciudad. La sala albergaba a más de quinientos invitados. La élite de Majadahonda se encontraba allí reunida: políticos, dueños de las principales empresas y gente de la *jet set*.

La mayoría eran satélites de Ruiz del Hierro. Entre todos ellos se encontraba el alcalde quien había observado la proyección con severo silencio.

***

—¡Eres un psicópata! —explotó Adán que sujetaba al sargento por el cuello contra la pared de su lúgubre despacho.

Al momento, dos tipos que protegían al sargento cayeron sobre él como dos perros sabuesos.

—¿¡Qué pasa, muñeco!? ¿¡Quieres salvar a tu papá!? —preguntó, burlándose sin ningún pudor—. Pues no habrá perdón para él. ¡Tu padre es un asesino!

Los hombres inmovilizaban a Adán contra la pared mientras el sargento le escupía las palabras pegado a su cara.

Ángel y Rain también estaban siendo bloqueados por otros tipos.

—¡Soltadlo! —gritó su hermano desde atrás, intentando zafarse de los dos hombres.

—¡Cobardes! —masculló Rain, también retenido.

Los tres se habían reunido para ir a ver al sargento. Después del anuncio de esa mañana, habían decidido que debían hablar con él, querían averiguar hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

—¡Eres un auténtico lunático! —bramó Adán—. ¿Qué es lo que pretendéis? ¿Masacrar Madrid? Es imposible que puedan cambiar las cosas en una semana, ni aunque hicieran pública la existencia de las criaturas. El cambio social y político necesario para revertir la Involución llevará mucho tiempo. Habéis actuado como dementes. ¡Ha sido una imprudencia!

—Una imprudencia es lo que quiere hacer ese pánfilo —replicó mirando a Rain con desprecio—. ¿Una revolución pacífica? ¡No me jodas! —Sus ojos estaban inyectados en sangre por la excitación—. Hace falta un líder que lleve esta ciudad hacia una nueva era.

—¿Y tú eres ese líder? —saltó Rain, furioso, con una ahogada carcajada—. No comprendes nada. Una solución pacífica era la

mejor de todas las alternativas. Eres tan corto de miras que no puedes entenderlo.

—¡El que no lo entiende eres tú! No hay tiempo para palabrerías. No va a cambiar nada salvo que los obliguemos a bajarse de su nube.

—Quizás..., pero había que intentarlo. Nos has robado la oportunidad de hacerlo —replicó de nuevo Rain.

—¡Eres un chalado imprudente! —volvió a increparlo Adán.

—Tú no tienes ni voz ni voto —le soltó de repente el sargento —. No eres nadie. ¡Solo un medicucho! Te di la oportunidad en múltiples ocasiones de unirte a nosotros. De dar la cara. ¿Qué hiciste? Nada. ¡Lárgate a tu jodida clínica!

Adán forcejeó entre los brazos de los dos tipos que lo sujetaban. El sargento se acercó a él y le propinó un rodillazo en el estómago, lo que le hizo doblarse hacia delante, todavía sujeto por aquellos dos robles. Eran dos criaturas con fuerza descomunal.

—¡Soltadlo! —gritó Ángel.

—¿Quieres una guerra entre nosotros? —le preguntó, amargado, Rain—. ¿Qué te parece si nos matamos en este agujero los unos a los otros? Así les solventamos el problema.

El sargento lo fulminó con la mirada. No, ese no era su sueño. Su sueño era que las criaturas se unieran para aplastar al poder establecido y que lo siguieran a él como mesías redentor.

—Soltadlos. Largo de aquí. Si no estáis conmigo, sois mis enemigos —añadió, señalándolos con un dedo—. ¡Fuera!

—¿Estás bien? —le preguntó Ángel a su hermano una vez fuera de la Zona Cero.

Adán hizo un gesto para quitarle importancia. Rain lo miraba con recelo, creía que Adán era un auténtico luchador, alguien especial. Sin embargo, ahora veía que se dejaba amedrentar por un simple humano. Era cierto que los que los habían retenido eran criaturas con fuerza extrema, pero Aridus decía que Adán tenía unas capacidades fuera de lo común.

—¿Por qué no hiciste nada? —le preguntó mosqueado.

Adán lo fulminó con la mirada.

—Porque no quería matarlo.

***

Habían pasado dos días desde el anuncio del sargento. Durante ese tiempo se generó una sensación de incertidumbre entre la población criatural. Algunas criaturas salieron a la calle y se produjeron varias revueltas ciudadanas. Fueron atacados dos edificios del Gobierno, pero se trataba de ofensivas espontáneas y mal planificadas, por lo que los sublevados pronto fueron sofocados. Se detuvo a algunos híbridos y criaturas. La respuesta del Gobierno fue rápida y contundente.

Respecto al comunicado del sargento, se excusaron diciendo que se trataba de los delirios de un lunático. Los militares irrumpieron en la Zona Cero buscando al sargento, pero este ya se había largado. Se rumoreaba que estaba al este de la ciudad, escondido con Baltasar, pero nadie estaba dispuesto a facilitarle información al Gobierno.

En el subsuelo el malestar era palpable. Más que nunca se respiraban ganas de revolución y rebelión. El simple hecho de que los militares hubieran penetrado en la Zona Cero era una provocación. Había un pacto tácito por el que el Gobierno no se inmiscuía en lo que ocurriera allí abajo, siempre que se tratara con discreción. Con el mensaje del sargento el pacto parecía roto. Sin embargo, el alcalde trató de proceder con mesura. Sabía que no era el momento de apretar demasiado a híbridos, contaminados y criaturas, si no el pueblo se le echaría encima. Debía actuar con más inteligencia que el sargento. Así que sus esfuerzos se centraron en buscarlo a él y en sofocar los escasos focos revolucionarios que surgieron tras el comunicado. Por eso, aunque lo que le habría gustado en ese momento fuera meter una bomba en la Zona Cero, no lo iba a hacer. Buscaría al sargento y erradicaría el problema.

Rain se sentía frustrado. Le habían robado una idea en la que había trabajado durante mucho tiempo. Shui, Montaña Roja, Álvaro y el Dragón lo animaban a seguir adelante. Todavía había mucha gente decidida a apoyarlo. Habría que buscar otra alternativa para poner en marcha su proyecto, pero aún podían lograr su transición pacífica.

Por su lado, Ángel y Adán estaban más preocupados por las posibles represalias que el alcalde pudiera tomar contra aquellos que considerara una amenaza que por el frustrado plan de Rain.

Shui, Rain, Ángel y Adán se reunieron en la casa de estos a petición de Adán.

—Es mejor que esperéis un tiempo. —Adán trataba de convencerlos—. Si vuestra idea ya era poco viable, ahora el Gobierno no diferenciará. Todo le parecerán amenazas. Será contundente.

—¿Esperar qué? —replicó la oriental—. ¡Este es el momento de salir a la calle! Él nos robó nuestro plan. Bien, pues démosle la vuelta a la situación. Aprovechémonos de la llamada del sargento y tomemos el control.

Rain los observaba dubitativo.

—La llamada de ese tipo no era para cambiar las cosas. Él quiere una guerra.

—¡Es que al final no va a haber otra opción! —replicó ella.

—Es posible que Shui tenga razón —comentó Rain—. Los acontecimientos nos arrollan y permanecemos parados. Si se desata una guerra y dejamos que la lidere ese tipo, arrasará Madrid.

—Ya tiene un ejército de cientos de seguidores —apuntó Ángel —. Lleva mucho tiempo preparándolo. Cada vez tiene más apoyos en la Zona Cero.

—Tenemos que adelantarnos y liderar nosotros el cambio —señaló Shui decidida. Era la única que parecía no dudar—. Solo así podremos controlar lo que pase.

—¡Estoy con Shui! —se decidió Rain—. No hay alternativa. Quien golpee primero saldrá vencedor.

Adán no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Estáis hablando en serio? ¿Os parece que es el momento para esto? Si queréis tener alguna oportunidad, tendréis que esperar primero a que las cosas se tranquilicen. A quien tenéis que temer es al Gobierno —sentenció, tratando de hacerlos entrar en razón—. ¿De verdad creéis que ese mierda del sargento significa algo?

—Tiene muchos adeptos —insistió su hermano, sentándose en una de las sillas.

Adán lo miró con severidad.

—¿Y dónde están? —preguntó—. Hizo un llamamiento público a la comunidad criatural. Han salido cuatro a la calle y ya los han callado. ¿Dónde está ese ejército? Encerrados en sus casas, agazapados en la Zona Cero y en los suburbios. Tienen miedo.

—A lo mejor están esperando a que pase la semana. Supongo que entonces tendremos la respuesta —concluyó Rain.

Adán movió la cabeza. Se resistía a meter a Madrid en una guerra.

—Deberías hablar con tu padre —le señaló Ángel con sinceridad—. Es el único que puede parar esto. Si el Gobierno inicia la transición, no tendrán una excusa para ajusticiarlos.

—He hablado con él muchas veces. No quiere cambiar sus políticas.

—Lo han amenazado directamente —insistió su hermano.

Adán asintió. Habían amenazado a su padre. Era plenamente consciente de ello.

—Inténtalo una vez más, antes de que sea demasiado tarde —le pidió esta vez Rain—. Si tú lo intentas, nosotros podemos esperar un tiempo. Hablaré con Montaña y los demás.

Adán los miró y, finalmente, aceptó. Trataría, una vez más, de hacerlo entrar en razón. Esperaba que esta vez fuera consciente de la gravedad del asunto.

***

El cinelevador subía imparable hacia la planta 120. La idea de volver a hablar con su padre le revolvía el estómago. Pero esta vez lo haría bien, de día y como un humano. No volvería a caer en sus juegos psicológicos ni a darle la oportunidad de que lo alterara.

Cuando llegó, la secretaria de recepción lo observó sorprendida.

No tenía ninguna visita prevista.

—Disculpe, ¿tiene usted cita?

—No. —Se tomó un minuto antes de hablar—. Por favor, dígale al alcalde que ha venido a verlo su hijo.

La joven secretaria parpadeó varias veces, parecía tratar de asimilar la información. ¿Un hijo del alcalde? Adán la miraba, imperturbable, con su traje y una corbata que parecía decidida a ahogarlo. La secretaria se levantó y anunció la visita. Unos segundos después lo acompañó hasta el despacho de Ruiz del Hierro.

—Hijo, ¿a qué debo tu visita? —saludó el alcalde desde el otro lado de su mesa, con rictus serio.

—Tenemos que hablar —contestó Adán— antes de que sea demasiado tarde.

El alcalde hizo un gesto con la mano para que se sentara. Efectivamente, tenían que hablar.

***

Rebeca se sentía intranquila. Llevaba trabajando tres días y le costaba mucho concentrarse. El anuncio de aquel tipo unos días antes la había pillado en el Ayuntamiento, recién incorporada. La gente comentaba que era un lunático o no decían nada. Comenzó a sospechar que los compañeros que no hablaban del tema eran criaturas o híbridos, o conocían a alguno.

Sus dolores de cabeza habían regresado al cambiar sus rutinas. Se preguntaba si realmente podría volver a su antigua vida o si finalmente las cosas se complicarían y la verdad saldría a la luz. En ese momento sintió pánico. No estaba preparada para enfrentarse a lo que era, tenía miedo al rechazo. Se preguntó cuántas personas compartirían aquel mismo temor.

—¿Puedo pasar? —preguntó de repente una voz a su espalda.

Rebeca se dio la vuelta y observó a Adán en el umbral de la puerta de su despacho.

—Hola. ¿Qué haces aquí? —respondió sorprendida.

Adán entró en el despacho y se acercó a la mesa mientras echaba un vistazo a su alrededor.

—¿Así que aquí es donde legislas? —preguntó con una media sonrisa, sin contestarle.

Rebeca asintió y lo observó. Estaba muy apuesto con traje y corbata. El pelo medio revuelto y el afeitado reciente.

—Sí, aquí es donde creo esas mentiras para legislar —bromeó, consciente de que su broma entrañaba mucha verdad.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Adán mientras cogía una silla al otro lado de la mesa.

—Claro. Siéntate —contestó ella con un gesto afirmativo—. ¿Qué haces aquí?

Él movió la cabeza a ambos lados.

—Buscar un milagro —respondió, pasándose una mano por la cara.

Parecía cansado.

—¿Un milagro? —preguntó sin comprender.

—He venido a hablar con mi padre de todo lo que está pasando. Para tratar de hacerlo entrar en razón y pedirle que cambie sus políticas. ¡Pero ha sido inútil! —contestó, abatido y algo deprimido—. Como siempre, ha resultado una auténtica pérdida de tiempo.

Rebeca tragó saliva. Era la primera vez que lo veía tan accesible y parecía realmente preocupado.

—¿Cómo con tu padre? —preguntó sin entender.

Adán levantó los ojos y la miró con profundidad. Estaba cansado de mantenerse a distancia. Era agotador tratar siempre de controlarlo todo.

—El alcalde es mi padre —contestó.

Rebeca se quedó perpleja.

La oscura mirada de Adán tenía algo que a veces le resultaba familiar. Ahora lo entendía: sus ojos eran como los ojos del alcalde.

—No sabía que era tu padre.

—No me gusta hablar de ello. No tenemos una relación *normal* —confesó.

—¡Nunca acabo de conocerte! —exclamó incrédula.

# 17

El sargento fumaba nervioso mientras su cabeza no paraba de dar vueltas. Se levantó y miró por la ventana. Estaba en una urbanización marginada a las afueras de Madrid, allí podía esconderse del Gobierno. Nadie sabía dónde estaba. Al menos nadie que él no quisiera. Sus seguidores eran firmes creyentes de la causa y no iba a decepcionarlos. Recuperaría Madrid para el pueblo. El Gobierno había puesto precio a su cabeza, pero no iba a flaquear.

Cogió el vaso de *whisky* que sostenía dubitativo entre sus manos y le dio un largo trago a la bebida. La habitación en la que estaba era un tanto insípida, pero aquel piso era un lugar seguro. Escuchó voces amortiguadas en la habitación de al lado. Su mujer estaba con Baltasar. Apretó los dientes y aguantó. Ella era así, lo conseguía todo a su manera. Sabía cómo doblegar el espíritu de un hombre y hacer que se arrodillara a sus pies. Alejandra era su motor. No había nada que no pudiera conseguir si ella lo apoyaba. La celaba y la amaba de una manera enfermiza y paranoica.

Le dio otro trago al *whisky*. Carraspeó y lo escupió. ¡Era un licor malísimo! Pasó una mano por su frente y se secó el sudor. Estaba demasiado alterado. Dejó el vaso sobre la mesilla y se tapó los oídos. No podía escucharlos teniendo sexo. Aquellos sonidos le estaban destrozando el cráneo. ¡No podía soportarlo!

Al rato, alguien abrió la puerta de la habitación. Era ella. Se había puesto una bata, pero todo en su aspecto delataba que acababa de tener sexo.

—Te ayudará.

—Podría haberlo convencido yo... —contestó.

Él sabía manejar a Baltasar, o eso creía al menos. En ese momento tuvo conciencia de que era Alejandra la que en realidad tomaba las decisiones por los dos.

—¿Tú crees? —replicó ella, haciendo patente su dominio.

Martín la abrazó, desesperado. Baltasar se vestía en la habitación de al lado. Podía olerlo en el cuerpo de ella. Rompió a llorar como un niño mientras Alejandra le acariciaba el cabello.

***

Rebeca se despertó sobresaltada, un fuerte estruendo la había alertado. ¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo? Miró el holograma de la pared. Eran las dos de la tarde, apenas llevaba quince minutos durmiendo. Esa mañana había llegado muy temprano para hacerse un control con la doctora Victoria y poder ir a trabajar por la tarde, pero se había sentido mal. Había tenido un pequeño mareo. Victoria le había pedido que se quedara un par de horas, para descansar y estar seguros de que estaba bien antes de marcharse.

Volvió a escuchar un ruido ensordecedor. Esta vez no tuvo dudas, había sido una explosión. Se incorporó en la cama. Alguien estaba corriendo por el pasillo, se escuchaba bastante alboroto.

Abrió la puerta y se asomó. Algunas personas habían salido de sus habitaciones.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—No tengo ni idea —le contestó una chica muy joven que ocupaba la habitación de enfrente.

—¡Creo que ha sido una bomba! —dijo un hombre de mediana edad desde el fondo.

—¿Qué dices? —le replicó, escéptico, un señor más mayor al otro lado del pasillo—. Definitivamente, se te va la cabeza.

En ese momento se escuchó una tercera explosión, mucho más fuerte que las anteriores. Temblaron los cimientos y la gente entró en pánico. Muchos comenzaron a correr por los pasillos hacia las escaleras. Un olor a quemado se extendía por el aire y a lo lejos se escuchaban auténticos gritos de terror. El horror se había desencadenado.

Rebeca volvió a meterse en su habitación. Estaba mareada otra vez, no se veía con fuerzas para salir corriendo. Se apoyó contra la pared y, con una mano en el pecho, comenzó a hacer los ejercicios de control. Estaba teniendo una taquicardia. Se sentía muy débil.

Cerró los ojos y comenzó a respirar más despacio. «Uno, dos, tres; uno, dos, tres». Los cimientos volvieron a temblar. Un gran estruendo se escuchaba en el pasillo. Se habían tenido que caer escombros, porque el ruido había sido como si el edificio entero se hubiera derrumbado.

Se fue apoyando en las paredes hasta llegar a la ventana de su habitación. Desde allí se podía ver la parte trasera del invernadero. Estaba ardiendo, los cristales estallaban mientras dos grandes columnas de humo espeso se elevaban hacia el cielo. Por la explanada de césped del jardín había personas corriendo. Parecían huir hacia el bosque. Pudo distinguir algunos contaminados que había visto en las terapias, enfermeras, auxiliares y personal administrativo. Incluso la doctora Victoria caminaba a toda prisa llevando en sus brazos a un bebé. A su lado, un par de madres trataban de seguirla con esfuerzo.

La cuarta explosión llegó unos minutos después. Además de temblar la estructura de la clínica, se fue la luz. Todos los hologramas se apagaron y se activaron las luces de emergencia. En el techo se abrieron unas grietas por las cuales cayó el polvillo del cemento rasgado. Rebeca permaneció pegada a la ventana sin atreverse a hacer un solo movimiento. Miró hacia abajo, estaba en el tercer piso, saltar desde allí era un suicidio.

***

—¿Adán? —lo llamó Ángel.

—En la cocina —contestó mientras cortaba el pan y colocaba sobre el plato unos filetes de carne que Olga había preparado—. Estoy preparándome algo de comer.

Ángel entró y se sentó a su lado. También cogió un plato y un par de filetes. Ambos estaban preocupados. Había pasado justo una semana desde la advertencia pública que el sargento había hecho. Ese era el día en el cual se cumplía el plazo.

—No sabemos nada, ¿no? —preguntó Adán.

Su hermano negó con la cabeza. Acababa de regresar de la Zona Cero, había bajado para tratar de conseguir información.

Mientras, Adán había ido al centro para ver si detectaba algún movimiento sospechoso por las zonas cercanas a los edificios gubernativos. Ninguno de los dos había visto nada extraño.

—En la Zona Cero se rumorea que el sargento va a esperar hasta el final del día.

—¿A qué? Puede esperar otros siete días si quiere. Mi padre no va a claudicar, eso te lo puedo asegurar —contestó con desgana, moviendo la cabeza a ambos lados—. No cree posible que las criaturas se subleven. Opina que el sargento Martín es un chalado que está escondido y a la hora de la verdad no va a dar la cara. —Hizo una pausa—. Quizás tenga razón. No aparece por ningún lado, es como si se lo hubiera tragado la tierra. Es posible que se quede todo en humo.

Ángel asintió y volvió a pensar en el sargento.

—El Gobierno ha sofocado los altercados que ha habido esta semana. Quizás haya revaluado la situación o crea que no cuenta con los apoyos suficientes.

—Es posible —valoró—. De todas formas, no confío en él. Es una rata.

Ambos terminaron de comer en silencio, con los hologramas de televisión encendidos.

De repente, Félix entró corriendo en la cocina.

—¡Tenemos que irnos a la clínica! —bramó el chaval, visiblemente nervioso. Tenía la cara desencajada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Adán muy serio.

—¡Está ardiendo! —exclamó con la voz medio ahogada—. La clínica está ardiendo. ¡La están destrozando! Dicen que han explotado cinco bombas. ¡Es un infierno!

—Rebeca está allí —dijo Ángel poniéndose de pie—. Se mareó en el control de esta mañana. Me mandó un mensaje hará una hora y pico.

—Lo sé —respondió Adán con rictus serio—. Victoria me informó del incidente —añadió—. ¡Vámonos!

***

Las llamas ardían feroces cuando llegaron a la clínica. El fuego y el humo ascendían cubriendo las paredes. Había un caos tan grande que era difícil ver con claridad lo que ocurría.

La parte norte parecía haberse venido abajo en su totalidad, así como las zonas de terapia. Una de las paredes se había desprendido y sobre el suelo se encontraban grandes pedazos de hormigón. Los escombros cubrían el césped de la zona derecha de los jardines y habían caído sobre el cierre del jardín trasero, destruyéndolo. Por él huía gente hacia el bosque, tanto pacientes como personal médico. El pavor parecía dominar la situación.

En el aparcamiento, varios coches chocaban entre sí al tratar de escapar. Adán se dio cuenta de que Victoria estaba atrapada dentro de uno de ellos. Corrió hacia allí y, al llegar, cogió con ambas manos el vehículo que la bloqueaba. Las venas de los brazos se le hincharon por el esfuerzo y el cabello se le aclaró un poco. Emitió un grito. Finalmente, consiguió mover el coche para apartarlo hacia un lado. Dentro, Victoria sujetaba con fuerza el volante. En el asiento del acompañante había una chica que vestía una bata de la zona de recuperación posparto. Temblaba mientras sostenía un bebé entre sus brazos. En el asiento trasero había más mujeres. Al menos una de ellas estaba embarazada. Les despejó el camino para que pudieran salir.

La doctora bajó el cristal de la ventanilla para hablarle.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Adán—. ¿Quién ha hecho esto?

—No lo sé —contestó muy alterada—. No entiendo nada de lo que ha ocurrido. Estaba en la zona de recuperación posparto cuando escuché las explosiones.

La chica que la acompañaba asentía con la cabeza, incapaz de decir nada.

—¿A dónde vais? —quiso saber Adán.

—A la Granja Vega.

—Eso está a varios kilómetros —comentó, observando que estaba temblando—. ¿Crees que podrás conducir hasta allí?

—Sí. Llegaremos. Tenemos que llegar —murmuró. Parecía querer convencerse a sí misma.

—¿Rebeca sigue dentro? —preguntó serio.

—No lo sé. La dejé en su antigua habitación antes de todo esto. No sé si sigue dentro o no.

—Está bien —respondió, tratando de tranquilizarla—. ¿Llevas el conector?

—Sí.

—Estate atenta. Te llamaré para evacuar a la gente. Tendremos que desviar pacientes hacia las granjas cero más cercanas. Cuando llegues avisa de lo que ha pasado, que nos manden ayuda y vayan preparando espacio.

—Vale. Lo haré, no te preocupes —contestó. Quería salir de allí. Su espíritu de supervivencia parecía pesar más que su vocación.

Adán se limitó a asentir y las dejó ir. El coche se dirigió hacia la salida, tras un par de resbalones. Pronto desapareció tras una pantalla de humo mientras él se encaminaba hacia el interior de la clínica. Su corazón latía acelerado al tiempo que sus pupilas se impregnaban de aquel horror. Todo por lo que había luchado se hacía pedazos. La clínica a la que había dedicado su vida moría bajo grandes lenguas de fuego.

Viendo el infierno que se representaba ante sus ojos, sus pensamientos se centraron en Rebeca. Debía encontrarla y sacarla de aquella trampa de fuego. En esos momentos, eso era lo único que ocupaba su mente. Era lo más importante. Podía soportar la idea de que ardiera toda la clínica, incluso podía arder toda la ciudad, pero ella tenía que estar bien.

Se encontró con su hermano en la puerta principal. Ángel estaba organizando a los contaminados, tratando de desatascar el embotellamiento que se había formado en la entrada. Elevaba la voz para que se escucharan sus órdenes por encima del barullo, procurando que no se formara un tapón.

—¿Has visto a Rebeca? —le preguntó cuando lo alcanzó.

—No. El pasillo de acceso al ala oeste está bloqueado —le contestó su hermano mientras trataba de ayudar a un señor al que le sangraba abundantemente una pierna—. Tienes que ir tú, Adán. Necesito que la saques de ahí.

Adán se dio la vuelta sin contestarle. Se dirigió rápidamente hacia la zona oeste. Según avanzaba, los escombros que se

acumulaban a su alrededor dificultaban su camino. Una columna de humo lo envolvió por completo, pero sabía que su genética le ayudaría a soportar cualquier situación. Siempre había sido así y, aunque no lo fuera, en ese momento le daba igual, lo único que le importaba era llegar hasta ella.

Giró por el pasillo principal y se encaminó hacia la zona de recuperación de la fase uno. Entonces llegó a un pasillo sin salida; docenas de bloques de cemento que se habían desprendido taponaban el camino. Estaba atrapado. La falta de luz y el humo hacían de aquel lugar una trampa mortal para un humano. No se podía avanzar ni se veía el camino para recular. Comenzó a retirar las piedras. Sus capacidades y su cuerpo distaban mucho de responder como las de un humano. Deshizo la pared en un par de minutos y pasó por medio del túnel.

Al otro lado, el horror era indescriptible. Varios cuerpos carbonizados se acumulaban en el suelo al lado de la derruida pared de piedras, personas que se habían asfixiado o habían quedado sepultadas al desprenderse el techo. A medida que avanzaba, comenzó a temer lo peor. Cuando llegó hasta la puerta de la habitación, no pudo evitar fijarse en que las esquinas del marco estaban completamente ennegrecidas. Dentro tenía que estar ardiendo. Echó la puerta abajo de una patada y una lengua de fuego vino hacia él. Dio un paso atrás instintivamente.

—¡Rebeca! —llamó.

—¡Estoy aquí! —respondió ella desde la otra esquina de la habitación.

Estaba hecha un ovillo en el suelo, al lado de la ventana. Era el único sitio donde no había llegado el fuego. Se puso en pie, completamente pegada a la ventana, por donde trataba de respirar. Miró a Adán al otro lado de la lengua de fuego.

Él implosionó. Su pelo y sus ojos se aclararon. Era casi albino. Atravesó el fuego y cruzó al otro lado. Apartó varios trozos de hormigón que habían caído del techo. Cuando llegó había recuperado prácticamente su aspecto natural, sin embargo, sus ojos permanecían de un color miel claro y su cabello era castaño.

Rebeca no podía dar crédito. ¿Qué había sido eso? ¿Qué era él? Desde luego no era un humano. Le daba igual, estaba allí. Dio un paso y se abrazó a él.

—Adán —exhaló contra la piel de su cuello.

Adán respondió al abrazo con firmeza, pegándola contra su cuerpo. Suspiró aliviado, estaba viva.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —preguntó Rebeca levantando sus ojos verdes hacia él. Más allá de Adán, el fuego se comía la habitación.

—No te preocupes por eso —le contestó, asomándose por la ventana para mirar hacia abajo—. ¿Tienes vértigo?

—No, creo que no.

—Eso está bien —replicó él con una media sonrisa.

Adán se subió al alféizar de la ventana y le extendió una mano. Rebeca la miró primero, y luego echó un vistazo atrás, hacia la lengua de fuego. No lo dudó; tomó la mano que Adán le ofrecía y se subió con él a la ventana.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó, tratando de agarrarse como podía a los marcos de la ventana—. No me digas que puedes volar porque te juro que a estas alturas soy capaz de creerme cualquier cosa.

—Volar no —replicó, cogiéndola de la cintura con firmeza—. Agárrate a mí y no te sueltes.

—No pensaba hacerlo —replicó—. Tú no me sueltes a mí.

Adán asintió y dio un salto. Rebeca reaccionó cogiéndose de sus hombros con más fuerza. Bajaron a toda velocidad, pero aterrizaron con suavidad. Todo ocurrió en cuestión de segundos.

—¿Qué eres? —preguntó Rebeca, sin soltarlo, una vez que tocaron suelo.

Adán miró aquellos ojos verdes sin dejar de sostenerla por la cintura, pegada a su cuerpo. Se sentía incapaz de dejarla marchar, casi como si protegerla fuera una necesidad animal. Mientras, el mundo ardía a su alrededor.

—Créeme, no quieres saberlo —respondió con voz profunda.

El pelo volvía a parecer negro, pero sus ojos seguían de color miel. Rebeca veía su rostro enmarcado por el fuego que trataba de

engullir la clínica. Apenas fueron unos segundos, pero sentía que el mundo se había detenido. Otra vez el tiempo pasaba a un ritmo distinto. Él parpadeó con una lentitud infinita y pudo observar cómo se transformaba el color de sus ojos muy despacio. Adán levantó una mano para acariciarle la mejilla con delicadeza. Sabía que la caricia apenas había durado un segundo, pero sintió la piel de sus dedos como si hubiera permanecido sobre su rostro durante varios minutos. Rebeca subió sus manos y tomó entre ellas su rostro, para reconfortarlo. Se le veía tremendamente torturado y frágil en aquel momento. Adán cerró los ojos y se permitió un segundo en sus manos.

—Lo quiero saber todo de ti —murmuró Rebeca mientras el ruido los envolvía—. Pero a veces siento que es imposible llegar a ti.

Él abrió los ojos y le devolvió una intensa mirada, llena de todo el sufrimiento que lo había marcado.

En ese momento, Ángel llegó corriendo. Adán la soltó y ambos se separaron.

—Rebeca, ¡estás bien! —exclamó Ángel, aliviado, abrazándola —. Estaba aterrado.

Rebeca tuvo una sensación de pérdida inmediata. En cuestión de segundos todo había cambiado.

—Sí, estoy bien —murmuró.

Dirigió de nuevo sus ojos hacia Adán, que permanecía a su lado, pero su mirada había cambiado por completo. Parecía frío, se había puesto una coraza. Estaba aprendiendo que lo hacía muy a menudo.

—Llévatela a casa. Está muy débil —dijo Adán, llamando la atención a su hermano.

Ángel la soltó y miró a su hermano.

—¿Estás seguro, Adán? —preguntó—. Esto es una locura. Queda dentro mucha gente, hay zonas a las que no hemos podido llegar.

—Iré yo —replicó—. Pero sácala de aquí.

—No quiero irme, puedo ayudar a evacuar a la gente —replicó Rebeca.

—No es una buena idea, recuerda que esta mañana te mareaste. No es seguro —contestó Adán. Desvió la mirada y se dirigió de nuevo a su hermano—. Vete a casa. Llévatela y activa los sensores de protección. Quienquiera que haya hecho esto va contra nosotros.

***

Las siguientes horas fueron una auténtica locura. Cuando lograron desalojar a todos los supervivientes, Adán organizó la reubicación de los contaminados. Desde el centro de la ciudad, Rain consiguió unos diez autobuses para recoger y transportar a las personas que estaban estables y podían caminar por sí mismas. En la Zona Cero se reorganizó el espacio de los lugares comunes y se prepararon para recibir a más de doscientas personas, el resto fueron enviados a las granjas cero. Los que estaban muy graves se trasladaron directamente a otros hospitales. Y, finalmente, algunos volvieron a sus casas.

Dos horas más tarde del inicio del incendio, llegaron los servicios de bomberos. Tardaron horas en poder hacerse con la situación. Al caer la noche el fuego estaba prácticamente extinguido.

La brillante y moderna Clínica Main había desaparecido. En su lugar solo quedaban hormigón negro y paredes carbonizadas. Entre voluntarios y sanitarios retiraron todos los cuerpos. Los cadáveres se colocaron sobre el suelo del aparcamiento. Llegó a contar ciento ochenta y ocho cuerpos, que se extendían en filas que no parecían tener fin. Había que devolver los cuerpos a sus familiares. Algunos estaban muy desfigurados, identificarlos iba a ser una odisea.

En mitad de la noche, Adán vagaba por los pasillos carbonizados. El olor a humo lo acompañaba en su viaje al infierno. Se quitó la camiseta rota y ennegrecida. Se habría desgarrado la piel si con ello hubiera conseguido desprenderse de aquel olor a muerte.

Avanzó hasta el invernadero. Los cristales habían estallado y el agua se había ennegrecido. Cayó de rodillas y lanzó un grito. Se sentía desesperado. El fuego le había arrancado lo que más amaba y

aquello a lo que había dedicado su vida. Golpeó el suelo con ambos puños y los llenó de tierra.

Observó pequeños carboncillos en la tierra mientras aspiraba el olor a humo que lo rodeaba. Deseaba matar al que hubiera hecho eso. Solo un nombre se cruzaba por su mente. Alguien que se había enfrentado a él en más de una ocasión y, en definitiva, alguien que había anunciado un atentado para ese día si el Gobierno no actuaba. Todo apuntaba al sargento Martín. Aquel lunático había destruido todo lo que amaba. El sargento le había pedido en más de una ocasión que pusiera la clínica al servicio de su causa y Adán se había negado. La venganza del sargento había sido colosal. Adán se levantó, hacía rato que había dejado de percibir el olor a quemado, él mismo se sentía carbonizado por dentro. Observó los cristales del invernadero, negros y estallados, y pensó que matarlo no era suficiente castigo.

***

Rebeca miraba al cielo. Desde la sierra todavía se podían apreciar las estrellas. Cerró los ojos con el deseo de que aquel día no hubiera existido. De repente, Ángel la abrazó por la espalda. La pilló desprevenida, pero rápidamente se sintió a salvo y segura, como siempre le ocurría con él. Sintió cómo le daba un beso en el pelo para reconfortarla.

—Entra en casa. Es muy tarde y tienes que descansar —le dijo con voz suave.

—Prefiero quedarme aquí —replicó—. Estoy preocupada, Adán no ha regresado.

—Él sabe cuidarse solo. Créeme.

Ángel la hizo girarse y la miró a los ojos.

—Es horrible lo que ha pasado —dijo, levantando su cabeza, y sostuvo su cara con ambas manos—. Pero estas aquí. Estás conmigo.

Le acarició el cabello mientras ella lo miraba conteniendo sus propios pensamientos.

—No sé lo que habría hecho si te hubiera llegado a pasar algo —murmuró, subiendo las manos a su cuello.

Rebeca no contestó. Antes de que pudiera reaccionar, Ángel la besó.

***

Adán caminaba en silencio por la clínica. Llevaba varias horas haciéndolo, ya no sabía cuántas, hacía rato que había perdido la noción del tiempo. Sabía que su trabajo estaba a salvo, guardaban toda la información en espacios virtuales seguros, pero todo lo que había en físico estaba perdido.

Llegó a la habitación H. Puso su mano sobre el lector de seguridad. Solo él y Ángel podían activar la entrada. Aquel era el sitio más protegido de la clínica y a la vez el más peligroso. La puerta se abrió y entró. La habitación estaba intacta. Era una cámara acorazada. El fuego no había podido penetrar allí. Caminó hasta el centro y observó la burbuja vital. La perfecta coraza de cristal cubriendo la mesa metálica. La esperanza del alcalde. La habitación H había sido un error desde el día de su creación y no se había vuelto a utilizar desde la muerte de Tian. No se debía hacer regresar a los muertos, era un error.

Adán observó la habitación. Se dio cuenta de que tenía una barra de hierro en una mano. Sabía que la había cogido por algo, entonces supo por qué.

Se acercó a la burbuja vital y la golpeó con todas sus fuerzas.

Acabó con aquella habitación que nunca había debido existir.

Finalmente, llegó a su despacho. El fuego no había dado tregua a su espacio personal, lo había devorado todo.

—¡Adán! —lo llamó alguien a sus espaldas.

Se dio la vuelta.

—¡Xan! —exclamó al ver una cara amiga—. No puedo creerme que estés aquí.

—Adán, he venido en cuanto me he enterado —explicó—. Dime, ¿qué puedo hacer?

Adán sintió que el alma se le caía a los pies al escuchar unas palabras de aliento. Xan trató de reconfortarlo, pero Adán no encontraba consuelo.

No había consuelo posible.

# 18

Adán llevaba días apartado del mundo. Después del ataque se había encerrado en sí mismo. No quería hablar con nadie. No era capaz de soportar ni una sola palabra más de aliento. Como un animal herido, se retiró para curarse. Las fuerzas que lo habían ayudado a soportar el día del atentado en Main habían desaparecido. Estaba descontrolado y después de lo ocurrido no tenía fuerzas para recomponerse.

Al día siguiente de la destrucción de la clínica, un muchacho había traído un mensaje del sargento: se desmarcaba del atentado a la Clínica Main. Él no había tenido nada que ver. Adán sacó al chico a patadas de su casa. Rebeca presenció horrorizada toda la escena. Adán estaba completamente fuera de sí, su cabello se había aclarado mientras golpeaba la cara de aquel chico. Ángel tuvo que pararlo para que no lo matara. Le gritó al chico que se largara de allí.

Rebeca no podía dar crédito. Adán pasó a su lado sin ni tan siquiera mirarla.

En esos días, Ángel tuvo que encargarse de todo: trámites, entrega de los cadáveres y toma de decisiones.

Rebeca permanecía en la casa con ellos. No había vuelto a su vida en la ciudad. Ángel le pidió que se quedara unos días, mientras las cosas se calmaban. Sabía que no podría justificar su ausencia en el trabajo por mucho tiempo, sin embargo, no volvió. Había una calma tensa que asolaba toda la ciudad y la idea de ir al ayuntamiento y meterse en la boca del lobo no le parecía la mejor idea.

No hubo ni una sola mención al atentado de la clínica en los canales de información. Era como si el suceso jamás hubiera ocurrido. Su existencia se diluyó en el aire como el humo del fuego que la había devorado. Se tapó su fin como se había encubierto su

existencia. En Madrid se estaba viviendo una censura sin precedentes.

Durante esos días su relación con Adán fue inexistente. Él se aislaba de todo el mundo. De repente un día empezó a entrenar. Se pasaba el día en el gimnasio. Solo, siempre solo.

—¿Por qué entrena tanto? —se aventuró a preguntarle un día Rebeca a Ángel durante un paseo por el bosque.

—Necesita estabilizarse —contestó este mientras cogía una hoja de un árbol y la hacía pedacitos con sus dedos—. Los primeros días ha estado completamente descontrolado.

Rebeca pensó en Adán. A ella le parecía el hombre más duro y controlado que conocía.

—¿Qué quieres decir con que necesita estabilizarse?

—Adán tiene un metabolismo especial. Necesita tener controlado su cuerpo para así mantener a raya sus capacidades. Si no lo hace, se altera y su corazón se resiente. Eso, además de los cambios físicos que ya habrás visto. Su pelo y sus ojos mutan de tonalidad. —Se tomó un segundo—. Siempre ha sido un hombre de control. Nada de emociones ni riesgos. Nada que lo desestabilice. La verdad es que nunca lo había visto así antes, salvo en una ocasión.

—¿Cuándo?

—Tras la muerte de Tian. Era uno de sus mejores amigos —explicó con la mirada perdida en el pasado—. No te preocupes, Adán es muy fuerte. Volverá a estar bien. Solo necesita un poco de tiempo. La realidad es que todos lo necesitamos.

***

A los pocos días, el ministro-concejal de Medio Ambiente apareció muerto. Lo habían apuñalado hasta dieciséis veces. Su cuerpo se encontró dentro de una fuente pública en Majadahonda. El sargento se atribuyó de inmediato el asesinato sin ningún pudor. El alcalde no había cumplido sus pretensiones y, mientras no las cumpliera, seguirían las muertes, proclamó en un nuevo comunicado. Parecía haberles cogido gusto a los mensajes.

El fallecimiento del ministro tuvo tratamiento de funeral de Estado. De cara a la opinión pública, la muerte del ministro era la de un mártir. Un político muerto a manos de rebeldes que querían acabar con el sistema.

La contraofensiva del alcalde no se hizo esperar. La presencia policial se intensificó en toda la ciudad, especialmente dentro del Perímetro. Ahora, más que nunca, el alcalde quería mantener el oasis dentro del Muro. Las personas que entraban y salían del Perímetro Rojo eran vigiladas de una manera exhaustiva. El poder político trataba de actuar con normalidad, sin embargo, la tensión se palpaba en el ambiente. No habría reconocimiento de la existencia del sector criatural. Las revueltas se sucedían continuamente, disfrazadas de cara a la opinión pública como corrientes reaccionarias al sistema. El alcalde estaba decidido a enderezar la situación sin tener que revelar la existencia de las criaturas.

Para desviar la atención política, el alcalde decidió acelerar la construcción de la central uránico-térmica. A nivel económico, era el hito más ambicioso de su carrera. Trataba de vendérselo al pueblo como algo positivo que acabaría con las acusadas restricciones eléctricas. Para apoyar el proceso de construcción ocurrió un hecho histórico: el presidente de la República acudió a Madrid. La figura del presidente, a efectos prácticos, era completamente inútil. Sin embargo, en vista de los últimos asaltos revolucionarios, su visita reforzaba el sistema político.

Ambos se paseaban sonrientes por la capital del Estado. El alcalde, henchido y dichoso, llenaba hologramas publicitarios al lado del presidente. El proyecto de la construcción era una realidad y los obreros ya estaban trabajando en las bases de la estructura. La decisión del Gobierno era implacable. Estaban bajo el Gobierno del Hierro.

***

Rain decidió enfocar sus energías más que nunca en la revolución pacífica que quería llevar a cabo. Estaba decidido a evitar que el sargento aniquilara Madrid en nombre de las criaturas. Había

que cortar cuanto antes el cariz violento que habían tomado las cosas. Era el momento de actuar.

Rain tenía las ideas muy avanzadas y muchos apoyos, así que dio el primer paso para hacer realidad su plan: convocó una asamblea pacífica en Plaza Castilla. Era un lugar estratégico muy cerca del Muro. De este modo, el desafío al Gobierno era palpable pero discreto. Sería una concentración pacífica donde las criaturas podrían hablar sin tapujos. Era hora de salir a las calles y mostrar su existencia. El sargento, con sus mensajes públicos, había soltado la liebre, y a pesar de los intentos del Gobierno por paliar la situación y esconder la realidad, la duda y el miedo estaban en la calle. Había que tranquilizar a la población y dar respuestas. La desinformación solo fomentaría más violencia.

¿Qué mejor opción para lograrlo que una manifestación pública y pacífica? Si salían a la calle, no los podrían ignorar.

La convocatoria de la asamblea se extendió como la pólvora entre la Zona Cero y los sitios deprimidos. Había muchas criaturas, híbridos y contaminados, que ya habían hablado con sus amigos y familiares. Cada vez más humanos sabían la verdad.

Rain quería dar un paso al frente. Montaña Roja, Álvaro, el Dragón y Shui lo apoyaban. Finalmente, Ángel decidió que también acudiría. Era hora de tomar las riendas y evitar que se hicieran las cosas de la forma en que el sargento Martín había decidido.

El día anterior a la reunión pacífica de Rain, Ángel salió al jardín.

Rebeca estaba fuera. Hacía mucho frío, estaba abrigada con un plumífero y observaba las estrellas.

—¿Qué haces? —preguntó a su espalda—. Es muy tarde para estar aquí fuera.

Ángel observó el campo de fuerza activado y se sintió algo más tranquilo. Esa misma mañana Félix había avistado a tres extremos demasiado cerca de la casa. Los habían matado y enterrado. Cerró los ojos un segundo y apartó los incómodos recuerdos.

—Mirar las estrellas —contestó—. Las veo y están igual que siempre, es como si nada hubiera cambiado, sin embargo, todo lo ha hecho. Me siento extraña en mi propio cuerpo y en mi propia ciudad.

—Hizo una pausa—. Debería volver a casa. Son solo cuatro paredes, no hay nadie que me espere allí, pero llevo aquí casi dos semanas. Tengo algunos amigos, no sé prácticamente nada de ellos, salvo algunos mensajes. La gente habla de la revolución, parece algo inminente. Pero nadie me ha hablado de las criaturas. Me pregunto qué pensarían si supieran que soy una contaminada.

Ángel la escuchó. Comprendía sus temores.

—Puedes averiguarlo. Con amigos de confianza puedes hablar del tema —la animó—. Quizás eso te reconforte.

Esbozó una ligera sonrisa.

—O tal vez se espanten y me den la espalda —contraargumentó con cierto humor negro.

—Es posible —aceptó Ángel—. O quizás ya conocen la realidad y no tengas que esconderte de ellos.

Rebeca asintió.

—Es otra posibilidad —afirmó—. En todo caso, mañana lo sabrá todo el mundo, ¿no?

—No sé si todo el mundo —comentó Ángel—. En todo caso, no creo que puedan seguir ocultando a la población criatural si mañana sale a las calles.

—¿Sabes? He pensado en ir mañana a la reunión.

—No es una buena idea, Rebeca. Ayer volviste a marearte —argumentó Ángel—. Mañana habrá mucha gente y no será un sitio seguro. No solo por si el alcalde toma represalias, sino por el propio sargento Martín. Él no quiere que nadie le robe su revolución. Es un hombre peligroso, eso lo sabemos todos. Sigo sin estar convencido del todo de que sea él quien está detrás del atentado de Main, pero tampoco le encuentro otra explicación.

—Bueno, él os la tenía jurada por no apoyarle —comentó Rebeca—. Creo que Adán está acertado en eso. Tuvo que ser el sargento Martín, yo tampoco le encuentro otra explicación.

Ángel la miró. Se la veía cansada.

—¿Sabes qué es también muy poco seguro? —comentó—. Que te vayas a tu casa y estés sola. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites. Al menos hasta que estés estabilizada. Tómate esta

casa como una sustituta temporal de Main. No vamos a dejar a nuestras pacientes por ahí sin supervisión cuando nos necesitan.

Rebeca esbozó una sonrisa, negando con la cabeza.

—Al final vais a tener que adoptarme, acabarán despidiéndome por no aparecer por el ayuntamiento. No tendré dinero para pagar ni la factura de la luz.

Ángel sonrió.

—No te preocupes. Te adoptaremos sin ningún problema —aseguró—. Adán y yo compartiremos tu custodia.

Rebeca levantó la mirada y observó sus ojos azules. Se veían claros, a pesar de la oscuridad de la noche. Tenía una belleza imposible de eludir. Era impresionante. Lo mejor estaba por dentro, eso hacía mucho que lo sabía, pero el envoltorio rayaba ciertamente en la perfección.

—No sé si quiero estar bajo vuestra custodia. Aunque reconozco que hacéis un buen tándem como poli bueno y poli malo.

—Espero ser yo el poli bueno. A Adán le pega más el poli malo, por su actitud taciturna —añadió con un gesto ceñudo.

Rebeca se rio sin poder evitarlo.

—Desde luego tú eres el poli bueno, eso ni lo dudes —sentenció—. Por cierto, ¿has hablado algo con Adán hoy?

Negó con la cabeza.

—Nada. Se ha pasado medio día encerrado en el gimnasio y otro medio encerrado en su despacho.

—No sé… Quizás no me quiere aquí —declaró Rebeca—. Llevo ya muchos días.

—Eso ni lo pienses. De lo poco que me ha hablado estos días ha sido para preguntarme por Victoria, que se está haciendo cargo de algunas pacientes en su propia casa, y por ti, que estás aquí bajo mis propios cuidados.

Ángel esbozó una sonrisa. Estaba tonteando. Ligeramente, pero tonteando.

—Tú no eres médico.

—No, pero puedo ser tu enfermero particular.

Se acercó a ella y agarró las solapas del plumífero, acercándola a su cuerpo. Rebeca sintió su calidez. Era fácil estar con Ángel, tanto

como difícil acercarse a Adán. Solo se habían besado en dos ocasiones, pero en ese momento se sintió tentada al ver sus labios tan cerca.

—No soy médico, pero sí he ayudado a muchísimos contaminados. Tanto cuando estaba en la Alianza como en la clínica.

Ángel le había explicado a Rebeca en qué había consistido la Alianza, y a toda la gente que habían ayudado durante años. Cuando lo supo comprendió la forma de actuar de Adán la noche en que se habían conocido. Había actuado casi como si fuera un acto reflejo del pasado.

—Así que prácticamente tienes titulación de Enfermería.

Ángel asintió.

—Sí, prácticamente. —Ángel le miró los labios y ella se quedó a la expectativa, pero no la besó—. Como enfermero particular tuyo que soy, puedo hacer un diagnóstico.

—¿Eso no lo hacen los médicos?

—Y los enfermeros particulares —apostilló, soltando las solapas de su plumífero. En un pequeño gesto se colocó a su espalda—. Tus miedos e inseguridades te están dominando, Rebeca. Por eso te cuesta tanto avanzar. Tú debes controlar todo lo que pasa en tu cuerpo y eso debes hacerlo desde aquí —susurró a su oído, colando una mano por debajo de su plumífero hasta colocarla sobre su estómago.

Ella percibió el calor de la palma de su mano, y su aliento sobre su cuello.

—Comprendo el problema —respondió.

—Bien, eso es porque eres una buena alumna, en la teoría. Te falla la práctica —comentó con cierta guasa—. Tienes que dominar tu cuerpo y desde él controlarás tu mente. La mecánica es justo al revés de lo que tú piensas. Tratas de controlar tu cuerpo desde tu mente y no es así —añadió más serio—. Eres mucho más especial de lo que crees, Rebeca. Tienes un potencial único.

Retiró la mano de su estómago, llevándose con él su calor.

# 19

Llegó el día. Esa mañana hacía frío, pero el sol brillaba sobre Madrid. Esa tarde era la manifestación y prácticamente todos los miembros de la casa de la sierra irían. Ángel y Félix acudirían para apoyar a Rain. Incluso lo haría Olga.

En la reunión no solo se daría visibilidad a la existencia de las criaturas, sino que se brindaría homenaje a todos los muertos en Main. Con esta asamblea Rain pretendía dar una lección no solo al alcalde, sino también al sargento, su enemigo natural. El hombre que le había robado su idea de hacer un llamamiento pacífico por televisión y la había utilizado convirtiéndola en un grito de guerra. Le enseñaría que había otra forma de hacer las cosas. Rain no iba a fomentar la violencia, no darían ni un solo motivo al alcalde para enfrentarlos. Harían una concentración pacífica y el ocultismo que asolaba Madrid tocaría a su fin.

Rebeca no iría a la manifestación. Habría querido estar allí, pero la verdad era que seguía inestable.

Ángel estaba muy preocupado por ella, así que había decidido hablar con su hermano.

—Adán, quiero pedirte un favor —le dijo entrando en su despacho.

Adán estaba trabajando con varios hologramas. Llevaba días haciéndolo, para hacer un seguimiento de los informes de sus pacientes que le facilitaban desde los puntos de acogida, granjas cero u otras clínicas. Oficialmente ya no eran sus pacientes, pero deseaba controlar su evolución.

—Dime —contestó de forma mecánica, sin moverse.

—Veo que estás trabajando —comentó Ángel—. Creo que es positivo para ti. No puedes pasarte el día entrenando.

—Soy muy consciente de qué es bueno o no para mí —contestó de forma seca y sin mirarlo—. No tienes que estar preocupado.

Sabré reponerme.

—Me alegro —contestó su hermano—. Porque a veces tienes cierta tendencia a regodearte en el dolor.

Adán levantó la mirada y lo fulminó con ella.

Ángel ni se inmutó; sabía cómo podía ser su hermano, pero a él no lo impresionaba. Era como esos perros de gran tonelaje que enseñan los dientes pero que son fieles compañeros.

—¿Es una visita médica? Creía que el médico era yo —respondió—. No estoy de humor, Ángel.

Nunca lo estaba. No había sonreído ni una sola vez desde el atentado en Main. Ángel lo comprendía. Compartía su dolor, pero era hora de azuzarlo. Había que seguir adelante. Rebeca necesitaba ayuda y él podía dársela.

—Mira, me gusta que hagas referencia a tus cualidades como médico, precisamente por eso he venido. Necesito que hagas una inmersión con Rebeca.

Adán lo miró sorprendido. No daba crédito a lo que le estaba pidiendo.

—Las inmersiones son peligrosas, Ángel. Tú lo sabes bien. Llevar a un contaminado al límite cuando todavía no sabe controlar sus capacidades no es una buena idea.

Ángel negó con la cabeza.

—Ya lo hemos hecho antes. Con Rebeca hemos probado de todo. Ella necesita que la pongamos al límite. —Hizo una pausa—. Necesita averiguar hasta dónde alcanzan sus capacidades, para poder controlarlas.

Adán negó con la cabeza. No era una buena idea, sobre todo con ella. Desde que había ocurrido lo de la clínica Rebeca estaba allí con ellos, pero había evitado cruzarse con ella. Él estaba desestabilizado, roto de dolor. Necesitaba controlarse para poder estar bien. Ella provocaba en él justo el efecto contrario.

—No quiero hacerlo —replicó—. Sabes que no estoy bien, Ángel.

—Lo sé, pero también será un buen ejercicio para ti. La inmersión requiere de una gran concentración. Te ayudará a equilibrarte y a ella la pondrá al límite. —Vio el gesto taciturno de su

hermano—. Mira, no te lo comenté porque ya tenías demasiado encima, pero ha vuelto a tener mareos. Necesita algo que la ayude. Algo más efectivo.

Adán hizo un gesto de desaprobación. No quería hacerlo, no con ella.

—No me siento cómodo —replicó resistiéndose.

—¡Vamos, Adán! Lo has hecho antes —le insistió—. Si no hubiera pasado lo de Main, no te lo pediría. Podríamos hacerlo en la clínica, con todos los medios y personal necesarios, pero la situación es la que es —añadió—. Mira, tal y como están las cosas es posible que estalle una guerra civil de un momento a otro. Tiene que conocer sus capacidades para poder cuidar de sí misma.

Adán se pasó las manos por el cabello, frustrado.

—Hazlo tú —opuso—. Conoces la mecánica.

—No lo he ejecutado nunca y lo sabes —porfió. ¿Por qué se resistía tanto su hermano? —Además, siento algo por ella. No es correcto que haga yo el ejercicio.

Adán desvió la mirada. No quería que su hermano se diera cuenta de cómo le afectaba lo que le había dicho. Se había mantenido al margen, sin querer saber qué pasaba entre ellos. Estaba claro que estaban muy unidos, en ese momento se preguntó hasta dónde llegaba su relación. Desde luego, Ángel le había dejado bastante claros sus sentimientos.

***

Plaza Castilla comenzó a llenarse al caer la tarde. Decenas y decenas de personas se acercaban, ocupando poco a poco el espacio de la vieja plaza. Rain, Ángel, Shui, Montaña Roja, Álvaro y el Dragón formaban parte de aquella marea de humanos, criaturas, híbridos y contaminados. Todos habían acudido por la misma razón: soñaban con un futuro libre en el cual no hubiera que esconderse. Se habían pintado las manos de negro como símbolo de la oscuridad a la que estaban sometidos los ciudadanos de Madrid.

Había un ambiente casi festivo. La gente se reía y hablaba animadamente. Todos se sentían como si una gran victoria se

hubiera ganado ya solo con estar allí. No había rastro de la policía. Tampoco se sabía nada del sargento Martín, permanecía en paradero desconocido.

Rain observó a la gente, su sueño estaba allí, prácticamente hecho realidad. Se sintió satisfecho del escenario escogido. Plaza Castilla era un sitio estratégico, ubicado a los pies de las antiguas Torres KIO, abandonadas y sin reconstruir tras la Gran Guerra. En aquella plaza se había luchado contra China y allí las tropas españolas habían derrotado al Imperio de Oriente. En aquel entonces se luchaba por la libertad y por los sueños de millones de españoles. Ahora las torres tan solo eran dos edificios abandonados de los cuales apenas quedaba en pie la mitad de la estructura. El Perímetro Rojo se había construido dejando en su interior las cinco torres, silueta y símbolo del Madrid de principios del siglo xxi, mientras que las KIO se quedaron fuera como imagen de un Madrid pasado y decadente. El Muro simbolizaba la opresión, el abuso del poder, la corrupción y las desigualdades sociales. Rain había elegido aquella localización precisamente para demostrar que allí se levantarían los cimientos de un nuevo mundo.

***

Rebeca bajó al gimnasio del sótano. Estaba nerviosa. No se sentía cómoda. Cuando Ángel le explicó en qué consistía la inmersión le pareció una mala idea y, ahora que se acercaba el momento, le parecía todavía peor.

En el fondo del gimnasio había una puerta de cristal doble. Nunca la había cruzado, pero sabía que al otro lado se encontraba la piscina. La puerta estaba abierta. Entró. Adán ya se encontraba allí. No llevaba camiseta, tan solo vestía unos pantalones negros de deporte. Se quedó sin palabras. Era impresionante lo definido que tenía cada músculo. Era la personificación de la masculinidad.

Él percibió la indiscreta mirada y dirigió sus ojos hacia ella. Rebeca respiró hondo y caminó hacia delante.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Adán.

Era una simple pregunta de cortesía. Se mostraba muy distante.

—Estoy bien, supongo —contestó—. Con pocas ganas de hacer esto, la verdad.

Adán asintió.

—No tienes que preocuparte. Es un ejercicio controlado. La inmersión te ayudará a conocer tus capacidades. A veces tenemos que ponernos al límite, para ver cómo reacciona el cuerpo.

—La idea de ponerme al límite no me seduce especialmente —replicó.

Él estaba muy serio. Algo hosco incluso. Había sido así desde el atentado en la clínica. Lo comprendía en cierto modo, pero Ángel también había perdido mucho y actuaba de una forma muy diferente.

—Irá bien —insistió, desviando la mirada.

Frío, distante, hosco. Era una maravilla tratar con él en algunas ocasiones.

—Muy bien —siseó Rebeca.

—¿Tienes traje de baño? —preguntó Adán.

—No —contestó incómoda—. Tendrá que valer con la ropa interior.

Adán asintió y notó su incomodidad. Él también se sentía molesto. Lamentó otra vez el haberse dejado convencer por su hermano. La inmersión era una maniobra muy peligrosa para la que había que estar muy concentrado, y él iba a hacerla, precisamente, con ella.

—Voy a bajar un poco la intensidad de las luces del techo —le dijo para que no se sobresaltara.

Rebeca se limitó a asentir.

Adán se acercó a los mandos y apagó algunas luces. El ambiente se tornó más oscuro y cálido en cierto modo.

—Estaremos en semioscuridad, eso te ayudará a concentrarte —explicó—. Cuando nos metamos en la piscina verás que hay dos focos en el fondo, uno a cada lado, por lo que abajo no estaremos del todo a oscuras.

Adán hablaba con un tono muy formal, al tiempo que gesticulaba hacia la piscina para hacerla entender cómo se desarrollaría la inmersión.

—Está bien —respondió Rebeca, dándose por enterada.

Adán la miró.

—Puedes quitarte la ropa.

Rebeca tragó saliva mientras él desviaba la mirada y caminaba un par de pasos para dejarle intimidad.

—Muy caballeroso —susurró.

Una vez ya le había dicho que era un príncipe un tanto rudo, poco encuadrable en la idea de príncipe azul. Aquella idea regresó a su mente en aquel momento. Era difícil manejarse con él, a veces le parecía imposible franquear los muros que parecía tener constantemente levantados a su alrededor, pero había habido otras ocasiones donde sí se había mostrado cercano. Seguirle resultaba complicado.

Rebeca se dio la vuelta, se quitó sus zapatillas de deporte y se desvistió. Él hizo lo mismo y se quedó con el bañador que llevaba debajo del pantalón.

Unos instantes después, Adán se giró y observó su cuerpo en la penumbra. No debería haberse fijado, pero no lo pudo evitar. Sus ojos rodaron por su piel blanca, sus piernas y la curvatura de su espalda. El cabello castaño caía tapándole los hombros. Ella dirigió la mirada hacia él y se cruzó con la suya.

—Átate el pelo —pidió Adán, que permanecía con rictus serio. Procurando que su cuerpo no traspirara ni uno de sus sentimientos. Si tenía que ser un bloque de hielo lo sería.

—Lo que tú digas.

Rebeca se dio de nuevo la vuelta mientras se hacía un moño.

Adán no pudo evitar que sus ojos se posaran en los pequeños cabellos castaños que escapaban del recogido y acariciaban la piel blanca de su cuello. Observó la línea que bajaba por su espalda y trazaba una curva perfecta de blanco inmaculado, solo quebrado por el negro de su ropa interior.

Sintió tanto deseo de tocarla que le picaban las manos.

Rebeca se giró y él se removió incómodo, desviando la mirada.

—Venga, vamos —comentó, introduciéndose en el agua.

Ambos se sumergieron en la piscina, nadaron hasta el centro y allí se detuvieron.

—Ahora vamos a bajar al fondo. Cuando estemos abajo me colocaré detrás de ti y te sujetaré —explicó Adán con el rostro salpicado por diminutas gotas de agua—. Si no puedes soportarlo, tira de mi mano derecha. —Hizo una pausa—. Solo si no puedes soportarlo. Tienes que aguantar, si no la inmersión habrá perdido su fin. ¿Lo has comprendido?

—Sí. Lo he entendido. Aguantar debajo del agua, es lo que me explicó Ángel.

Adán asintió.

—La idea es ir al límite, Rebeca, para ver si tus capacidades telequinésicas entran en juego. ¿De acuerdo?

Rebeca sonrió. Se fijó en su rostro severo; quiso hacerlo reír, pero era como si su sonrisa se hubiese esfumado desde aquella noche en Main.

—Aguantaré, pero no me ahogues ahí abajo.

Adán no sonrió, pero su gesto se relajó.

—No tengo la más mínima intención.

—Entonces adelante, cuando tú quieras.

Adán le hizo un gesto con la cabeza y acto seguido ambos tomaron aire para sumergirse. Llegaron al fondo de la piscina. Al llegar abajo Rebeca vio que una barra de acero cruzaba la piscina uniendo la parte izquierda con la derecha. La barra no era muy gruesa, por lo que podía cogerse a ella fácilmente con las manos. Adán le hizo un gesto para que la sujetara con ambas manos. Lo hizo y él se colocó detrás, poniendo cada una de sus manos por encima de las de ella y procurando dejar un poco de espacio para no pegarse por su espalda.

El ejercicio consistía en aguantar el mayor tiempo posible y así aprender a controlarse en situaciones extremas, también para intentar que entraran en juego las capacidades telequinésicas, que permanecían latentes.

No habían llegado a un minuto cuando Rebeca comenzó a agobiarse, se giró y miró a Adán, pidiendo su aprobación para subir.

Él ni se inmutó. Ella volvió su vista al frente. Tendría que intentar aguantar unos segundos más.

Al momento se sintió más agobiada. No podía aguantar más. Intentó zafarse, pero él le sujetó con más fuerza ambas manos. Se giró para mirarlo nuevamente. Estaba muy enfadada. Tenía que soltarla ya. ¡Se iba a ahogar! En el forcejeo se le escapó un poco de aire y pequeñas burbujas salieron a la superficie. Entonces Adán volcó el peso de su cuerpo sobre su espalda, aprisionándola contra la barra de un modo que le hacía imposible zafarse y ya casi inviable moverse.

Rebeca sentía el acero de la barra pegándose a su vientre. Miró a ambos lados, pero allí abajo había aún más oscuridad que en la superficie, los focos apenas daban luz. Volvió a intentar liberarse. Esta vez con más fuerza. Ya no lo soportaba. ¡Quería salir de allí! Adán ejerció más control, no parecía dispuesto a darle la libertad. ¿Por qué le había dicho que tirara de su mano como señal de emergencia si no la permitía soltarse? Miró la mano derecha de Adán, que sujetaba con fuerza la suya encima de la barra. Sentía su fuerte cuerpo pegado a su espalda. Su pierna derecha quedaba bloqueada por la de él. Su barbilla le rozaba la parte superior de su cabeza.

Entonces ocurrió lo peor que podía pasarle: se desarrolló su habilidad para sentir que el tiempo pasaba más despacio. No sabía cuántos segundos más habían transcurrido, pero los vivió como si fueran una eternidad. Giró la cabeza hacia él. Apenas podía verle la cara. Abrió la boca para hablar y se le llenó de agua, al tiempo que muchas burbujas se escaparon buscando salir de allí. Pudo ver cómo él parpadeaba con una lentitud infinita, impasible a su desesperación. Se iba a ahogar y pensó que esa era una de las peores formas de morir. Estaba al límite. Volvió a moverse, pero Adán tenía las manos colocadas por encima de las suyas. Estaba encerrada en una trampa de agua.

Entonces ocurrió algo insólito: todo su miedo se proyectó en el agua que la rodeaba y esta comenzó a calentarse. Cientos de burbujas explotaron en la superficie. De repente, Rebeca proyectó

una gran energía desde el interior de su cuerpo hacia fuera y el impulso de la onda expansiva los sacó a ambos a flote.

Al llegar a la superficie sintió que una pesada oscuridad caía sobre ella. No tuvo tiempo ni de respirar.

Adán tiró de ella rápidamente y en cuestión de segundos ambos estaban en el exterior de la piscina.

—Rebeca, Rebeca. ¡Despierta! ¡Vamos! —la llamó, completamente fuera de sí.

Rebeca había dejado de respirar. Ambos tenían un nivel de temperatura muy superior al normal en un ser humano. Adán intentaba reanimarla masajeándola impotente. De repente Rebeca respiró con pesadez, abrió los ojos y escupió el agua que había tragado. Se giró hacia un lado, encorvando su cuerpo mojado. El pelo se le pegaba a la cara mientras trataba de respirar bocanadas de aire.

—Rebeca… Lo siento, lo siento muchísimo —se lamentó—. Ha sido muy arriesgado.

Rebeca estaba muy asustada, pero él también lo estaba. Había sido una maniobra demasiado peligrosa. Adán la movió con cuidado y la incorporó. Ella se sujetó a sus brazos para sentarse sobre el suelo mojado. Adán la sostenía para que no desfalleciera.

—Adán… —murmuró tratando de respirar—. Cuando tenga algo de energía te juro que mantendré tu cabeza debajo del agua —dijo con dificultad.

Rebeca había apoyado su cabeza en el hombro de él. Levantó una mano y la apoyó sobre su pecho, cerca del corazón de Adán, que latía furioso bajo aquella pequeña mano.

—Me lo merezco —replicó él en un tono íntimo.

Ella levantó la mirada, con la mano todavía encima de su corazón. Sus ojos verdes se le clavaron. Estaba mojada, decenas de gotitas de agua estaban salpicadas por su rostro.

—A veces te comportas como un imbécil —declaró.

Adán observó una gota de agua que se deslizaba por la aleta de su nariz para caer encima de sus labios.

—Estoy completamente de acuerdo —aceptó, hundiendo una mano en sus cabellos mojados para atraerla hacia él—. No pienso

discutirlo.

Rebeca sentía el corazón a mil. Los oscuros ojos de Adán iban a tragársela.

—Si no me besas tú, yo te besaré —declaró Rebeca en su susurro.

Él la atrajo hacia su cuerpo con firmeza y la besó. Rebeca sintió los labios de Adán sobre los suyos y fue como si un rayo le hubiera caído encima. Jamás había experimentado algo tan profundo y devastador. Adán sujetó su cabeza hundiendo ambas manos en su cabello mojado. Se sentía incapaz de soltarla. La besó con cierta desesperación, consumido por un sentimiento que lo sobrepasaba. Rebeca respondió aferrándose a sus hombros como podía. Sentía el hambre en Adán. Era un sentimiento arrollador. Subió las manos para tomar el rostro de él en sus manos.

Él se separó un poco y Rebeca miró sus ojos claros, muy claros.

# 20

—Parece que todo está muy tranquilo —declaró Ángel observando a la multitud concentrada en Plaza Castilla.

—Demasiado tranquilo diría yo —apuntó Álvaro a su lado—. Voy a ver por dónde anda el Dragón y trataremos de que nadie se descontrole.

—Nadie se va a descontrolar —se entrometió Rain—. Hemos venido a darle una lección al Gobierno. La gente sabe que tiene que comportarse —añadió con una sonrisa de oreja a oreja.

Rain miró a su derecha. Shui estaba a su lado con el largo cabello negro recogido en una coleta. Le encantaban aquellos ojos azules rasgados que lo miraban siempre con cierto aire de superioridad. Deseaba morderle los labios y verla sonreír despreocupada por una vez. Siempre parecía taciturna.

—Me alegro de que hayas venido —le dijo, bajando la voz para que Ángel no lo oyera.

Shui levantó la cabeza y dirigió hacia él una mirada de profundos ojos rasgados.

—No me lo perdería por nada.

—Esta noche haremos historia… —Parecía que su descaro habitual flaqueaba—. Quizás después podamos celebrarlo tomándonos unas cervezas.

Un poco de aire revolvió el cabello de Shui.

—No me gusta la cerveza —replicó ella con rictus serio.

—¿Y qué es lo que te gusta a ti? —preguntó, armándose de valor.

Estaba muy cerca de ella. Su voz sonó profunda. Shui desvió la mirada hacia la muchedumbre, fingiendo desinterés. Se acordó de Adán. Apenas se habían visto desde el atentado de Main. Seguía destrozado, apartado de todos y sin querer hablar.

Sentía lo mismo que Adán. Sin embargo, no entendía su actitud. No podía dejarse abatir por el dolor de ese modo. ¿Qué pasaba con el futuro de las criaturas? ¿Quién vengaría a Aridus? ¿Acaso se quedaría su muerte en el olvido? Este era el momento del cambio y él no estaba allí. Ahora más que nunca tendría que estar allí con ellos. Para parar los abusos del Gobierno, para vengar a los muertos en Main, para detener al sargento Martín y para cambiar el sistema.

Adán había abandonado la búsqueda del asesino de Aridus supuestamente para protegerla. Siempre la vería como una niña, como la hermana pequeña de Tian. Nunca la amaría. La joven oriental miró a su alrededor, allí se extendía una muchedumbre esperanzada. Repasó con su mirada a la gente y finalmente se encontró a sí misma observando a Rain. Él había demostrado que sí combatiría por Madrid. Compartía sus sueños. Con Rain quizás sí podría haber una esperanza.

Volvió a mirarlo de reojo: alto, fuerte, con su cabeza rapada y su tez negra señalada con pequeñas marcas. Él sintió su mirada y giró la cabeza hacia ella. Shui volvió a desviar sus ojos huidizos, pero acercó su mano a la suya, rozándola sutilmente. Rain no necesitó más señales; entrelazó sus dedos con los suyos. Tenía una oportunidad, aunque sabía que con ella no sería fácil. Le daba igual, le gustaban los retos. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por no levantarla en brazos y besarla.

—¡Ey! Debemos tener cuidado, hay militares en las calles… —advirtió Montaña Roja con su voz rotunda, acercándose apurado.

Shui soltó la mano de Rain.

—¿Cómo es posible? —preguntó este, tratando de recomponerse—. Seguramente habrán venido de forma preventiva, por si se descontrola la reunión.

—¿Estás seguro? —preguntó ella, clavándole sus ojos azules—. El Gobierno es capaz de cualquier cosa por aplacarnos.

Rain esbozó una amplia sonrisa. Le encantaba cuando se ponía tan seria y fruncía el ceño. Se la veía llena de pasión.

—Tranquila, no va a pasar nada. Esto es una reunión pacífica —aseguró—. No van a atacarnos, eso sería una auténtica locura.

Simplemente están ahí por si tenemos intenciones violentas, pero como no las tenemos todo irá bien.

—Eso espero —comentó Ángel poco convencido.

—Deberíamos estar preparados —añadió Montaña Roja, desconfiado. Él se mantenía siempre alerta. No estaba dispuesto a permitir que nada lo pillara desprevenido—. Yo, por si acaso, mantendré cargadas mis armas —añadió furibundo, tocando la culata de las pistolas que llevaba bajo la cazadora—. ¿Dónde están Álvaro y el Dragón?

—Acaban de bajar, están por ahí —contestó Ángel.

De repente, a Rain se le borró la sonrisa de la cara. Él no estaba pensando ni remotamente en enfrentarse al Gobierno en una lucha abierta, y mucho menos allí.

—¿Qué estás diciendo? Aquí hay unas quinientas personas, no se puede abrir fuego —dijo contrariado. Estaba seguro de que el alcalde no atacaría una manifestación pacífica. Eso significaría cavar su propia tumba—. No podemos luchar, seríamos incapaces de defender a toda esta gente. Algunos son simples humanos. ¡No saben nada de pelear!

Ángel y Shui guardaron silencio. Rain llevaba razón: si algo salía mal, la reunión se convertiría en una masacre.

—Pues esperemos que todo vaya bien —señaló Montaña Roja con voz muy grave—. Para que no haya nada que tengamos que lamentar.

—Voy contigo —le dijo Shui, siguiéndolo.

Unos minutos después, Ángel controló la hora en su reloj digital: las once y cincuenta. En diez minutos Rain comenzaría su discurso. Se le veía un poco nervioso y algo emocionado. Era curioso descubrir cómo un hombre aparentemente fuerte y decidido como él también tenía miedos. En realidad, todos los que estaban allí esa noche tenían miedos y esperanzas. La revolución estaba en marcha y Rain demostraría que se podía hacer sin sangre.

Era hora de hablar. Rain estaba subido a un palco que habían habilitado para ello. El único que lo acompañaba era Ángel. Desde allí observaban a los manifestantes. Detrás de ellos, el Obelisco, que había permanecido inalterable a los cambios de Madrid. Testigo

mudo de la Gran Guerra y esa noche, quizás, también de un nuevo cambio. Rain sonrió pensando que ellos serían los promotores de una nueva era.

Tan solo quedaban unos minutos para las doce, Shui y Montaña Roja decidieron apartarse un poco de la multitud y echar un vistazo a los militares que se habían desplegado. Sigilosamente, peinaron las cercanías y se quedaron completamente descolocados con lo que se encontraron. Había militares en la avenida de Asturias, la calle de San Aquilino, Mateo Inurria y Bravo Murillo. Prácticamente estaban rodeados. ¿Por qué?

Mientras tanto, encima de su escenario improvisado, Rain sonreía. Ellos no le darían ningún motivo al Gobierno que justificara ni una sola detención. Había llegado el momento; Rain se agachó y cogió una caja diminuta de metal que tenía en su mochila. La colocó en la parte frontal del palco y la activó. Se desplegó un pequeño haz de luz y se activó el micrófono que llevaba integrado.

La gente comenzó a aplaudir y a vitorearlo. Una gran parte de los presentes eran vecinos de la Zona Cero. Hizo un gesto con las manos para calmar a la multitud. Ángel, a su lado, sonreía. Decidió dar un par de pasos hacia atrás para dejarle todo el protagonismo. Rain estaba hecho para aquello, era la persona idónea para liderar el cambio en Madrid. En ese momento, Ángel creyó que de verdad había llegado una nueva etapa. Era una pena que Adán no estuviera allí, que no hubiera querido formar parte de aquello. Esperaba que al menos la inmersión con Rebeca hubiera ido bien.

—Amigos —comenzó Rain saludando a los presentes—. El hecho de que estemos aquí esta noche ya es una victoria. Una victoria moral contra toda la peste que mantiene en estado terminal a esta ciudad. Nosotros somos la palanca que pone en funcionamiento el engranaje del cambio social. ¡El cambio que llevará a Madrid muy lejos del ocultismo en el que vivimos! —exclamó emocionado, y la gente respondió rompiendo en un fuerte aplauso—. Pero antes de hablar del futuro tenemos que hablar del pasado. —Hizo una pausa. La emoción se palpaba en el ambiente—. Tenemos que recordar el pasado para que aquellas acciones que no son aceptables no vuelvan a pasar impunes ante nuestros ojos.

Vamos a guardar un minuto de silencio por todos los muertos y heridos en el atentado a Main.

La gente enmudeció. Todos guardaron silencio, conteniendo la emoción del recuerdo de la tragedia, que todavía era muy reciente. Rain adoptó una actitud muy seria y bajó la cabeza en un gesto de respeto. La multitud lo siguió, era un líder nato.

De repente Ángel sintió algo. Miró a su alrededor, pero todo parecía en calma. La gente guardaba silencio. Nada parecía moverse más allá de la multitud. ¿De qué le estaban avisando sus sentidos?

¿Qué iba mal?

Shui y Montaña Roja llegaron a la calle San Aquilino y lo que vieron allí los dejó completamente sin palabras. La joven abrió muchísimo los ojos, aquello no podía ser cierto. Era algo desproporcionado e innecesario. Tan solo en esa calle habría una treintena de militares.

—¿Qué demonios es esto? —dijo caminando por la calle. Sin darse cuenta, se había puesto bajo la luz de una de las farolas cercanas.

Montaña Roja pensó que se estaba exponiendo innecesariamente. Los militares tenían sus armas en las manos en posición de ataque.

En cuestión de segundos todos la estaban apuntando, tenía que salir de allí.

—¿A qué habéis venido? —les espetó Shui con rabia. Sus inmaculados ojos cristalinos estaban incendiados—. Esto es una concentración pacífica. ¡No hacéis nada aquí! —vociferó, furiosa, incapaz de contenerse.

Montaña Roja permanecía muy cerca de ella, detrás, oculto entre las sombras de la pared. Observó la escena desde fuera. Su alarma interior se había activado. Aquellos tipos no habían venido por si acaso. Era completamente innecesario ese despliegue, la tenían en su punto de mira.

Entonces todo ocurrió demasiado rápido. Antes de que pudieran reaccionar, los militares descargaron las balas sobre su cuerpo.

—¡Shui, sal de ahí! —gritó al tiempo que su voz quedaba aplacada por el sonido de las balas.

El cuerpo de Shui cayó al suelo, justo cuando la gente estallaba en aplausos tras el minuto de silencio a las víctimas. Montaña soltó un grito que parecía arrancado de sus propias entrañas y cogió un contenedor de escombros que lanzó contra los militares. Su fuerza física podía ser espectacular. Los restos saltaron por los aires como una lluvia sobre los militares más cercanos, que retrocedieron unos pasos, impresionados por las capacidades físicas de Montaña. Este aprovechó ese momento de despiste para recoger el cuerpo de Shui y esconderse en uno de los edificios abandonados que había en la calle. Sangraba muchísimo.

Nadie se enteró en la plaza de lo que acababa de pasar, el sonido de las balas había quedado aplacado por los aplausos. Sin embargo, Ángel había sentido algo. Notaba que algo iba mal, pero no sabía el qué. Era muy difícil advertir qué estaba ocurriendo más allá de la muchedumbre extasiada. Cuando Rain se giró para compartir la emoción del momento, él ya había desaparecido entre la multitud para tratar de averiguar. Rain se quedó extrañado, sin embargo, no podía buscarlo, la gente esperaba a que hablara.

Se dirigió nuevamente hacia su público, pero antes de que pudiera terminar la primera frase el descontrol se había desatado. Aquello era una trampa mortal, decenas de militares rodearon a la población y abrieron fuego sin piedad. El caos y el miedo se desencadenaron rápidamente. No había adónde huir ni cómo hacerlo. Las balas de los militares cayeron como una nube sobre los cuerpos de los concentrados. No había salida, en aquella plaza solo había muerte.

Rain miró atónito el cruel espectáculo desde el palco. En cuestión de segundos saltó entre la gente, pero no tenía armas y sus capacidades telequinésicas eran muy limitadas. No tenía nada con lo que enfrentarse a aquella marea de militares ni sabía cómo defender a los allí reunidos. Aquel lugar era una trampa. Los gritos se extendían a su alrededor. No sabía cómo poner fin a esa locura. De repente sintió unas manos que lo agarraban y que tiraban de él hacia atrás. Era Ángel.

—¡Vámonos! —le gritó en medio del caos—. ¡Tenemos que salir ahora mismo! Estamos rodeados, hay militares por todas partes.

—No. —Se resistió, incapaz de reaccionar de un modo racional —. No puedo abandonarlos. Esta gente está aquí por mí, por nosotros —proclamó desesperado mientras su sueño de un cambio pacífico se hacía añicos ante sus ojos.

Ángel tenía que hacerlo entrar en razón. Tenían que escapar antes de que fuera demasiado tarde.

—¿De qué servirá? Tus capacidades telequinésicas apenas están desarrolladas y no veo un arma en tus manos. ¿Cómo pretendes enfrentarte a las balas? ¿A patadas?

Rain estaba fuera de sí y parecía incapaz de racionalizar la situación. Estaba en *shock*, tenía los ojos inyectados en sangre y parecía tratar de buscar una solución rápida en su mente, pero no la hallaba. Entonces cogió a Ángel por los brazos.

—¡Tú no lo entiendes! Yo los traje aquí. Están aquí por mí. No puedo dejarlos e irme. ¡Los matarán! —exclamó.

Ángel meneó la cabeza, consternado.

—Ya están muertos —sentenció—. Están condenados. Solo sobrevivirán aquellos que tengan capacidades y sepan utilizarlas. Hay que largarse. El Gobierno ha venido a acabar con el problema a balazos y, si lo consiguen, todo lo que has soñado morirá hoy. Si te quedas y falleces, todas estas muertes no habrán servido para nada.

Rain miró a su alrededor con desolación. Lo que decía Ángel era cierto. Los militares que habían caído eran aquellos a los que habían atacado los híbridos o criaturas con capacidades. El resto de los híbridos, las criaturas y los humanos caían al suelo como títeres a los que les cortaran los hilos. Rain asintió, conmocionado. Ángel lo ayudó a salir. Tenía que llevárselo antes de que supiera que había muerto Shui.

# 21

Ya había roto el amanecer en el cielo de Madrid cuando Adán llegó a la casa del Maestro. La mañana estaba despejada. Iba a ser un día claro, frío, pero sin nubes. Un día digno del luto que se vivía en la ciudad. Los cuerpos de las personas muertas en Plaza Castilla todavía seguían sobre el asfalto. En la historia de la ciudad no se recordaba un acto tan vil como aquel. Era una lección para toda la población. Ese era el Gobierno de Ruiz del Hierro; había llegado al límite de su paciencia y no iba a permitir ninguna sublevación más, no bajo su ley. Dejaría los cuerpos allí durante horas para que todos los que quisieran cambiar las cosas aprendieran cuál iba a ser la respuesta del Gobierno. No habría reconocimiento para el pueblo criatural.

En el interior de la vivienda, el luto era tangible y parecía haberse extendido por toda la Ciudad China, que se mantenía en el más absoluto silencio. En una de las salas situadas cerca de la entrada principal estaban Rain, Montaña Roja, Álvaro, el Dragón y algunos otros colegas. Adán no pudo evitar fijarse en Rain: era un hombre completamente destrozado. Estaba sentado con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en las rodillas. No decía nada, quizás mantener la cordura frente a la atrocidad que había vivido esa noche ya era suficiente esfuerzo.

El grupo parecía desolado, como si hubieran sobrevivido al mismísimo infierno aquella noche. En cuanto había llegado a casa, Ángel le había contado todo lo ocurrido.

Adán comprendió que haber vivido aquello tenía que haber sido brutal, tanto como el atentado de Main. Cerró los ojos un momento para apartar de su mente los muertos de Main, colocados en hileras en el suelo de la clínica. Esos muertos lo perseguían día y noche. Sentía sus muertes sobre su conciencia, por eso sabía que aquel

grupo de hombres, capitaneados por Rain y Montaña, sentían las muertes de Plaza Castilla sobre las suyas.

Adán sintió un pinchazo en el pecho, ya que detrás de los asesinatos estaba su padre, y sabía que entre todos los muertos estaba ella, su primer amor.

La sala donde se encontraba el grupo de sobrevivientes estaba separada de otra por unas puertas correderas que no estaban bien cerradas. Por una rendija se colaban los olores, embriagadores y exóticos, y se proyectaban sombras y luces de velas encendidas. Adán sabía que al otro lado de esas puertas estaba el cuerpo de Shui.

Se acercó con sigilo a la puerta y agarró los pomos con las manos, tomándose unos instantes antes de abrirla. Deslizó con suavidad las puertas y entró, cerrándolas tras de sí. Shui estaba colocada en un altar sobre sábanas blancas en el centro de la habitación. Su ropa también era blanca, con bordados en oro, parecía un traje tradicional chino. La habitación estaba llena de lirios y velas encendidas. Su belleza todavía estaba intacta; la muerte no la había corrompido, sino que la había elevado a una perfección irreal. La imagen era sobrecogedora.

Se acercó casi con miedo a romper con su respiración la paz que la envolvía. Estaba preciosa, rodeada de la semioscuridad que proporcionaban las velas. Su piel, blanca como el alabastro, apenas había sido maquillada y solo tenía un poco de carmesí rojo en sus labios. El largo y sedoso cabello negro caía sobre sus hombros. No había ni una sola muestra de las balas que habían quemado su cuerpo. Adán no daba crédito a que estuviera muerta, simplemente parecía dormida. Cogió con delicadeza la mano de Shui y un sentimiento de vacío llegó rápido para abrazar su dolor. Recordó todo lo que había pasado entre ellos y pensó en todo lo que no había pasado. Se sintió vil e indigno de ella. Tenía la sensación de que con ella se iba una parte de su vida. Lo estaba destrozando verla así.

—Nunca habría pensado perderla del mismo modo —dijo el Maestro, sobresaltándolo.

Soltó inmediatamente la mano de Shui y dio un paso atrás. El Maestro se acercó. Su aspecto era desolador, estaba completamente abatido, parecía que de repente había envejecido varios años.

—Este era el destino de mis hijos, morir del mismo modo —señaló consternado, y su voz sonó como la de un autómata.

—Maestro... —murmuró Adán, tratando de buscar qué decir—. Lamento profundamente su pérdida —añadió, sintiendo que sus palabras eran lo más típico que podía decirse.

El Maestro levantó una vista cansada hacia él y con una mano le tocó el brazo en un gesto afectuoso. Adán se tensó ante aquella muestra de cariño del hombre que había amado y respetado. Su maestro y mentor. Al mismo tiempo que el hombre que lo había hecho sentir culpable de la muerte de su primer hijo, cinco años atrás. Había tenido que haber una segunda muerte para que ellos pudieran reencontrarse.

—Sé lo que hiciste por ella —señaló el Maestro, afectado—. Sé que intentaste que no se involucrara, llegando a abandonar la búsqueda del asesino de Aridus para que lo dejara. Pero era imposible frenarla —aceptó con la voz quebrada por la emoción—. Ella era un espíritu libre, Xabiamonus. Yo intenté mantenerla alejada. Yo... —balbuceó, sobrecogido por el momento— no he podido protegerla. —La mano del anciano seguía agarrando su brazo y Adán sentía su mano con un peso que le quemaba—. Cada uno tiene un destino del que no puede escapar. Ni ella ni tú tampoco —añadió con una mirada grave, tratando de hacerle ver algo que él no había comprendido hasta entonces—. Ahora vete, Xabiamonus. Déjame con mi hija.

Adán se limitó a asentir y salió con discreción de la habitación, sabiendo que era la última vez que vería a Shui. Al cerrar las puertas todavía cargaba el peso de las palabras del Maestro. Él tampoco podía escapar a su destino.

En la otra habitación estaba Álvaro hablando con desgana con Montaña Roja y el Dragón. Rain permanecía sentado, cabizbajo. Se acercó a él, pero antes de que pudiera decir algo este se le adelantó y dijo:

—Adán, puedes permanecer al margen si quieres —comenzó, mirándolo taciturno. Parecía que la muerte de Shui se había llevado al siempre bienhumorado Rain muy lejos de allí, dejando una versión desteñida de sí mismo—. Pero nosotros vamos a luchar. —Tragó saliva para coger fuerzas y añadió—: Si no quisieron una transición pacífica, tendrán una guerra. Shui creía en el cambio y yo no voy a permitir que su muerte haya sido para nada.

—No estaréis solos —dijo Adán, colocando una mano en el hombro de aquel hombre de grandes dimensiones que ahora parecía muy pequeño—. Yo estaré con vosotros. —Rain abrió la boca para decir algo, pero fue incapaz. La resolución en los ojos de Adán era palpable—. He estado muy alejado desde lo de Main. He sentido la misma rabia que ahora sentís vosotros —dijo mirando a los demás—. Pero ahora estoy aquí. Nos han demostrado de una manera contundente que no habrá un cambio para Madrid por las buenas. He querido mantenerme al margen, pero ya no puedo hacerlo más. Vamos a cambiar las cosas y vamos a hacer justicia.

—No sé cómo vamos a conseguirlo —comentó Rain abatido, liberándose del peso de tener que liderar él solo. Ya no se sentía con fuerzas para seguir haciéndolo.

—¡Rehabilitaremos la Alianza! —sentenció Adán con una oscura mirada.

Rain no dijo nada. Sabía que, si decía algo más, volvería a desmoronarse. Se limitó a asentir. Había sido necesaria la muerte de Shui para que Adán se comprometiera y fuera capaz de salir del pozo de dolor en el que se estaba ahogando. Salió de la casa del Maestro siendo un hombre nuevo. En esos momentos ya no era un médico, sino un luchador. Restablecería la Alianza y proporcionaría un futuro a la población criatural. Estaba dispuesto a luchar y sería implacable.

***

Rebeca se enteró de lo sucedido durante el desayuno. Se lo contó un Ángel triste y cabizbajo, que se mostraba desolado. Tenía delante de él una taza de café que llevaba fría ya bastante rato. A

ella le costaba mucho verlo así. Había aceptado con más entereza que ninguno el atentado en la clínica. Él no era frágil, no se derrumbaba, era el hombre más templado que había conocido. Al parecer, era una característica de los hermosos asumir la fatalidad y las desgracias debido a su superior capacidad intelectual. Pero ese día el abatimiento había llegado, llevándose muy lejos de allí toda su entereza. La muerte de Shui lo había golpeado. Aquella chica parecía ser muy importante para ambos hermanos, que tenían un vínculo especial con ella.

Rebeca lo vio frágil como no lo había visto nunca. Rodeó la isla de la cocina y lo sostuvo entre sus brazos mientras él hundía su cara en la curva de su cuello.

—Era una luchadora, siempre lo fue —declaró Ángel rompiendo el silencio—. Ha sido horrible ver su cuerpo acribillado por las balas.

Rebeca estaba impresionada.

—Lo siento mucho —murmuró, lamentando que no hubiera palabras capaces de paliar un dolor así.

—Adán quería que se apartara de todo esto. Quería protegerla —comentó pensativo, moviendo mecánicamente la cabeza a ambos lados.

—¿Por qué? —se atrevió a murmurar Rebeca con un hilo de voz, con la certeza de que no le iba a gustar la respuesta.

Ángel se encogió de hombros, taciturno y con una sonrisa agridulce.

—No lo sé muy bien; en realidad, siempre han sido algo más que amigos. Había un vínculo muy fuerte entre ambos. No sé muy bien qué relación tenían ahora, pero él siempre se ha sentido responsable de ella.

Fue como si la golpearan.

—¿Estaban juntos ahora? —preguntó.

—Eh, no sé —dijo sin prestar mucha atención al hecho de que ella sostuviese las palabras entre sus labios, con miedo de haberlas pronunciado—. Pero siempre ha habido algo inconcluso entre ellos.

Asintió, consternada, mientras sentía que algo se le retorcía en el estómago.

La agresión en Plaza Castilla salió en la primera televisión estatal como un suceso trágico producido por los rebeldes antisistema. Los manifestantes concentrados habían atacado a los cuerpos de seguridad, desplazados a la zona por la actitud violenta de los manifestantes y el cariz antisistema de la manifestación. La versión del Gobierno estaba clara: habían sido los propios manifestantes los que habían abierto fuego directamente contra el cuerpo militar de seguridad. La noticia era una perfecta distorsión de la realidad.

—No ha servido de nada —comentó Ángel valorando las palabras del presentador de televisión—. Harán lo que sea necesario para calmar las cosas y aplacar a los revolucionarios. Ahora lo veo más claro que nunca. No van a ceder ni un centímetro su postura. Quieren zanjar el problema de los movimientos revolucionarios de raíz.

Apagó el holograma y tiró el café helado por el fregadero.

—Entonces, ¿qué?

—No lo sé —señaló abatido—. Todo lo que ha pasado hasta ahora es terrible y no quiero pensar qué más puede pasar. —La miró muy serio, sus claros ojos azules se mostraban cansados—. Prométeme que te mantendrás al margen.

Rebeca no contestó.

Ángel se acercó y la abrazó con fuerza. Se sintió segura, siempre había sido así con él. Era tan fácil sentirse bien con Ángel como difícil era estar cerca de Adán.

Entonces, él bajó la cabeza y buscó sus labios.

—Ángel, yo… —se apartó ella, rechazándolo—. Lo siento, yo… —se disculpó, intentando buscar las palabras que explicaran lo que sentía por Adán, pero no se sentía capaz de contarle lo que había pasado—. Creo que sería mejor que solo fuéramos amigos.

Ángel se quedó muy parado. Estaba terriblemente serio y su belleza era más arrebatadora que nunca. Las palabras sobraban.

—Supongo que de algún modo lo sabía —replicó, y esbozó una triste sonrisa.

—Lo siento —repitió ella con voz entrecortada.

Ángel negó con la cabeza.

—No tienes que disculparte. Sientes lo que sientes. —Guardó silencio unos instantes—. Es fácil deslumbrarse por un hermoso, pero para tener una relación tiene que haber sentimientos más profundos —añadió. A él le hubiera gustado averiguar qué más podía haber entre ellos, se preguntó qué había cambiado. Pensaría en ello en otro momento, necesitaba descansar—. Estoy agotado, creo que voy a descansar un poco.

Se dirigió hacia la puerta.

—Ángel, ¿podemos seguir siendo amigos? —preguntó—. Eres el único amigo con el que he podido hablar todo este tiempo. No quiero perderte.

Él se volvió y la miró a los ojos.

—No vas a perderme —declaró con una sonrisa sincera—. No vas a poder librarte de mí tan fácilmente.

Rebeca respiró con tranquilidad.

# 22

Tras salir de la casa del Maestro, Adán se dirigió directamente a la Zona Cero y permaneció allí todo el día. Lo primero que hizo fue buscar a Vanesa, su principal contacto bajo el asfalto. Ella conocía a todos los contaminados de renombre, a aquellos pequeños líderes de grupos que se escondían allí abajo. Gente que quería cambiar las cosas, pero que nunca se había atrevido a hacer un movimiento. Ese era el primer paso para llevar a cabo su objetivo: restablecer la Alianza. Si había un sitio donde encontrar gente dispuesta a unirse a él, era la Zona Cero.

Cuando localizó a su amiga, ella ya sabía lo que había pasado en Plaza Castilla. Abajo la noticia había corrido como la pólvora. Era un día triste para Madrid, pero sobre todo, para los habitantes de la Zona Cero. Los hijos del Deprogreso lloraban a sus muertos.

—No puedo creerme que haya pasado algo así —comentó Vanesa, impactada. Tenía los ojos hinchados de llorar, habían muerto muchos conocidos.

—Yo tampoco creí que pudieran llegar tan lejos para reprimir el cambio, pero estaba equivocado.

Vanesa lo miraba muy seria, tenía una frase sostenida entre los labios que finalmente dejó salir.

—Detrás de todo esto está tu padre.

—Lo sé —contestó con frialdad desde unos ojos oscuros como el carbón—. A nivel personal me lo tomo como una declaración de guerra. Durante años mantuve un pacto tácito con mi padre: él no se metía en qué hacíamos en Main y nosotros nos manteníamos al margen. Pero ahora Main no existe. Me siento responsable de no haber visto venir lo que el sargento Martín era capaz de hacer. Y tampoco fui capaz de anticiparme a una respuesta tan brutal por parte de mi padre. Pero ya no me voy a quedar impasible, lo que ha

hecho el Gobierno es una abominación. Ha llegado el momento de tomar el control de la situación.

—Cuenta conmigo —sentenció ella.

A media tarde, Adán conocía a todos los combatientes por la libertad que vivían en la Zona Cero y que no habían muerto en Plaza Castilla. Algunos habían estado allí y lograron huir de la masacre. Otros no creían en una solución pacífica y ahora veían que sus premisas eran ciertas: el Gobierno no sucumbiría nunca al cambio por las buenas. En cuestión de horas formaban un grupo compacto. Vanesa, Rain, Montaña Roja, Álvaro y el Dragón formaban parte de ese grupo. Estaban en guerra.

A todos los que no quisieron unirse les aconsejaron que dejaran la ciudad. Adán temía que desde el Ayuntamiento lanzaran una caza de brujas contra las criaturas, y si lo hacían, el primer lugar a donde irían sería la Zona Cero.

***

—¿Qué sabemos del cabecilla? —preguntó el alcalde, acariciándose la barbilla.

—Creemos que no tiene nada que ver con el sargento Martín —explicó un militar a su lado—. Es un tal Rain, un tipo de la Zona Cero. Él es quien ha montado todo esto, junto con algunos que lo apoyan.

—Quiero un informe del tal Rain ese: quién es, quién lo apoya y quién más estaba metido en esa manifestación «pacífica». Encontradlo —ordenó, mirando directamente al sargento que estaba al lado del soldado raso que había hablado.

—No se preocupe, identificaremos a todos los implicados —confirmó el sargento.

—Las noticias me han parecido muy insípidas, les faltaba verdad —dijo pensativo—. Quiero un programa de corte familiar. Algo como un coloquio. Varios testigos comentando cómo los manifestantes atacaron a la policía. Quiero que digan que eran violentos, que tenían armas y que dispararon indiscriminadamente a varios ciudadanos que pasaban por allí. Que quede claro que era

una manifestación antisistema, nada de hablar de criaturas. El mensaje tiene que ser claro: el Gobierno utilizó las armas en defensa propia. ¿Ha quedado claro? —preguntó con voz helada dirigiéndose al director de la cadena, que se encontraba de pie un paso por detrás del sargento.

El director afirmó en un gesto.

—Tendrá lo que quiere, alcalde. Se hará como usted diga.

—Si los testigos no son creíbles, te culparé a ti directamente. Eres el responsable. ¿Está claro? —preguntó muy serio.

—Clarísimo.

Los hombres salieron de la habitación, dejando a Ruiz del Hierro solo. El alcalde se acercó al ventanal de su despacho. Observaba su imperio, él mismo lo había creado. Llevaba casi cuarenta años procurando que las cosas siguieran tal y como estaban, escondiendo el lastre que las criaturas suponían para Madrid. La ecuación era sencilla: él permanecería allí, en la cumbre de su imperio; ellos, en la oscuridad.

***

Adán regresó a su casa cerca de las diez de la noche. No iba solo, lo acompañaba un grupo de hombres y mujeres, la mayor parte, jóvenes. Entre ellos, Rain, Montaña Roja, Álvaro, el Dragón y Vanesa. Se instalarían y establecerían allí su base, al menos el mayor número de ellos. Otros dos grupos se alojarían en sendas cabañas para montañistas que había en la sierra, cerca de allí. Se ubicarían de un modo estratégico para avisar de posibles avanzadillas de los militares. Aquella parecía la mejor opción ahora que la Zona Cero no era segura.

Prepararon material para instalar sistemas de protección y distorsionadores materiales en las dos cabañas. Había que evitar que el Gobierno pudiera encontrarlos, y esa era la mejor forma de hacerlo. Vanesa se quedaría en la casa con Adán, Ángel y un gran grupo de personas. Rain se instalaría en una de las cabañas con sus chavales del gimnasio de boxeo. Montaña, Álvaro y el Dragón se irían a la segunda cabaña con el último grupo.

En total contaban con cerca de cien personas preparadas para luchar. Todos sabían pelear y la mayor parte eran criaturas o híbridos con capacidades físicas o telequinésicas, apenas los acompañaban un par de decenas de humanos.

Adán había organizado en un solo día un pequeño ejército dispuesto a luchar. Todos querían cambiar las cosas y vengar a sus muertos.

Si querían derrocar al Gobierno necesitaban conocerse, ya que tenían que actuar juntos. Debían trazar una estrategia, reaccionar del mismo modo frente a la misma situación. Tenían que pensar igual, luchar igual e incluso respirar igual. Debían funcionar como un pequeño ejército y no tener fisuras. Solo así podrían tener una oportunidad. No podía haber ni un solo movimiento en falso. El Gobierno había actuado sin piedad contra un grupo de manifestantes pacíficos, por lo que, frente a un grupo armado, serían implacables.

Aparcaron los vehículos en la parte trasera de la casa. Se bajaron y caminaron hacia el interior. Adán iba un paso por delante de Rain y el resto iba detrás, a excepción de Vanesa, que estaba muy cerca de él. Cuando Ángel los vio llegar supo que había regresado el Adán de cinco años atrás. Esbozó una ligera sonrisa; quizás hubiera esperanza después de todo.

Tardaron en preparar los grupos que se alojarían en las montañas de la sierra. Se organizaron en camionetas y cargaron todo lo necesario para protegerse: colchonetas, ropa, alimentos y armas. En todos los grupos había personas con capacidades telequinésicas o físicas que, bien enfocadas, podrían ser de gran utilidad. Eran auténticas armas humanas. No obstante, la mayoría necesitaba aprender a canalizar su energía de la manera adecuada. Quizás no hubiera tiempo para la preparación necesaria antes de enfrentarse al Gobierno.

—Rain, te llevas a tus chavales de la sala de boxeo a la cabaña norte, es la más alejada. Estas son las coordenadas —le dijo, pasándole una impresión digital.

—De acuerdo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Adán, dubitativo.

Rain estaba abatido. Montaña, Álvaro, el Dragón, Vanesa y Ángel lo observaban en silencio.

—Estoy bien, o procuraré estarlo —replicó—. Me llevaré a mis chicos y nos instalaremos en la cabaña norte. Veremos si funciona el generador de energía. Si tenemos problemas, os enviaré un punto cifrado.

—De acuerdo —contestó Adán.

—Vosotros iréis a la sur. Es la más cercana a la ciudad, por lo que si vienen los militares, tendréis tiempo para avisarnos y habrá margen para que podamos desalojar.

Los grupos salieron a la una de la madrugada.

No había camas para todos los que se quedaron en casa, pero se improvisaron sacos, colchonetas y mantas. Aquella casa, siempre silenciosa, se había convertido en una metrópolis ruidosa y llena de vida.

—Ángel, no quiero arrastrarte a una lucha —dijo Adán con seriedad cuando los hermanos tuvieron al fin un momento para hablar a solas—. Sé que creías en el cambio pacífico de Rain. Esto va a ser otra cosa, puedes permanecer al margen.

—Creo que solo hay dos alternativas: o agachamos la cabeza o salimos a luchar —respondió Ángel con una media sonrisa que contenía cierta amargura—. Ya no podemos optar por la primera opción. Además, no hay baile donde tú participes en el que yo no quiera bailar —replicó.

Ángel siempre lo había apoyado de una forma incondicional, desde el día en que lo había rescatado y lo había traído a su casa. Adán le había dado una nueva vida, una nueva madre y un hermano. Desde entonces, siempre se había comportado como si pagara una deuda eterna por su rescate.

—No tienes por qué hacerlo.

—Lo sé, pero hemos perdido la clínica y a Shui. Han dejado los cuerpos de los fallecidos durante horas para darnos una lección —señaló para confirmar su decisión—. Agachar la cabeza ya no es una alternativa.

Adán apretó los puños y asintió.

—Además, tendrás que enfrentarte a tu padre —añadió Ángel con severidad— y me necesitarás a tu lado —dijo esto colocando una mano firme sobre su hombro.

Adán parpadeó y, durante un instante, la emoción alteró el color de sus ojos.

—Lo sé... —asintió, permitiéndose sentir un poco de debilidad.

Ángel esperó unos segundos antes de decir:

—Lamento mucho lo de Shui... Creo que Rain estaba ilusionado con ella, no sé si llegó a saberlo. Es curioso, ¿verdad? —expuso amargamente—. ¿Cómo es posible querer a alguien que no siente lo mismo que tú?

—Supongo que a veces pasa.

—Sí, supongo que sí —dijo, con la mente distraída por un momento—. Rebeca me ha dado calabazas.

Adán se olvidó de Madrid por un instante y recordó la noche anterior; sintió un peso insoportable en el pecho. El peso de la culpa. Había besado a la chica de su hermano.

—No teníamos nada definido, pero pensé que podríamos tenerlo —explicó—. Ella prefiere dejarlo en una amistad.

—Entiendo —murmuró. Se sentía incapaz de confesarle lo que había ocurrido entre ellos.

—En el fondo sabía que tarde o temprano terminaría conmigo.

—¿Por?

—No sentía lo mismo que yo. Supongo que de algún modo eso se sabe —manifestó con una profunda mirada azul.

Adán miró a su hermano; no sabía que sus sentimientos fueran tan intensos. La pregunta era: ¿lo eran tanto como los suyos?

***

Rebeca se despertó temprano. En su habitación dormían cuatro chicas en colchonetas, entre ellas, Vanesa. Se levantó procurando no despertarlas. Al menos dos de ellas habían pasado mala noche, había podido escuchar cómo daban vueltas.

Cuando salió, cerró la puerta de la habitación con cuidado.

Tenía que hablar con Adán. Sentía que había pasado un mundo desde la última vez que lo había visto a solas, a pesar de que solo había transcurrido un día. Pero un día que había cambiado las cosas. No sabía si había sido por la tragedia acaecida en Plaza Castilla o por la muerte de la chica, pero estaba claro que él estaba distinto; en cuestión de horas, había convertido aquella casa en un cuartel general. Caminó hacia su habitación en penumbra. Bajo la puerta de Adán asomaba un hilo de luz. Sabía que estaría despierto, solía tener problemas para dormir. Posó una mano sobre la madera y con la otra golpeó con suavidad. En apenas unos segundos se abrió la puerta y Adán apareció en el umbral. Estaba demacrado y un abismo de oscuridad asomaba en su mirada. Se le encogió el corazón al verlo.

—¿Puedo entrar? —preguntó, contrariada, al ver que no decía nada.

Adán la miró, dubitativo, y luego la hizo pasar con un gesto. A pesar de su actitud fría y taciturna, su cuerpo se alteró ligeramente al tenerla cerca. Estar con ella era jugar con agua y electricidad, entre los dos había una conexión muy íntima que iba mucho más allá de sus propias voluntades.

Adán cerró la puerta. Estaba vestido tan solo con la parte de abajo del pijama. Rebeca sintió deseos de abrazarlo. Quería decirle que todo iría bien, que no importaba lo horribles que se presentaran las cosas, que ella estaría a su lado. Sentía que el pecho le iba a estallar de todas las cosas que tenía contenidas. Sin embargo, con él siempre era difícil.

—¿Cómo estás?

—Digamos que ayer fue un día complicado —contestó sin mirarla directamente a la cara.

—Sí —confirmó ella. ¿Por qué otra vez le costaba tanto hablar con él?—. Lo que ha pasado en Plaza Castilla es horrible —dijo, tratando de encontrar las palabras para acercarse.

—«Horrible» es una palabra muy pequeña para lo que ha ocurrido —replicó Adán con voz seca.

Rebeca asintió.

Adán se movió hacia el otro lado de la habitación y se acercó a una ventana. Parecía querer poner distancia entre los dos.

Nuevamente estaba lejos, terriblemente lejos.

—El despliegue que ha habido esta tarde ha sido increíble, es como si esta casa se hubiera convertido en un campamento improvisado. Una especie de cuartel general.

—Lo sé, pero no podían seguir en la Zona Cero. No es un lugar seguro —explicó—. Hemos intentando desalojar, aunque siempre hay quien va por libre y decide quedarse. Mucha gente se ha buscado otras alternativas.

—Y muchos se han venido aquí.

—Sí, los que quieren luchar. El plan que tenía Rain ya no es viable —añadió—. Siento que hayas tenido que compartir tu habitación. ¿Ha ido todo bien con las chicas?

—Sí, todo bien. En realidad, no es mi habitación, solo era una okupa —replicó con una media sonrisa—. Ahora compartimos la *okupación*.

Adán sonrió levemente, a pesar del poco ánimo. Ella solía tener esa facultad, la de colarse por las grietas de su coraza.

—Esta es tu casa. No tienes que marcharte mientras no quieras —indicó.

Rebeca dio un paso hacia él. Le hubiera gustado decirle muchas cosas. Abrazarlo y darle algo de ánimo, pero Adán se mantenía distante y había aprendido que con él había que dar interminables rodeos.

—Pensé que te mantenías al margen, que no ibas a meterte en ninguna corriente revolucionaria.

—Eso era lo que quería, pero las cosas a veces no salen como uno las planea —replicó—. Hay que pararle los pies al Gobierno. Han ido demasiado lejos.

—Contad conmigo —dijo Rebeca—. Quiero formar parte de esto.

—No —sentenció él con firmeza—. Es muy peligroso, nunca has peleado.

—Eso no es cierto —se revolvió—. He entrenado mucho, puedo ayudar.

Él la miró con dureza, no iba a ceder en eso. Daba igual que lo odiara, era más importante que se mantuviera con vida. Ya había

perdido a Shui y no iba a perderla a ella.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo. Toda la gente que está abajo ha luchado de verdad. No se han limitado a entrenar —señaló mordaz—. Vienen de un agujero como la Zona Cero donde a veces salir vivo de una pelea es la única forma de pararla. Tú ni siquiera eres capaz de controlar tus capacidades. Tuviste una implosión muy peligrosa en la piscina. Estabas descontrolada.

—Pensaba que estaba controlada por ti —replicó.

—La única que puede controlar tus capacidades eres tú misma y no consigues hacerlo, no acabamos de saber ni el alcance que tienen —insistió.

—¿Por qué me hablas así?

Podía comprender que estuviera afectado por lo ocurrido, pero a veces era imposible soportar el muro que levantaba a su alrededor. Ella también podía ser fría si eso era lo que él quería.

—Porque tienes que aprender a protegerte, Rebeca. Estamos a las puertas de una guerra. Llegado el momento, no habrá nadie ahí fuera dispuesto a ayudarte.

—Pero hay alguien aquí dentro, ¿no? —preguntó, dando un paso hacia él.

Sus ojos verdes lo miraron con dureza.

Adán desvió la mirada. Se sentía incómodo. Él no era bueno para ella. En realidad, no era bueno para nadie, menos en aquel momento. Además, estaban los sentimientos de Ángel. Lo que había pasado en la piscina no se podía repetir.

—Es mejor que te vayas.

Rebeca lo miró sorprendida.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó.

Sentía ganas de azuzarlo. ¿Por qué era tan cabezón? Había probado cómo se consumía en un solo beso, ¿por qué ahora era tan distante?

—Creo que es lo mejor —insistió, tratando de sostenerle la mirada.

Rebeca lo veía frío, firme, pero a ella no la engañaba: había fuego en el fondo de su mirada.

—¿Qué pasa? ¿Es por esa chica? —Las palabras salieron de sus labios sin poder retenerlas.

Él se dio la vuelta y miró a través de la ventana. Los músculos de su espalda estaban tensos. Sin embargo, a pesar de su actitud taciturna, había algo que le hacía saber que la quería cerca.

—Shui —murmuró Adán, aclarando el nombre que Rebeca buscaba.

—Era tu amiga...

—Era más que una amiga —corrigió—. Era una persona muy importante para nosotros.

—La hermana de Tian.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó sin darse la vuelta.

—Me lo contó Ángel.

—Ya... —Ángel y ella habían compartido mucho.

Rebeca miró su espalda tensa. Nunca había sido una chica falta de carácter, respiró hondo y se acercó a él. Puso una mano sobre su espalda. Adán cerró los ojos y apretó la mandíbula. Tenía que poner distancia.

—¿Puedes darte la vuelta o tengo que hablarle a tu espalda? Porque es como hacerlo a una mole.

Adán se giró y bajó la mirada hasta encontrarse con sus ojos verdes que lo observaban con firmeza. No dijo nada, pero, a pesar de la frialdad exterior, se sentía desarmado, siempre era así con ella.

—Ahora tienes los ojos de color castaño claro con una pizca de miel. He aprendido a leer los cambios en tus ojos y en tu pelo, pero todavía no sé qué significan —murmuró.

Adán sintió el aliento sobre su pecho.

—Cuando estoy descontrolado se aclaran —murmuró.

—¿Y ahora? —preguntó ella, tocando con la palma de su mano su pecho desnudo.

Soltó el aire que había tenido retenido. Rebeca le besó con delicadeza el pecho. Adán cerró los ojos y sintió que el corazón le iba a mil. Subió ambas manos hasta el cuello de ella. Su piel era pura seda. Rebeca entreabrió los labios, sus ojos verdes estaban empañados por una bruma tenue. Adán la miró, buscando en aquel verde lleno de matices; ella era valiente, era intrépida y estaba

dispuesta a romper la coraza que él insistía en mantener para que ella no pudiera colarse y llegar a él.

—Rebeca, no es una buena idea.

Ella subió sus manos hasta los brazos de él. Eran los brazos de alguien fuerte, impertérrito. Nunca había sentido algo tan demoledor. Saber que alguien se sentía atraído por ella y a la vez se mantenía a distancia. ¿Podría ser más frustrante?

—Enumérame los motivos por los cuales no es una buena idea —le pidió mientras sus cuerpos se acercaban.

Ella acarició sus brazos mientras él no dejaba de sujetarle el cuello. Pensó que, aunque él podía ser duro como una roca, el agua podía hacer erosión incluso en la roca más firme.

Adán bajó un poco la frente, sin ser consciente de ello, hasta apoyarse ligeramente en la de ella. Sentía su aliento sobre sus labios. Quizás podría alimentarse de su aliento, al menos por unos segundos. La deseaba, de eso era plenamente consciente, y estaban en su habitación, donde había soñado con tenerla. Pero era una mala idea. Ella le había pedido una lista. Se la daría.

—¿Quieres motivos? —preguntó, separando su frente de la de ella en un esfuerzo titánico—. Bien, te los daré. El primero es que yo no soy una buena compañía. No soy un príncipe azul, tú misma me lo dijiste una vez, ¿recuerdas? Tengo muchos demonios, y tendré más —añadió, pensando en la perspectiva de una guerra civil.

—Ese no es un motivo. No me importa lo que haya pasado en tu vida.

—¿Ni que mi padre sea el alcalde? —preguntó con una dura mirada de ojos melados.

—No, tú no has elegido a tu padre.

Adán la soltó. Ella sintió que el frío se colaba entre los dos. Vio como él se armaba de hielo.

—¿Y el hecho de que Ángel sea mi hermano?

Rebeca guardó silencio unos instantes.

—A Ángel lo quiero como a un amigo.

Adán la miró, pero no le dio réplica. Sus ojos sostenían una mirada dura.

—No ha pasado prácticamente nada entre nosotros —añadió.

Adán asintió y rompió el contacto visual. Se separó de ella y fue hacia su mesita de noche, cogió el conector y echó un vistazo a la hora.

Rebeca observó la cama deshecha a su lado y los kilómetros de distancia que él había puesto entre los dos. La protegía, la cuidaba, quería que permaneciera en esa casa, a salvo de las revueltas, pero estaba dispuesto a mantenerla apartada, a pesar de aquello que crecía, salvaje, entre ellos.

—No quieres nada conmigo, pero me celas. Muy bonito —siseó molesta.

—Deberías irte, quiero ducharme —manifestó.

Rebeca sintió ganas de partirle la cara.

—No te preocupes, me voy. No sé ni por qué he venido —añadió mientras cruzaba la habitación.

—Rebeca —la llamó cuando ella había agarrado el pomo de la puerta. Se dio la vuelta, sin soltarlo.

Adán se acercó, manteniéndose a distancia. Sus ojos color miel la miraban con intensidad. La deseaba. Podía ser un inmenso bloque de hielo, pero la deseaba.

—Rebeca, yo…

—¿Qué? ¿Vas a decir algo? —preguntó desafiándolo—. Desde luego tu fuerte no son las relaciones sociales —añadió hiriente. Él la había despreciado, no iba a volver a acercarse.

—Lo siento.

Rebeca se preguntó qué sentía. ¿El haberla besado el día anterior de aquella manera tan devastadora? ¿El mirarla así y levantar un muro entre ellos? ¿El ser contradictorio?

—No te preocupes que no volveré a molestarte, he debido de sufrir una especie de enajenación transitoria.

Él la miró, pero no dijo nada.

Rebeca se limitó a negar con la cabeza. Abrió la puerta y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Cuando llegó a su cuarto, se metió con cuidado en el baño para no despertar a las demás chicas. Se sentó en el suelo, apoyada en la pared, y parpadeó varias veces para no llorar. No iba a llorar por él, a pesar de tener aquel sentimiento inmenso quemándole en el pecho. ¿Cómo podría

permanecer en aquella casa? ¿Qué otra opción tenía? No podía volver a su piso ni mucho menos al ayuntamiento.

Se levantó y miró a través de la ventana. Los inmensos arboles de la sierra se extendían ante su vista bajo el cielo naranja del amanecer. Era imposible volver a su antigua vida.

# 23

Madrid era una ciudad psicológicamente derrotada. Habían pasado quince días desde el atentado en Plaza Castilla. Los ciudadanos atacaban a la policía, tirándoles piedras y todo aquello que encontraban a su paso. Gran parte de los negocios y los centros de trabajo habían cerrado indefinidamente. Día tras día se creaban pequeños amotinamientos en los locales comerciales. Mucha gente había decidido no salir de sus casas, ya que el miedo se había extendido como una peste. La inseguridad provocó que la población hiciera acopio de alimentos. El ambiente estaba cada día más caldeado.

No obstante, a pesar del descontrol social, el alcalde no estaba dispuesto a reconocer la existencia de la población criatural. La postura del Gobierno era que había una revolución social de origen anarquista y, en contestación a la insubordinación de los ciudadanos, se había declarado el estado de sitio. El control militar cambió el paisaje de la ciudad. Cada vez era más difícil entrar y salir del Muro, Madrid se había convertido en un Estado completamente militarizado. El Gobierno estaba decidido a controlar la situación mientras la imagen idílica de Majadahonda perdía su brillo.

Con el respaldo de los habitantes de la Zona Cero que se habían desplazado a la sierra, se consiguió localizar a otros dos exmiembros de la Alianza: Hanna y Alfonso. Vivían en las afueras de Madrid. Los dos dejaron sus vidas y se fueron a la sierra con Adán y los demás. Hanna era una mujer de gran envergadura, tenía una complexión parecida a la de Adán: alta y fuerte, era una tipa muy despierta y activa. Alfonso era más delgado, rapado y parco en palabras; estaba casado y lo único que lo impulsaba a luchar era asegurar un futuro para su mujer y su hijo, que por ahora permanecían a salvo en las afueras con su familia.

Ambos eran híbridos y ambos habían coincidido con Ángel y Adán durante su periodo en la Alianza. Habían sido contaminados años atrás. Hanna había desarrollado una gran fuerza y Alfonso, mayor agilidad.

Era hora de restablecer el grupo. Adán veía cómo las personas que un día habían luchado bajo el liderazgo del Maestro estaban dispuestas a hacerlo otra vez. Ninguno dudó. Según retomó el contacto, Adán tuvo la certeza de que entre ellos no estaba el responsable de la muerte de Aridus y el Alemán. Nadie parecía estar pensando en ellos en ese momento. Sin embargo, Adán mantenía una pequeña alarma en su interior que lo impulsaba a no olvidar que su amigo había muerto a manos de un «hermano».

No pudieron localizar a Xan Baldomar, amigo íntimo de Ángel. Xan vivía dentro del Muro y Ángel había intentado contactar con él hasta en tres ocasiones mandándole mensajes cifrados, pero no había respuesta. Había echado una mano tras el atentado de Main, pero ahora estaba ilocalizable. Era demasiado peligroso intentar acceder al Perímetro con la ciudad tomada por los militares, por lo que el contacto con Xan fue imposible, así que lo dejaron al margen. Ángel tenía miedo de que le hubieran hecho algo como a Aridus.

A Enrique Dubois no hizo falta buscarlo. Él contactó directamente con Ángel y ambos se encontraron en un parque abandonado de la Ciudad Vieja. Enrique ya estaba en la entrada cuando Ángel llegó.

—Hacía tiempo que no veía una de esas motos eléctricas —le dijo Enrique a modo de saludo cuando lo vio llegar.

—Hola —contestó Ángel, aparcando la motocicleta—. Tenemos generadores en casa, por lo que podemos autoabastecernos.

—Eso lo explica —comentó Enrique.

Dubois era un joven de aproximadamente treinta años, muy delgado y no demasiado alto. Era un humano con el pelo castaño, una pequeña perilla en la parte inferior de su mentón y unas gafas que ocultaban unos tímidos ojos azules. El resultado, en conjunto, no parecía encajar en el perfil de un miembro de la Alianza. Era un informático bastante retraído que trabajaba para el Gobierno y se dedicaba a las telecomunicaciones. Vivía dentro del Muro, a pesar de

no comulgar con el sistema. Había dejado la Alianza antes de que esta se deshabilitara porque no veía que fueran a cambiar las cosas. Hacía años que ya no se consideraba un idealista.

—Siento mucho la muerte de Shui —le dijo Enrique a Ángel mientras se sentaban en una de las abandonadas gradas del parque de Canal.

—¿La conociste?

—Ella me dio tu contacto. Me buscó hará un par de semanas, antes de que se desatara todo esto. Quería información de Aridus.

—Estaba buscando a su asesino —señaló Ángel.

—Lo sé. Supongo que quería saber si yo tenía algo que ver —indicó, confirmando sus palabras.

—¿Y lo tuviste?

Ángel aprovechó para tratar de acceder a su mente. Enrique era un humano, por lo que no tenía capacidades telepáticas que inhibieran a Ángel. Las facultades de este le permitían tener rápidas impresiones, que no siempre funcionaban, pero entonces sí lo hicieron. Lo que observó le dejó tranquilo.

—No, obviamente —contestó con sinceridad. Ángel sabía que decía la verdad—. También me contó lo de Plaza Castilla. No pensé que fuera a acabar así la manifestación pacífica.

—Ninguno lo pensamos.

Ángel aprovechó para tantear a Dubois. Finalmente, cuando supo que podía confiar en él, le planteó la posibilidad de unirse a la Alianza. Dubois se negó. Él no se consideraba un luchador. Sabía que ya se estaba viviendo una guerra en la ciudad, poco a poco, día a día, pero él no se veía enfrentándose a los militares. No se fiaba del Gobierno; precisamente, porque sabía hasta dónde podía llegar prefería permanecer inactivo.

—Te dejo mi dirección por si necesitáis contactar conmigo —señaló Dubois al despedirse de Ángel.

Le pasó su dirección en una burbuja de proximidad. Podían llegar a necesitar un contacto dentro del Muro, el único que tenían era Xan y continuaba ilocalizable.

Adán, Ángel, Montaña Roja, Álvaro, el Dragón, Hanna y Alfonso Bach hicieron el juramento. Repitieron el ritual que habían hecho

años atrás, palabra por palabra. Hikari Yuan y Enrique Dubois no juraron, porque jurar significaba entregar la vida a esa causa. Hikari tenía muy claro que no regresaría. Él no iba a dejar su mundo por una ciudad que no había hecho nada por él. Consideraba que ya había dado demasiado por una lucha que no había llevado a ningún sitio. Sin embargo, no les daba la espalda, su casa estaría abierta para acoger a todos los que lo necesitaran. Del mismo modo, Enrique Dubois los respetaba, pero no iba a involucrarse. No era un luchador. Nunca se había considerado un hombre de acción. Adán se sentía reacio a confiar en alguien de dentro del Muro que trabajaba habitualmente para el Gobierno. Dio instrucciones expresas de no volver a contactar con Dubois bajo ninguna circunstancia.

Tras el juramento de los antiguos miembros de la Alianza, juraron los nuevos. Rain y Vanesa juraron uniéndose a la nueva generación. Rebeca también lo hizo, a pesar de las reticencias de un taciturno Adán. Quería protegerla, pero cada vez estaban más distantes y no hubiera podido evitar que se convirtiera en una jurada, salvo que la hubiera echado de allí, y eso no podía hacerlo. Necesitaba protegerla, saber que estaba bien. No había ningún lugar seguro en Madrid, pero al menos allí podía cuidarla, a su manera.

Adán observó cómo Rebeca decía las palabras una a una, como lo habían hecho el resto de los que juraron esa tarde en la casa de la sierra, mirándolo a los ojos y sin titubear, completamente vestida de negro y con una mano en el corazón.

—Juro luchar por el progreso y no utilizar la deshumanización. Entrego mi vida para proteger a los ciudadanos de Madrid y a mis hermanos —declaró con voz firme—. Evitar las contaminaciones y proteger al que necesite mi ayuda. No quebraré jamás este juramento mientras me mantenga en pie.

Adán se limitó a asentir cuando ella terminó, sin hacer signo alguno que denotara sus sentimientos. Cuando acabó, Rebeca se apartó, dejando paso al siguiente jurado, que repitió las mismas palabras.

La Alianza resurgió de sus cenizas prácticamente con unos ochenta nuevos miembros.

***

Ángel observó el cielo de la sierra: era claro y limpio. Los días en la ciudad se tornaban cada vez más grises mientras en la sierra se imponía una disciplina diaria dentro de una relativa serenidad que parecía anticipar la tempestad. Las mañanas se dedicaban a entrenar. Los viejos miembros enseñaban tácticas de combate a los nuevos jurados. Trabajaban contra reloj para poder actuar cuanto antes. No había tiempo que perder, Madrid era un hervidero.

Estaban decididos a acabar con las políticas opresoras y establecer un nuevo régimen en Madrid, pero para ello tendrían que salvar dos frentes: el sargento y el alcalde. No se olvidaban del primero, a pesar de que llevaba un tiempo desaparecido, desde unos días después del atentado de Main. Sin embargo, sabían que planeaba tomar la ciudad, que era precisamente lo que ellos iban a hacer antes de que el sargento tuviera ocasión. Era primordial tener una estrategia y esta debía incluir atacar al Gobierno antes de que lo hiciera el sargento. Según varias fuentes, el sargento estaba escondido esperando su oportunidad. Cobarde y loco, una combinación terrible para gobernar. El sargento tenía seguidores muy fieles, pero el despliegue militar del Gobierno era abrumador en el centro de la ciudad y resultaba muy difícil entrar o interceptar las comunicaciones. El Muro era infranqueable. La estrategia parecía clara, pero para llevar a cabo su plan necesitaban armas, para lo cual resultó ser una suerte haber encontrado a Hanna quien parecía saber todo lo necesario para conseguirlas.

Ángel observaba a los jurados que entrenaban en el jardín. El duro entrenamiento de días atrás estaba dando sus frutos. Era un grupo compacto: resolvían del mismo modo cada problema de estrategia. Eran rápidos y canalizaban a la perfección sus capacidades. Pero estaban en un espacio seguro y protegido, no tenía claro que lo hicieran tan bien en otro escenario. Dentro del grupo, su alumna destacada, Rebeca, estaba completamente integrada. Peleaba con destreza y tenía una gran determinación. Sabía que ella venía de una vida mucho más cómoda que la mayoría. Pero compensaba su inexperiencia con mucha disciplina.

No le importaba repetir los ejercicios y trabajar de sol a sol. Había dejado atrás los miedos que la habían estado frenando.

—Es muy guapa —declaró Vanesa, acercándose a Ángel.

Este estaba observando cómo Rebeca peleaba con otra de las chicas, una híbrida que acababa de tumbarla con una llave. Rebeca sonrió y se levantó, agarrándose a la mano de su compañera, para volver a empezar.

—Sí, sí que lo es —confirmó sin añadir nada más.

Rebeca repitió el ejercicio y en esta ocasión consiguió tumbar ella a su contrincante, quien la felicitó por su destreza.

—Tiene un potencial muy superior a la mayoría de esos chicos —comentó echando un vistazo al resto de las parejas que estaban trabajando.

—La verdad es que sí —contestó Ángel—. Le ha constado mucho canalizar sus capacidades, pero ahora está centrada. Aunque todavía le queda mucho trabajo por delante.

Vanesa lo miró con curiosidad.

—Bueno, te tiene a ti para ayudarla —comentó.

—Sí, claro, como todos —respondió, quitándole importancia.

—Y a Adán, claro. No le quita los ojos de encima —agregó ella con intención, haciéndole ver algo que él no había visto.

Iba a replicar, pero Vanesa dio un par de pasos atrás y se marchó.

Ángel buscó a Adán con la mirada. Estaba controlando el trabajo de las parejas que estaban luchando, como él. Se fijó con atención y observó algo de lo que no se había dado cuenta hasta ese momento: su hermano no apartaba los ojos de Rebeca. A pesar de toda su frialdad y aspereza, estaba pendiente de cada uno de sus gestos y movimientos. Se mantenía alejado, pero no la dejaba. ¿Cómo no lo había visto antes?

—No puede ser... —murmuró pensativo, comenzando a atar cabos.

***

—Madrid es un bastión en manos del alcalde —señaló Ángel—. Esta mañana se han acercado al Muro dos de los chavales y han confirmado que está todo plagado de militares. El acceso al centro es infranqueable.

Estaban reunidos en el despacho de Adán todos los antiguos miembros de la Alianza. Algunos comenzaban a impacientarse, no querían esperar más tiempo para atacar al Gobierno.

—Pues tendremos que reducirlos —bufó Montaña Roja—. Para eso estamos aquí.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados —lo apoyó Hanna, quien había resultado ser tan impaciente como Montaña.

—¡No estamos de brazos cruzados! Nos estamos preparando —respondió Rain, molesto.

—¿Cuánto tiempo necesitas para estar preparado? —le replicó, impaciente, Montaña—. Llevamos quince días aquí, joder. Tenemos que organizarnos para buscar comida y cada vez que vamos a la ciudad nos ponemos en peligro. Debemos atacar antes de que vengan a reducirnos.

—Tenemos una ciudad militarizada, no debemos actuar con precipitación.

—¡Basta! —exclamó Ángel, lo último que quería eran enfrentamientos internos—. No hemos venido aquí para enfrentarnos los unos con los otros, sino para enfrentarnos al Gobierno. Pero debemos hacerlo con sentido común. Un paso en falso y lo habremos perdido todo.

Montaña Roja apretó los dientes. Le costaba mantener la disciplina. Era un hombre de acción. De todos los que estaban en el despacho, los que más presión sentían eran Montaña Roja y Rain. Los dos eran unos líderes natos. Fuertes físicamente, y decididos. Estaban acostumbrados a tomar decisiones individualmente, no a someterse a una decisión de grupo. Ambos formaban parte de los dos grupos alojados en las cabañas de la sierra. Allí las condiciones eran más precarias y el frío del invierno comenzaba a hacer mella en ellos. Además, Rain sentía todas las muertes de Plaza Castilla sobre su conciencia y necesitaba darle un sentido a aquella pérdida o se

volvería loco. Sentía el fantasma de Shui acechándolo en aquellas oscuras noches invernales.

—Mi hermano tiene razón, pero Montaña Roja también —sentenció Adán—. Es insostenible continuar así a largo plazo. Cuanto más tiempo pase, más preparados estaremos, pero también puede perderse el ánimo del grupo. Además, nos exponemos a tener enfrentamientos internos.

—Entonces, ¿eres partidario de iniciar ya el ataque? —quiso saber Montaña.

Todos lo miraban expectantes. Habían aceptado el liderazgo de Adán con normalidad, todos parecían dispuestos a seguirlo como un día lo habían hecho con el Maestro, por eso esperaban su decisión.

—Creo que sí. No debemos posponerlo más, es la hora. Hanna y yo hemos trazado un plan de ataque que queremos plantearos. —Todos lo miraban con interés—. Si queremos tener una posibilidad, debemos atacar desde dentro del Muro. Si lo hacemos desde fuera, nos aplastarán como a hormigas.

—Desde fuera no tendremos posibilidades —aclaró Hanna, siendo aún más concreta—. Han cerrado las puertas del Muro. Durante la noche no se puede entrar ni salir y por el día revisan a todos los que quieren acceder. Están posicionados arma en mano, deseando tener una mínima excusa para disparar.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? —preguntó el Dragón desde detrás de su lacio flequillo. Él nunca solía tomar la palabra, le gustaba estar en la sombra y pasar desapercibido, pero lo que planteaban le parecía inverosímil: ¿cómo iban a salvar el Muro?

—Hemos pensado que lo mejor es volar el Muro y abrir entradas por las que podamos acceder. Es la única manera de que no puedan cerrarlo y sitiarse dentro —le contestó Adán, como si lo que estuviera diciendo fuera algo que pudiera hacerse sin más—. Para ello tenemos que colocar explosivos en el Muro.

—Pero ¿cómo hostias vamos a colocar los explosivos sin que nos vean? —bramó Montaña malhumorado.

—Despistándolos —le contestó Hanna tomando la palabra—. Nos vamos a organizar en dos grupos. Un grupo irá a las obras de la central y las destruiremos. Esa será la muestra que el Gobierno

necesita para saber que vamos en serio, y de paso acabamos de una vez por todas con esa abominación. Cuando se enteren de la explosión enviarán a los militares a la central, dejando a la ciudad vulnerable y, en ese momento, el segundo grupo colocará los explosivos. Los pondremos en el interior del Muro, en sitios estratégicos, cerca de jardines. Si los ponemos en el exterior, corremos el riesgo de que nos descubran por las cámaras de seguridad.

—¿Cómo va a entrar el segundo grupo? —preguntó Álvaro dando un paso hacia el escritorio, donde estaba sentada Hanna con Adán y Ángel a su lado.

—Tengo acceso a una compuerta sellada —interfirió Adán, dando su apoyo a Hanna—. Utilizaremos una antigua vía de metro para acceder al centro.

—¡Me gusta la idea! —exclamó Montaña Roja esbozando una sonrisa entre una sonora carcajada.

—A mí también, podemos conseguirlo —apoyó Rain decidido.

Los demás asintieron y empezaban a comentar los pequeños detalles cuando Adán los interrumpió diciendo:

—Lo único que no me convence es tener que transportar los explosivos y pasarlos al interior de Majadahonda. Eso puede ralentizar mucho al grupo que entre en el Perímetro. Harán falta varias personas.

—Hay que hacer los cálculos —señaló Hanna pensativa—, pero tendremos que ir varios. Los explosivos que puedo conseguir en el mercado negro son antiguos y pesados. Hace falta mucha cantidad para volar un muro como ese. La idea es abrir cuatro agujeros en puntos distintos para entrar rápidamente y poder dispersarnos por la ciudad, pero para eso hay que pasar muchos explosivos. —Hizo una pausa—. Es posible que solo consiga dinamita en esas cantidades.

—No me jodas, hombre, ¡dinamita! ¿Estamos en la prehistoria? —bramó Montaña.

—No hay nada más barato y que se pueda conseguir en grandes cantidades rápidamente —señaló Alfonso, apoyando lo que decía Hanna. Ambos se conocían desde hacía mucho tiempo. Habían

vivido mucho juntos y los dos sabían manejarse muy bien en el mercado negro.

—Los explosivos para volar el Muro deberíais cogerlos dentro de la ciudad —los interrumpió una voz desde la puerta—. Lo mejor sería utilizar puntos de holograma explosivos. Cuatro puntos milimétricos serían suficientes para echar abajo cuatro puntos diferentes del Muro, uno por cada entrada que queráis abrir. De esa forma, el grupo que entre en Majadahonda podría ir mucho más ligero, con un par de personas sería suficiente. Serían más rápidos y eficaces.

Todos se giraron. En la puerta estaba Rebeca. Vestía ropa de deporte negra y tenía el pelo recogido en una coleta. Adán la miró intensamente, no habían vuelto a hablar a solas desde que la había prácticamente echado de su habitación quince días atrás. Estaba muy distinta, mucho más centrada y preparada. No quedaba nada de su miedo, ni un reflejo de sus temores. Su vida de abogada parecía tan lejana y difuminada como si nunca hubiera existido y su espíritu era el de una auténtica guerrera. Ángel se fijó en el ligero cambio de gesto de la cara de su hermano; no le quedaba ningún género de duda de que Adán estaba interesado en ella, a pesar de toda la frialdad que quería aparentar. Rebeca parecía estar muy lejos de ambos, fuerte e inalcanzable.

—¡Eso es imposible! —dijo Rain—. ¿Cómo pretendes que hagamos algo así?

—Cogiendo los explosivos de la reserva de emergencia que se guarda en el sótano del ayuntamiento. Hay explosivos de última generación: puntos de holograma explosivos con programación remota. Una vez colocados, se activan con un conector general —concluyó mientras todos la miraron expectantes—. El ayuntamiento tiene un auténtico búnker en su base para «emergencias».

—¿Cómo vamos a entrar allí?

—Yo tengo permisos especiales para acceder. Participé en un equipo de estudio para controlar la seguridad del búnker, hacíamos pruebas e informes. Tengo permisos para entrar en el ayuntamiento por cualquier puerta, el búnker incluido. Salvo que me hayan restringido el acceso en las últimas dos semanas.

—No, no. Tú no puedes entrar. Es muy peligroso —se negó Adán, poniéndose en pie—. Tendrás que darnos tus claves de acceso. Nosotros lo haremos.

—Yo soy la llave de entrada. Hay que usar la huella digital —replicó Rebeca con frialdad.

—Tampoco sabemos si te han retirado los permisos —dijo Hanna, sopesando la posibilidad—. Pero tener acceso a unos explosivos así sería la solución perfecta.

—¡Tendremos que arriesgarnos! —contestó ella mientras el verde de sus ojos brillaba desafiante.

# 24

—Vamos, no hay que perder un minuto. ¡Moveos rápido, joder! —bramó el pelirrojo al grupo de cinco hombres que se movían detrás de él, incluido Alfonso.

La noche era clara. La luna brillaba con fuerza, dando más luz de la necesaria. Introducirse en las obras de la central resultó bastante fácil, ya que todo el perímetro de construcción estaba muy poco asegurado. Tan solo había una docena de militares controlando la obra desde dentro.

El hecho de que hubiera militares defendiendo aquella construcción era un reflejo de la importancia de la central para el alcalde. Un reflejo de su vieja y rancia gloria. Quería dejar patente que su poder y su liderazgo estaban intactos, que las pequeñas sublevaciones y amotinamientos pasarían y que Madrid no sucumbiría a la revolución.

Montaña Roja y Alfonso iban por la parte norte del recinto mientras que por el sur avanzaban Rain y Hanna con otro grupo de las mismas dimensiones. Cada grupo sabía perfectamente qué tenía que hacer. Los explosivos que llevaban para detonar el edificio eran antiguos y de muy baja calidad. Contaban con la pericia de Hanna, que era experta en explosiones y había trabajado en demoliciones de edificios en los barrios sin reconstruir tras la Gran Guerra. Había calculado que con esos explosivos tendrían que colocar grandes cantidades para destruir toda la construcción, de modo que sería prácticamente imposible controlar la voladura.

Rain y Hanna avanzaban sin problemas, su grupo sabía perfectamente lo que tenía que hacer: era importante ser silencioso y mimetizarse con las sombras de la noche. Se encontraron con tres militares que estaban fumando mientras charlaban animadamente; el olor dejaba claro que se trataba de droga. Rain le hizo un gesto a

uno de los hombres de su grupo para que avanzara con él y Hanna mientras el resto esperaba.

—Están fumados y distraídos, podemos noquearlos sin más —susurró Rain.

—Está bien —lo apoyó Hanna mientras el tercero se limitaba a asentir y el resto del grupo se escondía en las sombras.

Se acercaron sigilosos y en cuestión de segundos los tres militares estaban en el suelo, inconscientes y desarmados. El humo del cigarro ascendía, extendiendo el olor de la droga. Rain lo pisó y le hizo un gesto al resto de sus hombres para que avanzaran.

El grupo de Montaña Roja, sin embargo, no tuvo tanta suerte. Se encontraron con tres militares. Montaña Roja reaccionó a tiempo de coger directamente por la cabeza a uno y echarlo hacia un lado. El soldado cayó, soltando su arma. Alfonso le dio una patada que alejó la pistola del segundo individuo y Montaña lo remató de un puñetazo. Con el tercero no corrió la misma suerte: disparó a destajo y alcanzó a uno de ellos, que cayó abatido sobre el suelo. Otro de los chicos reaccionó y consiguió ralentizar la velocidad de las balas. Era una criatura con capacidades telequinésicas. Montaña corrió a tiempo de coger las cuatro balas que seguían su trayectoria. Sabía perfectamente que ese tipo de sensibilidades apenas duraban unos segundos. Después de retenerlas, las soltó y cayeron al suelo. Le ardía la mano, el dolor era intenso. En la palma tenía cuatro marcas hechas a fuego de las que comenzaba a brotar sangre. Antes de que el tercer militar pudiera volver a disparar lo golpeó con la mano sana. Su fuerza era brutal. Montaña había adquirido su mote no solo por sus grandes dimensiones, sino por su desmesurada fuerza física. Los hombres de su grupo, que estaban perfectamente entrenados para combatir, se sintieron unos niños en pañales a su lado.

—Vamos. No os quedéis ahí, cojones. ¡Mirad si está vivo! —bramó señalando el cuerpo que yacía en el suelo.

Alfonso aguardó en silencio mientras uno de los hombres se agachaba. Rápidamente levantó la cabeza en un gesto elocuente y la movió a ambos lados. Había muerto, se trataba de un joven que apenas superaba la mayoría de edad.

***

—Mantente pegada a mí.

—¿Estás seguro de que eso funcionará? —preguntó Rebeca escéptica.

—Creo que no es momento para dudar —replicó Adán—. De todas formas, ahora saldremos de dudas.

Estaban al lado de la antigua entrada de metro de Tres Olivos. La tarjeta de Hikari Yuan había determinado que esa era la entrada que se abriría una vez activada. Adán apartó unos arbustos y tuvo acceso a la verja. Estaba oxidada, sin embargo, la abrió sin problema. Rebeca ya no se sorprendía de sus demostraciones de fuerza. Sabía que él era distinto; no era una criatura, no había sido contaminado, pero resultaba más fuerte y letal que todas las criaturas, híbridos y contaminados alojados en la sierra. Todavía no sabía el porqué. Ángel no se lo había contado y llegar a conocer a Adán parecía una tarea imposible.

La compuerta, ubicada tras la verja, se abrió tal y como habían previsto.

—¡Ha funcionado! Podemos entrar —confirmó, adentrándose en su interior.

Rebeca observó unos instantes el Muro, apenas cien metros más allá. Un mundo a cada lado del Perímetro. Ahora más que nunca, la vida al otro lado del Muro se le antojaba radicalmente distinta. No podían saber qué estaba pasando dentro del Perímetro, pero fuera del Muro, en aquella parte de la ciudad, la noche se mostraba silenciosa, parecía que no hubiera vida en kilómetros. Edificios cerrados y avenidas desiertas. El miedo se había llevado todo el ruido y la humanidad. Parecían no quedar nada más que sombras.

—¡Ey, venga! ¿Qué haces todavía ahí fuera? —preguntó, asomándose de nuevo al exterior.

Rebeca se movió. Lo último que vio antes de cruzar la antigua entrada del metro era una inmensa luna sobre la ciudad. Una vez dentro, el olor a cerrado y a humedad se entremezclaba con cierto hedor a rancio y a aguas estancadas. A lo lejos se escuchaban

pequeños ruidos, quizás se trataba de ratas o de alguna criatura torturada. La oscuridad era total en aquellas vías de metro cerradas.

—Vamos a ver si hay suerte y conseguimos que funcionen las antiguas luces de emergencia —comentó Adán acercándose a un cuadro en la pared—. Tendrían que ser estas —murmuró mientras toqueteaba unos cables.

En cuestión de segundos logró que la luz parpadeara en todo el túnel. Tras unos segundos más, una tenue luz se hizo permanente. Estaban en semioscuridad, pero era suficiente para poder avanzar por las antiguas vías.

—¡Bien! —exclamó Rebeca con una sonrisa.

—A ver —murmuró él, tratando de ubicarse—. Tenemos que bajar por aquí hasta Chamartín y pasarnos a las vías del cercanías hasta el centro de Majadahonda. Tendríamos que llegar en unas dos horas —sentenció pensativo.

—Eso es prácticamente diez kilómetros por hora —replicó ella —. Creí que iríamos con un ritmo más bajo.

—Yo lo considero un ritmo bajo, ¿no? —preguntó con una sonrisa algo picajosa que lo hizo parecer por un instante un niño grande.

Rebeca puso los ojos en blanco, era un tipo imposible.

—Muy bien, vamos —aceptó, atándose el pelo.

Se adentraron en los cerrados túneles de metro corriendo sobre las antiguas vías, con la esperanza de poder salir al otro lado del Perímetro y conseguir su objetivo. La noche prometía ser larga y eran solo dos. Una estrategia perfecta para pasar desapercibidos y una estrategia malísima si se encontraban en verdadero peligro.

***

—¡Joder! No tenía que morir nadie esta noche —soltó Montaña Roja, contrariado—. Ahora no podemos hacernos cargo del cuerpo.

—Hay que dejarlo —confirmó Alfonso observando al joven sin vida.

—¿¡Vamos a dejarlo aquí!? —replicó, incrédula, una chica—. No podemos hacer eso. ¿No vamos ni tan siquiera a decir una oración?

Alfonso no dijo nada. El resto del grupo guardaba silencio.

—Yo no tengo ningún dios al que rezar —replicó Montaña—; y mientras tú estás diciendo gilipolleces no sabemos qué le está pasando al resto.

La joven apretó la mandíbula y nadie se atrevió a decir nada más. Montaña le dio la espalda al cuerpo y se dirigió con cautela hacia la otra pared de la estructura, el resto del grupo lo siguió. La joven miró dubitativa a su compañero muerto, que había sido su amigo durante años en la Zona Cero. No sabía exactamente si su amigo creía en un cielo que lo esperara al otro lado o si en modo alguno era religioso. Finalmente, decidió hacerle la señal de la cruz en la frente.

—Descansa en paz allá donde quiera que ahora estés. —Acto seguido se levantó y se fue corriendo, había perdido de vista a su grupo.

Rain caminaba un paso por delante de Hanna. Se habían deshecho de algunos militares, pero en ese momento no sabían cuántos más había ni cómo se encontraba el otro grupo. De repente, dos mujeres cayeron rápidamente sobre dos de ellos, habían saltado desde la parte superior de la estructura. ¡Los estaban atacando! Uno de sus hombres recibió una herida letal en las costillas producida por un cuchillo de la militar. Rain golpeó a la mujer que estaba forcejeando con el herido y consiguió que lo soltara, pero ya estaba muerto. Hanna acudió para ayudar al otro que estaba siendo atacado. Estaban haciendo mucho ruido, por lo que los militares se multiplicaron en cuestión de segundos. Hanna había reducido a la segunda atacante, pero habían llegado cuatro más. Cogió rápidamente sus armas y disparó a dos en cuestión de segundos. Los cuerpos cayeron al suelo sin vida. Uno de los militares tenía capacidades telequinésicas, comenzó a concentrarse y el suelo tembló, desestabilizando a todos. Rain comprendió al instante que sus capacidades eran muy altas, más que las de ninguno de los hombres y mujeres que llevaba en su grupo. De repente, el tipo se quedó paralizado y el suelo dejó de temblar. Algo había interceptado sus capacidades. Había sido alguien del grupo de Montaña, que había llegado por detrás.

Rain no perdió la oportunidad y, al ver que el tipo estaba paralizado, cogió la culata de su arma y lo noqueó.

—Tendríamos que matarlo —indicó Hanna.

—No es necesario —replicó Rain mirando el cuerpo en el suelo.

De pronto se escuchó el sonido de un arma automática que descargaba sobre Alfonso y otro joven, los que estaban más apartados del grupo. Ambos cayeron muertos al suelo. Se giraron rápidamente y vieron a un militar agazapado entre unos bidones en la oscuridad. Era un hombre de mediana edad, había vaciado su arma y parecía que no le quedaban balas. Rain cogió su arma y se acercó a él, lo apuntó y, sin mediar palabra, le metió un tiro entre ceja y ceja.

Hanna se acercó al cuerpo de Alfonso. No dijo nada, pero se la veía afectada; había sido su amigo durante años. Le cerró los ojos bajándole los párpados.

—Meteremos a los muertos dentro de la construcción —indicó levantándose—. Será lo más parecido a una incineración.

—¡Vamos, hostia! No hay tiempo que perder —bramó Montaña dirigiéndose a sus hombres—. Vamos a mover los cuerpos.

—Los que están noqueados los dejaremos en el camino —señaló Rain, harto de muertes innecesarias—. Les vamos a dar una oportunidad.

—Para que nos maten mañana —le replicó uno de los hombres de su grupo.

—No, para que puedan elegir —contestó Rain con firmeza.

***

—¿Cuánta distancia llevamos? —preguntó Rebeca secándose el sudor de la frente.

Se sentía pegajosa. A pesar del frío invernal del exterior, por algún motivo hacía calor en aquellos túneles. O se trataba del calor que su propio cuerpo generaba al correr unido a la poca ventilación que había allí abajo.

—Aproximadamente la mitad del camino —contestó Adán sin parar.

Iban a buen ritmo. El sudor caía por sus caras y bajaba por sus espaldas, humedeciendo su ropa. Rebeca no quería quejarse, no quería parecer débil ni flaquear delante de él. No protestaría ni hablaría. Si él no iba a hablarle de lo que había pasado entre ellos, ella tampoco lo haría, y quizás si ninguno de los dos lo mencionaba, al final sería como si nunca hubiera pasado.

En ese momento, el olor a cerrado y podredumbre se hizo más intenso. Llevaban un rato avanzando por una parte de la vía medio inundada, estaban pisando lodo. Rebeca sintió náuseas.

—¡Esto es asqueroso! —murmuró y al momento se arrepintió. No quería quejarse y lo había hecho.

De repente sintió que algo le cogía un pie y cayó al suelo. Soltó un grito. ¿Qué era aquello?

—¡Adán!

—Rebeca —la llamó él, dándose la vuelta con rapidez.

Una criatura sujetaba a Rebeca. Cuatro más aparecieron por detrás. Era básicos extremos. Dos de ellos estaban completamente desnudos y los otros tres apenas vestían unos harapos. No caminaban del todo erguidos y se movían dando saltos. Todo pasó demasiado deprisa. Adán era eficaz y letal, actuó sin dudar y con determinación. Ella también reaccionó y pudo zafarse de su primer atacante, apartándolo de un codazo y rematándolo de una patada. Acto seguido, cogió un cuchillo que llevaba en la bota y se lo clavó en la yugular. No dudó, ni tan siquiera parpadeó. Tal y como la habían entrenado.

Antes de que pudiera valorar lo que había pasado, un segundo atacante se le echó encima de los hombros. Adán lo cogió con decisión y lo lanzó contra la pared, cayó al suelo sin sentido.

Rebeca respiraba trabajosamente, tratando de recuperar la calma. De pronto, un golpe la sacó de la realidad: la atacaban desde atrás. Cayó al suelo por el peso de la criatura y se le nubló la vista. El individuo era muy fuerte y no la dejaba moverse. Intentaba morderla desesperado, parecía realmente hambriento. Adán lo golpeó con rapidez y se interpuso entre ambos. La criatura le mordió el hombro en respuesta, clavando sus sucios dientes en su carne. Rebeca intentó levantarse, estaba aturdida, movió la cabeza a

ambos lados tratando de volver a centrarse. Vio a Adán arrodillado con el brutal cuerpo de su atacante encima. Los dientes clavados en la carne le apretaban sin darle tregua. Él gritaba de dolor mientras la carne se le desgarraba. Rebeca se concentró, cerró los ojos y comenzó a implosionar, sintió cómo el suelo comenzaba a moverse bajo sus pies.

—¡Cuidado! —gritó Adán—. Estamos bajo tierra.

La energía que proyectó se extendió como una onda expansiva que hizo que la criatura soltara a Adán y se alejara emitiendo gritos de dolor. Comenzó a correr con dificultad, tratando de alejarse de ella. Se agarraba su propia cabeza violentamente, tratando de detener el dolor, hasta que de repente comenzó a arder. Rebeca se acercó a Adán. Ambos miraban extenuados cómo la criatura se consumía por el fuego.

—¿Por qué está ardiendo? —preguntó Rebeca sin asimilar la imagen que se dibuja ante sus ojos.

—Lo has hecho tú —contestó Adán trabajosamente, se le veía agotado—. ¡Has hecho que combustione!

—¿Cómo…? —Su frase se cortó cuando vio que Adán perdía el conocimiento.

***

—¿Habéis puesto los explosivos? —preguntó Hanna al ver que volvían Montaña y los otros.

—Sí, ya está todo —contestó Montaña Roja—. Todos colocados —bramó, un poco cansado. Hacía movimientos rítmicos con el brazo, que no paraba de dolerle.

—Los militares ya están alejados —señaló Rain, que regresaba con otro par de jóvenes—. Podemos hacerlo ya. Es la hora, hay que volar esto por los aires antes de que ellos salgan de los túneles.

—Muy bien —respondió Hanna con una sonrisa que iluminaba su rostro endurecido por la muerte de Alfonso—. ¡Pues vamos a jugar!

Segundos después activaron los explosivos. Fueron detonándose en cadena, tal y como había calculado Hanna. Se

produjo un sonido brutal que hizo que temblara el suelo mientras dos grandes columnas de fuego y humo trepaban por la estructura hacia el cielo. El fuego se extendió por todos los líquidos inflamables y a todos los materiales que había en el recinto, no querían que nada pudiera ser aprovechado por el Gobierno. La destrucción de la central tenía que ser total. No solo era una forma de distraer la seguridad del centro, sino que querían acabar con el ánimo del alcalde como el Gobierno había acabado con su intento de cambio pacífico. ¡Era toda una declaración!

***

—¡Ah! —gritó Adán, todavía medio aturdido.

—¿Estás bien? —preguntó Rebeca, ayudándolo a recostarse contra la pared—. Te has desvanecido.

Él parpadeó un par de veces. No, no estaba bien, pero había estado peor en otras ocasiones. Movió la cabeza a ambos lados y procuró centrarse. Seguían en el túnel y estaba apoyado contra una de las paredes del metro, con medio cuerpo todavía metido en el lodo. Su hombro derecho tenía el músculo rasgado por la mordedura del básico. Seguramente era alguna variedad de los kossos, que solían habitar zonas húmedas y con poca luz. La sangre caía desde la herida por todo el brazo.

Observó que Rebeca tenía en sus manos una jeringuilla vacía con la que le había inyectado antibiótico. Chica lista. Esbozó una pequeña sonrisa.

—No está bien aprovecharse de alguien inconsciente —replicó.

Rebeca le devolvió una mirada desde una fina rendija verde. Lo miraba ceñuda; estaba adorable, incluso con aquella expresión de *voy a partirte la cara*.

—No tiene gracia.

—Una poca —murmuró él, tragando con dificultad.

—¿Te puedes levantar? Porque no puedo contigo.

—Sí, creo que sí.

Adán se levantó con esfuerzo. Ella lo ayudó a moverse hasta que salieron de la vía. Subieron y se sentaron en el suelo de una

antigua parada de metro. Adán se reclinó en la pared y cerró un momento los ojos para tratar de apaciguar el dolor, le ardía el brazo.

Al volver a abrirlos, vio la preocupación en el rostro de Rebeca.

—Has hecho bien —señaló, refiriéndose a la inyección. Rebeca asintió en silencio. Estaba asustada. Se veía que no tenía ganas de quedarse sola allí abajo—. Tendrás que coserme.

—A ver qué puedo hacer... Porque la teoría está muy bien, pero en los entrenamientos nadie nos ha enseñado a coser —murmuró, abriendo otra vez la riñonera de la que había sacado la jeringuilla.

—Recuérdame que implemente las clases de costura para la próxima vez que Madrid sea un hervidero revolucionario.

Rebeca respondió a su broma con una mueca. Cogió hilo, aguja y una burbuja de anestesia, Adán le sostuvo la mano.

—No, deja la anestesia —indicó con dificultad.

—¿Estás loco? Te dolerá mucho —replicó, pensando que había perdido el juicio.

—No me va a doler más que la mordedura —insistió él, cerrando los ojos—. Puedo aguantarlo. Si me anestesias, me atontaré y eso sí que no sería nada bueno. ¿O quieres quedarte sola aquí abajo mientras yo duermo plácidamente?

—No, no me apetece el plan —murmuró mosqueada.

Rebeca sabía lo terco que podía llegar a ser, así que se ahorró la discusión. La herida seguía sangrando.

—No tengo con qué limpiar la herida —indicó frustrada.

—Rompe un pedazo de tela de mi camiseta.

No habían llevado chaquetas porque sabían que, una vez que empezaran a correr, serían un lastre. Así que no había una opción mejor.

—Está bien —respondió, cogiendo una pequeña navaja de la riñonera.

Acercó el arma al costado de Adán.

—No me pinches —murmuró él.

—No me des razones —replicó.

Adán se rio y un acceso de tos le cortó la risa. Rebeca estaba nerviosa, sabía que él estaba mal, por mucho que tratara de mantener el ánimo. Sujetó la tela y hundió la navaja en ella. Rasgó,

haciendo un corte. Adán se movió y ella puso una mano sobre su cuerpo y con la otra tiró de la tela. Le quitó un trozo de tela al costado y parte inferior de la camiseta, que mostró un pedazo del cuerpo de Adán. Ella tenía una mano sobre su piel. Adán alargó una mano y acarició su mejilla.

—Cóseme —fue lo único que dijo.

Rebeca enhebró la aguja y comenzó la tarea con determinación. Clavó diez veces la aguja en la carne. No quitó los ojos ni una sola vez de la herida y apenas se dio cuenta de que estaba a punto de llorar, mientras el sudor cruzaba su frente. Estaba en tensión. Cuando terminó, rompió la tela y le vendó el brazo. Adán levantó la mano del brazo sano y le apartó un mechón de pelo de la cara.

—¿Estás bien? —preguntó con voz profunda.

—Eso debería preguntártelo yo a ti, ¿no crees? —contestó, evitando mirarlo a los ojos mientras cerraba, nerviosa, la riñonera.

—Bueno, no te preocupes por mí —replicó con una mueca de dolor—. Esto no va a acabar conmigo.

—Ya lo sé, no hace falta que me lo repitas. No quieres que nadie se preocupe por ti ni que nadie se acerque a ti —añadió.

—Rebeca... —murmuró.

—¿Estoy equivocada? —replicó con una mirada de profundo verde.

Ni siquiera el kosso le había afectado tanto con su mordedura. El silencio se hizo insoportable y por un segundo Adán olvidó el dolor que le quemaba el brazo, el mundo que explotaba en la superficie y el olor a podredumbre. Ella, solo ella, conseguía que cambiara su eje de gravedad. En ese instante supo que era imposible alejarse cuando había algo intangible, pero terriblemente fuerte, que hacía que ella fuera su centro.

—No eres un superhéroe, Adán —añadió al ver que él no decía nada—. Todos necesitamos a alguien.

Adán negó con la cabeza. No quería sentirse tan vulnerable con ella.

—Estoy bien —replicó, tragando con dificultad.

—A veces puedo verte, ¿sabes? —indicó ella—. No siempre puedes mantener intacta tu coraza. Tiene algunas grietas.

Adán sintió el pecho ardiéndole. Las manos le dolían de las ganas de tocarla. Ella sí sabía cómo llegar a él. A pesar de los recovecos por los que se tuviera que colar, ella lograba alcanzarlo.

—Es mejor que sigamos —respondió.

—Buena respuesta, no vayas a decir algo que te delate —replicó Rebeca—. ¿Puedes caminar? —preguntó, desviando nuevamente la mirada.

—Sí, puedo hacerlo.

Adán se levantó e ignoró el dolor mientras se evaporaba aquella esfera de intimidad.

Tardaron en salir del túnel un poco más de lo previsto; debido a la herida, su ritmo se había ralentizado. Cuando llegaron al exterior, se oía barullo a lo lejos. Una mezcla de sonidos provenientes del estallido en la central, del bullicio de coches y militares dirigiéndose hacia allí. Habían salido unos treinta minutos más tarde de lo planeado. Tenían que apurarse, conseguir los explosivos y colocarlos mientras el foco de atención siguiera en la central.

Entraron en el ayuntamiento con increíble facilidad. Estaba completamente cerrado a cal y canto, solo controlado por circuitos electrónicos. Rebeca activó las entradas con su huella y el sistema respondió, permitiéndoles el acceso. Era un nombre más en el detalle de entradas diarias. El acceso al sótano también funcionó.

—¡Bien! —exclamó satisfecha, entrando en el sótano mientras las luces se activaban a su paso—. Tenemos vía libre.

Adán sonrió tenuemente. El sudor caía por su frente.

—¿Estás bien? —preguntó, girándose un momento para observarlo.

—Aguantaré —murmuró, entrecerrando los ojos y apoyándose un momento en el marco de la puerta.

—Quédate aquí. Yo cogeré los explosivos —señaló decidida.

—No los conoces —protestó débilmente. La voz se le ahogaba.

—Creo que los conozco bastante mejor que tú. Al fin y al cabo, yo trabajé con ellos, tú no —contestó sin hacerle caso y accediendo

a la zona donde se guardaban. Ya estaba buscándolos mientras le daba la réplica.

Adán no tenía fuerzas para pelear. Sabía que estaba grave, se encontraba cada vez peor y no les quedaba tiempo, así que la dejó hacer.

Ella fue rápida y eficaz. Recordó las palabras de Hanna sobre las cantidades de explosivos necesarios. Cogió una de las cajas estabilizadoras. Introdujo las perlas explosivas y la cerró. Después, la metió en su riñonera y volvió con él.

—Vamos, ya los tengo. Podemos largarnos de aquí.

—Es la mejor noticia de toda la noche —murmuró Adán.

Movió la cabeza a ambos lados, tratando de despejarse.

—No se te ocurra desmayarte aquí —le indicó, provocándolo, tenía miedo a que perdiera la conciencia y no pudiera moverlo.

—No lo haré —replicó, moviéndose en un esfuerzo titánico—. Tenemos que poner esos explosivos, ahora todo depende de nosotros.

Ella se limitó a asentir y lo ayudó a salir de allí.

***

El alcalde no quiso ir hasta las obras de la central. Eran las dos de la mañana y el fuego ardía voraz. Le resultaba increíble que se hubiera provocado un incendio tan grande cuando la mayor parte de la construcción era de hormigón, pero al parecer había demasiados plásticos y materiales inflamables. Las estructuras se habían derrumbado tras saltar literalmente por los aires. Había sido «una orgía descontrolada de dinamita», había dicho uno de los militares. ¡Dinamita! ¿Eso seguía existiendo? No daba crédito. Algo tan caótico a la vez que efectivo solo podían haberlo hecho con unas cantidades indecentes de explosivos. «¿Cómo si no?», se preguntaba a sí mismo, dando grandes zancadas en el salón de su casa. ¿Cómo hacerlo de otro modo? Esos rebeldes, esos malditos insatisfechos, jamás habrían encontrado otro tipo de explosivos en cantidades suficientes para hacer volar toda la central. Habían utilizado dinamita. No se había usado algo tan anticuado ni en la Gran

Guerra. Tenía que haber sido Adán. ¡Su propio hijo! Él, Ángel y todos esos estúpidos de la Alianza. Pero el cuerpo estaba inactivo, ¿o no?

Le habían llegado rumores. Demasiada actividad en la casa de la sierra. Creyó que simplemente estaban acogiendo a la gente de Main. Siempre habían sido un grupo pacífico y en cierto modo le había interesado permitir su existencia. Durante mucho tiempo, Main había sido un refugio para las criaturas, para canalizarlas y devolverlas a la sociedad centradas y en silencio. Y, si no, para derivarlas hacia granjas cero. Mantener la clínica lo había ayudado a silenciar a aquella escoria, pero ya no le interesaba la clínica, era una forma de mantenerlos unidos y podían hacerse más fuertes. Ruiz del Hierro estaba decidido a doblegar a toda la población a su voluntad y restaurar el sistema. No podía permitir aglomeraciones de criaturas. Ni asociaciones ni casas de acogida. ¿Qué estaba pasando en la sierra? Los dispersaría, los haría temer y esconderse. ¿Cómo era posible que la Alianza se hubiera convertido en un verdadero peligro?

De repente su mente voló hacia otra posibilidad. ¿Y si había sido el sargento Martín? Imposible, él tan solo era un mequetrefe dirigido por su esposa, y a la esposa del sargento sabía cómo gestionarla. Era una mujer muy ambiciosa, pero le había cogido la medida. ¡Un humano idólatra de las criaturas! Hizo el imbécil con aquel mensaje amenazando el sistema, pero apenas necesitó unos días para conocer quién lo manejaba. Sin embargo, los militares todavía no lo habían localizado. ¿Dónde se ocultaban?

***

No sin dificultad, habían conseguido colocar los explosivos en tres de los cuatro lugares predeterminados. En el tercero, Adán se sentó en el suelo y se apoyó contra el Muro. Los arbustos plantados en la parte interior del Perímetro ocultaban su presencia.

—No puedo seguir.

—Vamos, ¡no te rindas! No vas a venirte ahora abajo —lo animó Rebeca—. Pensaba que eras indestructible. ¿Dónde está todo tu mal humor?

Adán sonrió con cinismo mientras el sudor caía por su frente. La sangre seca formaba una segunda piel por encima de la tela atada sobre su brazo. Rebeca no quiso ver la herida. Sabía que estaba mal y le horrorizaba pensar que él podría morir porque ella había resultado ser una pésima compañera.

—Yo también pensaba que nada podía matarme… Créeme, he coqueteado con la muerte más de una vez —confesó con una sinceridad abrumadora incluso para él mismo.

Adán no se esperaba morir apoyado en el Perímetro. Hubiera sido más épico que la criatura lo hubiera matado en los túneles.

—Sin ti no podremos seguir —murmuró Rebeca, levantando la cabeza y abrasándolo con la intensidad de su mirada—. ¡Yo no podré!

Adán deseó besarla, deseó haberla besado decenas de veces. Todas las que no lo había hecho. Alargó la mano y la acarició con suavidad. Rebeca dejó que la acunara por un momento.

—No creo que haya algo que tú no puedas hacer —replicó Adán, acariciando su labio inferior con el pulgar para retirarlo al momento, como si quemara, como si estuviera tocando algo que él mismo se había prohibido.

Rebeca sintió que él retiraba su mano y la agarró con firmeza.

—¡No me vas a dejar aquí, sola, maldita sea! Vas a caminar y seguir conmigo, así tenga que arrastrarte —añadió.

Adán tragó con dificultad y bajó un poco la cabeza. Rebeca acortó la distancia y apoyó su frente en la de él. Quería que sobreviviera por ella, porque pensar en seguir con aquella locura sin él le resultaba insoportable. Entonces tuvo una idea, parecía una solución plausible.

—Tenemos que ir a la casa de Enrique Dubois.

—¿Qué? —murmuró él, le costaba mantener los ojos abiertos.

—¡Vamos, no te vas a rendir! Un último esfuerzo, tenemos que llegar hasta su casa. Está a un kilómetro y medio aproximadamente.

—¿Cómo lo sabes?

—Ángel me dio la dirección por si necesitábamos ayuda dentro.

—¡Dubois no juró! —replicó, tratando de hacer acopio de su mal humor—. No me fío de él y Ángel lo sabe.

—Así me gusta, saca tu mal genio —lo aplaudió—. Los formalismos no lo son todo. Quizás no juró, pero es un aliado. Nos ayudará, estoy segura.

—No me fío —insistió.

—¿Se te ocurre una idea mejor? No, ¿verdad? Pues venga, arriba. No te vas a morir aquí —sentenció levantándose decidida.

Adán se incorporó con resignación y sacudió la cabeza otra vez para intentar despejarse. Estaba demasiado débil para seguir resistiéndose. Sentía un profundo dolor extendiéndose desde la mordedura hasta el pecho.

—Espero que tengas razón —dijo, dejándose llevar. No porque estuviera convencido, sino porque sabía que era su única oportunidad.

# 25

—¿No han regresado todavía? —preguntó Ángel intranquilo.

Daba vueltas por la terraza mientras el amanecer quería romper la noche sobre la sierra.

Vanesa sacudió la cabeza con preocupación.

—No, no sabemos nada.

—Y ni siquiera podemos utilizar las comunicaciones —comentó frustrado, tratando de buscar una solución—. Aunque quizás deberíamos intentarlo.

—No —se negó Montaña Roja, situado detrás de la chica. Era el único que había subido a hablar con él junto a Rain. Los demás se habían ido a descansar tras volar la construcción de la central. Necesitaban reponer fuerzas para el día siguiente—. Todos asumimos riesgos, Ángel. Hace más de dos horas que deberían estar aquí. Está claro que les ha pasado algo muy jodido, pero si intentas comunicarte, no solo lo pondrás en peligro a él, sino también a nosotros. Él sabía a lo que se exponía, del mismo modo que lo sabía Alfonso.

Ángel asintió, serio; no podían pensar en individualismos.

—Ahora estás al mando —dijo Vanesa con su mirada almendrada, ni Rain ni Montaña se opusieron—. Al menos hasta que regrese Adán —añadió.

Pensar que estaban vivos era más alentador que admitir la posibilidad de su fallecimiento dentro del Perímetro.

—Está bien —dijo, aceptando la responsabilidad—. Pues tenemos que tomar posiciones. Rain y Montaña, id con los chicos a vuestras cabañas y activad los distorsionadores materiales. Tenemos que estar preparados porque el alcalde tomará represalias. Va a buscar un responsable y es posible que venga a por nosotros. Los sistemas tienen que estar activos de forma perfecta, pues, aunque ellos no vean la casa ni las cabañas, el alcalde conoce la localización

exacta. Si nos descubren, buscarán una fisura para inhabilitar el sistema y entrar a por nosotros. Hay que aguantar hasta esta noche.

Todos asintieron. Rain y Montaña Roja se fueron con sus grupos mientras él se quedaba a solas con Vanesa.

—Todo va a ir bien —dijo ella acercándose.

—No lo sé —vaciló Ángel, sentándose en una de las sillas de exterior—. Ya no estoy seguro de nada.

Vanesa se sentó a su lado. Al igual que él, estaba preocupada por Adán. Le debía todo lo que era.

—¿Qué es eso? —preguntó fijándose en un pequeño libro que Ángel tenía entre sus manos.

—¿Esto? —dijo él bajando la mirada hacia lo que sostenía entre las manos—. Esto es la Libreta Roja —contestó antes de entregársela.

Vanesa la abrió y fue pasando las páginas. Los nombres escritos con bolígrafo a mano se iban sucediendo con dos fechas: la de inicio y la de fin en la organización.

—He puesto los nombres de todos los nuevos jurados y la fecha de fallecimiento de Alfonso.

Vanesa se estremeció mientras observaba las páginas que contenían los nuevos nombres, entre ellos, el de ella.

—Así que es posible que mañana, bueno, esta noche —se corrigió— haya muchas más fechas de fallecimientos.

—Fallecimientos habrá seguro —replicó él con rotundidad—. Lo que no sé es si habrá alguien para poner las fechas.

Vanesa respiró hondo y siguió pasando las páginas mecánicamente, a pesar de que los nombres se habían acabado. Al final, llegó a una lista con algunos nombres tachados.

—¿Qué es esto?

Ángel la cogió de nuevo y observó la página indicada.

—Una lista de supuestos sospechosos de la muerte de Aridus. Era un jurado de la Alianza, muy amigo de Adán. Murió hace casi dos meses en Main. Antes de morir le dijo a Adán que un hermano lo había atacado. O al menos eso entendió él.

—¿Tú no lo crees? —preguntó ella.

—Me mantengo escéptico sobre ese asunto. Pero cada vez estoy más convencido de que no fue un jurado. Mira la lista, apenas quedan nombres sin tachar.

Vanesa la examinó:

~~1. Adán Ruiz del Hierro Main, alias Xabiamonus.~~

~~2. Ángel Main.~~

~~3. Abraham Bonnín, alias el Alemán.~~

4. Xan Baldomar.

~~5. Hanna Klein Camps.~~

~~6. Hikari Yuan.~~

~~7. Sabino Ferreyra, alias Montaña Roja.~~

~~8. Ryu Zhang, alias Dragón.~~

~~9. Manuel Augurali, alias el Italiano.~~

~~10. Dominika Svoboda.~~

~~11. Álvaro Ribelles.~~

~~12. Nicolle Volkov.~~

13. Enrique Dubois.

~~14. Alfonso Bach.~~

—No está tachado el nombre de Enrique Dubois —advirtió Vanesa.

—Mi hermano es un desconfiado —dijo él, moviendo la cabeza en señal de desaprobación.

—¿Y Xan? —preguntó ella, señalando el nombre sin tachar en la lista—. Creía que era tu amigo.

—Y lo es —contestó. Cogió el bolígrafo que llevaba guardado en el bolsillo de los pantalones y tachó el nombre. Acto seguido, añadió—: Hace un par de meses, Adán estaba obsesionado con descubrir quién había asesinado a su amigo. Ahora no sabemos ni tan siquiera si alguno de nosotros seguirá vivo mañana —concluyó, levantándose para acercarse a la barandilla de la terraza.

El sol llenaba las últimas sombras con su presencia, comiéndose lo que quedaba de noche. Un destello de luz acarició el rubio cabello de Ángel. Vanesa lo observó; él no era tan fuerte físicamente como Adán, pero Ángel era un hermoso. Su templanza, su espíritu y su determinación eran los más adecuados para guiar la situación. Él tenía una personalidad más fuerte y equilibrada que su hermano. Ángel se giró mientras su cabello rubio flotaba en el aire. Vanesa se sintió atraída por él. Pensó que era posible que fuera el efecto de su condición de hermoso, era imposible no sentirse atraído por algo tan perfecto. O quizás no, tal vez había algo en la templanza de Ángel que lo hacía mucho más atractivo que su hermano.

***

Adán parpadeó. La habitación en la que estaba no tenía demasiada luz, pero sí la suficiente para molestarle en los ojos. Hizo una mueca y los volvió a cerrar, no sin antes ver una silueta cerca de la ventana. La reconocería en cualquier parte: era Rebeca.

—¿Dónde estamos? —preguntó con los ojos todavía cerrados. De pronto un dolor agudo se le extendió como un relámpago desde el brazo hasta su pecho, tal y como le había ocurrido en el túnel.

—¡Por fin te despiertas! Estamos en casa de Enrique Dubois —contestó Rebeca aproximándose a la cama en la que estaba tumbado.

—No recuerdo cómo llegamos —replicó él abriendo los ojos lentamente e intentando incorporarse. Falló y se dejó caer de nuevo en la cama con una mueca—. Tengo sed.

—¡Quieto, ni te muevas! —le riñó, acercándole un vaso de agua y ayudándole después a beber—. Es normal que no te acuerdes, llegaste muy mal. Casi delirabas, pero no dejaste de caminar en ningún momento, así que no te portaste nada mal —replicó satisfecha.

Lo habían logrado. Habían estado a punto de no hacerlo, pero lo habían logrado. Adán volvió a intentar incorporarse. Esta vez Rebeca lo ayudó, colocándole dos almohadones para que pudiera

estar más cómodo. Echó una ojeada a su alrededor, la habitación era bastante austera pero confortable. Apenas tenía una cama pequeña, un escritorio y una silla. Terminó fijándose en ella. Rebeca vestía ropa deportiva que le quedaba bastante grande, con el pelo castaño cayendo ligeramente por la parte izquierda de su rostro. Ella entornó la cabeza y le dedicó una mirada de divertidos ojos verdes.

—Esta vez te he salvado yo a ti —dijo levantando una ceja—. ¡Toda una novedad para el hombre indestructible!

Adán esbozó una sonrisa.

—Creo que soy bastante destructible —replicó—. Gracias por arrastrarme hasta aquí.

—Bueno, no te arrastré —descartó—. Eso no podría haberlo hecho bajo ningún concepto, pero estabas un poco delirante. Te empezó a subir la fiebre.

Adán se llevó una mano a la frente, se dio cuenta de que todavía le ardía.

Iba a hablar cuando por la puerta entreabierta apareció un joven. Era delgado y no demasiado alto. Pelo corto, con una ligera perilla que cubría su barbilla y dos ojos azules escondidos tras unas gafas.

—¿Cómo estás? —preguntó el desconocido.

Adán le echó un rápido vistazo tratando de valorar si podía fiarse de él.

—Es Enrique —aclaró Rebeca—. Él nos ha salvado. Si no fuera por Enrique, los militares nos habrían encontrado deambulando por el centro —añadió para hacerle ver que necesariamente era alguien en quien podían confiar.

—No he hecho nada —replicó el joven, restándole importancia —. Estáis en vuestra casa.

Adán llevaba seis horas durmiendo, ya pasaba un poco del mediodía. Había llegado casi inconsciente a la casa de Dubois. Rebeca había tenido que tirar de él todo el camino. Llegó en un estado de somnolencia delirante. Cuando Rebeca llamó a la puerta de Dubois, tuvo un momento de duda por si él se mostraba reacio a ayudarles, pero recordó los principios de la Alianza: una vez hecho el juramento, no se dejaba de pertenecer a ella. Algo en su interior le

decía que un jurado no les daría la espalda. Dubois los acogió rápidamente. No era un hombre de acción, lo suyo eran los ordenadores y las vías comunicantes: burbujas y flujos. Las comunicaciones y la vida virtual de Madrid. Esa era la clase de persona que estaría interesada en restablecer la Evolución y un sistema mundial de comunicaciones como Internet, aquel concepto retro y perdido que una vez había servido para unir al mundo entero. La casa de Dubois tenía cientos de artilugios, antiguos ordenadores e incluso viejos manuales en papel. A Rebeca le cayó bien al instante, de manera natural.

Cuando llegaron, la ayudó a meter en la casa a un febril Adán, que estaba a punto de derrumbarse. Ni Enrique ni Rebeca tenían la formación ni los conocimientos suficientes para ayudarlo. Le quitaron la venda improvisada y el aspecto de la herida era horrible, a pesar de los puntos que le había dado ella. Había que buscar ayuda y rápido.

El primero en el que pensó Rebeca fue en el Maestro, pero estaba en el Barrio Chino, fuera del Perímetro Rojo y al sur de Madrid. La actividad policial y militar se había intensificado en el interior del Muro desde la explosión de la central. Salir y volver a entrar con él no era una opción. Victoria y los otros médicos que había conocido en la clínica estaban en granjas cero muy lejos de allí. Pero Enrique conocía a alguien que no vivía lejos, por lo que salió a buscarlo.

Regresó una hora más tarde acompañado de Manuel Gonzáles. Se trataba de un mexicano de mediana edad, cirujano especialista que trabajaba en el primer hospital de Madrid, e incluso había operado al alcalde hasta en dos ocasiones. Era un hombre pragmático que, dentro de un sistema social, prefería vivir bien y aprovecharse de las ventajas que le daba su posición, pero que en su fuero interno creía en un cambio social. El mexicano era un tipo bajito y regordete, con piel oscura y un espeso mostacho que daba carácter a sus palabras.

Examinó a Adán y al momento supo de quién se trataba. Conocía demasiado bien a Ruiz del Hierro como para no ver el parecido. Adán resultaba, a sus ojos, un fiel retrato de su padre.

El mexicano inspeccionó a fondo la herida y entendió lo que estaba pasando. Conocía perfectamente el metabolismo de los extremos y la multitud de sustancias que podían segregar. Tuvo que deshacer el trabajo de Rebeca y abrir nuevamente la herida. De su maletín sacó una burbuja. Al abrirla, un holograma con una mesa de laboratorio se instaló en la habitación. El doctor tomó una muestra del tejido dañado de Adán y lo examinó mientras él dormía inducido por un sedante. Lo que observó lo dejó estupefacto.

—Pero este chico no tiene genética humana. Nunca había visto algo tan asombroso.

—No es una criatura —se apresuró a aclarar Enrique—. Ni tampoco ha sido contaminado.

Rebeca lo miró sorprendida. Ella todavía no conocía qué pasaba con Adán, solo sabía que era distinto, pero no el porqué. El joven informático parecía saber mucho más.

—Experimentaron con él cuando era niño —añadió.

El médico frunció el ceño.

—Ya veo... —murmuró pensativo. De repente su rostro se ensombreció, sus ojos se abrieron como platos y exclamó—: ¿¡Cómo pudo hacerlo con su propio hijo!?

—¿El qué? ¿Qué sabe usted al respecto? —preguntó Rebeca.

El mexicano la observó con unos ojos hundidos en dos mejillas tostadas.

—Es un superviviente del Experimento Pelícano; creía que no había ninguno —contestó.

***

Varias horas más tarde, en la sierra, seguían con el plan trazado. Se acercaba la hora y no podían esperar más a Adán y a Rebeca.

—En una hora salimos. ¿Están todos listos? —preguntó Ángel atándose el pelo.

—Sí, está todo preparado —contestó Vanesa, que entraba en su habitación.

Era la primera vez que estaba allí. Se fijó en lo blanco y neutro que era todo. Era funcional, de líneas planas y sencillas. Una elección de muebles y detalles inteligente.

—¿Tienen claro a qué distancia tenemos que quedarnos para activar los explosivos? —preguntó Ángel colocándose las muñequeras.

—Sí, para el supuesto de que estén colocados. Si no han podido ponerlos, será una locura —comentó ella.

—Ten fe —contestó ajustándose las prendas en los pulsos.

—Tener fe no es suficiente.

—Tal vez no, pero es lo que siempre ha movido a la humanidad y es lo que nos moverá a nosotros esta noche.

—Si les ha pasado algo, es muy probable que no hayan podido colocar los explosivos. Si tenemos que colocar dinamita y los otros explosivos caseros que ha preparado Hanna, creo que va a salir todo muy mal. Mientras los ponemos nos van a ver y nos van a acribillar.

—Enfrentaremos esa posibilidad cuando llegue el momento —contestó él sin inmutarse.

Ella guardó silencio. Entonces Ángel levantó la vista y la contempló. Vanesa lo observaba, parecía estar aguantándose la réplica. Vestía ropa ceñida negra que se ajustaba a la perfección a sus curvas y el pelo a la altura de su barbilla enmarcaba sus dulces facciones, coronadas por dos ojos almendrados. Todos vestían igual: ropa oscura y prendas que les ayudaran a ocultarse y a pasar desapercibidos. Le sostenía la mirada sin decir nada, parecía tener una frase atrapada entre sus labios. La rodeaba una mezcla de independencia y orfandad.

—Vamos, nos están esperando —decretó Ángel.

***

—En un rato, ya no se podrá andar por las calles —comentó Rebeca mientras observaba nuevamente a través de la ventana.

—¿Se ha enterado de algo Dubois?

—De nada. No se puede salir del Muro sin que quede registrado. Tendrías que ver esto —comentó ella con inquietud—. La

ciudad estaba tomada completamente por los militares, no tiene nada que ver con cómo estaba estos días. Parece que van a seguir ahí fuera hasta la hora del toque de queda, después todo el mundo debe estar en sus casas.

Adán se levantó de la cama despacio y se acercó a la ventana. Había dormido varias horas más y ya se encontraba mucho mejor, empezaba a recuperar las fuerzas. Llevaba puestos un pantalón de deporte y una camiseta de Enrique Dubois. Al contrario que a Rebeca, le quedaba todo muy ajustado. Movió la cortina y observó con cautela el exterior. La imagen era dantesca.

—Estamos rodeados —murmuró ella mirándolo—. Las calles están totalmente militarizadas.

—Mi padre debe de estar realmente preocupado viendo semejante despliegue —respondió Adán soltando la cortina, que volvió a caer cerrando la visión del exterior.

Rebeca levantó su mirada hasta Adán, que estaba a su lado. Sus brazos estaban a punto de rozarse.

Adán la observó. Estaba a tan solo unos centímetros de ella; levantó la mano y le colocó por detrás de la oreja un mechón de pelo que se había escapado de su sitio. De repente la luz parpadeó y se apagó. Toda la ciudad se quedó parcialmente a oscuras, apenas se mantenían algunas luces de emergencia.

—Lo han hecho, han cortado la electricidad —confirmó Rebeca.

El primer paso de su plan había funcionado. Habían cortado la fuente de energía de la ciudad y esta había quedado sumida en la penumbra. No tardarían mucho en activarse las luces de alimentación que iluminaban las principales avenidas y edificios públicos, pero necesitarían horas para restablecer el sistema, probablemente no lo harían hasta el día siguiente.

—Ha comenzado el juego —comentó él bajando la mirada, que se encontró con la de ella.

—Quizás no sobrevivamos a esta noche —murmuró Rebeca, sintiendo como si las palabras se le escaparan de entre los labios.

Él la observaba sin decir nada, con unos ojos oscuros como la noche. Levantó la mano del brazo sano y con delicadeza le acarició

la mejilla, deslizando, casi sin ser consciente, la mano hacia su cuello.

—No, quizás no haya un mañana —confirmó apenas a unos centímetros de su rostro.

De repente sintió que el mundo había dejado de girar, lo único que realmente importaba eran los ojos verdes de Rebeca, con aquella forma de mirarlo. Rebeca subió sus manos al pecho de él, anticipándose. Entonces, Adán le cogió la cara con ambas manos y la besó. Rebeca se quedó sin aliento. Los besos de Adán eran como si te arrollara un tren de mercancías. Hacían que le ardiera la sangre en las venas. Se aferró a él con firmeza, porque se quedaba sin aliento, casi al borde de un precipicio. Sintió que Adán podría dejarla caer en cualquier momento.

Adán sabía qué era lo que estaban haciendo sus compañeros cerca del Muro. Sabía qué tenían que hacer ellos, pero en aquel momento, su mente y sus manos estaban llenos de Rebeca. La abrazó con firmeza contra su cuerpo, sujetándola contra la pared. Le dolía el brazo, pero más le ardía el cuerpo llenándose de ella. Mordió sus labios, tiró ligeramente de ellos y volvió a invadir su boca. Estaba sediento, hambriento, y ella era lo único que podía saciar aquella necesidad.

Coló una mano por debajo de la camiseta de Rebeca, y la extendió por su espalda, tocando su piel sedosa y cálida. Rebeca se abrazó a él en respuesta, hundiendo sus manos en los cabellos negros densos de él.

—Adán —susurró en su oído.

Fue un sonido cercano a una especie de cántico celestial. Él había dejado de pensar porque nunca había estado cerca del cielo, era más de rozar el infierno, pero entre los brazos de Rebeca, bebiendo de ella, sintió que aquello era algo próximo a la divinidad. Quería hundirse en ella y olvidar toda la locura que les esperaba allí fuera, porque sí, tal vez no sobrevivirían a aquella noche. Cuando sintió las uñas de Rebeca en su cuello, quiso bajar la mano y colarse dentro de su pantalón de deporte.

En ese instante alguien tocó ligeramente la puerta de la habitación. Se separaron con rapidez, tratando de tomar aliento

antes de que Dubois entrara. Traía ropa nueva que se había encargado de conseguir, toda negra. Rebeca observó que Adán tenía el pelo ligeramente claro y los ojos de color avellana cuando volvió la luz tras un parpadeo.

—Han activado los generadores del edificio —aclaró Dubois—. Las calles empiezan a vaciarse, ya está activado el toque de queda.

***

En el cuartel, el desfile de militares era una marea. El alcalde estaba allí para supervisar las decisiones que se estaban tomando, ya que el ministro había demostrado no estar a la altura.

—¿Por qué nos hemos quedado sin electricidad?

—Han reventado los conductos que suministran la electricidad al centro. La explosión se ha producido aproximadamente medio kilómetro al norte del Muro.

El alcalde se limitó a asentir en silencio. Por primera vez en mucho tiempo lamentó una decisión. Él había sido el que había ordenado centralizar en una sola torre las comunicaciones del centro, torre ubicada fuera del Perímetro Rojo. Había decidido que Majadahonda era una imagen idílica y la torre no encajaba en el entorno. Por primera vez en su vida reconocía que al cerrar el Perímetro no podían controlar lo que pasaba fuera.

—Quiero que restablezcan las comunicaciones cuanto antes.

—Señor, hay que evaluar los daños y necesitaremos varias horas para hacer que el sistema funcione correctamente. Hay que cerciorarse de que es una zona segura antes de acercarse para revisar los desperfectos.

—Envíe a los hombres que sean necesarios para verificar que no hay más rebeldes en la zona y avise al secretario —dijo dirigiéndose al ministro. Este asintió y entonces, mirando al secretario, que estaba a su lado, le dijo—: En cuanto le avise, envíe a los electricistas, a los ingenieros o a quienes sea necesario para hacer que el sistema vuelva a funcionar. Antes de que salga el sol quiero que esté restablecido y funcione con normalidad. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor.

—Vaya avisando a todos los técnicos necesarios para que estén preparados —le insistió al secretario, señalándolo con un dedo—. Lo quiero todo restablecido cuando amanezca. Ustedes dos son los responsables —añadió, reiterando su orden.

El secretario y el ministro de Defensa se limitaron a asentir.

—Respecto al tema de la central, ¿ha averiguado algo? —preguntó, centrándose ahora solo en el ministro de Defensa.

—No, señor. Los militares que han sobrevivido apenas han podido darnos datos vagos: eran varios hombres, estaban armados y sabían pelear. Ninguno pudo concretar un nombre.

—¿Les ha enseñado el retrato de mi hijo? —preguntó con intención.

—Sí, señor. No lo han reconocido.

—Bien —aceptó satisfecho. Quizás Adán no tuviera nada que ver con aquello. Era posible que lo hubieran hecho rebeldes de la Zona Cero—. ¿Han ido a la sierra? ¿Hay movimientos sospechosos?

—Hemos ido a la casa de su hijo, pero tiene puestos los distorsionadores materiales. No se veía la casa, es como si hubiera desaparecido.

—¿Me toma usted por imbécil? —le preguntó el alcalde con voz helada—. ¿De verdad pretende explicarme qué es un distorsionador? ¿No han llevado inhibidores?

—Señor…, nosotros no —el ministro balbuceó.

—¡Tengo el Gobierno en manos de imbéciles! —exclamó sorprendido—. ¿Han ido a la Zona Cero? ¿Han averiguado algo? ¿Quién planeó la destrucción de las obras de la central? ¿Está relacionado con el tal Rain este? —preguntó, señalando en su pantalla digital el informe que le habían hecho de Rain.

—No podemos asegurarlo.

—Este hombre está detrás de la «Solución Pacífica»: un entrenador de boxeo decidido a cambiar Madrid de un modo pacífico. Cree en la Evolución y cree que Madrid está dirigido por gobernantes que mantienen un velo de miedo e ignorancia sobre la ciudadanía para ocultar el problema que tiene la ciudad respecto a la

población criatural y a los contaminados —leyó el alcalde—. ¿Ha elaborado usted este informe?

—No —respondió—. Lo he encargado a dos de mis mejores hombres, que envié a la Zona Cero.

—¿Se lo ha leído? —le preguntó el alcalde con voz helada.

El secretario se ajustó las gafas, deseando que no le preguntara a él. Veía cómo el ministro palidecía bajo la presión de Ruiz del Hierro.

—No, señor. Lo han remitido a última hora de la tarde y todavía no he podido.

—No ha podido... —murmuró el alcalde, volviendo a sentarse en el asiento del despacho del ministro.

—Muy bien, veo que no sabe cómo dirigir un ejército —dijo mientras pasaba el dedo por la esfera de su reloj para ver la hora—. Son las diez y pico de la noche. Tiene esta noche para restablecer el sistema de comunicaciones, volver a la Zona Cero y utilizar tácticas más «invasivas» con todo aquel que esté allí abajo hasta que localice quién está detrás del atentado de la central. A primera hora de la mañana quiero un informe con todos los nombres de los implicados y, si no lo tengo, me quedaré con su cabeza como compensación. ¿Me ha entendido? —dijo con voz monocorde.

—Sí... Sí, señor —contestó el ministro mientras se aflojaba el último botón de la camisa, que le estaba agobiando.

—Cuando me haya dejado el informe con todos los nombres, quiero leerlo y observar desde mi ventana que el sistema de electricidad funciona con normalidad. Entonces, se dirigirá usted mismo con los hombres que necesite a la casa de mi hijo. Con los inhibidores averiguará si está o no pasando algo raro en la sierra, si está metido con esos revolucionarios o si está simplemente acogiendo a esos engendros, como ha hecho siempre —añadió levantándose, y se abotonó la americana. Se dirigió dando grandes zancadas hasta la puerta y, antes de salir, le dijo—: Ministro, hace días que tenía que haber encontrado al sargento Martín y todavía no lo ha hecho. Creo que está tentando demasiado a la suerte. No vuelva a fallarme. Me voy a dormir. —Abrió la puerta y salió, cerrándola tras de sí.

El ministro y el secretario se miraron y tragaron saliva.

***

Manuel Gonzales regresó para revisar la evolución de su improvisado paciente.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó el médico a Adán, tomándole la tensión y examinándolo.

—Bastante bien —contestó él, moviéndose en la cama. Hizo un pequeño gesto de dolor, pero aquello era nada en comparación a cómo había estado horas antes—. Creo que en un par de horas ya estaré recuperado. Gracias por todo.

—Recuperado es mucho decir. Necesitarás unos días para ser el mismo, pero está evolucionando favorablemente —indicó el doctor —. Apenas han pasado unas diez horas desde que te reconstruí la herida, por lo que ahora no la voy a abrir, pero era necesario ver cómo iban tu corazón y tu tensión.

—¿Y qué tal están?

—Todo muy bien, dentro de las circunstancias —contestó el doctor satisfecho—. Descansa toda la noche y volveré mañana al mediodía —dijo cerrando su maletín—. ¿Tú no sabrás nada de los explosivos que han puesto en los conductos de electricidad que abastecen el centro? Ha volado todo por los aires.

Adán no respondió.

—Muy bien, mejor no saber nada —contestó el mexicano con otra sonrisa.

—Gracias por todo lo que ha hecho por mí. Si no hubiera venido, no habría sobrevivido.

—Algo sí he aportado, pero no hubieras sobrevivido si no tuvieras esa genética —le replicó con intención—. Es algo único. Lo sabes, ¿no?

Adán asintió.

—Tu capacidad de cicatrización es increíble. Necesitarás un tiempo, pero te repondrás por completo.

—No sé cómo agradecérselo —contestó, volviendo a recostarse en la cama.

—Quizás saciando mi curiosidad... —propuso el cirujano.

Adán levantó una ceja.

—No sé cómo podría yo saciar su curiosidad.

—¿Sabes por qué eres así? —preguntó el médico, tanteándolo —. ¿Sabes qué era el Proyecto Pelícano?

Adán asintió muy serio, no le gustaba hablar de ese asunto.

—Sí, lo sé —contestó desviando la mirada. Evitaba recordar el pasado.

—¿Cómo es posible que sobrevivieras? —preguntó el cirujano con gravedad—. Hubo veinte participantes. Nadie sobrevivió.

—¿Cómo conoce usted el proyecto? —le preguntó Adán clavándole una dura mirada—. No me diga que usted participó de aquella atrocidad —añadió torciendo el gesto.

—Negarle algo a tu padre es francamente difícil —aceptó el cirujano con sencillez—, por no decir imposible.

—¿Cómo sabe quién es mi padre?

—El parecido es asombroso. Además, conozco bien a tu padre, eres un fiel reflejo de Ruiz del Hierro, ¿acaso estoy equivocado?

—No, no lo está —aceptó molesto—. Es mi padre.

El médico asintió.

—Yo no fui un médico activo en el Proyecto Pelícano. Recurrieron a mí posteriormente para intentar paliar la situación cuando ya era demasiado tarde. —Cerró los ojos y se calló un momento, como si intentara apartar un mal recuerdo—. Atendí a nueve muchachos de entre diez y veinte años. Todos murieron. No se salvó nadie. Con todos intentamos utilizar la recuperación, pero no sirvió de nada. Sus genéticas habían sido manipuladas de una forma tan artificial que sustituir su sangre no sirvió.

»Nunca habría recurrido a algo así, pero ver morir a todos aquellos chavales era insoportable. Prefería arriesgarme a tener zombis, así que utilicé la recuperación, pero gracias a Dios no funcionó. Mi debilidad fue imperdonable. —El hombre se sumió en sus pensamientos mientras parecía querer escapar de algún fantasma. Volvió al presente y añadió—: No te recuerdo en el grupo.

—Porque yo no estaba allí. Participé en el proyecto, pero fui manipulado en casa. Mi madre me aplicó el Protocolo Pelícano: las

inyecciones, la manipulación genética, los cultivos, todo. Obviamente, coaccionada por mi padre. Yo era un niño perfecto, un humano al uso. No tenía ningún problema físico ni psíquico. Mi genética era humana: ni hermoso ni básico.

»Tuve un accidente a los siete años y me rompí la pierna. Fue una fractura complicada que afectó a mi rodilla derecha. Había un treinta por ciento de posibilidades de que me quedara con una discapacidad permanente. Era un porcentaje bastante alto, lo suficiente para que mi padre no quisiera un hijo tullido. En ese momento se estaba desarrollando el proyecto y lo utilizaron conmigo. Él siempre odió a las criaturas. Las despreciaba, las consideraba inferiores. Siempre creyó que lo mejor sería exterminarlos a todos. Bueno, a casi todos. Había unas criaturas que lo fascinaban...

—Los hermosos —completó el médico su frase, escuchando con atención.

—Exacto, los hermosos. La evolución perfecta. Los Gobiernos tendrían que dar un giro de ciento ochenta grados para que las futuras generaciones fueran de hermosos. La Involución camina hacia los básicos y peligrosamente hacia los extremos.

—Ya... —murmuró el médico.

—Mi padre quería encontrar un modo artificial de crear genéticas perfectas, genéticas hermosas.

—Y fracasó —terminó la historia el cirujano—. Nadie sobrevivió. Excepto tú, al parecer.

—Gracias a mi madre. Se me aplicó el mismo protocolo que al resto de los participantes: las inyecciones de hormonas, la alteración genética, las corrientes eléctricas... Estuve a punto de morir en dos ocasiones. Ella no lo soportó más. Se alejó del protocolo. Cambió las inyecciones e hizo todo lo necesario para salvarme. Era la ingeniera genética más brillante de Madrid. Ella me salvó. Desde entonces he tenido que trabajar mucho para estar bien. Tengo una genética muy inestable, cambiante, y esto puede llegar a ser muy peligroso. Al fin y al cabo, mi corazón es humano: hay un límite de lo que puede soportar.

—Tu madre era una mujer brillante. Toda la comunidad científica la teníamos en muy alta estima —comentó el médico con pesar—. Lamento enormemente tu pérdida —añadió con sentimiento.

Adán sonrió irónicamente. Se había acostumbrado a que la gente hablara de ella en pasado. Incluso a que la olvidaran e hicieran como si nunca hubiera existido. Aun así, no pudo evitar soltarle un dardo.

—Bueno, técnicamente está viva.

El cirujano enmudeció.

—Adán, tu madre falleció hace tres años. Yo mismo certifiqué su defunción —añadió tras un momento.

—¿Cómo? —Adán lo miró como si le estuviera hablando en otro idioma—. ¿Qué está diciendo?

—Después de varios años con vida artificial sufrió una gran crisis. No hubo vuelta atrás.

—¿Qué? —dijo Adán sin poder creer lo que estaba escuchando.

—Finalmente falleció. Tu padre permaneció a su lado durante una hora después de que todas las pantallas holográficas se hubieran apagado. Con la mano sobre el pecho donde antes latía su corazón. Después, ordenó su incineración esa misma noche. En el crematorio no quiso a nadie acompañándolo.

—¿Y las cenizas? —murmuró Adán.

—Desconozco qué hizo con ellas. —Hizo una pausa al ver que Adán no decía nada, era obvio que se acababa de enterar. ¿Cómo había podido ocultárselo siendo su propio padre? —Hacía mucho tiempo que la gente había dejado de preguntar por ella, ya que estaba muy enferma. Creo que él mismo prefirió llevarlo así. Hacer como si no hubiera fallecido. Creo que no habría podido soportar un velatorio —dijo con sinceridad.

Adán permaneció en un silencio sepulcral mientras el pelo y los ojos se le aclaraban. No dijo ni una sola palabra sobre la traición y la manipulación que su padre había ejercido sobre él.

Fuera de la habitación, Rebeca se había enterado de todo. Estaba pálida.

# 26

Formados en cuatro grupos, los nuevos y viejos jurados se dirigieron hacia la capital. Salieron de la sierra sigilosos, dejando solo pequeños grupos para proteger la zona y activados los sensores que ocultarían la casa y las cabañas a los ojos del mundo externo. El factor sorpresa era muy importante, ya que la policía militarizada de Ruiz del Hierro era superior en número y en armas. Ellos apenas eran un ejército de civiles que no llegaba a un centenar. Se habían entrenado durante algo más de dos semanas, aunque prácticamente todos sabían pelear y utilizar armas desde antes.

En el grupo había unos ochenta individuos entre criaturas y contaminados y, de estos, ni siquiera la mitad tenían alguna capacidad que realmente pudiera darles una ventaja. Para muchos, sus capacidades o mutaciones simplemente les perjudicaban: sensibilidad extrema a los ruidos, mala coagulación, huesos fácilmente fracturables, visión reducida. Tan solo unos cuantos tenían verdaderas capacidades que representaran una ventaja: mayor fuerza física, velocidad, capacidades telequinésicas, flexibilidad, una audición o visión superior a la de un humano, etc.

La mayor parte de las armas con las que contaban era antiguallas de la Gran Guerra, algunas mejoradas manualmente por Hanna, que era una virtuosa en la materia. Había hecho verdaderas virguerías con algunas semiautomáticas, pistolas y otras armas de fuego. Tenían armas de fuego, de aire e incluso de gas comprimido, y para la pelea cuerpo a cuerpo, llaves de pugilato, *nunchakus* e incluso cerbatanas con sedantes. Pero los más eficaces eran los pequeños explosivos de mano que habían mejorado con dinamita y otras sustancias.

El primer grupo estaba dirigido por Álvaro y el Dragón y era el que estaba situado más al sur del Muro; el segundo, por Rain; el tercero, por Montaña Roja y Hanna; y el cuarto, por Ángel quien

lideraba el grupo ocupando el lugar de su hermano. Todos sabían qué debían hacer y cuál era el objetivo de cada grupo. Dividir en cuatro el ataque era no solo una forma de diversificarse, sino una manera de despistar y tomar los sitios claves del control de la ciudad: el cuartel militar, la casa del alcalde y el ayuntamiento. Si no conseguían el control de cada uno de esos tres sitios no tendrían el control de Madrid.

Eran casi las doce de la noche cuando Ángel y su grupo llegaron al punto D, el último del trazado. Vanesa iba a su lado. Llegaron en sus motocicletas, monoplazas y biplazas y se mantuvieron ocultos en la oscuridad de las calles cercanas, como siempre lo habían hecho en los tiempos de la Alianza.

—¿Y si realmente no funciona? —preguntó Vanesa en voz baja, muy cerca de él—. No hemos sabido nada de ellos, es posible que no llegaran a colocar los explosivos.

—Entonces tendremos que colocar los viejos explosivos. Lograremos entrar —repitió Ángel, tratando de tranquilizarla.

Vanesa asintió, a pesar de sus dudas.

—Si lo logramos, necesitaremos un líder —señaló con determinación—. Si conseguimos someter al Gobierno, se abrirá una época caótica. Mucha gente querrá aprovecharse de la inseguridad que se genere y tú serás imprescindible.

Él se quedó en silencio. La noche de finales de diciembre se cernía helada y extremadamente silenciosa sobre Madrid. Allí, entre la oscuridad de las calles en las que se escondían al acecho, Ángel comprendió lo que intentaba decirle. Hacía falta un líder dispuesto a formar una democracia.

—Adán no está —añadió Vanesa—. Y, aunque estuviera, sabes que él no vale para eso. No lo quiere. No es un político —dijo apremiándolo. Quería que tomara conciencia de algo que ella veía claramente—. Podrá ser un luchador, pero no será una figura política ni un dirigente.

—Yo tampoco soy un político.

—Eres mucho más que eso. Eres un líder nato. El líder que necesita Madrid —dijo convencida—. Rain tiene la pasión, pero no la fortaleza; se ha desmoronado desde lo de Plaza Castilla. Adán se ha

visto abocado a luchar, pero lo mueve la venganza. El atentado en Main y la muerte de Shui lo han empujado a tomar partido, pero siempre va a ser un médico. Debes dejar de estar a su sombra y entender que esta ciudad te necesita.

Ángel mantenía silencio, concentrado en sus palabras. Vanesa tenía razón. Habían estado tan centrados en esa noche en derrocar al poder que no se habían parado a pensar en qué pasaría si lo lograban. ¿Qué ocurriría al día siguiente? ¿Quién estaría a la altura de liderar un cambio como aquel?

—No luches —le pidió de repente—. Eres un hermoso, uno entre cientos. No conozco a nadie más capaz que tú para hacerse cargo de la ciudad. No te arriesgues a morir. Te necesitamos. Madrid te necesitará.

***

Alejandra fumaba tabaco negro en la oscuridad. Le gustaba la noche, la ayudaba cuando quería conseguir algo. Había aprendido a utilizar sus habilidades hasta obtener todo lo que tenía. Expulsó el humo de su cigarro y mantuvo los ojos cerrados por un segundo, intentando reprimir un recuerdo lejano. La vida había sido dura con ella, de niña y de joven. Había aprendido por las malas, pero lo había hecho. Sabía lo que era. Sabía que su belleza y su inteligencia eran superiores a las del resto. Se había valido de ellas desde su adolescencia, como ahora. Quería dinero y poder, todos los privilegios de los ricos. Lo quería todo. Todo lo que la vida le había puesto en sus narices y de lo que la había privado. Cerró los ojos, el pasado siempre volvía para atormentarla.

Decidió centrarse en el presente. Manejar a Martín era en ocasiones muy sencillo y, en otras, harto complicado. Era demasiado voluble, imprevisible. Hubiera sido mejor centrar sus atenciones en Baltasar. Tenía dinero y poder. Él le había proporcionado el lugar en el que vivían. Era un hombre de posibilidades y estaba interesado en ella. El problema era que resultaba un hombre poco fiable, nunca podías estar seguro de cuáles eran sus verdaderas intenciones. Pertenecía a ese tipo de personas que tenían más de una careta. Ella

sabía reconocerlos, porque era muy parecida a él. Quizás hubiera sido mejor centrar su atención sobre algún ministro o sobre el propio alcalde. Pero Alejandra era lo suficientemente inteligente para comprender que la transición se haría. Era algo inevitable. Quizás en unas semanas ninguno de aquellos políticos estaría en sus puestos. No eran una apuesta fiable. En todo caso, sabía que tenía la atención del alcalde. Él creía que la tenía controlada, pero ni de lejos. Con él no se había acostado. El alcalde lo tenía todo y lo quería todo. Solo podría mantener su interés si no se acostaba con él. Hacía tiempo que no tenían contacto. La había intentado comprar cuando Martín lanzó su mensaje público. Quería que ella le diera su ubicación. Tuvo que convencerlo de que ya no tenía nada con el sargento, que no sabía dónde se encontraba, pero sabía que si volvía al centro la obligaría a confesar. Si se enteraba de que le había mentido, la mataría. No, por ahora no podía acercarse al alcalde, debía permanecer con Martín. Vería cómo se desarrollaban las cosas y después decidiría qué hacer.

De repente, Martín entró en el salón.

—Los muchachos dicen que esta tarde han estado organizándose, que ha habido mucho movimiento en la sierra —comentó el sargento Martín—. Han cortado las comunicaciones del centro. Han tenido que ser ellos, ¿quién si no?

—Está claro. Después de lo que hicieron ayer, no tardarán mucho en asaltar Majadahonda, eso solo era un aviso.

—No estoy seguro, quizás el Gobierno los reprima primero —dijo nervioso—. Es posible que no lleguen a atacar el centro. Deberíamos actuar, no permanecer parados.

—¡Mantén la calma! —lo reprendió—. El alcalde no sabe quién hizo volar por los aires la central. Al fin y al cabo, ese médico es su hijo, no va a salir corriendo a la sierra a matarlo.

—Entonces, si realmente van a atacar la ciudad, es el momento de que tomemos el control —insistió.

Ella lo miró con desaprobación. A veces era demasiado impaciente. Si fuera tan solo un poco inteligente, sabría cuál era la mejor forma de actuar y ella tendría por quién decantarse, pero era un pobre imbécil.

—Ahora, más que nunca, debemos esperar —trató de apaciguarlo—. Si Adán y esos pobres tontos de la Alianza atacan Madrid, habrá una guerra civil. Se echará una moneda al aire que solo puede caer de un lado. ¡O gana el padre o el hijo! Si gana el padre, el Gobierno estará debilitado y la policía militar, muchísimo más. ¡Ese será tu momento! Estarán tan tocados que será como quitarle un caramelo a un niño.

—¿Y si gana el hijo?

—Habrá un periodo de transición, de descabezamiento del poder. Será el momento de ponerse al mando de la ciudad, por las buenas o por las malas. Habrá mucho descontrol... y a río revuelto...

—No estoy muy seguro… —murmuró dubitativo.

El sargento se mostraba nervioso. Daba vueltas por la habitación como un niño inseguro.

—De una u otra forma podrás hacerte con el poder, pero necesitas esperar el momento adecuado —siguió instándolo a la calma—. Tienes que ser más inteligente que ellos. —Hizo una pausa —. Deja que se maten entre ellos y que solo haya un enemigo al que enfrentarse. Al fin y al cabo, ya tienes lo más importante. Tu rostro es el más mediático. El único que conocen los ciudadanos. Solo ten paciencia y Madrid estará a tus pies.

***

—Lo que me pides es imposible, Vanesa —sentenció Ángel moviendo la cabeza a ambos lados con un gesto negativo. Estaba muy serio.

—Dime un solo argumento que desmonte lo que he dicho —le pidió, dispuesta a convencerlo.

—Vanesa, yo estoy aquí por el mismo motivo que tú. ¿Qué quieres que haga, que me esconda?

Ella lo miró reprobadora.

—Muy noble por tu parte, ¿y después qué? ¿Les vas a dar la oportunidad para que movimientos anarquistas tomen la ciudad? ¿A que cualquier loco imponga su ley?

—Yo no he dicho eso —contestó.

—Pues entonces hará falta un líder —insistió con determinación —. Quieras o no, sabes que tengo razón.

—Puede ser otro, no tengo que ser yo.

—No veo quién —sentenció—. Rain está destrozado. Adán no lo hará. No sabemos ni tan siquiera si sigue vivo —añadió—. Tú eres moderado y ecuánime. Orgulloso, pero justo. No hay mejor candidato.

—Vanesa…

—¿Sabes lo que creo? —lo espoleó ella, cortándolo—. Creo que llevas tanto tiempo a la sombra de Adán que no eres capaz de pensar sin él —lo provocó intencionadamente, quería que reaccionara—. Pero tendrás que hacerlo, porque esté vivo o no, él no va a liderar esta ciudad. Así que piensa muy bien qué hacer, porque si tú mueres y él también, es posible que el poder caiga en manos de un nuevo tirano. Y si ese es el futuro que le espera a Madrid, no sé a qué hemos venido.

Ángel la miró muy serio, pero no dijo nada.

# 27

—¡Atentos, hostia! —avisó Montaña Roja a su grupo—. Listos en dos minutos.

Tenía el detonador en las manos. Era de última generación. Un sistema general que debía activar todas las perlas explosivas que estuvieran en un entorno abierto a diez kilómetros a la redonda. Hanna se había encargado de conseguirlo en el mercado negro.

Cada uno de los cuatro grupos estaba perfectamente colocado en sus ubicaciones, preparados para entrar en cuanto se derrumbara el Muro. Sabían perfectamente qué debían hacer y a dónde tenían que dirigirse. No podía haber fisuras en el plan, cada uno tenía muy claro cuál era su objetivo.

—Esperemos que funcione o esto se va a complicar —señaló Hanna, situada a su lado.

Estaban en el punto C; más abajo estaba Rain, en el punto B, y Álvaro y el Dragón, en el A. Al noreste, Ángel y su grupo, en el D. Cada punto separado por una distancia de medio kilómetro aproximadamente. El radio de actuación del detonador tenía que activar todas las perlas a la vez.

—¡Tiene que funcionar! —bramó Montaña.

El silencio era absoluto. Era una noche helada y sin luz en Madrid. Los generadores apenas abastecían energía en el interior del Muro, en los principales edificios y avenidas, el resto permanecía en la oscuridad. Lo único que rompía el silencio era el patrullaje de los militares.

Montaña Roja mantenía su dedo en suspenso sobre el detonador.

Medio kilómetro más arriba estaba Ángel con Vanesa y su grupo. Luchaba en su interior buscando argumentos sólidos que desarmaran lo que ella le había dicho. No encontró nada con qué rebatirla, pero no podía retirarse y dejarlos allí.

—Voy a luchar —sentenció.

Vanesa iba a volver a insistir cuando se escuchó un gran estruendo. El ruido fue atroz, como si se hubieran abierto las puertas del mismísimo infierno. Montaña Roja había activado el detonador.

¡Funcionó! El Muro cayó en los tres puntos previstos, abriendo tres inmensas bocas en el Perímetro Rojo. Los explosivos que habían colocado tenían una eficacia letal, el Muro se había resquebrajado como si estuviera hecho de papel. En el punto B, donde estaba el grupo de Rain, incluso se había abierto un boquete de unos tres metros de radio en el suelo. Los pedazos del Muro caían hacia las antiguas vías de metro por el agujero abierto. Grandes velos de humo y polvo se extendieron cubriendo varios metros alrededor de las entradas.

Cerca de los puntos donde estaban Rain y Montaña había policía militar. Los militares miraron hacia los escombros para ver qué había ocurrido, pero debido al manto de polvo y humo era imposible ver más allá. Cuando se dieron cuenta de qué estaba pasando, decenas de atacantes saltaron entre las piedras y el polvo, cayendo como una tormenta sobre ellos.

La incursión en el Perímetro fue brutal.

El grupo de Montaña Roja avanzaba a buen ritmo. Los militares que se acercaban eran sometidos por la brutalidad de Montaña: era letal y no daba tiempo de reacción. Él creía firmemente que quien atacaba primero, atacaba dos veces, y bajo esta oración rezaba su credo. Llevaba a dos telequinésicos con capacidad de implosionar y focalizar su energía. De este modo, el grupo reducía a los militares que trataban de retenerlos. Su objetivo, tomar el control del ayuntamiento, el centro neurálgico de la ciudad y del Estado al completo. Aquel edificio albergaba los pulmones y el corazón de Madrid.

Rain tutelaba en su grupo a sus chavales de la sala de boxeo, en su mayoría jóvenes de entre quince a veintiséis años. Tenía varios híbridos que habían desarrollado una mayor fuerza física y flexibilidad. Peleaban muy bien en un combate cuerpo a cuerpo, pero no eran especialmente buenos con las armas. Habían tenido que aprender a utilizarlas en dos semanas y no eran unos expertos.

Objetivamente, su misión era la menos peligrosa: debían amotinarse en la casa del alcalde y tomarlo bajo su custodia.

Álvaro y el Dragón tuvieron la entrada más limpia por la ubicación del acceso en una zona de vegetación densa. Pasaron al interior del Muro y a toda velocidad se subieron a los árboles, avanzando con agilidad hacia el suroeste, camino del cuartel. Someter a los militares y tomar el control del cuartel era, sin lugar a dudas, la tarea más difícil, pero la localización era la más alejada de la zona de viviendas y la más cercana al Muro. La vegetación del bosque se extendía hasta casi las puertas del cuartel, por lo que podía llegarse hasta él del modo más sigiloso posible. Además, teniendo en cuenta que el resto de los grupos llamaban más la atención, ellos podrían tener una pequeña ventaja con su discreción.

Ángel y Vanesa se quedaron desconcertados al ver que no había explosión en el punto D, cuando por el ruido y alboroto que llegaba hasta ellos estaba claro que el resto de los grupos ya habían entrado en el Perímetro y avanzaban hacia sus objetivos.

—¡Algo ha salido mal! —murmuró Vanesa.

—Eso ya lo sabemos, si no Adán y Rebeca estarían con nosotros —replicó Ángel con calma. Se dio la vuelta con determinación y se dirigió a los hombres que tenían los explosivos—. Aprovecharemos el descontrol para colocar los explosivos y entrar, ahora están distraídos con la caída del Muro en los otros puntos.

—No estoy segura de que vaya a funcionar —murmuró una de las mujeres del grupo.

—Haced lo que podáis, pero rápido. Tenemos que entrar y cubrir nuestra zona, no podemos dejarlos solos. El grupo de Montaña nos necesita, nos lo van a poner difícil para llegar al ayuntamiento. Si no entramos, los estamos abandonando a su suerte.

Se dirigieron apresuradamente a los vehículos para coger los explosivos.

Los grupos de Ángel y Montaña tenían que tomar el ayuntamiento. Era el símbolo del poder en la ciudad. Rain y su grupo, la casa del alcalde; mientras que el cuarto grupo debía tomar

el control del cuartel militar. La idea estaba clara y la estrategia marcada, ahora tocaba enfrentarse a la realidad.

***

La vivienda de Dubois estaba en una de las zonas residenciales del Perímetro, relativamente cerca del Muro. Los edificios estaban bastante concentrados en esa zona. Tenían poco más de dos kilómetros hasta el punto D. Calcularon que el primer kilómetro y medio podrían hacerlo prácticamente pasando de edificio en edificio. Desde allí podían ver a los militares en las calles.

Estaban corriendo cuando escucharon un fuerte estruendo, resultó ensordecedor.

—¡Llegamos tarde! —exclamó Rebeca, parando su carrera.

Los muros de polvo que se elevaban hacia el cielo fueron inmensos. Se le encogió el corazón y justo en ese momento supo que Madrid nunca volvería a ser la que había sido hasta esa noche. El cambio era imparable.

Adán y Enrique se detuvieron a su lado, observando la caída del Muro. El símbolo de aquella Madrid decadente.

Enrique se había animado a unirse a ellos. No era lo que había pensado en un primer momento, cuando supo que se estaban organizando para rehabilitar la Alianza, pero al abrirles su casa, sintió que no podía dejarlos marchar sin acompañarlos. Él había jurado, hacía muchos años, pero lo había hecho, así que ahora corría con ellos por los tejados, camino del punto del Muro en el que tenían que haber estado.

—¡Vamos! Tenemos que apurarnos —indicó Adán con voz grave, incitándolos a seguir.

Rebeca se giró para verle la cara, pero le resultó imposible descifrar sus sentimientos. Desde que había hablado con el médico y se había enterado de la muerte de su madre, se había vuelto hermético. Rebeca se hubiera acercado a él para decirle algo o consolarlo, pero Adán se había encerrado en sí mismo una vez más. El rictus serio y la mandíbula apretada habían desechado todas las

ganas que tenía de hablarle y ahora no era el momento. La ciudad convulsionaba, no tenían tiempo de pensar en sus propias miserias.

—Sí, sigamos —replicó ella—. Tenemos que llegar cuanto antes, no podemos dejarlos solos.

Esta vez, Adán encabezó el grupo.

Pasaron de edificio en edificio con rapidez y destreza. Vestidos de negro, confundiéndose con la noche y aprovechándose del bullicio que había en varios puntos del Muro para avanzar hasta su objetivo.

Tras un buen rato de carrera, Rebeca saltó la última al pasar de un edificio a otro con un pequeño desnivel. Calculó mal la distancia y apoyó el pie en el borde del edificio, de tal forma que resbaló y su cuerpo quedó colgando sobre el abismo.

Ahogó un grito.

—¡Rebeca! —gritó Adán, volviendo sobre sus pasos.

Rebeca se escurrió al intentar subir y quedó únicamente sujeta por una mano. Su cuerpo pendía sobre el vacío a unos treinta metros del suelo. La idea de morir aquella noche se había cruzado por su mente, pero no de esa manera.

—No puedo —replicó, intentando sostenerse con la otra mano, que no encontraba apoyo.

Adán la sujetó por el brazo y la subió rápidamente. Una vez que estuvo arriba, la sostuvo en sus brazos, sujetándola contra él con fiereza. Todo su cuerpo estaba en tensión.

—Tranquilo —murmuró Rebeca contra su cuello.

—Eso debería decirlo yo —replicó él con voz baja, sin dejar de abrazarla.

Rebeca levantó la mirada y se encontró con sus ojos claros, muy claros. A pesar del frío de su mirada y del miedo que todavía sentía por su traspiés, la forma posesiva y protectora en la que él la abrazaba le hacían saber que debajo de aquella coraza sentía lo mismo que ella.

Enrique los observaba a un par de metros.

***

A lo largo de la ciudad se extendía el sonido de golpes, disparos y gritos que se entremezclaban, fundiéndose en una armonía caótica.

En ese momento se oyó una nueva explosión, mucho más cerca que las otras. Ángel y su grupo habían abierto una pequeña brecha para entrar. El polvo era abundante y se extendió hacia el cielo en una pequeña cortina. Ángel esperaba expectante hasta que pudo comprobar la existencia de una pequeña abertura.

—Ha funcionado, entremos —declaró haciendo un gesto a su grupo con la mano.

La explosión no había sido lo suficientemente potente como para que se cayera toda la estructura del Muro, como había pasado en los otros tres puntos donde este se había derrumbado, en los que provocó entradas amplias. El plan B utilizado por Ángel hizo que se erosionara la parte inferior del Muro, abriendo un improvisado arco que no alcanzaba el metro y medio de altura. Tuvieron que apartar manualmente pedazos de escombros para limpiar la entrada y agacharse para pasar al interior mientras a lo lejos se escuchaba el bullicio de gritos y golpes. Tenían que apurarse antes de que vinieran a por ellos. Cuando estaba pasando el último, se desprendieron varios trozos del muro que lo aplastaron; se trataba de una chica.

Rápidamente empezaron a retirar piedras para liberarla, pero fue inútil, ya había fallecido.

Estaban tan concentrados que no vieron al grupo de militares que se les echó encima. El ataque los pilló por sorpresa. Los golpearon por detrás, no habían utilizado armas de fuego para no hacer ruido con los disparos. El caos se formó de inmediato.

Ángel seguía agachado al lado de la joven muerta bajo los trozos de hormigón cuando dos militares lo golpearon, pero una mano los agarró y los lanzó lejos de allí. Volaron un par de metros por el aire antes de caer. Esa misma mano cogió a Ángel y lo levantó del suelo.

Este sonrió a su salvador.

—¡Me alegro mucho de verte, hermano! —declaró abrazándolo.

—Yo también —replicó Adán.

Adán, Rebeca y Enrique habían llegado justo a tiempo de ayudar al grupo de Ángel.

Rebeca mantenía todos los sentidos alerta. Las balas silbaban en sus oídos y aquello no tenía mucho que ver con sus entrenamientos ordenados y metódicos. Aquello era la realidad, dura y brutal. La golpearon, la echaron al suelo e intentaron clavarle un cuchillo, pero ella lo esquivó. Se levantó de un salto y peleó con todas sus fuerzas. Sentía algo salado en la boca; era el sabor de su propia sangre. Dos veces se interpuso Adán entre ella y los militares. Nunca se apartaba demasiado de ella. Era como una sombra que no la dejaba.

Aquello era la guerra, y si alguno tenía alguna duda al respecto, esta se disipó con un azote de violenta realidad. Ninguno siguió siendo inocente tras aquel ataque frente al Muro. Allí tuvieron que elegir entre matar o morir. Consiguieron reducir a los militares y avanzaron en su camino hacia el ayuntamiento, dejando detrás de ellos más muertos de lo que les hubiera gustado.

Pronto comenzaron a ver intermitentes resplandores en otros puntos de la ciudad y supieron que estaban atacando con bombas a los otros grupos.

—No van a utilizar bombas bacteriológicas ni nucleares, ni tan siquiera híbridos metálicos. Eso lo destruiría todo —comentó Ángel al ver cómo Rebeca dirigía su mirada preocupada al lugar de donde venían los explosivos.

—¿Tú crees? —murmuró ella.

—No van a destruir Majadahonda —aseguró—. Es lo único que anhelan proteger.

***

El grupo de Montaña Roja era el que más terreno había recorrido. Estaban a un par de kilómetros del ayuntamiento. Había acabado con tres grupos de militares que les habían cortado el paso. Montaña no daba tiempo ni de parpadear a su enemigo y los dos jóvenes telequinésicos que llevaba con él habían resultado muy útiles: sabían cómo implosionar. Habían superado los asaltos y se

habían metido por calles secundarias para despistar. Avanzaban lo más sigilosamente que podían.

De repente un militar caminó solo hacia ellos. No llevaba ningún arma en las manos. Montaña lo miró, expectante. Apenas superaba la pubertad; era un crío. Lo primero que pensó es que se trataba de un desertor, alguien afín a la revolución que quería aprovechar el bullicio para cambiarse de bando.

—¡Quietos todos! —alertó el pelirrojo a su grupo.

—¿Qué pasa? —preguntó Hanna, observando con rictus serio.

—Mira —bramó Montaña señalando con un gesto al joven que avanzaba hacia ellos.

Durante unos segundos el silencio fue total. Montaña entrecerró los ojos mientras veía cómo el joven seguía caminando hacia ellos con las manos en alto. Estaba temblando.

—¡Atrás! —gritó, aquello le daba mala espina.

Todos comenzaron a correr, deshaciendo el camino avanzado. El muchacho se quedó quieto, sacudiéndose. No hubo tiempo de reacción, en cuestión de segundos, explotó. Se desintegró mientras la onda expansiva se extendía unos metros a su alrededor.

—¿Todos bien? —preguntó Hanna, levantándose, unos segundos después.

Los hombres y mujeres de su grupo comenzaron a incorporarse poco a poco.

No había heridos, todos estaban ilesos.

—¡Maldita sea! —gritó Montaña, enfadado consigo mismo por lo cerca que habían estado—. No nos fiaremos de nadie. ¡Mataremos a todos los que se nos acerquen si es necesario! —bramó, desafiante, para que se le escuchara en los edificios cercanos, donde seguramente se encontraban agazapados grupos de militares tramando su estrategia—. Mataremos a todo el que se acerque, aunque tenga cinco años —añadió sin piedad, dirigiendo ahora una mirada helada a su propio grupo.

Hanna no dijo nada.

***

Rain ya había perdido a unos ocho jóvenes. Se sentía abatido e incapaz de proteger a su grupo. El suyo era el grupo más joven. Se dio cuenta de que no estaban tan preparados como él pensaba. Quizás había sido una imprudencia llevarlos consigo. Estaba exasperado, se sentía incapaz de proteger a sus chavales. Vio movimiento al final de la calle y les hizo un gesto para que se escondieran entre unos setos. Observó las caras aniñadas de su grupo y lamentó no haber hecho caso a Ángel que ya le había advertido que debían repartir mejor los grupos. Él quería tener a todos sus pupilos controlados. Se sentía responsable de ellos. La mayoría eran niños sin hogar. Criaturas y contaminados que habían huido de sus casas años atrás o huérfanos de la calle. Él dirigía el único grupo donde no había miembros de la antigua Alianza. Todos eran nuevos jurados.

Escuchó el ruido de una bomba unos kilómetros al este. Estaban atacando al grupo de Montaña.

—¡No quiero perder a nadie más! —declaró como una necesidad—. Sé que os entrené solo para defenderos, que os llené la cabeza de pájaros y os inculqué la idea de un camino pacífico para derrocar al poder. Creo que tenéis todo eso demasiado metido en vuestras cabezas. Estamos todavía a tres kilómetros de la casa del alcalde. Tenéis que sobrevivir, por vosotros y por Madrid. Somos el único grupo que va a tomar la casa de Ruiz del Hierro, no podemos permitirnos fracasar. Necesito que salgáis ahí fuera sin miedo.

Los aniñados rostros asintieron y Rain tuvo la terrible sensación de que hablaba con un grupo de cadáveres. Los militares que había escuchado estaban muy cerca. Rain hizo un gesto con su arma y el grupo de jóvenes salió para abalanzarse sobre ellos. Los silbidos de las balas danzaban en el aire. Una de las jóvenes del grupo tenía fuertes capacidades telequinésicas, por lo que los proyectiles salían disparados antes de rozar a ninguno de los chavales. ¡Por fin reaccionaban!

***

Álvaro y el Dragón guiaban al cuarto grupo hacia el cuartel. Pasaban por los árboles en las zonas en las que eran más espesos. Cuando era necesario, bajaban y avanzaban en paralelo al Muro por un camino de tierra entre árboles y vegetación, una zona de parque que utilizaban habitualmente corredores y ciclistas. Siguieron avanzando hacia el cuartel, saltando de árbol en árbol. Salvo tres humanos, el resto del grupo estaba formado en su mayoría por híbridos que habían sido contaminados hacía mucho tiempo. Curtidos en la calle, sabían cómo pasar desapercibidos, controlaban perfectamente sus capacidades y eran eficaces y sigilosos. Tenían entre sus manos la tarea más complicada. No podían fallar. Si no controlaban a los militares, no podrían someter al Gobierno. No habría posibilidad de dar un golpe de Estado en Majadahonda sin tener el dominio del cuartel.

Álvaro encabezaba el grupo, era fuerte y firme en sus decisiones. Sabía comunicar y su liderazgo era aceptado por todos como algo natural. El Dragón se había quedado en la retaguardia para controlar a los menos capaces. Su personalidad era introvertida, él era un hombre de acción. Sabía cómo moverse entre las sombras y pasar desapercibido. Era muy delegado y atlético, pero su fuerza radicaba en su agilidad y en su mente fría, que lo hacían un ganador. El grupo tan solo llevaba a tres humanos y cada uno tenía un compañero híbrido. Pasaban los árboles de dos en dos. Cada compañero tenía que cuidar del otro. Marchaban en silencio de un modo mecánico. Eran el grupo fantasma. Sabían que no podrían acercarse al cuartel de otro modo.

***

—¡Esto no puede estar pasando! —murmuró el alcalde.

Ruiz del Hierro todavía estaba a medio vestir. Llevaba puestos el pantalón del traje y una camiseta. Lo había despertado la llamada del ministro de Defensa para ponerlo al tanto del ataque que estaba sufriendo la ciudad.

Daba vueltas por la habitación tratando de pensar. El secretario entró con un vaso de agua y un analgésico. Cuando se estresaba

sufría fuertes dolores de cabeza. Sentía intermitentes punzadas que le atravesaban desde la nuca hasta la parte frontal. Pensó que debían de ser los demonios de su pasado, que venían a devorar su conciencia, si es que todavía le quedaba algo de eso.

Repasó sus últimos pasos buscando dónde se había equivocado. Viajó meses atrás, buceando en sus recuerdos. Los rumores de revolución habían comenzado el invierno pasado. Él los había obviado en un primer momento.

¿Qué podían hacer aquellos involucionados? Nada. El controlaba la política, los militares y las comunicaciones. Pero los rumores no desaparecían, sino que cada vez eran más fuertes, por lo que tomó una determinación: eliminar a todos los que pudieran suponer una amenaza.

¿Con quién había comenzado todo eso? ¡Ah, sí! Con ese tal Abraham Bonnín y con su amigo Héctor Sanromán. Cuando el alcalde recibió los primeros informes de intentos revolucionarios, cortó de raíz el problema. Nunca pensó que aquellos títeres de la Alianza fueran a darle problemas después de tantos años. Había conseguido sobornar a aquel aliado que los conocía y sabía dónde encontrarlos. Con él se había deshecho de aquellos dos tipos, había destruido Main, refugio de las criaturas, y había arrasado con todos los revolucionarios de Plaza Castilla. Había sido una auténtica matanza y ni siquiera eso los había disuadido. ¿Qué querían? ¿Morir todos?

¡Idiotas! Pues bien, si era lo que querían, los mataría a todos. Se tragó la pastilla y cerró los ojos unos segundos, esperando que le aliviara el dolor.

—Comunícame de nuevo con el ministro de Defensa, que averigüe ya si Adán está metido en todo esto —exigió dirigiéndose al secretario, que permanecía en la habitación, expectante.

—Sabe que su hijo nunca ha participado en los intentos revolucionarios... No creo…

—A mí no me importa lo que tú creas —lo interrumpió con frialdad.

—Sí —contestó el secretario ajustándose las gafas—. Ahora mismo, señor.

—¡Y pregúntele al ministro cuál es el lugar más seguro de esta ciudad!

—Muy bien.

***

El grupo de Ángel avanzaba con Adán y los demás. Estaban aproximadamente a mitad de camino del ayuntamiento. Llevaban un buen rato bastante tranquilos, por lo que comenzaban a creer que alcanzarían su objetivo sin más ataques, pero justo en ese momento un nuevo asalto los pilló desprevenidos. Los militares les cerraron el paso por el frente y por la retaguardia. Sin darse cuenta habían caído en una trampa. Descargaron sus armas contra ellos y, antes de que pudieran reaccionar, cuatro jóvenes cayeron al suelo abatidos.

—¡No! —gritó Rebeca viendo cómo los cuerpos golpeaban el asfalto.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al tiempo que se enfadaba. Las siguientes balas salieron despedidas hacia el cielo gracias a que ella las había proyectado lejos de allí.

—¡Bien hecho! —exclamó Adán a su lado.

Adán actuaba con contundencia. Era un autómata que ejecutaba a la perfección, sin un solo titubeo. Les arrancaba a los militares las armas de sus manos y los lanzaba lejos de allí de un golpe. Mientras, Rebeca se movía con destreza. Había trabajado mucho y ahora aplicaba todo lo aprendido con contundencia. Había una extraña sinfonía de huesos rotos, quejidos y balas. Las capacidades telequinésicas de Rebeca eran de las más potentes que cruzaban Majadahonda esa fría noche de diciembre. Ella desviaba las balas y los explosivos que les lanzaban como si fueran mosquitos. Las balas silbaban, las explosiones iluminaban el cielo y pronto la mezcla de ruidos cegó la pelea.

Ángel también luchaba fatigosamente. Tenía un arma y no dudaba en utilizarla. No cabían las dudas allí, era matar o morir. Tenía a Vanesa muy cerca, parecía dispuesta a protegerlo con sus capacidades telequinésicas. Se sentía frustrada al ver cómo él se exponía. Realmente creía que los hermosos eran más lógicos. Al

parecer, Ángel no creía tan crucial su propia supervivencia como sí lo hacía ella.

Enrique también luchaba con agilidad, a pesar de estar desentrenado. No era muy fuerte, pero tenía técnica y disciplina y, sobre todo, sabía manejar el arma con los cañones recortados que le habían dado.

Acabaron con todos los militares fuera de juego. Cuando creían que ya podían seguir, vieron a un nuevo grupo que avanzaba por el norte de la calle. Ángel dio un par de pasos hacia ellos y notó algo extraño.

—Pero qué demonios... ¿Qué es eso? —murmuró mientras veía el perfil borroso de los cuerpos acercándose.

Se trataba de hombres musculosos, grandes y fornidos, pero había algo raro en ellos. No vestían de militares ni tenían armas en sus manos. Tenían una forma de caminar muy extraña, algunos incluso arrastraban los pies.

—¡Básicos extremos! —exclamó Vanesa a su lado.

—¡Adán, ven aquí! —grito Ángel.

Adán y Rebeca corrieron desde la retaguardia hasta la parte delantera del grupo.

—¿Qué pasa? —preguntó Adán.

—Extremos —murmuró Ángel, incrédulo, sin apartar los ojos de las criaturas que se dirigían hacia ellos—. ¿De dónde habrán salido? Son muchísimos.

—De mi padre —sentenció Adán con voz grave.

La masa avanzaba hacia ellos arrastrándose. Eran muchos más de los que podían contar.

***

Montaña Roja y Hanna se encaminaban hacia el ayuntamiento sin grandes pérdidas en su grupo. Cada vez parecía más posible alcanzar su objetivo. Dentro de la alcaldía todo sería más fácil, una vez tomado el centro de poder de la ciudad podrían reinventar la historia.

Giraron por una calle transversal y salieron a la avenida principal. Un grupo de hombres les cortó el paso. No eran militares. No vestían de manera uniformada ni llevaban armas en sus manos. Eran de gran tamaño y en su mayoría caminaban con dificultad.

Montaña los identificó al momento.

—No puede ser —murmuró incrédulo—. ¡Serán hijos de puta!

—¿Qué es eso? —preguntó Hanna a su lado observando como el grupo avanzaba hacia ellos—. No serán... Son extremos.

—¡Preparaos porque esos no tienen armas, pero han venido a comernos! —bramó Montaña con voz grave. Se agachó y de sus botas sacó sendos cuchillos militares.

Montaña comenzó a correr con sus cuchillos, seguido por Hanna que empuñaba una recortada. Las criaturas caminaban con ritmo lento, aproximándose poco a poco, mientras ellos los alcanzaron corriendo. Todos sus hombres se lanzaron sobre la masa de básicos. Montaña y Hanna no permitían que los tocaran porque sabían de la fuerza descomunal que podía llegar a tener un básico extremo de ese tamaño. Sin embargo, los más jóvenes no eran tan precavidos como ellos, algunos cayeron en sus manos y fueron exprimidos como limones.

—¡No dejéis que os toquen! —gritó Montaña furibundo—. Tenéis que atacar primero. Utilizad las armas. ¡Vamos! Utilizad vuestras capacidades.

Atacaron, golpearon y mataron a los extremos cuyos descomunales cuerpos caían, pesados, al suelo. Los mejor entrenados, los más fuertes y los más ágiles estaban preparados para combatir y salir victoriosos, pero algunos no eran capaces de concentrarse y no dominaban sus capacidades en momentos de estrés, y las criaturas los reducían sin gran esfuerzo. Los más contundentes eran Montaña y Hanna, pero eran demasiados para ellos. Las criaturas avanzaban poco a poco, con su brutalidad animal. No pensaban, no razonaban, solo machacaban y comían. Estaban verdaderamente hambrientos. Cuando conseguían reducir a alguien, simplemente se ponían a comer. Con los ojos caídos, farfullaban palabras ininteligibles. Clavaban sus dientes amarillos,

puntiagudos, olorosos, en la carne tierna y joven, desgarrando brazos y piernas.

Montaña estaba al límite. Golpeaba y reventaba las cabezas de sus contrincantes. Clavaba sus cuchillos una y otra vez. Hanna estaba alejada intentando salvar a un chico al que un básico le había clavado los dientes en un brazo; trataba de que la criatura lo soltara, pero esta tenía sus dientes profundamente clavados en la carne. No cedía. Montaña, sobrepasado al ver que perdía a una gran parte de su grupo, bajó la guardia y lo cogieron entre tres básicos. Montaña gritaba e intentaba zafarse, pero eran tres monstruos descomunales, no parecía haber nada que él pudiera hacer para liberarse. No había pensado morir así. Quizás por una bala de los militares, pero no reducido por un grupo de extremos. Cerró los ojos, abatido, sabiendo que iba a ser la comida de aquellas criaturas y lo que más sentía era no haber podido proteger a su grupo.

En ese momento dispararon y apuñalaron a sus opresores. Montaña fue liberado. No daba crédito al ver que se trataba de Ángel y Adán.

—¿Pensabas morirte aquí? —preguntó Adán, ayudándolo a ponerse de pie—. Todavía hay mucho que hacer. ¡Te necesitamos!

Montaña soltó una carcajada que se llevó todo su estrés.

—¡Jodido cabrón! Pensé que estabas muerto —bramó en respuesta.

Sin darse cuenta, ambos grupos se habían unido. Montaña y los suyos habían terminado en la misma avenida donde resistía el grupo de Adán y Ángel, pero no los había visto hasta ese momento a causa de la cantidad de extremos que los cercaban.

A pesar de las bajas, todos siguieron peleando, uniéndose en un solo grupo homogéneo que poco a poco quedó rodeado de criaturas, con ellos en el centro resistiendo. Ángel, Enrique, Rebeca y Vanesa luchaban junto a Hanna, tratando de reducir al grupo. Estaban agotados y habían perdido a varios de sus compañeros, pero el cansancio no había hecho mella en su determinación. Montaña reaccionó y comenzó a golpear y a romper huesos otra vez con un ansia renovada, al lado de Adán, pero los extremos cada vez eran más.

—¡Son demasiados! —declaró Adán contrariado.

—Vienen más cada vez —apuntó Ángel desde detrás de ellos—. Mirad hacia allí.

—Tenemos que llegar al ayuntamiento —replicó su hermano.

—Ya lo sé, pero no se me ocurre cómo vamos a salir de aquí —se lamentó Adán con un rictus severo—. Hemos caído en una trampa.

Los básicos los habían rodeado. Seguían en el interior de aquel círculo, que cada vez se ceñía más a su alrededor. Bajo sus pies se amontonaban los cuerpos de sus compañeros y los de los extremos.

***

Rain logró llevar a su grupo hasta la casa del alcalde. Había cumplido gran parte de su objetivo. Ahora solo quedaba entrar y retener a Ruiz del Hierro. Tomar la casa y mantenerla bajo su control como bastión de la revolución. La estrategia estaba clara, lo difícil era llevarla a la práctica.

Adán le había comentado que había una puerta trasera en la verja del jardín. Estaban en el punto justo y habían localizado el portalillo. Rain lo ojeó con desconfianza, seguramente tenía un sistema eléctrico activado. Era lo habitual. No se escuchaba absolutamente nada en el interior de la finca. ¿Era posible que no hubiera nadie? Había cámaras de seguridad situadas por encima del portal, capturando las imágenes del exterior. Con eso no contaban; el plan era ir acercándose y saltar al interior, pero los verían con las cámaras. Rain permanecía oculto con sus chavales en unos matorrales cercanos, valorando sus posibilidades. Si se acercaban y las cámaras captaban sus imágenes, serían abatidos. La otra opción que le quedaba era la violencia directa: volarlo todo por los aires.

Rain frunció el ceño; estaba bastante agotado por las peleas que había afrontado, ya había perdido a unos diez chicos y no estaba dispuesto a perder a nadie más. Tenía que sorprender y lo iba a hacer. Entraría montando un buen follón. Era muy probable que estuvieran esperando detrás del portal, agazapados en el jardín, dispuestos para saltar sobre cualquier invasor. Rain se lo imaginó:

decenas de militares en la sombra agazapados para salvar la casa del alcalde. Pues bien, si estaban allí iban a volar. Cogió un explosivo de mano. Marcó diez segundos en el temporizador. Lo lanzó al lado del portal y avisó a sus chicos para que se protegieran. Instantes después se escuchó un gran estruendo y el suelo tembló. El portal estaba reventado y parte del muro había caído.

Sin tiempo que perder, Rain y los demás entraron corriendo y dispuestos a todo. Con sus armas en la mano, atravesaron la cortina de humo que había dejado la explosión.

***

Álvaro y el Dragón estaban muy cerca de alcanzar su objetivo. Desde las ramas de los árboles observaban el cuartel, situado aproximadamente a doscientos metros. En ese punto no había más opción que bajar al suelo. Desde su posición vislumbraban el bullicio en el centro de la ciudad, en las calles próximas al ayuntamiento. Gritos, golpes, muchedumbre peleando y el cielo bañado de luz de manera intermitente debido a los explosivos o a alguna implosión.

Álvaro miró hacia atrás. Tenía el grupo mejor preparado y más compacto. Llevaba a varios de los contaminados más fuertes, con capacidades telequinésicas y de implosión. Verdaderas bombas humanas que podían crear energía y proyectarla, eso era algo realmente poderoso y también muy peligroso. Álvaro deseó que su grupo tuviera el suficiente autocontrol llegado el momento. Sus ojos buscaron al Dragón. Este le sostuvo la mirada y al instante se entendieron. Había llegado el momento de bajar. Hizo un gesto y, de manera sincronizada, fueron saltando al suelo. Cayeron de pie como gatos sigilosos y se mimetizaron rápidamente con su entorno para permanecer ocultos entre los árboles. Después, avanzaron hacia el cuartel. Se pararon agazapados en unas piedras y matorrales situados a unos cincuenta metros.

—¡Vamos! —gritó Álvaro.

Su plan era el más kamikaze. Cuatro miembros de su grupo que tenían capacidades implosivas comenzaron a correr al tiempo

que sus cuerpos se iluminaban y se convertían en verdaderas antorchas humanas que se dirigían hacia las puertas del cuartel.

# 28

Rain tomó la casa del alcalde sin ningún problema. No hubo resistencia. Ni tan siquiera había guardias. Parecía que se habían marchado hacía un buen rato.

—La casa está vacía. Aquí no hay nadie —confirmó uno de los chavales al entrar en el salón.

—Bueno, pues tomaremos posiciones. Nuestro objetivo está claro, nos quedaremos aquí por si vuelve el alcalde. Estaremos alerta y vigilaremos. No podemos marcharnos hasta que tengamos certeza de que el cuartel y el ayuntamiento están también bajo nuestro dominio. Quiero que estén controladas todas las entradas —señaló dando instrucciones a su grupo—. Vosotros dos quedaos aquí, en el salón —dijo refiriéndose a dos de ellos—. Atrancad la puerta y cuidado con las ventanas. No quiero más bajas. Vosotras dos os iréis a la parte de atrás: una a la cocina y la otra a la habitación de servicio, ¿entendido? —indicó—. Y vosotros cuatro repartíos las ventanas del lado oeste. Yo iré al despacho del fondo y cubriré el este. Si en una hora no llega nadie, trataré de conectar con los otros grupos, por si es necesario que nos dividamos y alguien vaya a echarles una mano —añadió, poco convencido, viendo a sus inexpertos soldados.

Todo el mundo asintió. Parecía una tarea fácil: resistir y guardar la casa. Rain tenía la impresión de que el alcalde se había ido a un destino más seguro que aquel y, en vista de eso, su objetivo era el más sencillo.

—Muy bien —señaló uno de los chavales de más edad—. ¡Venga, vamos! —añadió dirigiéndose al resto para que se movieran.

—¿Y nosotros? —preguntó dubitativa una chica que se había quedado sin función junto a otros dos.

—¡Vosotros arriba! Necesito que subáis a las habitaciones superiores, al tercer piso, para vigilar las calles próximas.

Permaneced alerta y avisadnos si alguien se acerca —dijo estas últimas palabras con miedo de que se hicieran realidad. Estaban allí, lo más difícil había sido llegar, pero ya estaban dentro. En su fuero interno deseaba permanecer atrincherado en aquella casa hasta el amanecer. No quería más muertes.

Cada uno se dirigió hacia el lugar encomendado. No encendieron ninguna luz. Rain entró en el despacho del alcalde, por fin tenía un segundo a solas desde que había comenzado aquella locura. Se acercó a la ventana y suspiró, dejando que todo el estrés lo abandonara por un momento. Lo había logrado, estaban dentro y la casa estaba vacía. Seguramente el alcalde estaría en ese momento en el ayuntamiento. Se sintió aliviado mientras los ojos se le humedecían. Parpadeó, no iba a flaquear ni aunque estuviera a solas. Había perdido a la mitad de los chavales, pero ahora estaban a salvo. ¡Él los protegería! Sabía que todavía habría muchas muertes esa noche, pero no bajo su mando. El guardaría aquella casa hasta el amanecer. Cerró los ojos y respiró hondo. Antes de que la oscuridad lo tiñera todo para siempre alcanzó a escuchar el clic de la pistola en su nuca. El cuerpo de Rain cayó al suelo al tiempo que la bala que había entrado por su nuca salía por su frente y rompía el cristal de la ventana.

Detrás de él, el secretario temblaba, asustado. Se ajustó las gafas y contuvo la respiración mientas colocaba el cañón de la pistola en su propia sien. Su último pensamiento fue dudar, quizás sería más efectivo metérsela en la boca, pero le pareció menos honorable. Disparó antes de que los pasos apresurados que se acercaban abrieran de golpe la puerta del despacho. Los aniñados chavales de la sala de boxeo llegaron a tiempo de ver caer el cuerpo del secretario al suelo, justo al lado del de Rain.

***

El muro de la entrada al cuartel había reventado con la energía de los contaminados. Álvaro, el Dragón y su grupo entraron rápidos y decididos. Bien organizados, tal y como habían avanzado todo el camino. Dentro, los militares parecían salir de todas partes, pero

ellos sabían pelear, eran un grupo sin fisuras. Tenían un plan bien determinado. Los cuatro contaminados que iban como avanzadilla actuaban como un escudo impenetrable para todo el que se ponía en su camino. Ellos les abrían paso a los demás. El cuartel tenía seis pisos y era uno de los edificios inteligentes más avanzados de toda la ciudad, por ello también era el más peligroso. Jamás habrían podido entrar en él si no hubieran dividido su ofensiva. En el cuartel apenas quedaba un diez por ciento de los militares; los que no estaban peleando en las calles debían de estar en ese momento protegiendo al alcalde.

Lo primero que tenían que hacer para someter el cuartel bajo su mando era cortar su propio sistema de alimentación. Estaba funcionando con generadores que lo mantenían prácticamente al cien por cien de capacidad, por lo que lo primero era cortar el suministro y las redes de comunicaciones. Sabían cómo y dónde atacar. Habían estudiado cada centímetro de la distribución de aquel edificio. Mientras dos de los contaminados que actuaban como escudo subieron por las escaleras junto con la mitad del grupo, los otros dos se quedaron en la entrada ofreciendo resistencia con la otra mitad.

Álvaro subía con el primer grupo en busca del ministro de Defensa mientras el Dragón se quedaba abajo en el vestíbulo. Uno de los jóvenes que estaban con el Dragón se dirigió directamente a una habitación del fondo: allí estaban los generadores y hologramas comunicantes. El chaval entró sin dudar, sabía perfectamente cuál era su cometido. Una vez dentro del cuarto abrió todos los cuadros y destrozó los cables y mandos de su interior. Toda la luz del edificio parpadeó, pero no se iba del todo porque había múltiples hologramas flotando que sostenían el sistema de alimentación. Estaban cifrados, por lo que solo podía deshacerse de ellos desactivando sus comandos. El joven sabía que eran sistemas altamente protegidos, pero no tenía alternativa, metió el brazo dentro de cada uno de los hologramas y barrió los comandos con los dedos. Cuando sacó las manos las puntas de los dedos se le habían chamuscado y pequeños hilos de humo salían de ellos. El dolor le recorrió el cuerpo con intermitentes latigazos. Estaba cargado de

energía, el corazón le bombeaba a gran velocidad y parecía que se le iba a salir por la boca. Las luces del cuartel se apagaron por completo y las comunicaciones se perdieron. Por fin los militares estaban solos, cada uno en su propia guerra. Todavía quedaba un último cable en la pared, era el sistema de seguridad vertical del edificio; lo arrancó de cuajo y lo inutilizó.

Iba a salir de la habitación cuando un dolor muy fuerte le cruzó el pecho, sentía como si un rayo lo hubiera atravesado. Había calculado mal el nivel de energía de los hologramas, cayó de rodillas y su cuerpo golpeó el suelo antes de que pudiera entender qué estaba pasando. El joven era una criatura con capacidades especiales para soportar y conducir la electricidad, pero algo había ido mal. Seguía respirando con dificultad mientras todo se desdibujaba a su alrededor. Parpadeó tratando de centrarse, pero no podía moverse, se le había agarrotado todo el cuerpo. Escuchaba gritos, disparos e implosiones. No veía nada, apenas disponían de la luz de algunas farolas externas que se colaba por las ventanas. Seguramente tenían generadores independientes. El caos se representaba apenas a unos metros de él, pero lo vivía como un lejano espectador, incapaz de moverse, paralizado en el suelo. Sintió unas botas militares deteniéndose a su lado. Parpadeó; quería verle la cara a su dueño, pero no podía. No era capaz de hacer nada que fuera más allá de respirar o parpadear. La bota negra, nueva y brillante, se movió a escasos centímetros de su cara, podía oler el cuero. Supo lo que iba a hacer antes de que su portador la levantara para machacarle la cabeza.

Álvaro llegó al núcleo del cuartel tras subir los seis pisos y matar a todo el que se había cruzado en su camino. En la última planta estaba la sala de operaciones y por allí, en algún sitio, tenía que estar el ministro de Defensa. Eran cerca de las cinco de la mañana y los sonidos de gritos, disparos y golpes parecían salir de cada una de las paredes de aquel edificio, en una pirámide ascendente desde los pisos inferiores. Álvaro les hizo gestos a sus hombres para que se distribuyeran por las salas de la última planta. El ministro tenía que estar allí, habían peinado los pisos inferiores y no lo habían encontrado. ¿Cabía la posibilidad de que aquel cabrón

se hubiera quedado escondido en su madriguera mientras ellos asaltaban la ciudad? ¡Cobarde! Álvaro entró en la sala de operaciones. Uno de los jóvenes escudo se quedó con él mientras el resto del grupo volvía sobre sus pasos para ayudar a sus compañeros. En la sala había una gran cristalera que tenía vistas hacia el centro de la ciudad. La alcaldía estaba en la parte este de la ciudad, antiguamente aquello ni siquiera era Majadahonda, sino Pozuelo de Alarcón y, sin embargo, ahora era el sitio más opulento, base de la clase social más rancia de Majadahonda, que había engullido a Pozuelo.

Álvaro estaba perdido en sus propios pensamientos, en la semioscuridad de aquella sala de operaciones, cuando dos de sus hombres irrumpieron en la sala y arrojaron al suelo a alguien que cayó de rodillas. Se dio la vuelta y observó el pelo canoso del prisionero, que permanecía con la cabeza gacha.

—Ministro, levante la cabeza —ordenó con severidad—. ¿Qué manera es esa de enfrentar a un enemigo?

El ministro dudó, pero al momento elevó la mirada e hizo ademán de levantarse, y Álvaro lo detuvo con un gesto.

—No, no —indicó—. Le he dicho que levante la cabeza, no que se levante usted. Quédese de rodillas y si tiene un Dios al que rezar, ha llegado el momento de arrepentirse.

El ministro tembló y se tapó la cara con las manos, presa del pánico. Tenía tan presente el arma de Álvaro como la violencia y represión con la que había mantenido Madrid en el inmovilismo. Demasiadas muertes de criaturas, contaminados y humanos pesaban sobre su conciencia. Si realmente había llegado el momento de arrepentirse, no sabía por dónde empezar.

Seis pisos más abajo, la situación parecía estar controlada. Habían perdido a algunos de los hombres, pero habían cumplido con su cometido. El Dragón salió para revisar que no quedara nadie por el recinto del cuartel. En principio todo parecía en orden, pero entonces se encontró con un militar agazapado en una esquina. Estaba temblando y sollozando. El Dragón se acercó con precaución mientras lo apuntaba con su arma. El chico lo vio venir y se secó los ojos, buscando algo de dignidad.

—¡Vamos, levántate! Ya no tiene sentido resistirse —indicó el Dragón sin ganas de matar a nadie más.

—¿Por qué? —murmuró el chico entre sollozos. No debía ni de llegar a los veinticinco años—. ¿Por qué lo habéis hecho? Había un sistema, yo siempre cumplí las reglas —hablaba muy nervioso—. Yo... soy una criatura —declaró mirándolo a los ojos—. Nunca dije nada. Siempre me he ocultado, como mis padres me enseñaron. —Al decirlo miró al Dragón y este sintió un dolor agudo cruzándole el cráneo. Tenía capacidades psíquicas y estaba utilizándolas para atacarle—. Siempre he ocultado esta maldición. Esta cosa que tengo en la cabeza y que me hace distinto. ¡Todo estaba bien! ¡Teníamos un sistema!

El Dragón cayó de rodillas por el dolor. Sentía que tenía fuego dentro de su cabeza, era insoportable.

—Tenía una vida —añadió moviendo el brazo y dejando al descubierto el charco de sangre que tenía en el abdomen. Estaba malherido, aquello parecía grave.

—Te ayudaremos —replicó el Dragón levantándose. El fuego en su cabeza había bajado de intensidad, seguramente porque el joven estaba quedándose sin fuerzas, pero seguía siendo muy doloroso—. Vamos —pidió acercándose con dificultad. Se agachó a una distancia prudencial para hacerlo entrar en razón e insistió—. Deja que te saque de aquí.

El joven le dedicó una amarga sonrisa.

—Yo no quiero tu ayuda —dijo mirándolo fijamente.

La cabeza del Dragón explotó como una sandía que recibe un impacto a cien kilómetros por hora. Su cuerpo cayó inerte mientras un chorro de sangre espesa salía por el agujero que había quedado en su cuello, en el lugar donde antes había estado su cabeza.

El joven lo vio caer al suelo poco antes de sentir los estertores de la muerte. Realmente había sido innecesario llevarse aquella vida con él.

Dentro, en la última planta del cuartel, el ministro seguía arrodillado. Su cabeza daba vueltas repasando todas y cada una de las decisiones que había tomado en connivencia con el alcalde.

—¿Qué pasa, ministro? ¿Demasiados fantasmas? —le preguntó Álvaro.

El hombre no contestó, pero su cara torturada delataba la angustia de sus remordimientos. Álvaro lo miró, sentenciador. Levantó su arma y apuntó a la cabeza del ministro. Este palideció al tiempo que los hombres de Álvaro lo observaban desconcertados. ¿Había cambiado el plan? ¿Iban a matarlo allí?

—Yo, Álvaro Ribelles, jurado de la Alianza y ciudadano de Madrid, lo juzgo aquí y ahora, ministro de Defensa. Por los crímenes que ha cometido en esta ciudad. Por todas las almas que ha arrancado para mantener en silencio a la mitad de la población, arrojando a la otra mitad al ocultismo y la marginación. Por la corrupción con la que ha manejado Madrid. Por ser el instrumento de la fuerza con la que se ha aplicado una política opresiva, perversa y partidista. Yo lo sentencio a morir.

El ministro abrió los ojos, aterrado. Álvaro le apoyó la boca del cañón de su arma en la frente. Apretó el gatillo sin que sus hombres se atrevieran a hacer el más mínimo movimiento.

Sonó el clic, pero la bala no salió. Álvaro retiró el arma.

—¿Realmente cree que va a ser tan fácil, ministro?

Dio un paso atrás al tiempo que el hombre rompía a llorar al darse cuenta de que se había orinado encima.

***

Estaban completamente rodeados y cada vez eran menos. Resistían en el centro de aquella maraña de atacantes que los tenían acorralados. Había extremos por todas partes.

—Esto es un puto laberinto, ¡hostia puta! —gritaba Montaña mientras clavaba cuchillos sin vacilar y reventaba mandíbulas a manotazo limpio.

Peleaban mecánicamente y sin dudar, pero estaban al límite, completamente agotados. En un despiste, un extremo agarró a Adán y le mordió justo donde tenía los vendajes, en el centro de la herida. Cayó al suelo, sometido por la fuerza de la criatura, que cada vez hincaba más los dientes.

—¡Adán! —gritó su hermano corriendo hacia él. El brazo de otro extremo lo tumbó al golpearle el pecho. Ángel sintió como si un árbol se le hubiera echado encima. Estaba en el suelo, comenzó a toser y se giró hacia un lado mientras hilillos de sangre salían de sus labios.

Montaña seguía clavando cuchillos sin aliento a las criaturas que trataban de atacarlo por todas partes. No era capaz de ver más allá de aquellos brazos y piernas peludos. De los ojos vacíos y las caras deformes. Ángel estaba tratando de levantarse cuando otro extremo lo devolvió al suelo, dándole un puñetazo letal en la espalda. Adán se movía desesperado tratando de zafarse de su agresor, que lo tenía atrapado bajo sus dientes.

Rebeca estaba aterrada, tenía a Enrique muy cerca de ella, pero en algún momento había perdido de vista a Hanna, a Vanesa y al resto. ¿Dónde estaban?, se preguntó viendo aquel espectáculo dantesco a su alrededor. Entonces tropezó y cayó al suelo. Debajo de sus manos se encontraban los cuerpos de sus compañeros y de decenas de extremos. Estaban peleando sobre muertos y cada vez se unían más cuerpos a aquella pequeña montaña. En ese momento una mano le cogió el brazo. Se giró y miró a su agresor. Sus ojos no miraban a ninguna parte y de la boca semiabierta salían babas. Seguía aterrada. Hacía un rato que no peleaba, incapaz de reaccionar. Ese ser trataba de decirle algo. La palabra salió de su garganta con dificultad y mucha saliva, pero la entendió a la perfección.

—¡Ayuda!

Entonces sintió como si se hubiera transportado en el tiempo meses atrás, a la noche en la que se encontró por primera vez con una criatura, con el súfano. Desde entonces siempre había maldecido aquel momento en el que se había convertido en una contaminada. El básico se acercaba a su cuello buscando un pedazo de carne a la que hincar el diente, ella permanecía impasible. ¿Se había rendido? ¿Por qué no reaccionaba? Su capacidad de vivir la realidad con gran lentitud se hizo patente en ese momento y observaba aquel espectáculo como si estuviera viviéndolo a cámara lenta. Un Adán sometido y agotado la miró desde un par de metros

más allá; pudo ver cómo parpadeaba y se movía tratando de zafarse de su agresor. Entre ellos, Ángel intentaba librarse de su propio extremo.

Rebeca sintió que había llegado su momento. De rodillas sobre el cuerpo de alguno de los chicos con los que había estado viviendo esas últimas semanas, se sentía paralizada e incapaz de tomar el control de la situación. El básico se aproximaba a su cuello lentamente mientras toda la escena a su alrededor parecía transcurrir muy despacio, prácticamente paralizada. El único ruido que escuchaba eran los propios latidos de su corazón.

En ese momento Adán la miró.

—¡No te rindas! —le gritó—. No lo hagas, tú puedes más que él.

Aquellas palabras la golpearon, sacándola de su ensimismamiento. Cerró los ojos, podía oler el aliento de la criatura rondándola. Se concentró. Trató de olvidar todo lo que la rodeaba, tal y como le habían enseñado en la clínica. Colocó la mano que tenía libre sobre su vientre y comenzó a proyectar. El suelo tembló, primero fue imperceptible, pero después parecía un auténtico terremoto. El básico que la mantenía agarrada salió expulsado hacia atrás. Abrió los ojos y se levantó. Los básicos salieron despedidos varios metros. Los que atacaban a Ángel y Adán cayeron al suelo aullando y sujetándose la cabeza.

Rebeca estaba furiosa, proyectaba unas capacidades telequinésicas fuera de lo normal. El suelo seguía temblando y los básicos reculaban como reptiles. Pedacitos de grava y tierra se desprendían y comenzaban a flotar en el aire. Rebeca vivía la escena muy lentamente, parpadeó y observó cómo los cuerpos de los extremos rodaban varios metros por los suelos; cómo Montaña, que se había caído por la onda expansiva, se levantaba y le vociferaba algo, haciendo aspavientos muy despacio. Hablaba tan lentamente a sus ojos que no llegaba a entender qué decía. Ángel y Adán también estaban en el suelo y se levantaban poco a poco. El cabello de Ángel flotaba por sus movimientos mientras Adán abría la boca dirigiéndose a ella, trataba de decirle algo.

Adán estaba débil y malherido, pero tenía que hacerla reaccionar.

—¡Basta, Rebeca! —gritó con las fuerzas que le quedaban—. ¡No sigas o lo vas a destruir todo!

Ella lo miró y paró en seco, cayendo otra vez de rodillas, completamente agotada.

Montaña se apresuró a cogerla.

—Muy bien, niña. ¡Así se hace, joder! —exclamó, ayudándola a levantarse.

Rebeca esbozó una débil sonrisa y se alegró de que el mundo volviera a girar a una velocidad normal.

—Tenemos que salir de aquí —indicó Hanna, ayudando a Ángel y a Adán a levantarse—. ¡Mirad hacia allí!

Más allá de los básicos extremos, que comenzaban a levantarse del suelo desorientados, se veían docenas de militares caminando.

—No podremos con ellos —aceptó Adán observando a Rebeca, agotada y apoyada en Montaña.

Sabía que no podría repetir algo así. Adán estaba muy mal y el resto del grupo se encontraba exhausto. Ninguno de ellos, a excepción de Rebeca, tenía grandes capacidades telequinésicas. Además, todos estaban heridos o agotados. Había que volver a enfrentarse a las criaturas que comenzaban a levantarse y a los militares que venían hacia ellos implacables. Era imposible que pudieran conseguirlo.

¡De repente ocurrió algo insólito! Una tostadora voló desde una ventana del edificio más próximo y reventó la cabeza de un militar, que cayó al suelo. Adán miró a su alrededor y entonces se dio cuenta de las decenas de ventanas que había abiertas. Los vecinos de Majadahonda veían el espectáculo desde sus casas y habían decidido pasar a la acción. Sin que apenas les diera tiempo para digerir lo que estaba ocurriendo, la calle se había llenado de una improvisada resistencia. Docenas de vecinos salieron a la calle armados con lo que tenían, cuchillos y navajas en su mayoría, pero también sillas, sartenes y algunas armas. Entre ellos había criaturas e híbridos, aunque en su mayor parte eran humanos fuertes y decididos.

Majadahonda entera parecía haberse congregado allí y era un ejército espontáneo muy superior a los militares y extremos que los estaban atacando. Fue como si se hubiera caído un castillo de naipes: al aparecer uno, al momento todo el mundo salió de sus casas.

—No puede ser —murmuró Ángel, extasiado, acercándose a su hermano mientras se limpiaba la sangre de su boca.

—¡Putos madrileños! —bramó Montaña con una risa escandalosa—. Así se hace, hostia. Tomad vuestra ciudad. Es vuestra —gritó exultante—. ¡Es vuestra! ¡Hostia puta!

Todos sonrieron: había esperanza.

Rebeca todavía no daba crédito a lo que había hecho. Respiró hondo, tratando de tranquilizarse.

—¿Estás bien? —preguntó Adán acercándose a ella mientras los madrileños se enfrentaban a las fuerzas armadas con sus improvisadas armas caseras.

—Sí, estoy bien—contestó observando como el brazo de Adán chorreaba sangre a través de su camiseta rasgada. Las vendas habían quedado completamente teñidas de rojo y el mordisco le había abierto la carne—. ¿Y tú?

—No te preocupes por mí —indicó él acariciándole la mejilla con delicadeza—. Ha sido increíble lo que has hecho. Nos has salvado a todos.

—Muy bien, tortolitos, dejad eso para otro momento. ¡Joder, todavía tenemos mucho que hacer! —sentenció Montaña con energías renovadas—. Pero bueno, con todos los madrileños repartiendo hostias creo que tenemos más papeletas para ver otra vez el puto amanecer.

Hanna no pudo evitar una sonrisa. Era increíble ver a los vecinos pelear con uñas y dientes por su ciudad. La sociedad se había agotado. El cambio era imposible de frenar.

—Id vosotros al ayuntamiento —indicó Hanna—. Montaña y yo nos quedamos aquí.

Adán asintió. No había tiempo que perder.

Adán, Ángel, Vanesa, Rebeca y Enrique salieron del tumulto aprovechando la ayuda de la resistencia, decididos a alcanzar

finalmente su objetivo: el ayuntamiento.

Montaña y Hanna se quedaron peleando por su ciudad con los pocos hombres de su grupo que habían sobrevivido y los vecinos de Majadahonda, que constituían un improvisado ejército decidido a luchar y pelear por un cambio. Aquella noche Madrid fue recuperada a sartenazo limpio.

# 29

Parecía que habían dejado atrás todos los obstáculos, ya que cuando llegaron al ayuntamiento únicamente se encontraron con un enorme edificio vacío y oscuro. No había presencia militar por ningún sitio.

Entraron sin ningún impedimento. Dentro del edificio el silencio era total. Se había activado un sistema de energía de emergencia que les permitía una semioscuridad fantasmal.

—Voy a subir solo —dijo Adán al resto del grupo—. Si mi padre está arriba, quiero hablar con él.

—No es una buena idea —lo increpó Ángel—. Puede haber presencia militar esperándonos.

—Correré el riesgo. Si mi padre está ahí, quiero intentar hacerlo entrar en razón —le replicó con rictus serio—. Es mi padre, deseo que tenga la oportunidad de hacer bien las cosas, aunque sea tarde.

Ambos hermanos se sostuvieron la mirada. Ángel quería evitar que fuera solo y, sin embargo, sabía que era su padre. No el de él, porque a Ángel jamás lo había tratado como tal, sino el de su hermano. No podía juzgarlo por querer darle una oportunidad. Ruiz del Hierro había tenido una vida de oportunidades para cambiar las cosas y no lo había hecho. Pero quizás ahora, viendo cómo Madrid se había sublevado, recapacitara.

—Adán... Es mejor que al menos uno de nosotros vaya contigo —insistió Vanesa, tratando de disuadirlo—. Estás muy débil y no sabes cómo va a reaccionar.

Todos lo miraban expectantes mientras Majadahonda entera parecía sumida en el caos más allá de aquellas paredes.

—Es mi padre, quiero hablar yo con él.

El hombro de Adán supuraba la sangre que bajaba por su brazo. Los vendajes no cortaban la hemorragia y la carne abierta tenía mal aspecto.

Rebeca lo miró con el estómago encogido. No se le veía bien.

—Está bien —murmuró Vanesa.

Adán desapareció escaleras arriba, ya que con el sistema de emergencia no se podían activar los cinelevadores.

—Muy bien, pues nosotros vamos a conseguir los archivos telemáticos. Tienen que estar en el segundo sótano, en la zona de archivo y documentación protegida —indicó Ángel tratando de reorganizar las prioridades—. ¿O tú crees que pueden estar en otro sitio? —preguntó dirigiéndose a Enrique.

Dubois vaciló un momento. Él llevaba años trabajando para el Ayuntamiento. Sabía que todos los archivos antiguos tenían que estar guardados en algún sitio dentro de aquel edificio. El alcalde era tan tremendamente egocéntrico que consideraba el Ayuntamiento no solo el eje de la política, sino el búnker de aquella ciudad. Siempre se había rumoreado que en el edificio se guardaban copias parciales de Internet y de las redes sociales de comunicación mundial. Bases de conocimiento que, décadas atrás, habían conectado al instante a personas que se encontraban en puntos distintos del planeta. La humanidad había sido incapaz de utilizar Internet con sentido común. Guerras, amenazas virtuales, pederastia, drogas, violencia y un largo etcétera. Todo un mundo infectado había corrido virtualmente por Internet y se había utilizado para el terrorismo más extremo. Tras la Gran Guerra se censuró su utilización. Se cortaron las redes mundiales de comunicación y cada Estado, república, gobierno o pedazo de tierra abandonado tuvo que aprender a subsistir por sí mismo con redes locales.

El tiempo demostró que aquello no había sido una solución. La corrupción, el desequilibrio de poderes y el anonimato que proporcionó a cada Estado el no tener que rendir cuentas al resto del mundo fomentaron los abusos, tal y como había ocurrido en Madrid. Había llegado el momento de recuperar el pasado. Los archivos de Internet eran una joya, hasta tal punto que Enrique consideraba que obtener copias parciales era como acariciar el cielo. Él mismo había conseguido en el mercado negro pequeños fragmentos de la información que había circulado por Internet que le sirvieron para vislumbrar lo que se podría conseguir con un ciberespacio conectado a nivel mundial.

Si había alguna copia en Madrid, tenía que estar allí, en el segundo sótano, y era el momento de recuperarla y sacar a los ciudadanos de la Involución.

—Nunca los he visto, pero sé dónde se guardan los archivos militares y las copias de seguridad del Estado. Efectivamente, es en el segundo sótano —contestó con convicción—. Si están ahí, los encontraremos.

—Pues vamos —sentenció Vanesa.

Se encaminaron escaleras abajo. Rebeca se quedó a la cola del grupo, vacilante, y dio marcha atrás. Ángel se percató y la alcanzó cogiéndola por una mano.

—¿Qué pasa, Rebeca? ¿Adónde vas?

—Tengo que ir con él, Ángel. —No hacía falta decir nada más—. Me necesita.

—Quédate con nosotros —le pidió—. Este es su momento, tienes que dejarlo ir.

Rebeca dudó. Sabía cómo era Adán, los muros que podía levantar a su alrededor, pero también había visto lo débil que podía llegar a ser. Él la necesitaba, más de lo que admitiría. Estaba herido, era débil y vulnerable. No sabían qué había más arriba, y si le pasaba algo por no haberlo ayudado, jamás se lo perdonaría.

—Es que no puedo —replicó—. No puedo dejarlo ir.

Ángel no dijo nada más. Ella lo abrazó con fuerza y le dio un suave beso en la mejilla, para, acto seguido, desaparecer escaleras arriba. Él observó cómo desaparecía de su vista y supo que definitivamente no podría volver a alcanzarla ni tenerla tan cerca como antes. Se dio la vuelta y bajó al sótano en busca de Enrique y Vanesa.

Adán llegó al despacho de su padre. El alcalde lo estaba esperando sentado en su sillón. Miraba hacia los ventanales, sin fijar la vista en ningún sitio.

—Por fin estas aquí, pensaba que no ibas a llegar nunca —lo reprendió su padre como si fuera un escolar al que hay que meter en cintura.

—No sabía que me esperaras con tantas ansias —replicó Adán, permitiéndose un comentario cínico en medio de aquella absurda

escena. ¿Cómo es que estaba solo? Eso no tenía sentido. Suponía que tendría alguna escolta o algún mando militar con él.

—Sí, ya hace un tiempo que te espero, desde que tuve la certeza de que estabas metido en esto. Al principio de la noche no la tenía, pero ha resultado ser una noche muy larga y muy reveladora. —Lo miró ligeramente y observó su aspecto desastroso—. Veo que has encontrado algún que otro inconveniente para llegar hasta aquí.

Adán se acercó, quedándose a unos metros de distancia. Tenía tantos sentimientos entremezclados en aquel momento que se sentía incapaz de pensar con claridad. Una ráfaga de dolor le cruzó desde el hombro hasta el corazón; quizás había calculado mal lo que le había afectado el mordisco, se le había desgarrado la herida de la noche anterior. Se sujetó el brazo con la otra mano y respiró con dificultad.

—Adán, ¿te encuentras mal? Casi ni me lo creo. Había llegado a creer que realmente eras indestructible —murmuró.

—Lo siento, padre. No sabía que quisieras verme muerto. —La última frase prácticamente se le quedó atragantada.

—Yo tampoco —aceptó su padre con sinceridad, sosteniéndole la mirada—. No quería, nunca habría querido, pero lo que has hecho… Es imperdonable. Jamás me imaginé que pudieras llegar tan lejos. Has destruido todo lo que siempre me ha importado. No has dejado nada en pie.

—Has tenido decenas de oportunidades para cambiar tus políticas.

—¿Para qué? —siseó—. ¿Para integrar a las criaturas e híbridos en la población? ¿Sabes qué significa eso realmente?

—Es necesario, padre. Ya no hay vuelta atrás.

—Es insostenible económicamente, el Estado se empobrecerá —sentenció—. No hay tantos recursos. La población criatural ha crecido de forma descontrolada en Madrid.

—¿Y de quién es la culpa? —gritó Adán.

Su padre lo miró, negando con la cabeza. Era un hombre duro que siempre lo había tratado con dureza. Sin embargo, por debajo de todo aquello, estaba el amor de la carne. Era su hijo. ¿Acaso eso no pesaba nada? ¿No podía convencerlo de ningún modo?

—Estás a tiempo de recapacitar.

—No —respondió su padre—. El mundo que quieres, esa Madrid libre que piden a gritos los revolucionarios, no tienen nada que ver conmigo. No hay un sitio para mí en la ciudad que está ahí fuera. Querrán mi cabeza —sentenció— y ni siquiera tú podrás evitar que me maten los revolucionarios.

Se quedaron en silencio.

No había mucho más que añadir. Sin embargo, todavía quedaba algo que Adán necesitaba saber.

—¿Por qué no me dijiste que mi madre había muerto? —preguntó, dando un paso hacia él.

Ruiz del Hierro lo miró. Seguía siendo un titán, un gigante colosal, incluso ahora que su mundo se desmoronaba. Allí estaba su hijo, carne de su carne. Su mayor decepción. Una de las pocas personas que habían conseguido enternecerlo alguna vez. Lo había amado en algún momento cuando era muy pequeño. Al menos le debía una verdad.

—Porque la quería solo para mí —contestó—. No quise compartir contigo su muerte, tú ya me habías robado mucho de ella.

Adán se sintió como si lo hubiera golpeado de frente. ¿Qué podía replicar a aquello?

El alcalde miró a través de la pared de cristal de su despacho.

—Habéis destruido todo lo que yo creé —murmuró. Parecía muy lejos de allí.

—Te pedí que cambiaras. Que no siguieras con las mentiras, la opresión y la corrupción —replicó agotado, respirando con dificultad —. Te imploré que reconocieras la existencia de las criaturas, pero te negaste. Siempre te has negado.

El alcalde movió la cabeza a ambos lados.

—¡Cállate! No quiero escucharte.

—¡Siempre te negaste! —dijo Adán con la voz quebrada.

—¡Porque yo odio todo lo que representan las criaturas! —le confesó, completamente fuera de sí. Respiró y se tranquilizó, él nunca perdía los nervios—. Rechazo las deformidades, la falta de inteligencia, esas capacidades que os separan de los humanos.

Representáis la certeza de que la raza humana se extinguirá, y yo no voy a ser quien asuma esa derrota.

»Nadie quiere aceptar que hay una generación que va pisándonos los talones para apoderarse de nuestro mundo. Personas con capacidades telequinésicas o con una fuerza desmedida. Seres que pueden saltar varios pisos de altura sin que les pase nada, o con una capacidad de cicatrización superior a lo normal. Nada de lo que poseen las criaturas, sean verdaderas capacidades o simples taras y deficiencias, tiene algo positivo que aportar a la sociedad. —Para el final de su discurso ya se había tranquilizado. Miró fijamente a su hijo y sentenció—: Odio lo que eres. Un intento fallido de alcanzar la perfección de los hermosos. Una copia imperfecta e inestable, tan lejano de lo que es Ángel que jamás podrás alcanzarlo. Una bomba de relojería capaz de explotar en cualquier momento.

—Tú me creaste. ¡Yo soy así por ti! —gritó Adán mientras se acercaba un paso más a él.

La sangre seguía brotando de su brazo y se escurría entre los dedos de su mano derecha, que presionaba las heridas con poca efectividad.

—¡Oh, basta ya! No tengo ganas de aguantar lloriqueos. Si has venido hasta aquí a matarme, venga. Hazlo de una vez, adelante —indicó desafiante.

—No he venido a matarte —negó—. He venido a hacerte entrar en razón. Has perdido...

Estaba diciendo estas palabras cuando algo se movió entre las sombras, aproximándose. Apenas había tenido tiempo de percibirlo cuando se acercó rápidamente hasta él y le propinó un rodillazo en la boca del estómago.

Adán cayó de rodillas. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo débil que estaba, había perdido demasiada sangre. Se movió con lentitud, doblando su cuerpo hacia un lado, en posición fetal. La persona que lo había atacado dio un paso atrás, parecía decidido a dejarlo reaccionar, como si estuviera esperando a que se levantara y peleara. Se movió con dificultad, pero consiguió levantarse y reaccionar. Miró a su atacante y se quedó estupefacto.

—¡Xan! ¿Qué?

Su amigo no dudo un segundo en volver a golpearlo con contundencia. Un puñetazo directo a la cara, para después cogerlo por el hombro herido y hundir sus dedos con intención en la carne abierta. Adán gritó mientras el dolor se extendía por su cuerpo en sucesivas oleadas. Sentía que le iba a estallar el corazón. Todo a su alrededor parecía moverse de manera circular, estaba medio ido.

—Xan... ¿Por qué? —consiguió lamentarse.

El joven lo miró con desprecio.

—No te atrevas a juzgarme, Adán. —Su voz estaba llena de rencor—. No lo hagas. No eres nadie para juzgarme. ¡Tú me abandonaste!

Adán comenzó a levantarse, pero no fue capaz de incorporarse del todo, se quedó de rodillas tratando de coger aliento. Echó la cabeza un poco hacia delante y escupió sangre. Levantó la mirada hacia el que creía su amigo.

—Yo nunca te abandoné. ¿Por qué dices eso? —No comprendía nada.

—Lo hiciste —insistió—. Yo solo os tenía a vosotros. La Alianza era lo único que tenía. Pero claro, murió Tian y te largaste.

—¡Estaba mal! —se defendió Adán, frustrado—. No podía seguir allí.

—Te largaste, el Maestro abandonó y todo se fue al carajo —declaró—. ¡Me quedé sin nada!

Xan daba rienda a un rencor completamente desconocido para él. Estaba muy alterado y cegado por un odio que parecía haber alimentado a lo largo de los años.

Adán permanecía de rodillas intentando respirar. Seguía saliendo sangre por sus heridas. El fuego de la ciudad iluminó su rostro a través del ventanal. Aquella imagen con el fuego a lo lejos enmarcando el perfil de Xan le hizo recordar otra imagen de él, en Main, la noche del ataque. Xan había aparecido en medio de toda aquella locura sin que nadie lo esperara y después del atentado en Plaza Castilla había sido imposible localizarlo.

—Estabas allí aquella noche... en la clínica, estabas allí... —murmuró, comenzando a entender. Las piezas encajaban en un rompecabezas.

—Sí —afirmó Xan—. Destruí tu clínica, pero mucho antes de eso tú me destruiste a mí.

Adán movía la cabeza a ambos lados, negándolo. No se lo podía creer. Era imposible que fuera cierto. Era alto, fuerte y sabía pelear. Un amigo de la Alianza. ¡Xan era el traidor!

—¡Mataste a Aridus! —dijo Adán con clarividencia.

—Sí, a Aridus y al Alemán, y me encargué de que tu clínica volara por los aires. Reconozco mi autoría. Estuve metido en todo, bueno, salvo en lo de Plaza Castilla, para eso tu padre se valió solito —dijo, acercándose y dándole una patada en el pecho que lo lanzó un par de metros atrás.

Adán se movió en el suelo mientras volvía a escupir sangre por la boca. No podía creérselo, Xan siempre había sido un buen amigo, especialmente de Ángel. ¿En qué momento se había corrompido?

Xan se agachó a su lado.

—Finalmente, tu padre ha resultado ser un compañero más leal que todos vosotros —indicó mientras lo cogía por el pecho y lo lanzaba contra la pared.

Xan era un híbrido con una fuerza extraordinaria. Adán estaba demasiado débil, por lo que lo estaba machacando. Respiró hondo y trató de levantarse, apoyándose en la pared. Abrió los ojos y vio a Xan viniendo otra vez hacia él. En ese momento supo que, aunque fuera lo último que hiciera, tenía que vengarlos a todos: a Aridus, al Alemán, a los muertos de Main y de Plaza Castilla. Comenzó a implosionar. Apenas era capaz de controlar su propia energía. Antes de que Xan pudiera reaccionar, lo cogió por los hombros cuando él iba a atacarlo.

—¡Has escogido el camino equivocado! Hiciste mal en cambiarte de bando.

Lo lanzó, con todas sus fuerzas, contra el ventanal. Los cristales eran blindados y el cuerpo rebotó sin que sufrieran el más mínimo daño. Xan se levantó y volvió a enfrentarlo. Fue hacia él completamente fuera de sí, pero Adán ya lo estaba esperando con fuerzas renovadas. Lo cogió otra vez y lo lanzó nuevamente contra el ventanal, estaba vez proyectando toda su energía. El cristal se resquebrajó. Xan quedó con la espalda pegada en él mientras Adán

se dirigía hacia allí. Lo cogió con una mano por el cuello y lo mantuvo sujeto al cristal mientras con la otra le golpeaba una y otra vez la cara. Estaba cegado y le pegaba mecánicamente. La sangre brotaba de la cara de Xan, cubriéndola por completo. Su cuerpo ya había dejado de ejercer resistencia, pero él no dejaba de golpearlo.

—¡Para! —gritó una voz detrás de él.

Adán soltó a Xan en el momento en que la voz de Rebeca lo arrancó de su ensimismamiento. El cuerpo cayó al suelo sin vida, la cara estaba completamente desfigurada. Adán tenía los nudillos en carne viva.

—¿Estás bien? —preguntó ella mientras se acercaba a él.

Adán reaccionó alejándose del cadáver de su amigo y buscando a su alrededor, completamente desquiciado.

El alcalde no estaba. No había nadie más en el despacho. Su padre se había largado.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —preguntó Rebeca, desesperada, sin saber qué buscaba y cómo hacerlo entrar en razón.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—¡Mi padre! —gritó mirando hacia todos lados—. ¿Dónde está? Estaba aquí hace un momento.

—No lo sé —respondió ella—. Cálmate. ¡Estamos solos! No hay nadie más aquí.

Adán siguió buscando por toda la planta. No había rastro del alcalde. Su amigo lo había traicionado y su padre se había largado.

Adán cayó de rodillas, agotado. Rebeca se agachó a su lado. Rompió tela de la manga de la camiseta de Adán y trató de frenar la sangre que bajaba por su hombro. Consiguió detener la hemorragia con la certeza de que si Adán fuera un humano ya estaría muerto.

—Se ha largado. Mi padre se ha largado —declaró finalmente, abatido.

Rebeca lo abrazó con fuerza. Quería quitarle todo aquel dolor, lo había deseado desde el primer día, pero el dolor parecía estar pegado muy dentro de él, cosido a su cuerpo por debajo de su piel. Y él estaba con su dolor; ambos eran inalcanzables.

Adán levantó la vista y tomó su rostro entre sus manos. Pasó su mano por el cabello, que se le escapaba desordenado de la coleta, y la miró tratando de buscar en sus ojos verdes algo a lo que aferrarse, que le permitiera no perder el juicio con todo lo que había pasado. Sus ojos color miel estaban más perdidos que nunca.

Rebeca apoyó la cabeza en su frente y lo besó. Él respondió desesperado por que aquellos besos le devolvieran la cordura que amenazaba con abandonarlo. Quería alejarse de aquella oscuridad que parecía a punto de tragárselo. Rebeca se hundió en una pasión que amenazaba con desbordarla; siempre había sido así con cada beso que le había dado. Pero en esta ocasión, en los besos de Adán había una necesidad y una desesperación que no había antes. Sentía sus manos sujetándole la cara, hundiéndose en sus cabellos y atrayendo su cuerpo hacia él, pidiendo más. Ella estaba dispuesta a darle todo lo que él necesitara.

Entonces, Adán reaccionó y la apartó ligeramente mientras movía la cabeza hacia ambos lados, negando y tratando de recobrar el control.

—Ya te he dicho que no soy un buen hombre para ti —determinó, tomando aliento—. Ahora menos que nunca. No te mereces algo así.

—No digas eso —negó Rebeca.

Adán la miró con dureza. Estaba ciego y sordo. Lleno de dolor.

—¿Podrías amar a alguien que desea ver muerto a su padre? —le preguntó él con voz helada—. ¿Podrías? Dime, Rebeca. ¿Qué otra cosa podría querer? Él ha estado detrás de todo. Ha hecho arder Main hasta los cimientos.

Los ojos de Adán eran de un color miel claro muy brillante. Estaba desesperado. Ahogado en un dolor que tenía atado a los huesos. ¿Cómo podía ayudarle?

—Adán, yo…

Quería decir que sí. Que comprendía el dolor que su padre les había infligido, no solo a él, sino a todos. Quería abrazarlo y quitarle parte de aquel dolor, capa a capa. Ayudarle a cargarlo. Pero se sentía paralizada, las palabras se quedaron ahogadas en su garganta

porque el dolor que vio en los ojos de Adán era inmenso. No dijo nada porque no sabía cómo se podía ayudar a soportar un dolor así.

En ese momento Ángel y los demás entraron en la habitación.

—¡Tenemos las copias! —exclamó Enrique eufórico.

Tenía en sus manos el sueño de cualquier informático: un destello de lo que algún día había significado Internet para el mundo. Quizás desde ahí podría arrancar un nuevo mundo.

Ellos reaccionaron levantándose.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ángel acercándose al cuerpo que había en el suelo—. ¿Este es Xan?

—Él es el traidor. El asesino de Aridus... y el cómplice de mi padre en todo lo que ha hecho —respondió—. Incluso en lo de Main; fue cosa de mi padre, pero él resultó el ejecutor.

—¡Xan! —exclamó Ángel, incapaz de entender por qué habría hecho algo así. ¿Cómo era posible?

—¿Dónde está el alcalde? —preguntó Vanesa, acercándose a ellos.

—Se ha ido —contestó Adán agotado—, pero lo encontraré. Tengo que encontrarlo.

Todos miraron por la ventana. El amanecer rompía un cielo naranja sobre una Majadahonda agotada y exhausta como ellos. El humo ascendía desde diversos puntos, tiñendo el cielo de una ciudad conquistada por sus propios ciudadanos. Comenzaba un nuevo día sin gobierno y había que evitar la anarquía por encima de todo.

Adán sabía que en esos momentos su padre estaría ya muy lejos del ayuntamiento. Era el edificio más seguro y estaba preparado tanto para resistir un ataque como para permitir una salida rápida. Había varios túneles que lo conectaban con puntos del exterior. Había utilizado a Xan para distraerlo. Como siempre, lo había manipulado y Adán había caído en su trampa.

Todos tuvieron un vago sentimiento de pérdida. Habían jurado luchar para erradicar la Involución social y cultural, por conseguir un mundo nuevo. Una vida en libertad para humanos, híbridos, contaminados y criaturas y una solución para los básicos extremos.

Sin embargo, parecía que lo único que tenían era una ciudad destruida y sin gobierno.

Adán reaccionó y miró a sus compañeros, era hora de moverse. Había mucho que hacer.

—Marchaos de aquí. Tenéis las copias, ponedlas a salvo —indicó. Miró a su hermano y a los demás, las explicaciones sobraban —. En Madrid no lo están. No si mi padre está ahí fuera.

—Pero... —comenzó a decir Rebeca—. ¿Cómo vamos a irnos ahora?

—Tenéis que iros. Aquí no estáis a salvo, esto no ha hecho más que empezar. Enrique tiene en sus manos lo más importante de todo el Estado en este momento, protegerlo asegurará el futuro que podamos construir a partir de hoy—. No hacía falta que dijera nada más. Nuevamente la apartaba de su lado—. Yo me quedaré aquí y buscaré a Montaña, a Rain y a los demás. Procuraremos que esta ciudad no desaparezca por completo. Ahora descubriremos de qué pasta están hechos los madrileños.

—Yo iré con Enrique —confirmó Vanesa—. Si el alcalde sigue ahí fuera, esto va a ser más largo de lo que pensamos. Tenemos que poner a salvo los archivos por encima de todo. Iremos a la casa de Francia.

La familia de Vanesa tenía una pequeña propiedad en una casa en el Morvan, Borgoña. Habían hablado en más de una ocasión de utilizarla como opción para refugiarse, por si tenían que salir de Madrid.

—Es una buena idea. Manteneros allí a salvo.

—Yo me quedaré contigo —indicó Ángel—. Enrique puede llevarse los archivos y Vanesa puede ir con él.

—No —replicó Adán mirándolo a los ojos—. Idos todos. Rebeca es la más fuerte y puede protegeros. Enrique y Vanesa solos no podrán. Os necesitan —insistió—. Yo tengo que encontrar al alcalde. —Ángel lo observaba, dubitativo—. No tienes que preocuparte por mí. Estaré con Montaña, Rain y Hanna. Nos las apañaremos. Cuando las cosas se apacigüen te avisaré. Salvar los archivos es lo primero. —Miró a Rebeca para volver a observar a su hermano—. Id a un lugar seguro.

—Vámonos ya —insistió Vanesa.

—Sí, es lo mejor —confirmó Enrique—. Poner a salvo estas copias es lo primero.

Rebeca se quedó callada, observando cómo Adán la apartaba de su lado, una vez más. Sintiendo que los acontecimientos se precipitaban.

—Está bien, nos vamos —claudicó Ángel—. Por cierto, necesitas un médico. Estás horrible —continuó esbozando una sonrisa, la misma con la que siempre había tratado de quitar hierro a las peores situaciones.

Adán también sonrió levemente.

—Conozco a un buen médico.

***

—Así que ganó el hijo —murmuró Alejandra pensativa—. He de confesar que esa no era mi apuesta.

—¡Ahora él es el héroe! —farfulló, molesto, el sargento Martín —. Yo debería haber estado allí esta noche. Haber luchado por Madrid. Liderar el cambio social. —Se movía nervioso, tratando de averiguar cuál debería ser su próximo movimiento—. Voy a hablar con Baltasar, es necesario averiguar cómo ha quedado la ciudad y cuántos hombres leales tiene Adán. Tenemos que tomar el control y hacernos con el liderazgo de Madrid. —El sudor caía por su frente mientras seguía tratando de crear nuevas estrategias para dar una respuesta rápida a la situación.

—Ve a hablar con él, sí —lo animó Alejandra para quitárselo de encima—. A ver si él puede aclararte cómo están las cosas.

Martín se limitó a asentir y salió de la habitación. Alejandra pensó en lo inestable e insoportable que podía llegar a ser el sargento; pero ahora, con la caída del alcalde, tenía que tener mucho cuidado, ya no podía prescindir tan fácilmente de él. Salvo que Baltasar se aliara con ella para traicionarlo. Al fin y al cabo, este tenía el dinero, las influencias, y los estaba ayudando a ocultarse. Sin embargo, sabía que no se podía fiar de Baltasar, era un bicho

venenoso. Los sabía reconocer a la perfección, porque ella también lo era.

***

Durante las siguientes horas, Rebeca se dejó llevar. Los acontecimientos la habían atropellado, arrollándola. Cuando quiso darse cuenta, estaba en un cuatro plazas eléctrico con Ángel, Vanesa y Enrique camino del Morvan. Allí se encontraba una pequeña casa que había pertenecido a la familia de Vanesa. Pondrían a salvo los archivos y se quedarían un tiempo. Pero ¿cuánto? No lo sabía, ninguno de ellos lo sabía.

Mientras el coche se alejaba de Madrid, los recuerdos del horror vivido aquella noche se desdibujaban en su mente en ráfagas intermitentes. El recuerdo más nítido, que emergía entre todos los demás, era el de la última mirada que Adán le había dedicado antes de marcharse: profunda, indescifrable. Había levantado un muro, una vez más. Solo que esta vez, ella conocía el dolor que Adán tenía cosido a la piel. Le dolía el pecho con la idea de haber dejado la ciudad y de haberlo dejado a él.

Miró hacia atrás, a la imagen del amanecer sobre Madrid con el cielo teñido de gris por el humo de los incendios que se habían sucedido en diferentes puntos de la ciudad.

Adán estaba en la terraza del ayuntamiento, sabía que debía buscar a Montaña y a Rain, pero necesitaba un tiempo para él, para digerir todas las pérdidas de esa noche. Llevaba un buen rato sentado sobre el hormigón. Se levantó y se aproximó al borde. Se permitió una última mirada a Madrid antes de ordenar sus prioridades y volver a bajar a la realidad que se vivía en las calles. El cielo estaba claro, a pesar del humo que seguía creando velos grises entre los edificios. En ese instante tuvo la certeza de que aquello no había hecho más que empezar. Un latigazo de dolor se extendió nuevamente desde su brazo hacia el pecho. Hizo presión con la mano derecha sobre su hombro izquierdo y decidió que era el momento de buscar al doctor. Cogió su conector y comprobó que apenas tenía cobertura para funcionar. Deslizó el dedo y una burbuja

se elevó parpadeante. Envió una perla cifrada al doctor Manuel Gonzales mientras Madrid trataba de despertar de una noche agónica.

# AGRADECIMIENTOS

A todos los que se sumergieron en *Involución* y emergieron necesitando más. A los que se enamoraron de la historia de Adán y Rebeca en 2019 y no dejaron de soñar con que habría una continuación. Una historia que ahora vuelve para llenar Madrid de acción, haciendo retumbar sus calles con más fuerza, y para mostrarnos qué ocurre en París cuatro años después.

Espero que disfrutéis de Madrid y de París, de la acción y la adrenalina, del amor y la pasión, pero, sobre todo, de mi mundo involucionado.

Gracias por soñar que habría más y por darme alas para seguir construyendo este universo.

# Y TÚ, ¿QUÉ OPINAS? DEJA TU VALORACIÓN

¡Última parada, fin del viaje! Cuéntame, ¿qué te ha parecido mi mundo *involucionado*? Para mí es esencial conocer tu opinión; por lo que, si estás con Kindle, a continuación, podrás dejar tu puntuación y, si estás con el libro en papel, me encantaría que pudieras dejar tu valoración en Amazon.

Recuerda que siempre puedes encontrarme en las redes sociales:

 Twitter: https://twitter.com/noeliargueznr

 Instagram: https://www.instagram.com/noeliarodrigueznr/

 Facebook: https://www.facebook.com/noelia.rg.7

 TikTok: https://www.tiktok.com/@noeliarodrigueznr

¡Un abrazo enorme!

Noelia Rodríguez

# BIOGRAFÍA

Noelia Rodríguez (Mos, 1983). Licenciada en Derecho Económico Empresarial por la Universidad de Vigo. Tras su época universitaria, pasó una temporada en Irlanda antes de sumergirse de lleno en el mundo jurídico. Especialista en Derecho Procesal y Concursal, ejerció durante sus primeros años en Madrid, ciudad que considera su segunda casa. Melómana y adicta al café. Actualmente reside en Vigo, haciendo equilibrios entre las letras y las leyes.

En 2019 se publicó *Involución,* su primera apuesta por el *urban fantasy.* En 2021 vio la luz *Los visionarios,* una aventura metaliteraria. En 2022 llegó *Las rubias también lloran,* una novela romántica donde su protagonista vive un trepidante viaje físico y personal. En 2023 nos sumergimos en una intensa pasión en *Rosa desteñido*. En 2024 se lanzó *Nunca es mañana*, un *friends to lovers* inolvidable. En 2025 hemos conocido *La chica de las magdalenas*, una *romcom* con cierta dosis de *thriller* que nos dejó el corazón calentito; este otoño llega una vertiginosa aventura con la serie *Involución*, ¿preparados para descubrir qué se esconde bajo el asfalto madrileño?